Gómez, el tirano liberal.

Manuel Caballero





MONTE AVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

ESTUDIOS

Se incluyen en esta Colección todos los acercamientos teóricos o ensayísticos de especialistas venezolanos o extranjeros a los más diversos temas del saber humanístico, científico y tecnológico, en un radio de acción que va desde la crítica literaria a la física y de la filosofía a la cibernética.



ESTUDIOS

GOMEZ, EL TIRANO LIBERAL

Manuel Caballero

GOMEZ, EL TIRANO LIBERAL (VIDA Y MUERTE DEL SIGLO XIX)

Ilustraciones
Pedro León Zapata

INDICE

TERCERA PARTE
LA TIRANIA

CUARTA PARTE
LA REACCION

1ª edición, 1993
3ª edición, 1994

Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN: 980-01-0843-3
Diseño de colección y portada: Claudia Leal
Autoedición Electrónica: IMPRIMATUR, artes gráficas
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

A la memoria de
Francisco Javier Caballero
y
María Antonieta Agüero,
mis padres,
tomado de cuyas manos
me enteré de que Gómez había muerto;
y de que había vivido.

Nota a la tercera edición

Pedí a mis amigos que me leyesen como si fueran mis peores enemigos. Yo mismo dí el ejemplo de la crítica, haciendo muchas correcciones después de la primera edición. Las observaciones posteriores, hechas sobre el fondo y la forma por Alexis Márquez Rodríguez, Susan Berglund, Arlette Machado, Diego Bautista Urbaneja, Francisco Vera Izquierdo y Oswaldo Trejo, las tomo como de quienes vienen: de parte de amigos a los cuales jamás satisface lo que escribo, porque siempre esperan algo mejor de mí. Sus consejos los oí y desoí por igual, pero hasta aquí llegarán mis correcciones, y esta edición deberá considerarse, con todos sus defectos, como la definitiva. Pienso, como el historiador inglés A. J. P. Taylor, que a menudo el error puede ser fecundo, pero que la perfección siempre es estéril.

M. C.

INTRODUCCIÓN

EL RECUERDO más lejano que guarda mi memoria se remonta a los cuatro años recién cumplidos, en Barquisimeto. Jugaba en la acera de nuestra casa cuando se oyeron gritos y un tropel de gente pasó. Mis padres se asomaron a la puerta y me tomé de sus manos para ver correr la multitud. Un hombre llevaba un cartel donde aparecía alguien muy parecido al Diablo que ya me habían enseñado a temer, y a ver en las ilustraciones del catecismo: éste tenía grandes bigotes, anteojos redondos, su pelo blanco se erizaba hasta formar dos cuernos retorcidos. Al pasar frente a mi padre, algún conocido suyo le informó con un gesto lo sucedido: recorrió su cuello con el índice. Pregunté qué pasaba. Papá dijo dos palabras enfáticas y acaso jubilosas: «¡Murió Gómez!». Mamá musitó, quizás temerosa pero sin entonación particular: «Murió Gómez».

Es muy difícil para un venezolano tener una experiencia de Gómez y del gomecismo que no sea personal, y más si pertenece a una generación que vivió su vida o, como en este caso, apenas su muerte: es muy difícil dejar de implicarse. En las páginas de esta introducción (para no hablar sino de ella) se pasa, a veces sin transición, de la primera persona del singular al plural mayestático o al impersonal más o menos académico. Afirmar que no existe un solo venezolano sin su

propia, personal y acaso intransferible biografía de Gómez, y a quien ninguna de las leídas o escuchadas termina de satisfacer, es de seguro una exageración; pero lo es apenas.

Y acaso lo sea mucho menos decir que una biografía de Gómez siempre será insatisfactoria. Tanto, que los autores de dos de ellas publicadas en los últimos años (y las más importantes por su fuerza narrativa o el volumen de su información), se niegan a considerarlas definitivas: una propone que se escuche al personaje a través de unas «confidencias imaginarias»; la otra se pretende apenas, en casi seiscientas páginas de texto, una «aproximación» a su biografía.

Insatisfactoria, ella no es menos ineludible: hablar de los treinta y cinco primeros años de este siglo es imposible si no se recurre a la biografía. Pero la de Juan Vicente Gómez es insoportablemente banal: no tiene más mérito que haber ejercido el poder sobre tres millones escasos de personas desmigajadas sobre un millón de kilómetros cuadrados. Lo que sirve para singularizarlo es haberlo hecho durante veintisiete años y en la forma más absoluta conocida por la historia venezolana. No obstante, iniciar un estudio del gomecismo en 1908 lo haría incomprensible. Pero esa misma razón vale en el curso inverso, y todo cuanto de Gómez se diga, incluyendo el medio siglo que va desde su nacimiento hasta su arribo al poder, sólo adquiere sentido en la perspectiva de su dictadura.

¿Historia de Gómez, o del gomecismo? Como si dirimir eso fuera poco, no falta quien proponga, dada la imbricación de los personajes y de su acción, hablar de los primeros 35 años del siglo veinte venezolano como los del «castro-gomecismo». Creemos que se le debería llamar, con toda sencillez, «gomecismo». Esto no significa una disminución o desconocimiento de Cipriano Castro. Así como se suele hablar de la muerte del gomecismo en 1945, ¿por qué no extender también hacia atrás su denominación, si compartían tantas características?

Si se consideró al lopecismo e incluso al medinismo como «gomecismo sin Gómez», por ser su personalidad lo más relevante en un régimen que conservaba tantas de sus formas y de sus obras después de la desaparición del dictador; igual cosa puede hacerse, como hubiese dicho él mismo, «de a para atrás». Por mucho que Castro sea una figura muy destacada, la significación de López Contreras no le va a la zaga en la historia de Venezuela. ¿Qué impide entonces hablar de un «gomecismo sin Gómez» antes de 1908? Con mucha mayor razón de cuanta pudo haberla después de 1935, porque Gómez estaba vivo y actuando.

En cuanto al dilema de ver aquella época a través del dictador o por el contrario, ver el dictador a través de su época, es una discusión que sin proponérselo, resolvieron sus contemporáneos: a lo largo del presente trabajo se verá cómo se va dejando de hablar del «gomismo» para comenzar a hacerlo del «gomecismo». Eso lo hemos tratado de subrayar proponiendo dos capítulos seguidos que aluden a esas formas de llamar la situación dominante.

Con el general Gómez, además, ha ocurrido un caso particular. Va a ser exaltado por una corriente de pensadores —los positivistas— y aborrecido por otra —los marxistas— que tienen en común la tendencia a no ver el desarrollo de la historia más que como resultante de la impulsión de fuerzas ciegas o, en todo caso, independientes de la voluntad individual. Unase a esto el poco interés que la biografía de Gómez puede despertar, y se tendrá de él, por aduladores o por odiadores, un retrato del poder más que un retrato de Juan Vicente Gómez.

Decir que la biografía de Gómez puede no despertar mucho interés significa que, para sus detractores, en el campo de batalla no calza los puntos de un Páez, de un Monagas y ni siquiera de un Cipriano Castro, al lado de quien conoció por primera y por última vez el olor del plomo. Tiene, como el Cabito, la bragueta agresiva, pero no altisonante ni, sobre todo, jactanciosa. El Benemérito no es hombre de lecturas y, por lo tanto, tampoco nadie espera de él que lo asombre con alguna aventura intelectual: eso, para ver el lado bueno de las cosas, lo salvará de hacer el ridículo de un Guzmán Blanco Académico de la Lengua, de un Cipriano floripondioso y hasta de un Páez cantando ópera «como los musiúes».

Juan Vicente Gómez no es librepensador como el Ilustre Americano, ni beato como García Moreno. No es bon vivant *como Pérez Jiménez, ni ascético como el Doctor Francia. No es un militar, porque su generalato es más un atributo del poder que una carrera. No es un civil tampoco, porque hasta en su vestimenta campesina de los años finales (y seguramente iniciales) no abandonará la blusa de cuello redondo ni las botas.*

Eso es visto desde afuera: pero, además, el general Gómez quiere que su biografía oficial se ajuste exactamente a aquel conjunto de negaciones. Sobre todo, que se sepa, y que se diga, que no es político. Es, como ud. y yo, como todos en su país y en este mundo (con la inevitable y desgraciada excepción de los malos hijos de la patria) un hombre de trabajo.

Hombre de trabajo, Gómez es también un hombre de paz. Esto están

dispuesto a aceptarlo hasta sus enemigos, para quienes esa paz no la trajo él como laurel de las batallas: no es suya ni esa gloria. Negársela tiene importancia, pues ni siquiera posee el mérito de los condottieri *maquiavelianos, la legitimidad que José Antonio Páez trajo en la punta de su lanza. Al negarle esa tradicional razón de sangre de todos nuestros caudillos, el general Juan Vicente Gómez se hace más inexplicable, lo que ahorra a enemigos y también sus amigos el trabajo de comprenderlo.*

Pero ese hombre opaco era terrible, no en el sentido más bien simpático que esa designación puede llegar a tener en castellano, sino en el que los rusos dan a la voz Grosny *que ataron al nombre de Iván: el que aterroriza. Nadie cuestiona el carácter terrorista de la tiranía gomecista: hoy, su recuerdo continúa helando la sangre en las venas de los venezolanos. Pero poner el acento en la represión, en la crueldad de su régimen carcelario, es hacerlo sobre la parte más ingrata de cualquier gobierno, y es introducir de inmediato un elemento no por ineludible menos pasional que dificulta el análisis.*

Desdeñar ese aspecto del gomecismo no es tanto mostrarle simpatía (aunque también) como sentir desprecio y descontento por cuanto vino después. En el primer caso, se trata simplemente de ser «antigomecista» y pensar que eso basta para hacer política y para hacer historia. En el segundo, si bien en los primeros tiempos significaba ser gomecista, a estas alturas significa más bien ser «anti-antigomecista», valga el trabalenguas.

Al nomás ver la carátula de este trabajo, el lector eventual estará preguntándose si su autor es «gomecista» o «antigomecista». Que a estas alturas, más de medio siglo después de la muerte del Benemérito, no se le pueda entrar al asunto sin ser sospechoso de partidarismo, indica al menos una cosa: Gómez no es un muerto sobre cuyos despojos haya que tender aquel manto de olvido que se resume en el supersticioso latinajo de mortuis nihil nisi bene. *En el fondo, lo que continúa vigente es la evaluación del gomecismo como totalidad, en una sociedad que, desde 1936, vive el antigomecismo, como en los treinta y cinco años anteriores, con Castro o con Gómez, había vivido el gomecismo.*

Este trabajo intenta sortear todos esos obstáculos proponiendo de entrada una paradoja. Su título, «Gómez, el tirano liberal» es más que eso, es un oximoron *y no sería de extrañar que se le considere un disparate. Sin embargo, ésa es la idea central cuya demostración se intentará en las páginas que siguen. Conviene entonces explicar qué se pretende al llamarlo de esa manera. La intentaremos en dos partes.*

Primero, estas páginas no contienen una disertación de filosofía política, y por lo tanto, no están destinadas a demostrar, punto por punto, en qué medida la acción de Gómez se ciñe al programa liberal, sea el de los teóricos europeos, sea, más modestamente, el elaborado en Venezuela a partir de los escritos de Tomás Lander y Antonio Leocadio Guzmán en El Venezolano, *pasando por el Programa de Saint Thomas y rematando con el Decreto de Garantías de Falcón y la Constitución de 1864. Lo que se intenta decir con ese título es que Gómez vive en, crece en y remata el* XIX, *cuya característica fundamental es la de ser un siglo liberal. Por el pensamiento, por la acción y por el dominio, en Venezuela, del partido liberal, el Grande y Amarillo.*

Pero tampoco se tome esto como una manera fácil de salir del atolladero de aquella paradoja: no es una cuestión de simples etiquetas. Por mucho que el liberalismo sea difícil de definir «(...) pues apenas si es menos un hábito mental que un cuerpo de doctrina»[1], *y que la sola palabra* liberalismo *sea ambigua*[2]; *no por eso deja de ser cierto que su teoría y su acción giran en torno a cuatro temas principales: la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad*[3]. *Al estudiar la acción política de Gómez, aun cuando no se haga un puntilloso contaje de cómo se corresponde con ellos, tampoco pueden dejar de estar presentes.*

También a eso está ligado lo de «tirano». El régimen de Gómez es un bonapartismo en toda la extensión de la palabra. Bonapartismo, pero no napoleonismo, cela va sans dire, *porque absoluto y tiránico, el general Gómez no era suficientemente romántico (o tendrá suficiente sentido del ridículo) como para andarse cubriendo con esas púrpuras imperiales por las que parecía suspirar el Ilustre Americano.*

Bonapartismo quiere decir culminación militar y el aprovechamiento de una revolución. Gómez es el punto culminante y el gran aprovechador de un siglo de revoluciones que arrancan en 1811 y se cierran con la batalla de Ciudad Bolívar en 1903. Durante esos años, como en Bonaparte, se combinarán el deseo de aplicar el programa liberal, de «obligar a ser libres» a quienes no lo quieren; y la tentación autoritaria.

Segundo, que el análisis, si análisis hay, de la historia (de la vida) de Juan Vicente Gómez será intentado a partir de lo que le distingue mayormente: como hombre político. Esto tiene dos vertientes, para no decir dos objetivos. La primera busca evadir lo que podría llamarse un tratamiento teológico del asunto. Cuando se examinan los textos salidos a la luz después del 17 de diciembre de 1935, se nota cómo se iba creando allí una imagen, la misma que nuestros ojos de niño vieron en aquel cartelón de 1935: el general Juan Vicente Gómez era ni más ni

menos que el Diablo, ¡Ave María Purísima!

Que esa imagen corresponda o no a la realidad, poco importa (a lo mejor, el Diablo en persona no es tan mala gente como Juan Vicente Gómez: la Iglesia, en todo caso, no lo creyó así, y gracias a la Orden Piana, el Benemérito está en el Cielo, a la diestra de Dios Padre). Lo que importa es que quienes han formado esa imagen no estaban pensando en Gómez, sino buscando la sombra que pudiese hacer por contraste más brillante la divina luz de la historia venezolana. Para la religión patriótica, Bolívar es Dios. Pero le faltaba el Enemigo Malo, el Diablo, Satanás. Todo concuerda: si bien Gómez nunca fue Luzbel, algo de eso había; algo debía significar el que hubiese nacido y muerto en las mismas fechas que el Libertador.

No pretendemos con este trabajo situarnos en el otro extremo. No concebimos la historia como una Misa Negra, lo que nos permite evadir esos procesos reivindicativos, esas inquisitoriales «reconciliaciones» que son el pan cotidiano de algunos historiadores más deseosos de escandalizar que de comprender.

Hay algo más: el solo hecho de haber aludido al tratamiento moral-religioso de la acción política de Gómez, nos lleva a otro terreno, que no puede estar ausente del análisis de un poder, o de un hombre poderoso. Se trata de la idea de virtù *como ella fue entendida en su momento por Maquiavelo: como el puente entre el desorden y la paz, pero también como una cualidad colectiva (así sea porque la acción individual tenga una consecuencia colectiva) opuesta a la* fortuna, *que lo es individual pero, sobre todo, es el beneficio personal puesto por encima del colectivo. Más allá de una demostración punto por punto, ella está difusa en todas las páginas que siguen: ¿fuera del ámbito individual, que nos interesa poco en el marco de este estudio, fue el general Gómez un hombre «virtuoso»? No intentaremos responder directamente a esta pregunta, porque ella no tiene una respuesta única, en los 43 años (1892-1935) de vida pública de Juan Vicente Gómez, desde su ingreso a la política activa. Pero la cuestión está planteada a cada página, y cada página intenta una respuesta, expresa o tácita.*

La otra significación que tiene haber adoptado esa línea de análisis parte de la seguridad de que en política no existen Dios ni el Diablo. Pero va mucho más allá que ese planteamiento también de raíz maquiaveliana. Por una parte, se intenta esculcar cuánto de cierto tiene la protesta enfática y reiterada del general Gómez: «yo no soy político». Si la política es (y la política es) la relación del hombre con el poder, no ha habido un político, no ha habido un gobernante, no ha

habido un hombre, en la historia de Venezuela, que como Gómez haya tenido una relación tan prolongada y acaso tan profunda con él.

Por otra parte, proponerse ese tratamiento, para un hombre (como el autor de estas páginas) inmerso durante tantos años en lo que Sartre llegó a llamar el «ambiente cultural» de nuestra época y de nuestras universidades, el marxismo, significa nadar contra la corriente de un cierto determinismo, resaltar la autonomía relativa del hecho político. Gómez deja de ser así el instrumento de fuerzas ciegas, para serlo también de una propia, ciega, tuerta u ojiabierta: su propia voluntad de dominio.

De modo pues que, al hacer un tratamiento político de la biografía gomecista, ciertas lagunas, o, por el contrario, algún desarrollo aparentemente innecesario que el lector perciba serán deliberados, fruto de esa óptica.

Varios ejemplos pueden servir, que contengan los dos extremos. En el primer capítulo, se dedican varias páginas al nacimiento de Gómez, y a la coincidencia de fechas con el Libertador. No es preocupación por la petite histoire, *ni nos tienta el papel de eruditos de salón. Es que esa discusión tiene en Venezuela, y en el irrespirable aire de la religión patriótica, un significado político nada desdeñable.*

En el otro caso, esos ejemplos abundan, como el de la poco importante conjura de Román Delgado Chalbaud en 1913: no hablamos de ella, como tampoco, tema que ya ha sido tratado en tesis especializadas, de la relación de Gómez con los intelectuales que se le plegaron al punto de considerarlo un «milagro político». En vez de eso, nos ha interesado una particular expresión de la intelligentsia*: la prensa, crítica y hasta prudente opositora en un momento, obsecuente y aduladora en otro.*

Puede también llamar la atención el tratamiento tangencial del asesinato del «General Juancho» en 1923. En ese momento, ante ese suceso, Gómez reacciona más pasional que políticamente: quien ha muerto es su hermano, no el vice-presidente de la República. Nos limitamos a tratar las consecuencias que eso trae en la relación del general Gómez con la presidencia, y dejamos que Juan Vicente seque sus lágrimas a solas.

Es prácticamente imposible proponerse un ensayo biográfico sin darle una secuencia dictada por el almanaque. Pero incluso si uno se atiene estrictamente a la vida individual, ella nunca sigue un derrotero lineal: todas conocen de retrocesos, de vueltas y revueltas. Hemos tratado de eludir la organización puramente cronológica dividiendo nuestro trabajo en cuatro grandes conjuntos temáticos; ellos coinciden

con las cuatro partes de su vida, pero sin encerrarse en sus fechas.

En el primero de ellos, «El aprendizaje del poder» está presente el horror de la guerra y de la disolución social; la espera por la salvación de la mano de la Divina Providencia, a través de un suyo instrumento humano. Si para el hombre Gómez esos años marcan el crecimiento de su hambre de poder, para los venezolanos serán los de una esperanza indicadora del abismo que se está tocando: serán los de la dictadura anhelada.

En el segundo, «De la dictablanda a la dictadura», cambia apenas una letra: son los de la dictadura «angelada», esto es, aclamada casi unánimemente por todo cuanto en el país puede expresarse. Es aquí donde mayores coincidencias acercan a Gómez y los liberales: es el Gómez liberal casi, casi, stricto sensu. *Comienza con la amenaza de una guerrita particular de Holanda contra Venezuela en diciembre de 1908, y se cierra con el fin de la Gran Guerra en noviembre de 1918.*

El tercero, «La tiranía», abarca los diez años más silenciosos que haya vivido Venezuela desde 1810. Son los de la dictadura soportada: los de la tiranía sin limitaciones ni oposiciones siquiera medianamente peligrosas. Allí se tratan también, aunque no sean exclusivas del momento, las tres abyecciones del gomecismo: el uso (el abuso) del poder para beneficio personal; la cárcel y la tortura; la adulación.

El cuarto, «La reacción» podría llamarse también «La tiranía detestada». Llega un momento, decía Winston Churchill, en que los tigres comienzan a sacudirse hambrientos y los tiranos que los montan no se atreven a echar pie a tierra. Allí, Venezuela comenzará a descubrir que es inútil combatir la guerra con la guerra, pero que hacerlo con la paz, si también muy peligroso, puede resultar a la larga más eficaz: porque con sus armas no se logrará matar a Gómez, pero se estará hiriendo de muerte al gomecismo.

La aproximación que se intenta aquí no es «objetiva» ni mucho menos imparcial, en el supuesto de que ambas cosas quieran decir algo. En todo caso, no se confunden. Gómez no es un hombre cualquiera: es una manera de actuar y una manera de gobernar, o sea, es una manera de hacer política. Por lo tanto, resulta prácticamente imposible ser neutral frente a él, y mucho menos para un venezolano cuyos padres vivieron bajo su férula y que él mismo ha vivido toda su vida bajo el terror social de su regreso.

Este es mi *libro sobre Gómez. Como sucede con todos, lo he escrito porque no me satisfacen los que he leído. Pero yo tampoco diré que sea definitivo, ni caeré en lo que Borges llamaba «la superstición comercial»*

de pretender que éste sea el mejor de cuantos se han escrito hasta ahora. No se lea aquí una profesión de modestia: no pienso ir al infierno por practicar ese feo vicio. Ni mucho menos es una manera de escudar mis carencias achacándolas a las dificultades de la tarea. Más allá de lo individual, está la convicción, expresada alguna vez por Maxime Rodinson, de que cada generación vuelve a escribir la historia a la luz de sus preocupaciones presentes.

Pero hay más, y acaso sea también lo más importante. Si alguna vez tuve (y alguna vez tuve) la pretensión de ser sacerdote de una religión cuyo dios era la Historia, hoy la he abandonado; menos por reflexión que por los mandobles que a diario nos asesta ella misma. Hoy soy mucho menos pretencioso: las páginas siguientes dejan, nolens volens, *los espacios que Ezra Pound pedía que los historiadores dejasen «para lo mucho que ignoran».*

NOTAS

1 Harold J. Laski, *El liberalismo europeo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 14.

2 «By definition, a liberal is a man who believes in liberty, but because different men at different times have meant different things by liberty, 'liberalism' is correspondently ambiguous». Maurice Cramston, *The Encyclopedia of Philosophy*. New York, Macmillan Publishing Co. & The Free Press, 1972, Volumes 3 and 4, pp. 458-461. Esa ambigüedad llevó desde sus inicios a extremos que no dejan de ser cómicos. Es así como la palabra fue utilizada inicialmente con intenciones despectivas. Los *tories* ingleses llamaban *liberales* a la española (y no *liberals*, como se dice en inglés) a sus adversarios *whigs*, para significar que eran anti-ingleses, como lo era España en ese momento: la vieja acusación de que el enemigo político es «agente del extranjero». En el mismo momento, en España, la palabra «liberal» comenzaba a significar todo lo que los ingleses defendían y practicaban, y que el monarquismo español aborrecía: los principios de monarquía constitucional, gobierno parlamentario y derechos del hombre. *Idem.*

3 André Vachet, *L'Idéologie Libérale*. Paris, Editions Anthropos, 1970, pp. 187-249.

PRIMERA PARTE
EL APRENDIZAJE DEL PODER

L' appétit vient en mangeant

Rabelais



I. El bautismo de agua

LA SOMBRA DEL PADRE NUESTRO

El 24 de julio de 1878, Juan Vicente Gómez cumplió veintiún años: exactamente veintiún años más tarde, ingresará por siempre jamás a la política y a la historia venezolanas. Al iniciar la tercera década de su vida, y como todos los venezolanos de su edad, y de su origen regional y cultural, ha vivido o por lo menos presenciado tres grandes experiencias, que lo marcarán hasta el final de su vida: el dominio político de fuertes personalidades; la guerra y el clamor de la paz; el endiosamiento del Libertador Simón Bolívar.

Tiene sentido partir de esto último, pese a ser lo menos importante en aquellos primeros veintiún años. Aunque la aureola del gran muerto se torne cada día más brillante, será sólo después de las fiestas del Centenario en 1883, cuando se vuelva un culto no por laico menos profundo, profuso, proteico y fanático que la religión católica, apostólica y romana. Pero si tiene sentido tratarlo en primer lugar es porque está ligado a la circunstancia primera, y al primer suceso en la vida de Juan Vicente Gómez: su nacimiento.

Que alguien haya nacido, en 1857, un 24 de julio, no pasa de ser un simple dato cronológico, y la veracidad de tal fecha puede ser objeto de discusión entre eruditos ociosos; pero no tiene por qué ser el centro de una controversia política. Pero si quien nace ese día lo hace en Venezuela, tiene o aspira a tener el poder o algún lugar en la historia de su país, y si, por supuesto, se llama Juan Vicente Gómez, las cosas cambian: al ser aquélla, como lo sabe cualquier venezolano, la del nacimiento de Simón Bolívar, la coincidencia real o buscada de las fechas era el estímulo soñado para el despliege de la adulación. La cual no terminó con su muerte, pues tuvo la ocurrencia de morir en la misma fecha en que lo había hecho aquél. No dejó de recordarse eso, y exaltarse, cuando aún permanecía en capilla ardiente, como si el tirano en la urna pudiese escuchar su alabanza.

En esas condiciones, es discutible que Gómez haya nacido un 24 de julio. Si es tonto que lo sea la fecha de su muerte, eso señala la diferencia entre quien nace sin estar prometido a un gran destino (no es hijo de rey, ni de noble, ni siquiera de un general, de un doctor ni de un hombre muy rico) y el rudo hegemón que marcó más de treinta años de historia venezolana. Pero muestra también la diferencia entre dos Venezuelas a casi ochenta años y a unos mil kilómetros de distancia.

Para comenzar, la más general de las observaciones: ¿quién puede garantizar la exactitud de una fecha en una época, una región y un país como aquéllos en 1857? Discutir en esos términos podría llevar más lejos: a dudar, no del 24 de julio como la fecha de nacimiento de Juan Vicente Gómez, sino del propio Simón Bolívar. Hasta 1873 no se instaura el registro civil en Venezuela: los familiares de Gómez sólo pueden exhibir en caso necesario el documento más corriente entonces, una partida de bautismo.

En el estado actual de las fuentes, no es posible hacer una crítica externa de ese documento. Se conocen nada más los datos, publicados, acaso por primera vez, en 1911[1]. Sólo sobre ellos puede trabajar la crítica interna. De tres elementos para su rechazo, uno es conocido o por lo menos previsible: no existen testigos formales del nacimiento del niño, sino de su bautizo.

Eso debía ser lo habitual, pero aun si no lo fuese, mal podía haberlos: Juan Vicente nace un viernes, un día de trabajo como cualquier otro. Entre el nacimiento y la cristianización del niño transcurre una semana. No se puede saber si fue más tiempo, y si el padre de la criatura, Pedro Cornelio, acortó el lapso para evitarse una

reprimenda del padre Camilo Otero, el párroco. Como sea, el único testimonio de la fecha proviene de sus padres. Así lo acepta el cura y después de él, todo el mundo, algunos más por interés e intención adulatoria que por amor a la verdad.

El segundo elemento de duda es el más fuerte, y acaso el único que nunca podrá ser superado. Cuando la partida de bautismo fue publicada (y posiblemente descubierta) en 1911, Gómez ya tiene dos años en el poder. En un país familiarizado con lo que *Pío Gil* llamaba «asiática zalema»; en un país venido de dos «aclamaciones» (la de Guzmán y la de Castro) en veinte años; en un país así, falsificar una fecha para inflar la vanidad del gobernante pareándolo con el Padre de la Patria es poca cosa, un pecadillo venial.

Hay un tercer componente para esa desconfianza el cual, curiosamente, no parece haber llamado la atención. Cipriano Castro nace un año después de Juan Vicente Gómez. La fecha de su nacimiento es el Día de la Raza, el 12 de octubre. La tentación más inmediata es encontrar demasiado coincidencial que dos personas nacidas en años muy cercanos y en la misma región, lo hayan hecho en fechas tan fácilmente recordables. Sin mucha preocupación de exactitud, al bautizar ambos padres a sus hijos ¿no escogieron una fecha aproximativa y en ambos casos, lo hicieron con la más sencilla de retener, por estar inscrita en la memoria colectiva?

De los tres, el primer elemento es incuestionable, pero tiene igualmente poco peso en el otro sentido: los registros eclesiásticos son prácticamente los únicos. Nadie puede saber si eran cuidadosos, y de no serlo, se carece de punto alguno de comparación: los padrones civiles, como lo constata Codazzi después de 1830, son una fuente nada confiable.

Una sola cosa puede decirse en su favor, y ella atiende más a la simple lógica que a la observación: son muy pocas por no decir ninguna, las posibilidades de que los padres hayan mentido a sabiendas al señalar la fecha del nacimiento de Juan Vicente. Ni Pedro Cornelio da la impresión de haber sido un hombre con letras suficientes para conocer la biografía de un gran hombre, (incluso de uno tan famoso como el Libertador) ni hay indicios de que haya preparado a su hijo para un destino nacional, histórico, donde ese tipo de cosas pudiese pesar. No lo anuncia, pues, la vida de un hombre cuyo interés político, cuya aproximación al poder, comienza a manifestarse sin mucho aspaviento cuando ya se acerca al medio siglo.

También es descartable la posibilidad de que Pedro Cornelio haya

mentido para evitarse una reprimenda por haber dejado al niño un tiempo demasiado largo sin las aguas bautismales. Conociendo la religiosidad de sus paisanos, no es muy fácil creer que hubiese venido a mentir deliberadamente en la Casa de Dios.

Queda otra posibilidad, la del falseamiento por adulación. Esto tampoco tiene mucha fuerza, porque implica no sólo la audacia del falsario, sino la complicidad de la Iglesia. Sobre ambas cosas se puede pasar, sin duda: el amor del dinero y el temor del castigo terrenal siempre han demostrado ser más poderosos que el amor de Dios o el temor del castigo infernal.

Sin embargo, cuando ese documento se publica, todavía Gómez no ha llegado a concentrar en sus manos esa suma absoluta de poder, ni a provocar esa clase de terror ligados más tarde a su nombre[2]. Se podía en aquel entonces inventar un telegrama críptico e incitatorio («la culebra se mata por la cabeza»), por un interés político inmediato, por una intriga donde se juega el destino del hombre en el poder y posiblemente su vida. Pero todavía no era cosa de llegar a extremos como falsificar un documento de la Iglesia para complacer la vanidad de un gobernante que por lo demás no estaba solicitando semejante muestra de amistad.

Sin mucha seguridad para memorizar una fecha, ¿lo puso el padre de Juan Vicente Gómez a nacer en la más fácilmente recordable, la del 24 de julio, como quizás el de Cipriano Castro lo había hecho con el 12 de octubre? No es fácil creer que, a los 23 años, Pedro Cornelio tuviese semejantes ausencias de memoria, y se hubiese visto obligado a improvisar un procedimiento nemotécnico para recordar un suceso tan cercano e importante como es siempre el nacimiento del primer hijo.

Pero además, esto es natural suponerlo en la Venezuela de hoy, con la obsesiva imagen de Bolívar repetida en muros y plazas de Venezuela, los días de su nacimiento y de su muerte recordados desde la escuela. Pero estamos en 1857. Todavía el culto a Bolívar no ha arrancado como lo hará después de 1883[3]. Por lo general, entonces, no se celebra su nacimiento, sino su onomástico, el 28 de octubre, día de San Simón[4]. Por cierto, en los primeros meses de su mandato, por lo menos una vez, en el pueblo de Clarines, se celebró el día de San Juan como «onomástico del General Gómez»[5]. Y en su número del 24 de junio de 1909, *El Pregonero* de Rafael Arévalo González publica en su segunda página un billete cuidadosamente caligrafiado y titulado «Onomástico», para «(...) presentar en este día sus respetuosos e ingenuos parabienes al

General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República».

Era muy fácil recordar un 12 de octubre, pero mucho menos un 24 de julio. La tendencia más natural en Pedro Cornelio Gómez hubiera sido vincular el nacimiento de su primogénito con una celebración religiosa, con un santo. Hoy, una buena cantidad de venezolanos de su mismo nivel cultural piensan en Bolívar como un santo, e incluso como un dios. Pero que ése no era el caso entonces, se podría demostrar recurriendo a una tradición campesina, la de dar al niño el nombre del santo celebrado el día de su nacimiento. ¿Por qué no haber puesto entonces «Simón» a su hijo en vez de Juan Vicente?[6]

Un día antes de la fecha señalada como la del nacimiento del futuro Benemérito, o sea el 23 de julio, la Iglesia celebra un santo de nombre Juan. Se trata de Casiano, un erudito defensor del gran San Juan Crisóstomo[7]. Lo cual podría agregar un nuevo elemento de duda: ¿nació Gómez no en la madrugada del 24 sino en la noche del 23, día de un San Juan? Se puede discutir entonces la fecha del 24 de julio como natalicio de Gómez, pero una falsificación es improbable.

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

En una conversación bastante rápida sostenida en enero de 1990 con Florencio Gómez Núñez, hijo del general y hombre de impresionante lucidez pese a tener más de ochenta años, nos habló de dos hechos para él característicos de la relación con su padre, y que pueden arrojar alguna luz sobre la formación familiar del propio Juan Vicente.

Uno es bastante conocido: una lista de puño y letra del general Gómez contiene el nombre de las madres (y a veces ni siquiera eso, pues algunas son designadas sólo como «la de Fulana» lo que parece sugerir que se trataba de domésticas) y el número de hijos habidos en cada una. Su cálculo elevaba a setenta y tres el número de sus vástagos (de los cuales veintisiete en el Táchira y cuarentiséis fuera de allí)[8]. Pero, nos confirmó su hijo, Gómez sólo reconoció como tales, otorgándoles el apellido y su inmediata protección a los habidos, como se solía decir con más frecuencia entonces, «en» Dionisia Bello[9], la madre de José Vicente Gómez Bello, («Vicentico») y «en» Dolores Amelia Núñez de Cáceres[10], la madre de Florencio Gómez Núñez. Reconocer a éstos

no significaba necesariamente desconocer a los otros, pero tampoco formar alrededor de sus progenitoras una familia.

Lo segundo es más personal, aunque no quiere decir que sea muy íntimo ni mucho menos desconocido. Florencio Gómez Núñez, quien tenía entonces más de veinticinco años y era propietario de caballos, cuando los domingos quería trasladarse desde Maracay a Caracas para ver correr sus bestias en el Hipódromo, debía solicitar permiso a su padre: no siempre le era otorgado.

En una sociedad como aquélla, predominantemente rural y (al menos en cuanto a eso) estable, no es de creer que los criterios morales se modifiquen sustancialmente a lo largo de una vida, por mucho que ella se prolongue. Es lícito entonces pensar que el anciano general no hacía más que reproducir el patrón de conducta que había moldeado su juventud, formado su carácter.

Juan Vicente Gómez era fruto de una unión legítima: el matrimonio entre Hermenegilda Chacón y Pedro Cornelio Gómez celebrado cuando éste tenía 22 años. Pero esa legitimidad no retrocedía mucho, puesto que Pedro Cornelio era hijo natural de José Rosario García Bustamante, sobrino este último de un prócer neogranadino. Aunque les impuso un destino diferente (los estudios de derecho para el hijo legítimo y el trabajo de la tierra para el natural) García Bustamante no desamparó a ninguno de sus vástagos[11].

Los Gómez podían entonces respetar, como todo el mundo, los vínculos legítimos; pero despreciar los frutos de las uniones naturales equivalía a escupir hacia arriba. De todas formas, dentro o fuera de la ley, la legitimidad provenía de una decisión paterna. Como el lugar del padre en la casa. En ese tipo de sociedad, sólo si sobrevive llega a tener la madre una importancia diferente a la de simple paridora.

Juan Vicente Gómez será el mayor de catorce hermanos, de los cuales, incluyéndolo, pasaron del o de los primeros años de vida, apenas nueve: Indalecia, Juan Crisóstomo («Juancho»), Elvira, Regina, Ana, Pedro, Emilia y Aníbal. Aun si no se toma en cuenta que Pedro es un minusválido, en el hogar formado en «La Mulera» predominaban las mujeres.

Desde muy temprano, pues, los hechos imponían al futuro dictador la conciencia de que, al faltar su padre, debía él ver por sus hermanos (y sobre todo por sus hermanas) menores. Traía entonces consigo una familia: nada más normal que tuviese reticencia en formar otra. Poco importa si de hecho le iba creciendo una con Dionisia Bello. Eso no

estaba programado: no en vano se llama «naturales» a los hijos de esas uniones.

Lo otro denota simplemente un carácter autoritario. Los padres tienen tendencia a no dejar crecer sus hijos, o a no creer que lo hayan hecho. Por eso se presentan los enfrentamientos de la adolescencia. Aquí no está mostrando el general Gómez un rasgo de carácter extraño o individualizable. Lo es en cambio la pasividad con que Florencio Gómez Núñez acepta la férrea imposición paterna. Por supuesto, no olvidemos que este último está tratando con el hombre más poderoso de Venezuela en toda su historia.

Tampoco que, más que un rasgo del fuerte carácter paterno, puede esto indicar debilidad del hijo. Pero si se recuerda la falta de reacción de otro de sus vástagos, Gonzalo, al recibir en su momento un duro castigo, y la de «Vicentico» en el de su defenestración política, hay allí algo más que un detalle puramente individual. Se trata de una forma de concebir y poner por acto la relación de familiar y más precisamente, de someterse a la autoridad paterna.

Cuando Juan Vicente Gómez trata como lo hace a su hijo Florencio y éste acata ese tratamiento, más que salir del paso viendo allí un capricho senil complacido por el menor y más cercano de sus hijos, resulta interesante pensar que eso está sucediendo cuando ya el siglo XX anda por la mitad de su cuarta década, y que el general Gómez está tratando con jóvenes que han tenido cierta educación, en algunos casos bastante avanzada y refinada. Imaginemos entonces los mensajes recibidos en los años sesenta del siglo diecinueve, y la respuesta de parte de quien nunca dio particular muestra de un carácter rebelde.

Una personalidad autoritaria podría provenir así de la fuerte figura paterna, del ejemplo social y de la escasa voluntad de rebelarse contra ambas cosas. El imponente papá Gómez de los años finales no sería entonces sino la evolución normal del sumiso y obediente hijo Gómez de los primeros.

Pero en la formación del niño existe otro modelo además del padre: el maestro. Sobre su existencia o inexistencia corre una vieja polémica, más sobre estereotipos que sobre realidades. La leyenda del Gómez analfabeta encajaba muy bien con la imagen del palurdo títere que la emigración quiso vender desde el primer momento y de la cual no se pudo desprender luego.

Partidarios de Gómez, o gente muy cercana a él, oponían a eso diversos testimonios. Carlos Siso trae a colación el nombre de Tobías

Uribe, quien andando el tiempo llegó a ser ministro de Guerra y Marina: él, dice Siso, estudió primaria con el niño Juan Vicente.

«De eso», agrega, «es testigo el Dr. Manuel Galavís, abogado muy distinguido y compañero de escuela del General Gómez», junto con Juan Alberto Ramírez, Régulo Bustamante, Cesáreo Serrano, y Marco Antonio Galavís. La escuela la tenía el señor Ramón Navarro y después un maestro de apellido Villegas o Padilla. Es más, en la hacienda «La Mulera» las hermanas de Gómez tenían una maestra llamada Braulia Salazar[12].

Los testimonios presentados por Siso son tan precisos como improbables. No solamente fue Uribe ministro de Gómez e interesado por lo tanto en combatir la leyenda del Gómez analfabeto, sino que cuando el autor parece haberla recogido han transcurrido suficientes años para difuminar los contornos: un maestro se llama «Villegas o Padilla», lo cual indica que no dejó mucha huella, aparte de no durar tampoco mucho tiempo.

Por otra parte, no hay indicios de que Gómez lo recuerde a lo largo de su lacónica vida: se acuerda —típico recuerdo inducido—de la fecha de su nacimiento; del terremoto «de Cúcuta» y de su bautismo de fuego en Colón. Pero nada de un maestro: alguna vez declara que un peón colombiano lo enseñó a escribir su nombre (¿acaso también el alfabeto?) en la arena[13], pero ese singular institutor permanece desconocido. Otra fuente habla de Juan Alberto Ramírez como «(...) uno de los maestros de escuela de Juan Vicente Gómez», pero sin dar más precisiones ni referencias[14].

Se podía estar argumentando hasta el infinito, pero eso sirve de muy poco para comprender la formación intelectual de Juan Vicente Gómez: ¿por qué no situarse, mejor en esos años de su formación, entre 1857 y 1878? Eugen Weber, acaso el más grande especialista norteamericano en la historia de Francia, recuerda que durante la mayor parte del siglo XIX, la cultura popular francesa era sobre todo una cultura oral[15]. ¿Qué decir entonces de un país atrasado y marginal, y en un hombre del campo, a mediados de ese siglo? Como sea, el general Gómez tiene una letra clara, firme y vigorosa, incluso al final de su vida, aunque su ortografía y su sintaxis sean pésimas.

Al morir antes de haber cumplido medio siglo, Pedro Cornelio Gómez deja a su hijo Juan Vicente no solamente la responsabilidad de la familia, sino también los medios para enfrentarla. Gómez no es un «campesino» si se le da a ese sustantivo una significación diferente a la muy simple de «hombre del campo», pero tampoco sería demasiado

serio asignarle rasgos caracteriales típicos del propietario en las sociedades de clase más viejas y diferenciadas.

Si desde el punto de vista económico es superior al peón que le trabaja, desde el punto de vista social las diferencias no deben ser muy grandes, en los modos y en las modas, en un hombre que no sólo está acostumbrado a convivir con ellos en el trabajo y las escasas y rudas diversiones, sino que además, debe saber que en su familia no conviene andar presumiendo mucho de legitimidades y limpiezas de sangre.

Es lo que Arturo Guillermo Muñoz observó al estudiar la sociedad tachirense en las dos décadas que preceden al triunfo de la Revolución Liberal Restauradora: la cercanía en el trato, y se supone también que en el carácter, entre el dueño del fundo y su peón[16]. Eso no quiere decir en forma alguna, trato igual, mucho menos democratismo. Pero conviene evitar, en el análisis de sociedades pequeñas y de escaso desarrollo, el empleo de categorías empleadas para estudiar sociedades de masas y de más antigua historia.

NOTAS

1 *El Universal,* 11 de febrero de 1911, p. 1.
2 No obstante, la intención adulatoria tampoco estaba ausente: el texto publicado por *El Universal* estaba precedido de las siguientes palabras: «Para honrar las columnas de EL UNIVERSAL hemos tenido la fortuna de obtener la partida de bautismo del Benemérito compatriota señor General Gómez; documento que estimamos valioso para la precisa biografía del creador y director de la éra histórica en que ha entrado la República. Este documento reposa actualmente en la Comisión Preparatoria del Congreso de Municipalidades, á la cual fue enviada por el señor general Félix Galavís, Delegado de la Municipalidad de San Antonio, del estado Táchira, que le comisionó para este objeto».
3 Sobre esta materia, sigue siendo de actualidad la tesis doctoral de Germán Carrera Damaş, *El culto a Bolívar,* Caracas, Grijalbo, 1989.
4 Esa costumbre se prolongó hasta el siglo XX. En 1903, *El Pregonero* despliega en su primera página un homenaje al Libertador, no en la fecha de su nacimiento, sino de su onomástico, 28 de octubre. Seis años más tarde, *El Día* hace otro tanto el 28 de octubre de 1909, p. 2; como también *El Fonógrafo* de Maracaibo, con un editorial («Bolívar»), el 29 del mismo mes y año, p. 2.
5 *El Grito del Pueblo.* Caracas, 26 de junio de 1909, p. 2.
6 La Iglesia celebra ese día a dos mártires rusos, los príncipes Boris y Glebb, también conocidos por sus nombres cristianos, Romano y David. Donald Attwater, *The Penguin Dictionary of Saints.* Harmordsworth, Middlesex (England), Penguin, 1978, pp. 72-73. Aunque no venga al caso, no resistimos a la tentación de relatar el origen de su martirio. Boris y Glebb eran hijos de San Valdimiro, el primer príncipe cristiano de Rusia. Al morir éste en 1015, su hijo mayor, el príncipe Sivatopolk buscó desembarazarse de sus dos medio-hermanos menores, para consolidar su propio dominio. Los dos príncipes prohibieron a sus partidarios que los defendieran. Boris y Glebb aceptaron su fatal destino con mansa resignación: perdieron así su derecho al trono y sus vidas, pero ganaron la condición de santos...
7 *Ibídem,* p. 198.
8 Esa lista la obtuvo, junto con otros manuscritos del dictador, el dr. Andrés Pietri, un médico que asistió a sus últimos momentos; y hoy reposa en el archivo personal de Rafael Caldera, donde pudimos verla. Un biógrafo de Gómez eleva ese número a ochenta. Tomás Polanco Alcántara, *Juan Vicente Gómez. Aproximación a una Biografía.* Caracas, Grijalbo-Academia Nacional de la Historia, 1990, p. 17;
9 Fueron siete: «Vicentico», Josefa, Alí, Flor de María, Graciela, Servilia y Gonzalo.
10 Los diez hermanos Gómez Núñez son: Juan Cayetano (muerto a las 24 horas de nacido), Juan Vicente, Florencio, Rosa Amelia, Belén María, Hermenegilda, Indalecia (muerta a los dos años), Cristina, Berta Efigenia y Juan Crisóstomo.
11 Polanco Alcántara, *op. cit.,* p. 30.
12 Carlos Siso, *Castro y Gómez. Importancia de la hegemonía andina.* Caracas, Editorial Arte, 1985, pp. 181–182.
13 Fernando González, *Mi Compadre.* Medellín, Ed. Bedout, Segunda Edición (¿1934?), p. 193.
14 *Diccionario de Historia de Venezuela.* Caracas, Fundación Polar, 1988, P–Z, p. 292. En adelante, esta obra será citada solamente como *DHV.*
15 Eugen Weber, *My France. Politics, Culture, Myths.* Cambridge, Mass. (USA), The Harvard University Press, 1991, p. 66.
16 Arturo Guillermo Muñoz, *El Táchira fronterizo. El aislamiento regional y la inte-*

gración nacional en el caso de Los Andes (1881-1899). Caracas-San Cristóbal, Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses, 1985, p. 79.

II. El bautismo de fuego

EL BAÑO DE SANGRE

Queda dicho que sea discutible la fecha del 24 de julio como natalicio de Gómez, pero cierto o no, en ese año de 1857, cuatro meses antes de venir al mundo el hijo de Pedro Cornelio Gómez en Hermenegilda Chacón, comienza en Caracas un proceso que marcará también muy profundamente al recién nacido, como a todos los venezolanos de su época, hayan tenido o no injerencia directa en el asunto: José Tadeo Monagas decide reformar la Constitución de 1830 con el fin de reelegirse.

Todas las oposiciones se unen y se desunen: en marzo de 1858 un movimiento de reconciliación nacional, una «fusión de los partidos para olvidar lo pasado», echa abajo a Monagas. Pero al año siguiente, Ezequiel Zamora invade por Coro con la federación como programa y como ingenua panacea: comienza la Guerra Federal. Los manuales la cierran en 1863, pero en verdad no se detendrá, y por mano de Juan Vicente Gómez, hasta 1903. Guerra que por lo demás tampoco había comenzado en 1859, sino en 1846, con el alzamiento de Rangel y Zamora. Esa es la cuenta de Antonio Guzmán Blanco después del

triunfo de la Revolución de Abril: «Venezuela ha vivido veinticinco años en guerra civil, porque con la oligarquía no hay otro arbitrio que la fuerza, convertida por ella en derecho público en 1846»[1].

Durante los diez primeros años de la vida de Gómez, la situación en Venezuela será sensiblemente la misma, gobiernen los godos o los federales: ni la revolución tiene poder suficiente para liquidar al gobierno, ni éste a su vez para aplastar la insurrección. Aun si eso hubiese cesado con los tratados de Coche, bastaba para desangrar y arruinar a un país.

Pero, por desgracia, no terminó en 1863. Francisco González Guinán da cuenta de 342 acciones de guerra (muchísimos combates, apenas seis batallas) a partir del derrocamiento de José Tadeo Monagas en 1858, hasta 1881[2]. Pero allí no se contabilizan los enfrentamientos de la «Legalista» de Crespo en 1892, una de las más sangrientas en la historia de la república; de la «Restauradora» de Castro en 1899; de la «Libertadora» de Matos (1901–1903); ni tampoco los alzamientos del «Mocho» Hernández en 1898 y en 1900.

Antonio Arráiz lleva una contabilidad diferente, si bien igualmente pavorosa: entre el 1 de enero de 1830 y el 31 de diciembre de 1903 estallaron en Venezuela 39 revoluciones. Daba esta última denominación sólo a las «nacionales» cuyo propósito (a veces triunfante) era derrocar al gobierno; y que duraron más de treinta días y comprometieron en su participación a más de quinientas personas. Pero si a eso se agregan otros «alzamientos, desconocimientos, cuartelazos, asonadas, invasiones y motines diversos» cuyo número alcanza a 127, se tienen no sólo 166 «revoluciones» (como se las llamaba popularmente, fuese cual fuese su magnitud e intención), sino algo mucho peor: de aquellos 74 años, 50 fueron de una paz relativa y discontinua y 24 de guerra[3]. César Zumeta, en fin, es más minucioso en su cuenta, si bien curiosamente débil en calificarla: para él, los 1.400 combates librados por las facciones entre 1826 y 1903 son un «rojo paréntesis»[4].

Un cuadro como ése crea reflejos, reacciones, maneras de pensar y de actuar. Los hombres de esa época tienen que haberse levantado pensando primeramente en la paz como el bien supremo, sin el cual ningún otro tiene sentido: ni siquiera esa libertad cuyo nombre llena todas las bocas. Desde el planteamiento teórico hasta el más simple instinto de conservación, van a ir creando la idea y el sentimiento que llegarán a ser los más populares al final del siglo: quien logre la paz merece de la patria, será el benemérito. Los planteamientos de *Cesarismo democrático* (entre ellos la idea del «gendarme necesario» para

meter en cintura nuestras díscolas sociedades) se publicaron y popularizaron bajo el gomecismo, pero buena parte son anteriores a 1908[5], aunque la fecha de su aparición en libro autorice a pensar que no se trataba de una opinión inocente (ni el autor se propuso hacerlo creer). Cuando Arcaya, por su parte, escribe la larga columna del *debe* con todas las guerras y guerritas del siglo XIX para compararla con el *haber* de la paz cesárea a partir del 19 de diciembre, no hace sino repetir un cálculo ya hecho, y antes de Gómez, tanto por los intelectuales como por los hombres sin letras: entre 1837 y 1903 hubo en Venezuela apenas 16 años de paz contra 66 de guerra civil. Para Pedro Manuel Arcaya, justifica al general Gómez ante la generación presente y las venideras «(...) haber fundado la paz en un país donde el más largo período en que de ella se había gozado, fue el de los nueve años transcurridos entre la Revolución de Farfán en 1837 y la de Rangel y Zamora en 1846, y el tiempo igual que medió entre la de Pulgar en 1885 y la de Crespo en 1892»[6].

Las cifras de Arcaya difieren de las presentadas por González Guinán y Arráiz, pero acaso sea sólo apariencia: se refieren a aspectos diferentes del mismo fenómeno, González Guinán a los combates y batallas, Arráiz a las «revoluciones». Arcaya habla de los años *con* guerra, Arráiz lo hace con los años *de* guerra. Lo que interesa destacar aquí es la coincidencia, en el horror del siglo XIX, de tres autores, dos de los cuales eran gomecistas (liberal el uno, positivista el otro) y el tercero antigomecista.

LIBERALES, PERSONALISTAS Y TACHIRENSES

Puede que en los Andes se perciba todo eso como historia ajena, cuyos efectos se sienten, pero en cuyas causas no se participa. Esa región era el reducto tradicional del conservatismo, del «godismo» (para ser exactos, las comillas debían encerrar lo primero, no lo segundo), pero sería incorrecto extrapolar, acaso con los papeles cambiados, la situación del resto del país. La situación de guerra civil permanente vivida en la Venezuela que arrancaba del piedemonte, no tenía una correspondencia similar en los Andes. En aquella cuidadosa contabilidad llevada por González Guinán, de 342, sólo cinco combates tendrán lugar en los estados andinos.

Pero eso tampoco quiere decir que allí las cosas se resolviesen

siempre por las buenas: política y guerra eran sinónimos en una sociedad que no las había conocido y no las concebía sino de esa manera. Al igual que en el resto del país, la paz, cuando llegaba, lo hacía porque un caudillo mayor imponía la suya, y su orden, sobre los demás. Antes de la Revolución de Abril, cuando todavía era el segundo de Falcón, Guzmán Blanco lo había escrito: en la aplicación de una política, el gobierno no podía apelar sólo a principios abstractos, sino complementarlos con el prestigio personal del jefe[7].

Si los liberales andinos (los «lagartijos») lucían menos revoltosos al compararlos con sus correligionarios de los llanos centrales y orientales, era menos por respeto de las leyes que del general Juan Araujo. El «León de la Cordillera» mantenía la paz en aquellas montañas:

El que fuere lagartijo
busque su cueva temprano
porque ahí viene Juan Araujo
con el machete en la mano.

La situación también varía de una región a otra. En el Táchira los enfrentamientos son más duros. A eso tal vez contribuya la condición fronteriza, con el contagio de la intensa actividad política neogranadina. Pero además, en el Táchira mismo, el dominio de los godos no es hegemonía absoluta, y la diferencia entre «langostas» y «lagartijos» llega a tener proyecciones territoriales: un lado es liberal, el otro godo. El mismo Cipriano Castro se pasa de los liberales (amarillos o lagartijos) con quienes había hecho sus primeras armas, a los godos, por razones puramente geográficas: «La separación de Cipriano del liberalismo no fue doctrinaria, sino por rivalidad de pueblo, pues fundado Blanquizal o Capacho Nuevo en 1875, Don Carmelito [Castro, el padre de Cipriano] con su familia se vino a vivir a esta última población (...)» donde cayó bajo el influjo del grupo antiliberal de los Rangel Garbiras, a los cuales se unió después el joven Cipriano[8]. Andando el tiempo, los unos serán «peñaloceros», los otros «ciprianistas», luego «gomistas».

Como sucede siempre, hay quienes se interesan en los asuntos políticos, y quienes no lo hacen. Con todo, aun para quienes, como Juan Vicente Gómez, no muestran entonces interés por las cosas del poder, era muy difícil que los negocios y los pleitos personales, todos los asuntos, dejaran de teñirse de color político: en una sociedad pequeña, esas cosas nunca están suficientemente diferenciadas, si por

caso lo están en las grandes.

Es así como el primer contacto que Juan Vicente Gómez tenga con Cipriano Castro no puede ser por un asunto más privado: en 1886 le pide permiso para enterrar a un padrino. Pero el muerto lo fue en un combate de política local, donde participó el futuro Cabito. Es más, según cuenta un secretario suyo, el propio Gómez contaba que desde ese instante tuvo «una fe ciega» en el porvenir del general Castro y que lo acompañó «(...) con una confianza absoluta en su destino y con la lealtad y la adhesión de un subalterno que todo lo quiere para su jefe»[9].

La política (es decir, la guerra), engrandece a los hombres, y con las mismas los empequeñece. Los tres primeros lustros de la vida de Juan Vicente Gómez van a estar delimitados por el dominio de dos fuertes personalidades: José Tadeo Monagas al final, Antonio Guzmán Blanco al comienzo del suyo. Pero la experiencia enseña que ni el más meritorio, ni el más poderoso, ni el más aparentemente insustituible de los prestigios resiste la erosión del tiempo: en la República de Venezuela, desde 1830 se ha ido recortando la estatura de los hombres que vencieron al Imperio, su prestigio consumido en la política diaria. No sólo fue Páez, rebajado de mayúsculo «Centauro» a «Rey de los Araguatos», sino también José Tadeo Monagas, de prócer a ladrón y prófugo. El país contempla ahora el enfrentamiento entre hombres iguales.

Se intenta, no siempre de mala fe, cubrir aquellos enfrentamientos bajo la bandera de una creencia, de una doctrina, de un partido políticos. Cuando Juan Vicente Gómez nace, en Venezuela dominan los liberales, con José Tadeo Monagas a la cabeza del gobierno. Es un lugar común de la historiografía (después del positivismo) decir que esas denominaciones no quieren decir nada. En verdad, quieren decir dos cosas por lo menos. La primera, la más cierta, es también la más inclusiva: cualquiera que sea su relación con el poder, lo controlen o lo soporten, todos los venezolanos son liberales; no queda entonces huella (o al menos manifestación confesa) de absolutismo en los programas, proclamas, polémicas, en el discurso político.

La segunda, el partido gobernante es el «liberal». Este título arropa, con el denominador común de la oposición a Páez, diversas corrientes dispersas hasta 1840[10] y con ella se cubrirá hasta 1903 todo el que quiera tener alguna influencia en la política y en la historia de Venezuela. Cuando Juan Vicente Gómez llegue a los veintiún años, también dominan los liberales. Como al nacer, y como veintiún años más tarde, cuando a empujones lo hagan entrar en política. Ser liberal querrá decir

aquellas dos cosas, pero por encima de ellas otra, más importante porque más fácil de entender para la mayoría: como todo el mundo en Venezuela después de 1848, Monagas y Guzmán serán liberales, es decir, del partido opuesto a los «godos». Decir eso sólo tendrá sentido tomando la frase por el otro lado: ser liberal traducirá ser monaguista en el primer caso, guzmancista en el segundo.

Pero una vez concluida (por la fuerza de las armas o de la edad) la hegemonía de cada uno de ellos, son demasiados los aspirantes, demasiadas las ambiciones, demasiados los corajes físicos, demasiados *condottieri* en espera del príncipe unificador. En 1890, nueve años antes de la invasión de los sesenta, una caricatura de *El Diablo* se llevaba a los infiernos un saco repleto con los personalismos que jefeaban el Gran Partido Liberal Amarillo: guzmancistas, crespistas, rojistas, marranistas (una malvada alusión a Hermógenes López, «La marrana de Naguanagua»), pulgaristas, guinancistas, abreístas, pulidistas, velutinistas, fonsequistas, quevedistas, urbanejistas, ruicistas, monaguistas, ranjelistas (*sic*), tebaristas, amengualistas...[11].

En eso había venido a parar la doctrina del «prestigio personal complementario» de Guzmán Blanco. En el Táchira también, ser liberal o ser godo significaba ser partidario de Carlos Rangel Garbiras o Buenaventura Macabeo Maldonado, de Sacramento Velasco o de Espíritu Santo Morales.

Combinemos esos tres elementos: el aborrecimiento de la guerra junto al desconocimiento práctico de otra forma de hacer política; su condición de engrandecedora y empequeñecedora de hombres; y, como telón de fondo, la gloria creciente de Bolívar. Para estos hombres simples, sin demasiadas complicaciones intelectuales, el legado de Simón Bolívar consta de dos partes: la idea del hegemón que somete a su voluntad y lleva al triunfo a una miríada de caudillejos díscolos, y el unificador («que cesen los partidos y se consolide la unión»), el monócrata, el hombre de regreso de las ilusiones democráticas, incluso el déspota ilustrado, si no el «buen tirano».

Esas son pues, las experiencias de Juan Vicente Gómez al cumplir 21 años de edad; lo son, como se ha dicho antes, como venezolano de su época. Pero hay dos más, una que lo circunscribe a su particularidad regional y cultural; la otra que, para decirlo así, lo «universaliza», pues es de todos los hombres en todos los tiempos: el enfrentamiento con la naturaleza.

La primera es la necesidad, la búsqueda, el deseo de la integración, un sentimiento particularmente vivaz en las regiones fronterizas. Arturo

Guillermo Muñoz, al estudiar un caso en Venezuela y por esas fechas, hace una interesante comparación. Mientras que en los EE.UU. la frontera era móvil y tenía un significado, una tendencia, una actitud de expansión, en el Táchira sucedía exactamente lo contrario: el pueblo de frontera no buscaba expandirse, conquistar nuevos territorios (hacia Colombia), sino más bien contenerse y sobre todo integrarse a una Madre Patria que por lo general, se portaba con ellos como una áspera madrastra.

Se debe agregar a eso ciertas características especialísimas de los pueblos de frontera, que hacen más problemático el otro tratamiento dado al carácter de los hombres del 99, al hablar genéricamente de «los andinos». No solamente los tachirenses tienen rasgos bastante particulares, sino divisiones muy particulares entre ellos, en las cuales el factor geográfico no deja con frecuencia de estar presente.

La segunda: como en todos los pueblos campesinos, hay un factor que contribuye a acercar en la vida diaria a sus integrantes: la indefensión ante la naturaleza. No solamente el hambre y la saciedad de todos depende del régimen de lluvias, sino que de tiempo en tiempo, una terrible calamidad marca un pueblo y por supuesto a un hombre.

Así, en 1875, cuando Juan Vicente tiene 18 años, se produce el terremoto que destruye Cúcuta y algunas regiones tachirenses, entre ellas ese Capacho donde había nacido tres lustros antes Cipriano Castro. Para Gómez, lo escribirá sesenta años después, ése será «el terremoto de Cúcuta». No es sólo porque sea la ciudad más importante entre las afectadas, ni porque allí la destrucción haya sido mayor, o porque ése fuese entonces un punto de referencia común, sino porque el movimiento sísmico lo sorprendió en aquella ciudad donde trabajó durante cuatro años por esa época, según algunos vagos testimonios.

No es necesario ser psicólogo para saber la importancia de esos años en la formación del carácter de un hombre. No se sabe mucho de lo que Gómez hizo en aquellos años en Cúcuta, pero sí la impresión que le causó ese terremoto, al punto de mover una pluma, como la suya, bastante perezosa, para recordar el suceso al final de su vida.

EL CIUDADANO ARMADO

Hay dos textos de Juan Vicente Gómez merecedores de igual desconfianza entre sus enemigos y, luego de su muerte, también entre

quienes se han ocupado de su biografía. El primero es el mensaje dirigido a Castro en el peor momento de la Aclamación. El segundo está contenido en el libro del escritor colombiano Fernando González, y es de esa parte de su anecdotario más proclive a despertar suspicacias, por ser demasiado parecido a las habituales leyendas creadas por los aduladores.

En el mensaje a Castro, Gómez le recuerda su desinterés por la política hasta que su amigo lo sacó de su hacienda[12] y lo obligó a ocuparse de los asuntos públicos. En su declaración a González, habla de las tres ambiciones de su juventud: una, conocer ese samán de Güere cuya añosa sombra cubrió las meditaciones de Simón Bolívar; dos, conocer el sitio de La Puerta donde el Libertador había sufrido tan espantosas derrotas, y tres, conocer a Luciano Mendoza, el hombre que había derrotado a Páez[13].

En el primero de esos textos, es demasiado tentador desechar semejantes palabras como simple hipocresía: Juan Vicente Gómez no hace sino devolver la pelota no tanto a quien todavía considera su jefe y su amigo, sino a quienes están detrás de toda esa trampatiesta de la Aclamación. Esto indica una sutileza y una experiencia en el combate político que no calza muy bien con la imagen de Juan Vicente palurdo y silencioso cacaseno ya en boga entonces. Puede negarse lo pretendido entonces por Gómez: que careciese de ambiciones políticas, pero nadie puede probarlo. Hay un hecho incontrastable: esa ambición no se había manifestado hasta que Castro la despertó. Gómez puede entonces no estar diciendo la verdad, pero los hechos, si no refrendan sus palabras, tampoco sirven para desmentirlas.

Su declaración al escritor colombiano, en cambio, está revestida con ese ropaje que suelen dar a sus palabras los personajes históricos, o sus biógrafos. Ellas sí revelarían una ambición de entroncar con la historia —y un cierto conocimiento de ella— presente ya en el Juan Vicente joven, quizás niño, y que en cierta forma podría servir para oponer, desmentir incluso, a la anterior declaración.

Lo de conocer La Puerta y a Luciano Mendoza se ajusta demasiado bien a lo sucedido más tarde (Gómez derrotó a Mendoza en La Puerta) para no ser una recreación de su memoria. Lo del samán de Güere luce más verosímil: puede insertarse dentro de cierto tipo de adoración totémica bastante comprensible en una mentalidad campesina. Pero no viene de allí su importancia, sino porque sirve para explicar las dos afirmaciones anteriores. Gómez tal vez no mentía, o no se mentía: no estaba recreando una memoria personal, sino un recuerdo colectivo.

Porque Juan Vicente Gómez no era hombre de tener un conocimiento de la historia venezolana salvo por vía de una tradición oral. Y cuando él nace, hace apenas tres décadas que la guerra de independencia ha terminado, y todavía se disputan el poder en Caracas dos de sus héroes, Monagas y Páez. Lo de La Puerta es además un trozo de historia militar, de historia heroica; es el sitio donde aquel hombre endiosado por la leyenda fue aplastado, en dos ocasiones, y a manos de la criatura más aborrecida por la demonología patriótica. Es el sitio donde Bolívar fue humillado por Boves.

El lazo entre los dos textos viene dado entonces por esa vía. Gómez no mostró, y quizás no tenía, ambiciones políticas hasta que Castro lo sacó de sus negocios y lo hizo su segundo. Pero él forma parte de un conglomerado que sí tiene esas aspiraciones, y el cual se transmite las historias y las leyendas, y se imagina, a través de la ingenua parla de algunos maestros y doctores, al samán de Güere arropando maternalmente bajo su follaje al Libertador.

Volviendo a la misiva de Gómez a Castro, aquel parece señalar allí con precisión el momento en que su vida cambia de rumbo. Pero la carta es más vaga de cuanto expresa a primera vista, porque allí no se le pone fecha a ese suceso. Se está entonces frente a dos posibilidades: para Gómez eso fue en 1892, o en 1899. Pero en cualquier caso, la frase del presidente encargado tiene un doble significado. Uno, Gómez sólo considera «política» la nacional, con la vista puesta en Caracas, en su palacio de gobierno.

En segundo lugar, ingresar a la lucha política significó para él, como para todo venezolano de su época, entrar en guerra. Eso venía desde los albores de la República de Venezuela, pero quien le dio asiento teórico al hábito de hacerse justicia política por propia mano fue Juan Crisóstomo Falcón al inicio de la Guerra Federal. El futuro mariscal declaró en 1859 que despreciaba a quienes hacían la guerra por profesión y que él mismo se consideraba apenas «un ciudadano armado»[14].

Como le oyó decir Carlos Siso al propio Gómez, éste le fue presentado a Castro en 1886. Para López Contreras, ese encuentro se produjo más tarde[15]. Pero tampoco es imposible que lo haya conocido antes de 1886: dos hombres destacados, uno en la política, el otro en los negocios, debían tropezarse con cierta frecuencia en aquella región que tampoco era tan poblada. En todo caso, aun si se acepta la más tardía e improbable fecha de 1888, como esta entrevista fue solicitada por Gómez, y le siguió una invitación a su hacienda de La Mulera, había

en ella una intención política: el general Cipriano Castro acababa de ser nombrado Gobernador de la Sección Táchira del gran Estado de los Andes.

El agasajo podía tomarse como una simple muestra de cortesía, o de un espíritu adulador ávido de ponerse en buenos términos con un hombre de poder. Nunca esas cosas se pueden descartar, pero tampoco la más simple de una coincidencia política.

Porque en 1887, el gobierno central se había abstenido de intervenir en las elecciones andinas, lo cual había dado como resultado el triunfo de Carlos Rangel Garbiras para la presidencia del Estado Los Andes, y éste había a su vez nombrado a Castro para dirigir la sección Táchira. El futuro caudillo de la Restauración Liberal se desempeñó allí con lo que Picón Salas llama «desusada prudencia». Ella provenía de una idea expresada por el Cabito en alguna carta suya: que los tachirenses eran «básicamente agricultores infatigables»[16].

Gómez era uno de ellos, y su aproximación a Castro podía muy bien tener ese origen, amén del general beneplácito que había causado en su tierra el nombramiento de un tachirense para gobernarlos, así como el ahora reconocido predominio de los «godos» conservadores en toda la región. En todo caso, el gobierno de Castro había ganado tanto aplauso en su comunidad, que en un artículo de 1895, titulado «Candidaturas», el polemista conservador «Luis Ruiz» (Domingo Antonio Olavarría) lo incluye entre los precandidatos a la presidencia de la República. El acercamiento de Gómez a Castro en aquel momento tiene entonces el carácter ya señalado de la manifestación de un impulso colectivo, de un acomodamiento de la comunidad con el caudillo que comienza a reconocer como suyo. No es necesariamente una iniciativa personal, aunque también: en esto nunca se pueden señalar fronteras muy claras. Sí es personal en cambio lo que sucede a partir de allí: la estrecha amistad que unirá a Castro con Gómez, la cual en algún momento será santificada con el sacramento, al hacerse compadres.

Pero ese apoyo a una gestión, por mucho que sea la manifestación de un sentimiento colectivo, todavía no es «política» para el general Gómez en aquella carta de 1906. En esa Venezuela, agasajar a un gobernador, votar dado el caso por él e incluso administrar en situación de emergencia los dineros que el Estado ha puesto en manos del gobernante, no son actos políticos. Política es guerra.

De modo que la amistad de Castro y Gómez entre 1888 y 1892 no se puede considerar solamente personal, aunque tal vez sería adecuado llamarla «prepolítica» de acuerdo con la propia estimación, acaso de

ambos. La ocasión de dar el salto se la dará un acontecimiento originado en Caracas: el intento de Raimundo Andueza Palacio, sucesor de Rojas Paúl en el liberalismo posguzmancista, de continuar en la presidencia de la República una vez culminado en 1892 el bienio que la Constitución disponía. El general Joaquín Crespo, quien desde hacía varios años estaba esperando un pretexto para alzarse, al fin lo tiene: la revolución que terminará llevándolo al poder por seis años será «la Legalista».

Como suele suceder cada vez que estalla un movimiento de ese tipo, se producen reacomodos políticos, a veces muy extraños. Joaquín Crespo es el representante más conspicuo, casi la encarnación del liberalismo amarillo. No obstante lo cual, en los Andes lo apoya una coalición hasta entonces inédita de liberales amarillos con sus adversarios históricos los conservadores de Araujo y Rangel[17]. Y aquí se produce un estallido inesperado: Cipriano Castro decide secundar la intención continuista de Andueza Palacio, y arma sus tropas para combatir la revolución crespista.

Nombra entonces «Comisario de Guerra» a Juan Vicente Gómez. Ese puede muy bien ser un cargo puramente administrativo[18], pero aceptarlo es ya tomar una posición política, es ya hacer política; o en todo caso abandonar una vida de negociante privado, así sea por un corto tiempo, mientras dura la emergencia. No es de creer que Gómez ignorase las consecuencias de su aceptación, que en lo inmediato le serán desastrosas, porque al triunfar la revolución de Crespo, deberá abandonar el país, cruzando la frontera hacia Colombia junto con su jefe el general Cipriano Castro.

Es en el marco de esos acontecimientos que, el 29 de marzo de 1892, se produce lo que el general llamará al final de su vida su «bautizo de fuego»: la batalla de Colón. Con ella, Juan Vicente Gómez hace su ingreso en la política, porque acaba de hacerlo en la guerra. Y su entusiasmo es tal, que entrado como soldado raso dedicado a labores administrativas, saldrá de ese combate con el grado de Coronel.

A la derrota seguirá el exilio, y Juan Vicente Gómez volverá a su labor momentáneamente abandonada de agricultor, esta vez del lado allá de la frontera. Que conoce tan bien como el lado acá, lo cual le permitirá, en los siete años de su exilio, rehacer su fortuna. Pero ya el gusanillo del poder se le ha metido bajo la piel. En 1899, con el pretexto de combatir otro continuismo, esta vez de Ignacio Andrade, Cipriano Castro decide alzarse en armas. Invita de nuevo a secundarlo a su compadre Juan Vicente.

Dicen que gato escaldado huye del agua fría, pero éste no es el caso.

Así recuerde el fracaso de su primera salida al terreno de la política y la guerra, Gómez no duda. El 23 de mayo de 1899 cruzan ambos la frontera, a la cabeza de cincuenta y ocho tachirenses. Seis meses después estarán entrando ambos a la Casa Amarilla.

La manifiesta falta de ambiciones de Gómez hasta 1903 y su cadena de humillaciones y retrocesos en los cinco años siguientes no tienen entonces por qué ser atribuidos a un primitivo maquiavelismo, ni a la doblez que sus enemigos le atribuían en las largas noches del exilio. Sólo se puede comprender si se asume la relación de Castro y de Gómez, también en lo personal, como en lo político este último trató de mostrarlo al «partido» común en 1908. Lo cual quiere decir que Gómez y Castro no son dos personas diferentes: son una sola.

Esto no es ninguna especulación psicologista. Gómez (y lo que más tarde se conocerá como el gomecismo) no está inactivo ni mucho menos fuera del poder antes de 1908: sucede que se siente muy bien representado por Castro. Cómo va a formarse en Gómez el deseo y la necesidad de ejercer el poder directamente y no por interpuesta persona, es el objeto del siguiente capítulo.

NOTAS

1 «Exposición que dirige al Congreso de Plenipotenciarios de los Estados» el 15 de junio de 1870. *Liberales y conservadores.* Colección «Pensamiento político venezolano del siglo XIX». Caracas, Congreso de la República, 1983, vol. 11, t. II, p. 16. No confundir con la colección similar referida al siglo XX, que será citada más adelante.
2 Si, como lo hace el autor, la cuenta se inicia a partir de la Revolución de las Reformas, 22 años antes del nacimiento de Gómez, el número se eleva a 438. Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela.* Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954, t. XV, pp. 132-147.
3 Antonio Arráiz, *Los días de la ira.* Valencia, Vadell Hermanos, 1991, pp. 29-32.
4 César Zumeta, «Discurso Inaugural». *Diario de debates,* Cámara del Senado. Mes I, nº 1, Caracas, Tip. Americana, 1932, p. 5.
5 «(...) *Cesarismo democrático* fue publicado en 1919, pero el contenido de ese libro fue, a su vez, publicado en forma de artículos enviados al *Cojo Ilustrado* y a varias otras revistas de Caracas entre 1900 y 1910 (...)» Nikita Harwitch Vallenilla, «Los positivistas» en *Juan Vicente Gómez ante la historia.* San Cristóbal, Tipografía Cortés, 1986, p. 39. El mismo autor precisa en otra parte que fue en 1905 cuando sus primeros artículos «(...) aparecen publicados en *El Cojo Ilustrado*». Cf. su «Cronología» en Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático y otros textos.* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 367.
6 Pedro Manuel Arcaya, «La obra del general Gómez». *Los pensadores positivistas y el gomecismo.* Colección Pensamiento político venezolano del siglo XX, nº 8, p. 225. En adelante, esta colección será citada como CPPV-S XX.
7 *Alfa* [Antonio Guzmán Blanco], «Polémica con Ricardo Becerra». *Liberales y conservadores,* p. 480.
8 Eleazar López Contreras, *El presidente Cipriano Castro.* Caracas, Libros de la Revista *Bohemia,* s/f (¿1986?), p. 130. Un excelente análisis de esa situación también en Arturo Guillermo Muñoz, *El Táchira fronterizo...,* p. 202.
9 Carlos Siso, *Castro y Gómez...,* p. 191.
10 «Sobrevino la revolución de 1835, triunfaron los constitucionales, que posteriormente se han llamado oligarcas, y los reformistas (...) a su vez vinieron a formar en las filas de los liberales, llamados hoy federales (...)» Guzmán Blanco, *op. cit.,* p. 471.
11 *Los liberales amarillos en la caricatura venezolana.* Caracas, Publicaciones del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano, s/f [¿1982?], p. 64.
12 «Documentos del general Cipriano Castro», Volumen VI, Caracas, Imprenta Nacional, 1908. Reproducción facsimilar en *El pensamiento político de la Restauración Liberal.* Caracas, CPPV S-XX, t. I, vol. II, p. 337.
13 *Op. cit.,* p. 169. Por su parte, el padre Borges puso en verso lo del árbol:

¡Noble samán de Güere!
¡Símbolo de la Patria! Aunque tu tronco viere
rasgarse sus entrañas, tu gloria nunca muere!
Bajo el paterno amparo de tu glorioso dueño
a quien la Providencia diera en galardón
tu juventud renace, y se realiza el sueño
de Bolívar y Gómez: ¡Patria y Unión!

«Himno al samán de Güere», citado por Alberto Ramírez, *Juan Vicente Gómez. Esbozo psiquiátrico social.* Caracas, Col. Libros de *Bohemia*, s/f, p. 86.

14 «Proclama del general Falcón en Palmasola, 1859». *Documentos que hicieron historia*. Caracas, Presidencia de la República, 1962, t. I, p. 527.

15 Eleazar López Contreras, *El presidente...*, p. 115. El testimonio de López, si bien más cercano al hecho (1903), es de tercera mano: se lo oyó relatar a un edecán de Castro, quien escuchó a ambos compadres rememorar aquel encuentro. Pero además es más impreciso: no le pone fecha alguna a ese primer encuentro y sin embargo considera que desvirtúa la aseveración de que ambos personajes se hubieran conocido en 1886. *Idem*.

16 «Castro a Quintero», 4/12/1888, citado por Arturo Guillermo Muñoz, *op. cit.*, p. 240.

17 *Ibídem*, p. 255.

18 Lo cual, por lo demás, tampoco quiere decir sin importancia, ni con escasa significación para el futuro militar. En una biografía novelada del general Francisco Franco, su autor pinta al futuro caudillo en 1915, aceptando sin chistar un destino similar al recibido por Gómez en 1892, y el cual, en plena guerra de Marruecos, otros hubiesen protestado por ser «poco castrense». Franco, en cambio, pensó que de mucho le serviría en el futuro saber lo que cuesta un combate, «(...) esa economía al servicio de la guerra que a veces es la pieza clave que inclina la derrota o la victoria». Manuel Vásquez Montalbán, *Autobiografía del general Franco*. Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1993, p. 111.

III. «NUESTRO PARTIDO»

«SOLO A UD. Y A MI»

HASTA 1900, Gómez nunca se separa de Castro. Desde el fracaso de 1892, durante los siete años del exilio al otro lado de la frontera y luego con la invasión de «los Sesenta», Gómez no sólo está cumpliendo órdenes de Castro, sino que éste puede mirar cómo las obedece. El 8 de diciembre de 1899 asumió el cargo de Gobernador de Caracas, pero aparte de su carácter municipal, administrativo, Castro está a pocos metros. Otra cosa muy distinta le sucede el 22 de febrero de 1900: el general Juan Vicente Gómez es nombrado Jefe Civil y Militar de un Táchira que está estrenando autonomía, una vez disuelto aquel gran Estado de los Andes.

El nombramiento muestra ya, no sólo la confianza depositada por Castro en su compadre, sino también la importancia adquirida paso a paso como dirigente de eso que él mismo llamará «el Partido», el cual los ha llevado y mantiene en el poder: el castrismo, por ahora. En primer lugar, es la tierra de Castro (también de Gómez, pero en los momentos eso es incidental); en segundo lugar, es un estado fronterizo, y Castro sabe por experiencia propia cuán fácilmente pasa la frontera

un contingente armado, y más en un país asolado por una guerra civil como la que en aquel momento enfrenta a «los reinosos».

En tercer lugar, pero no menos importante, en el Táchira están dos hermanos de Castro, don Carmelito y don Celestino, ambos con ambiciones y habilidades políticas y administrativas, jefes regionales del partido y, por supuesto, ambos contando con la pesada influencia de la sangre. Y sin embargo, Castro les envía a Gómez. Eso puede ser visto como una prueba de confianza; y bien grande, al punto de ponerlo a la par y, al menos en lo formal, por encima de sus hermanos. Que eso sea o no cierto, lo dirá el desarrollo de los acontecimientos. Pero con ese nombramiento, Juan Vicente recibe, en el año final del siglo, la posibilidad de estrenarse como jefe político, de probar que puede actuar por sí solo, sin la inmediata supervigilancia de su jefe y amigo.

Una de las cartas enviadas desde el Táchira, cuando ya tiene unos cuatro meses en el ejercicio de sus funciones, contrasta con la imagen de laconismo, de sequedad incluso en el lenguaje, amén de prudencia, que hoy se tiene de Juan Vicente Gómez. En su correspondencia anterior, el general se limitaba a una seca información sobre cuestiones administrativas. Pero ésta indica cómo el ejercicio de sus funciones le ha ido insuflando una confianza en sí mismo de la cual parecía carecer. Confianza rayana en la imprudencia y que, a la corta, le saldrá cara. Esa carta es también uno de los documentos más importantes del Gómez anterior a 1908, y señala un momento determinante de su biografía[1].

Uno, porque contrasta con la imagen de sumisión incondicional, un poco en los modos de un visir asiático, que se tiene el hábito de ver en la relación Castro-Gómez de ese tiempo. Pese a la posible pantalla de un secretario (cuyo papel no siempre se limite a copiar las palabras que se le dictan sino que pueda proponer aquí y allá el adorno de sus cartas con los floreos usuales del cagatinta aferrado a un estilo) este documento no es el de un cortesano adulador, de un subalterno obsequioso, sino la comunicación entre iguales de diferente jerarquía pero de mutua confianza.

Gómez expresa opiniones propias incluso en un terreno tan peligroso como el de la relación entre hermanos. Cierto, se está defendiendo contra quienes le hacen la vida y el cargo imposibles, pero en cualquier caso se necesita coraje e independencia para escribirle a Castro que su hermano «(...) Don Celestino (...) único culpable del estado de anarquía en que se encuentra nuestro numeroso Partido, continúa su activísima propaganda contra mí. Veré cuáles son las causales que pueden presentar para tumbarme». Finaliza la frase agregando que su concien-

cia está tranquila.

Dos, cuando Gómez habla de «nuestro numeroso Partido» no debe tomarse esto como una frase hecha: lo de *nuestro* es muy importante. Porque en otras circunstancias ella podría indicar que se trata del partido castrista, donde Gómez se incluye como un número más. Pero éste no es el caso. Esta carta la escribe para responder a los deseos de don Cipriano, quien le ordena regresar a su lado.

Gómez comienza entonces a preocuparse por su sucesión. Tal vez intuya, si no lo sabe por cierto, que Castro ya tiene decidido encargar al hermano de la Jefatura del Táchira, y no deja de ser audaz, y hasta imprudente, su descalificación de don Celestino. Pero lo más importante es el tono adoptado para escribir sobre «el partido». Ese «partido», caracterizado por él mismo como «compuesto de todos los mozos de sacrificio que nos acompañaron hasta Caracas, y de todo lo que sirve», además de tener el inconveniente (relativo, perdonable y al final hasta beneficioso) de estar formado por mozos «muy buenos, pero caprichosos (...) no confían sino en mí y a mí sólo me obedecen».

Es normal que sea así siendo él jefe civil y militar de la región, pero en el contexto de la carta completa, puede leerse: «a mí, y no a ningún hermano del General Cipriano». Casi a renglón seguido viene el alegato en favor de quienes al final formarán su base política y personal en los próximos años: «no sería justo abandonar en cualquier manos [*sic*] este Partido». Y remata con la frase quizás más importante de toda la carta: ese partido «que todo lo espera de Ud. y de mí sólos, que somos los que conocemos y [¿sabemos?] cuáles han sido sus sacrificios».

Ya el paso está dado, por primera vez que se sepa: en una carta de Gómez (y no de Castro como éste lo hará después de La Victoria) se igualan ambos jefes. Hay detrás de ellos un partido que ambos conocen, y que obedece a ambos, a exclusión de cualquier otro, así lleve la sangre de don Cipriano.

Por lo demás, si bien Gómez se muestra deseoso de obedecer a la orden de Castro regresando a su lado, no parece dispuesto a hacerlo hasta haber dejado todo «atado y bien atado» en el Táchira. En la misma carta, señala que ha comprado (o recomprado) «La Mulera». Aun después de haber entregado la jefatura de la región a Celestino Castro, todavía parece dispuesto a esperar para ver la evolución de las cosas, sobre todo al otro lado de la frontera, aunque ese pudiera no ser más que un pretexto. Y tiene buen cuidado de abogar por aquellos compañeros suyos que quieren acompañarlo a Caracas. Hecho o no en plena conciencia, ésa es una excelente manera de asegurar fideli-

dades.

Nuestro partido... ¿Quiénes forman ese núcleo de «todos los mozos de sacrificio» que los han acompañado hasta Caracas? Estamos a muy pocos meses, a semanas acaso, del 23 de mayo: en aquel momento resultaba todavía bastante fácil hacerse una idea de quiénes lo formaban, cómo había ido engrosando el tronco de «la Causa» por la superposición de sus diversas capas políticas y militares a partir del núcleo inicial formado, en aquella madrugada, al otro lado de la frontera. Y en primer lugar, por supuesto, ellos, «los Sesenta». Aparte de Castro y Gómez, son 58, según la lista de un historiador local[2]. De modo que en efecto, 60 lo eran, y ésa no es una cifra mítica, redondeada para facilitar la propaganda conmemorativa.

De esos hombres, tan sólo 16 no repiten el apellido: hay, *inter alia*, seis Nieto, nueve Sánchez, ocho Gómez, cinco Ruiz, cinco Gámez, tres Castro y tres Pérez. Se puede pensar que este último sea un apellido bastante corriente, y otro tanto se puede decir de los otros, con excepción de Nieto y Castro, pero proviniendo todos de la misma región y casi del mismo pueblo, lo extraño sería que no fuesen parientes, y muy cercanos. Los apellidos predominantes son Sánchez, con nueve, y Gómez, con ocho. Estos últimos incluyen no sólo a Juan Vicente, sino también a Eustoquio, a quien la misma fuente señala en otra parte entre los combatientes que llegan heridos al final de la campaña.

Si se incluye a otros dos «sesenteros» de apellido Bello, a los cuales no es aventurado suponer familiares de Dionisia, la concubina de Juan Vicente, resulta que la sexta parte del contingente inicial (de quienes atraviesan la frontera) estaba compuesto por familiares de Gómez. Con eso, Juan Vicente no es sólo el financista de la Revolución Liberal Restauradora, y el hombre de confianza de Castro, sino que suya es también la mayor inversión de sangre. En aquel contingente madrugador de «mozos que sólo a Ud. y a mí obedecen», hay pues un número nada desdeñable que tiene desde el inicio razones más que poderosas para obedecer en primer lugar a Gómez, y en segundo a Castro, si el caso se diese. Pero el caso no se da, no tiene por qué darse. Al fin y al cabo, ellos participan en una revolución para la cual los ha convocado Castro, no Gómez.

Por otra parte, y eso está entendido desde el momento en que se deciden a cruzar la frontera, si lo hacen es porque saben que al otro lado los espera gente en armas dispuesta a unírseles. Gente castrista, no gomecista, porque no se ve la diferencia, y nadie la hace. Y el grupo

incorporado en Los Capachos (Viejo y Nuevo) es mayor que el de los invasores[3]. En esos nuevos 74 hombres, el número de los Castro agregados, al juntarse con el que viene desde Colombia, supera así ligeramente al de los Gómez: nueve contra ocho.

Es normal que esas cifras cambien en las diversas regiones donde al paso de Castro, se le junta nueva gente, sea porque estuviese comprometida desde el primer momento con él, sea, como suele suceder con la tropa, por incorporación de los vencidos al ejército vencedor. Pero si nos hemos de atener a alguna de las fuentes, la variación producida hasta llegar a Tocuyito no ha afectado en lo sustancial la solidez del núcleo regional: de los 53 jefes y oficiales reseñados, 15 provienen de Los Capachos[4]. En tales condiciones, ese «nuestro partido» tiene una significación regional muy restringida.

Después de Tocuyito, las cosas cambian. Así llegan a Caracas, a la cabeza del ejército vencedor, 165 «Jefes y Oficiales» según una fuente, 274 según otra[5]. Aun si nos atenemos a la primera cifra, la más conservadora, ella triplica el número de los de Tocuyito, y eso es tanto más significativo cuanto que a partir de entonces no hay más batallas y el triunfo de Castro se debe a negociaciones, conspiraciones, combinaciones políticas.

De ellas proviene quizás la brusca inflación de la oficialidad vencedora después de haber cesado el fuego. Y por supuesto, una revolución triunfante siempre incorpora contingentes subidos al carro del vencedor en la hora undécima. Entre los sesenta salidos de Colombia el 23 de mayo con dos jefes, y los mil quinientos[6] que llegan a Caracas con cerca de doscientos oficiales, hay toda la diferencia entre una revolución iniciada en la incertidumbre y una revolución triunfante. Allí está el germen de toda división futura, la misma que se produce en casos parecidos: la diferencia entre el partido del 23 de mayo y el partido del 23 de octubre.

Cuando Gómez escribe aquella carta, «nuestro partido» es, por orden de aparición, un partido familiar Castro-Gómez (pero a veces Gómez-Castro), un partido local (Los Capachos), un partido regional (tachirense en primer, andino en segundo lugar). Pero Venezuela ha llegado al final del XIX y no en vano ése ha sido un siglo signado por la pelea por y contra el liberalismo. Por muy rudimentaria que ella sea, esos hombres también tienen una tendencia, si no una adscripción política.

Se tiende a pensar, y con no poca razón, que la gente de la Restauración Liberal era más bien conservadora, goda, y «mochista». Castro mismo empleó la libertad del general José Manuel Hernández,

como bandera de su revolución. Por lo demás, no era infrecuente que a los «amarillos» (o «lagartijos»), o sea, a los liberales, de mayor influencia en Independencia (Capacho Viejo) se opusiese el partido «azul» o «castrista», dominante en Libertad (Capacho Nuevo)[7].

En política venezolana, *fin de siècle* quería decir que nadie podía pretender al triunfo, y mucho menos gobernar a Venezuela, sin cobijarse con la inmensa bandera amarilla del Partido Liberal: Guzmán Blanco parecía haber cumplido su amenaza de exterminar a los godos hasta como núcleo social. Pero una cosa es Caracas y otra Capacho, y algo recibido en la primera como normal, en la segunda huele a traición.

Si Gómez busca en el Táchira la colaboración, o la amistad o cuando menos la neutralidad benevolente del liberalismo «lagartijo», lo mismo ha visto hacer a don Cipriano en la capital. Nada de extraño tiene que pueda pensar, como dice en la misma carta, que eso está de acuerdo con el espíritu «esencialmente liberal» de la política del jefe. Pero ésa no es, por desgracia, la de todos sus seguidores, «(...) porque tengo que decirle que algunos de nuestros amigos procuran a todo trance el exterminio o exclusión de los mozos liberales que hoy figuran en nuestras filas y que Ud. tiene especial complacencia en darles cada día más importancia». Gómez remata con una observación que parece aludir a Celestino Castro: «Aquellos amigos o amigo a que me refiero siempre han pugnado contra el liberalismo y he aquí la tendencia de actualidad».

Por supuesto, en todo esto está el infaltable ingrediente de la intriguilla política. Junto a Gómez, y protegido por él, está el dr. Samuel Niño, cuya sola presencia es un elemento de irritación para Celestino quien, no sin razón, teme o en todo caso detesta las trapisondas del hombre traído por el jefe político y militar del Táchira como su secretario. Todo el estira y encoge alrededor de su nombramiento, y sus aventuras y desventuras —fue incluso destituido y encarcelado al encargarse Celestino Castro de la presidencia del estado— tiene un sabroso interés anecdótico[8].

MALDITOS ANDINOS

Nuestro partido... Como sea, esas palabras son propiamente inauditas al provenir de ese hombre que desde 1909 decidió brindar

«por la patria y por la unión» y hacer olvidar a los venezolanos hasta la palabra «partido». Pero a estas horas, Gómez aún confía en el suyo (como se demostrará más tarde, sólo en él confiará).

Ese «partido» no se ha formado por la voluntad de Castro y de Gómez, sino también, y mucho, por la impresión y los terrores de sus enemigos. Hasta la derrota de la Revolución Libertadora, los caraqueños parecen vivir en un estado de perpetuo susto ante los horrores, mayormente imaginados, que les esperan cuando la horda andina se desate.

El terror de los andinos es tal, que el 21 de diciembre de 1901, un hombre en apariencia no fácilmente impresionable, el embajador norteamericano Hebert Bowen[9], envía una comunicación confidencial al Departamento de Estado, sugiriendo acercar a Venezuela algunos barcos de guerra americanos, no sea cosa que a Castro lo derroten sus adversarios y sus tropas vayan a saquear la ciudad y cometer atrocidades antes de escapar[10]. Una semana más tarde, esta vez asustado de veras, el diplomático insiste en que el general Castro tiene «cerca de 3000 soldados traídos desde la frontera, y son de una clase tal que no dudarán en pillar y saquear si sienten que sus superiores no los retienen». Y si prefiere que los barcos estén a una distancia prudencial y no intervengan de una vez como sería lo lógico en circunstancias ordinarias, es porque eso podría verse como una demostración de fuerza contra Alemania, cosa que Bowen no considera aconsejable[11].

Hay quienes no parecen tener los nervios tan bien controlados como los de mr. Bowen. El 13 de diciembre de 1902, éste informa al secretario de Estado (en una comunicación no exenta de irónico desprecio por la cobardía de sus colegas) que los representantes diplomáticos de Gran Bretaña y Alemania en Caracas huyeron de la ciudad en volandas (dejando, por lo menos este último, prácticamente abandonada a su mujer), aterrorizados por la «loca idea» de que si no lo hacían así «los iban a atrapar, encarcelar y torturar»[12].

Ese terror de la horda andina será largo, y difícil de erradicar. Uno puede imaginarse cómo lo era entre los caraqueños comunes y corrientes, si sus hombres de letras más conspicuos, cuando no están medrando a su sombra, dan rienda suelta a sus miedos. Para Rufino Blanco Fombona, «El perjuicio que nos ha causado el andinaje voluntarioso, depredador, ignorante y sangriento, es incalculable» y por lo tanto para él se impone, «(...) para salvación de nuestra cultura que el andinismo invasor vuelva a sus guaridas»[13].

Don Rufino no está poniendo por escrito su primer denuesto racista,

pero hay de todas formas una curiosa contradicción en ese mismo opúsculo. Porque para él la solución final de todos nuestros problemas está en la imprescindible transfusión que lave nuestras venas de tanta mala sangre, y nos transforme, por vía de la inmigración, en un país caucásico: blanco, para decirlo en términos más visualmente accesibles. Pero lo más claro de piel que conozcamos, más que cualquier caraqueño o centrano, es ese «andinaje» que tanto desprecia...

Casi veinte años después de la llegada de los tachirenses a Caracas, Pocaterra los sigue acusando de haber traído «una doctrina de ferocidad»; de que «en su incultura, en su concepto primitivo de las cosas» no exista para ellos el adversario político sino «como un enemigo a quien deben asesinar, eliminar, envenenar, destruir. Todo es lícito contra el enemigo: el enemigo es el malo, el enemigo está fuera de la humanidad: debe matársele a palos, a hierro, haciéndole ingerir arsénico o vidrio pulverizado»[14].

Una acusación nada infrecuente en la polémica política, tampoco falsa de necesidad cuando se aplica a facciones implicadas en guerras civiles o religiosas. Aunque la manera de hacerla suele encerrar también una formulación maniqueísta: si para aquéllos todo adversario es malo y todo amigo es bueno, no es muy difícil que sea verdadera la recíproca, que los malos de verdad sean ellos, y los buenos quienes los enfrentamos. Aquí lo más significativo es la aplicación de esos criterios no a una facción sino a un pueblo. Porque ¿quiénes son esos «hombres del 99» tan feamente caracterizados por Pocaterra? No son los castristas, los gomecistas, los liberales de la salsa restauradora, sino los andinos que venidos «(...) bajo el crepúsculo y la traición, se impusieron por la unidad, por una disciplina, por un cierto sentido ofensivo y defensivo de solidaridad que margariteños, zulianos y mirandinos nunca han logrado entender»[15].

No era ése el primer rechazo enfrentado por un grupo regional asimilado, generalmente con razón, al caudillo dominante. En 1868, los caraqueños habían escuchado en boca de algunos manifestantes gritos contra los corianos, los «cabezones»[16]. La obsesión capital de los caraqueños estuvo presente también en 1928. El teniente Mariano Montilla, al delatar ante sus superiores el golpe del 7 de abril, dijo hacerlo movido entre otras cosas porque «(...) mi criterio me hacía ver que el asunto había sido contra los tachirenses por los gritos de 'mueran los táchiras cabezas chatas' que oí en los días de la huelga»...[17].

Pero ambas situaciones no son comparables, porque ni Falcón había sido un tirano, ni su dominación tan larga, ni tan cruel la impotencia

de sus opositores. El rechazo a los andinos debía producir una reacción elemental de solidaridad regional, y de sangre. Lo traduce así una correspondencia enviada por Eustoquio Gómez a Juan Vicente después del asesinato de «Juanchito», donde paga a los «centranos» con la misma moneda su temor y su desprecio.

La carta está repleta de prevención por la seguridad de su poderoso primo, y de desconfianza hacia esos caraqueños «(...) malucos y sagaces», que merecen que se les tenga cuidado «(...) hasta del médico que uno tenga no lo vayan a envenenar»...[18]. Es lo que Samuel Niño intentó contraponer, a raíz de la pandemia de 1918: frente al caraqueño «maluco», debía lucir el andino bondadoso. A la sazón «médico de la pobresía de Caracas» se jactaba en una carta al Benemérito de haber sido uno de los primeros en prever la desgracia que amenazaba la capital, por lo cual, dice «(...) para hacer lucir en esta vez más el elemento andino, ocurrí i mandé a excitar al Dr. Delgado Briceño a que conmigo i dos médicos más, paisanos nuestros, se pusiera a la cabeza de una especie de Cruz Roja andina para recetar a todos los enfermos y suministrarles las medicinas...»[19].

Así se formó, pues, el «partido» elogiado por Gómez en su carta de 1900: por la voluntad común de poder, y el prolongado rechazo de su asimilación por quienes los reciben, en resumidas cuentas, como un ejército extranjero de ocupación.

Eso va a tener, en lo inmediato, una forma de manifestarse: la próxima revolución que se organice en Venezuela buscará ser un movimiento de todas las regiones de Venezuela en contra de los andinos. Por lo tanto, la Revolución Libertadora, entre sus incontables jefes, no contará sino con dos tachirenses, ninguno de ellos con mando de tropas. Y no es una de las menores paradojas de esa revolución que, organizada para liberarse de aquel ejército para sus gustos tan «extranjero», haya recurrido al financiamiento de una compañía extranjera, el *trust* norteamericano del asfalto.

En cuanto a Gómez, bien le hace dejar el Táchira: no volverá jamás. Allá se quedan las peleas de política parroquial, las peligrosas intrigas de don Celestino. Pero mejor que dejar el Táchira, le ha hecho haber estado allí. Porque viene con algunas lecciones aprendidas, y si reflexiona sobre ellas, pueden servirle de mucho en el futuro. Ha aprendido a tomar decisiones solo, sin la mirada paternal de su jefe. También que se puede enfrentar, mirando desde arriba, a quienes pueden parecer muy poderosos: por encima de él, pues, no está sino el general Cipriano Castro, pero no *los* Castro.

De todas las lecciones allí aprendidas, acaso ninguna supere ésta: hay hombres que sólo le obedecen a él (también por supuesto a Castro. Esto no parece ser una simple cláusula de estilo, pero puede llegar a serlo). Ha sentido en sus labios, por la primera vez, las mieles de la popularidad y del aplauso; ha enseñado a los Castro que su retiro y su enfurruñamiento pueden hacer peligrar la Causa[20].

Por sobre todo, de aquella carta aflora una certidumbre: la Causa (todavía no la llama así, aunque tampoco hable de la «Revolución Liberal Restauradora», pese a que la novedad del título es muy cercana) no tiene uno, sino dos jefes. Ella obedece y confía en él «solo», y espera todo de ambos «solos». Cambia unidad por dualidad de una frase a otra, pero la reiteración es significativa.

En los próximos meses, va a tener muchas oportunidades para afirmarse en todas esas cosas. En marzo de 1901, ya Castro lo designa primer vicepresidente de la República. Pero eso puede no ser más que una designación honorífica, un premio a la fidelidad, al riesgo de su fortuna desde el requerimiento del 92.

Ese nombramiento, además, es lo más provisional que darse pueda: con la reforma constitucional de julio se le aparta de la vicepresidencia, y sólo volverá a ella cuando el vicepresidente en ejercicio, el aragüeño general Ramón Guerra[21], se pase con armas y bagajes a la revolución y deje solos a los dos jefes andinos.

NOTAS

1 *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores.* Caracas, año II, vol. 8, pp. 73-76. En adelante, este boletín será citado como *BAHM* y con indicación solamente del número del volumen.
2 J. Contreras Serrano, citado por Nemecio Parada, *Vísperas y comienzos de la revolución de Cipriano Castro.* Caracas, Monte Avila, 1973, p. 190.
3 *Ibídem*, pp. 191-192.
4 Esos 53 son los integrantes de la «plana mayor» de la Revolución del 23 de mayo llegados a Tocuyito el 12 de septiembre de 1899, compuesta por 443 oficiales y 1310 soldados. Vicente Dávila, «Figuras de la Revolución Restauradora». *Gente del Táchira.* Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Caracas, Imprenta Nacional, [1974].
5 Nemecio Parada, *op. cit.*, pp. 198-204.
6 *Idem.*
7 *Ibídem*, p. 12. Lo de «viejo» y «nuevo» Capachos designa quienes reconstruyeron el pueblo destruido por el terremoto de 1875 y quienes prefirieron instalarse en un paraje cercano. Además de la política, un río separaba ambas aldeas.
8 Lo cual no quiere decir irrelevante, incluso en la perspectiva de este estudio. Para el detalle de la gestión de Gómez en el Táchira, Cf. Tomás Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 45-62.
9 Hebert Wolcott Bowen (1856-1927), Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos en Venezuela a partir de 1901, descubrió que su antecesor en la Embajada, Francis Butler Loomis, estaba envuelto en los pleitos judiciales de la New York and Bermudez Company. A raíz del bloqueo de las costas venezolanas por las potencias europeas, Cipriano Castro lo nombró Ministro Plenipotenciario de Venezuela y en tal calidad firmó los «Protocolos de Washington» que pusieron fin al bloqueo. Al publicarse en la prensa norteamericana lo que Bowen había descubierto de Loomis, el presidente Roosevelt, con quien tenía ya malas relaciones, le atribuyó la responsabilidad del escándalo y lo hizo expulsar del cuerpo diplomático. Cf. *DHV*, vol. A-D, pp. 440-441.
10 «Bowen to [Secretary of State] Hay», Cable. December 21, 1901. U.S. Embassy, Venezuela. Despatches./ Book 75/RG 84/ *National Archives of the United States of America.* En adelante estos archivos serán citados sólo como *USANA.*
11 «Bowen to Hay», Dec. 28, 1901, Confidential. Venezuelan Despatches, *USANA.*
12 «Bowen to Hay», December 13,1902, Venezuelan..., *USANA.*
13 Prólogo al libro «Cantos de la prisión y del destierro», en *La oposición a la dictadura gomecista. Liberales y nacionalistas.* Caracas, CPPV-S XX, 1983, t. II, vol. I, p. 118
14 *Memorias de un venezolano de la decadencia.* Caracas, Monte Avila Editores, 1979, t. I, p. 73.
15 *Ibídem*, t. II, p. 131.
16 Cf. R. A. Rondón Márquez, *Guzmán Blanco, el autócrata civilizador.* Caracas, Tipografía Garrido, 1944, pp. 159 y 179.
17 «Expediente relativo al alzamiento militar en contra del gobierno del general Juan Vicente Gómez, acontecido en Caracas, el día 7 de abril». *Archivo de Rómulo Betancourt.* Caracas, Editorial Fundación Rómulo Betancourt, 1990, t. 2, p. 142. En adelante, esta compilación será citada como *Archibeta.*
18 «Eustoquio Gómez a Juan Vicente Gómez», 18 de octubre de 1923. *BAHM*, mayo-junio de 1961, p. 201.
19 «Samuel Niño a Juan Vicente Gómez», Caracas, 23 de febrero de 1919. *Los hombres del Benemérito.* Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana-Universidad Central de Venezuela, 1985-1986, t. II, p. 288.

20 Castro ordenó a Gómez que entregase el gobierno del estado Táchira a su hermano Celestino. Gómez sintió esto como una bofetada, y se retiró a «La Mulera». Celestino Castro se asustó, y le hizo regresar a San Cristóbal, cosa que hizo Juan Vicente Gómez cosechando múltiples aplausos a su paso hacia la capital del estado. Cf. T. Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 57-59.

21 Ramón Guerra (1841-1922). Caudillo militar y político. Pese a sus orígenes conservadores, que lo hacen situarse siempre del lado de los vencidos en la Guerra Federal y en la Revolución de Abril, a partir de 1878 se pone al lado de Guzmán, más tarde de Joaquín Crespo en la «Legalista». Después del triunfo de la Revolución Liberal Restauradora, llegará a los más altos cargos, lo cual no le impedirá pasarse a la Libertadora. Gómez, después de 1908, lo nombrará al Consejo de Gobierno. *DHV*, E-O, pp. 380-381.

IV. De segundón a virrey

A Gómez le va a suceder en los meses siguientes a su primera elección como vicepresidente en 1901, algo mucho más importante que ese nombramiento: se va a convertir en un jefe militar. Esa será, puede decirse, su gran deuda con la Revolución Libertadora. Este asunto merece ser examinado desde el punto de vista político por encima del propiamente militar, aunque ambas cosas sean inseparables, y que una cosa sea entonces la expresión obligada, inevitable e inmediata de la otra.

Hasta ahora, y pese a su participación en los combates de la Revolución Restauradora, Gómez no se ha enfrentado a ninguno de los próceres de medio siglo de guerras venezolanas. Al revés del general Castro, quien había visto la política desde adentro como diputado anduecista, como gobernador de la Sección Táchira, Gómez lo había hecho desde afuera, como el provinciano deslumbrado por la capital, venido para ver de cerca y quizás hablar con los hombres cuyos apellidos había oído mentar tantísimas veces. De igual manera, mientras Castro conoce la guerra desde adentro, por haber combatido y en ocasiones derrotado a esos nombres de historia y de leyenda, Gómez puede haber peleado, y haberlo hecho bravamente, pero quien dirigió las acciones, y sobre todo quien las ganó, fue Castro.

Ahora las cosas cambiarán: la guerra no será para él un concepto abstracto o una realidad que deba soportar sin influir mayormente en su destino, pues va a tener encarnaciones muy concretas: hombres de carne y hueso con nombres y apellidos («de solar conocido») enfrentados ahora por otro, también con rango, nombre y apellido. Pero, esta vez, no los del general Cipriano Castro, sino del general Juan Vicente Gómez.

EL SUBALTERNO

Diez meses después de haber sido nombrado Gómez vicepresidente de la República, comienza la Revolución Libertadora. Todavía no se le llama así, ni tiene la importancia que adquirirá después, bajo la jefatura de Matos y con el financiamiento de la *General Asphalt*. El 20 de diciembre de 1901, Luciano Mendoza, presidente del estado Aragua, se declara en rebeldía. Inmediatamente, sale a combatirlo, asumiendo la Comandancia General del Ejército del Centro. El relato de esa campaña fue cubierto más tarde con el velo habitualmente brillante de la adulación. Gómez mostrará entonces una cualidad que aun si se echa de lado toda la prosa laudatoria, nadie puede negarle, por lo visto y lo por ver: la tenacidad. El general no se detiene hasta que le ha visto el hueso a su enemigo.

Su táctica no consiste en vencerlo en una batalla o en varias, sino en cercarlo y perseguirlo sin descanso, exterminarlo[1]. Lo hará con Luciano Mendoza, hasta vencerlo en La Puerta. Luciano Mendoza, el hombre que había vencido a Páez: para Gómez, todavía eso era historia reciente, historia no aprendida en los libros, sino en las conversaciones domingueras, luego de los gallos, o en las noches, cuando se regresa de la faena para la última colación y el sueño.

Sus consejeros, «doctores» o no, recordaron de inmediato que allí, en La Puerta, había sido espantosamente derrotado el Libertador, y que, en cambio, Gómez había vencido[2]. Y nada menos que a Luciano Mendoza, vencedor de la primera lanza del mundo. El paralelo le encanta a cualquier venezolano, así resulte muy sacrílego para mentes formadas en la religión patriótica. Nada le cuesta archivarlo en su cabeza, para extraerlo como una aspiración, un deseo de infancia. A nadie miente cuando dice que desde muy joven quería conocer La Puerta y a Luciano

Mendoza: a nadie, salvo quizás a sí mismo.

La memoria suele trampear de esa manera, tanto más a un hombre en cuyo oído ya deben haber comenzado a murmurarle las brujas que, por haber nacido un 24 de julio, desde la cuna traía inscrito un gran destino. Pero cuando en 1931 le diga a Fernando González que «en el combate de La Puerta supe que yo sería Presidente de Venezuela»[3], esto resulta, en términos prácticos e inmediatos, mucho más verosímil: ya él ha sido vicepresidente de la República; tiene bajo su mando hombres en armas; ya sabe que entre éstos hay muchos que sólo a él obedecen; está enfrentando y derrotando a un guerrero casi mítico, y lo hace en ese sitio de tan mal recuerdo. No son señales en el cielo: son señales muy claras en la tierra.

Para agregar a eso, tampoco está venciendo solamente a un hombre abandonado por la suerte, o que hubiese perdido sus facultades guerreras. Con las mismas se interna en los llanos y derrota a otra leyenda: Luis Loreto Lima, «temible lancero»[4]. Pacificada además por sus armas la Sierra de Carabobo, vuelve a Caracas en febrero de 1902, para que, esta vez el Congreso, lo ratifique como vicepresidente de la República. Tal vez no haya una relación directa entre el triunfo y su nombramiento. Porque no se trata exactamente de una promoción. Gómez no es electo único vicepresidente, sino con el coriano Jesús Ramón Ayala[5].

Castro todavía no parece tener suficiente fuerza para que su propia presidencia sea flanqueada sólo por Juan Vicente, o alguna otra fórmula que remate institucionalmente la hegemonía tachirense. Pero, una vez más, ese cargo va a tener dos elementos que lo completan, y contribuirán a afirmar más hondamente su independencia y la confianza en sí mismo ganadas con su administración del Táchira y sus batallas del centro y occidente: mando de tropas y enfrentamiento con caudillos prestigiosos. El 13 de marzo de 1902, quince días después de su elección, Castro lo designa Delegado Nacional para los estados Falcón, Lara, Yaracuy, Zulia, Trujillo, Mérida y Táchira.

Se embarca en Puerto Cabello rumbo a Coro, y, más importante, se va a enfrentar con otros caudillos de mucho renombre: Juan Pablo Peñaloza[6] y Gregorio Segundo Riera[7] son derrotados en Urucure. De allí al otro extremo del país, porque el «cuero seco» pisado en occidente, se ha levantado en oriente.

En la batalla de Carúpano recibe una herida de la cual no se ocupa sino varias horas después[8]. La bala entra por la parte superior de la pierna y sale por una nalga: nada le cuesta a sus enemigos proponer

una trayectoria inversa. Pocaterra se agarra de allí para sugerir cobardía: sólo recibe ese tipo de heridas el hombre que huye[9]. Divertimento de escritor y venganza de exiliado. Ese balazo hará la fortuna política del médico Rafael Requena[10], pero sobre todo la del propio Gómez. Su herida no es nada leve, y debe ser trasladado a Caracas.

Entretanto, la revolución sigue su curso, y no parece haber nadie en quien el presidente pueda confiar para seguir con fidelidad y éxito sus indicaciones. Se produce entonces lo que los ajedrecistas llamarían un «enroque»: el general Castro se pone al frente de sus tropas, y el convaleciente general Gómez se encarga de la presidencia. Han pasado siete meses escasos de la batalla de La Puerta. Juan Vicente Gómez es ya presidente de la República (si bien no jefe del país ni de «la Causa»). Y lo será por ocho meses.

Eso quiere decir que estará en esa posición cuando se produzca el más importante enfrentamiento del castrismo, de la Revolución Libertadora, y el último gran despliegue guerrero, el «fin de fiesta» de las guerras civiles en Venezuela: la batalla de La Victoria.

LOS DOS HEROES

El análisis militar de esa batalla es cosa de especialistas, si en verdad reviste gran interés; por lo demás, ya ha sido hecho con cierta frecuencia. Dejaremos de lado entonces ese aspecto del asunto, salvo para señalar que allí queda ya definitivamente claro a quién pertenece el futuro: no al que acopie mayor número de caballerías, sino a quien pueda transportar con más rapidez tropas y municiones, porque, dice alguien comentando el suceso, «El fusil de repetición y la ametralladora revolucionan la táctica. Las célebres cargas de caballería, que tanto ilustran la Historia, ya no se podían ejecutar sin que fueran un suicidio colectivo...»[11].

Quienes buscaban aniquilar a Castro en La Victoria parecían incapaces de darse cuenta de esa nueva situación: de otra manera es imposible explicarse por qué no concentraron todos sus esfuerzos en cortar la comunicación entre Caracas y La Victoria; por qué Juan Vicente Gómez puede emplear el ferrocarril para menesteres militares, y el telégrafo para los políticos. No es, en todo caso, con intención de dejar una vía de escape al dictador en su derrota, si hemos de creer al

embajador Bowen de los EE.UU. Según él, los revolucionarios parecían estar extremando las precauciones a fin de cortar la retirada a Castro. Así, ochocientos de ellos, dice, se encontraban dispersos en las montañas vecinas a Caracas, vigilando especialmente el ferrocarril: «Hasta ahora, los presidentes, al desertar, han tomado en el momento de hacerlo el camino de La Guaira para escapar a Curazao, sin que nadie haya intentado impedirlo; pero el caso del General Castro se ve como una excepción: sustancialmente el pueblo todo le tiene rabia, y quiere capturarlo y encarcelarlo»[12].

En el mismo campo de batalla, los combatientes saben casi instintivamente cuál es la táctica más que correcta, prácticamente obligada, y así un boletín demasiado optimista de los revolucionarios, pinta como real la situación deseada:

> Encerrado como se halla el Dictador Castro, en La Victoria, y asediado por los 12.000 soldados que hoy forman el Ejército Libertador, escalonados desde Villa de Cura, Cagua, Turmero, Maracay, La Cabrera, Guacara y San Mateo, é interceptado por la vía de Caracas por 2.000 soldados, cortadas sus comunicaciones ferroviarias, telegráficas y telefónicas, con la Capital, cuantas veces ha intentado romper el cerco de hierro que le oprime ha sido rechazado con grandes pérdidas y obligado a refugiarse en la plaza de La Victoria, de donde ni se atreve ni puede salir, pues que al lograrlo será destruido irremisiblemente, mermado como está su ejército por el incalculable número de muertos, heridos, prisioneros y la constante deserción que sufre en cada vana tentativa que hace, hostigado por el hambre y molestado por el constante fuego de nuestras líneas avanzadas.
>
> Mientras tanto, nuestro ejército, bien alimentado, queda tranquilo, arma al hombro y lleno de entusiasmo y con abundante parque para hacerle frente á toda eventualidad, aumentado día tras día nuestro efectivo por la incorporación de tropas frescas que llegan una tras otra al Cuartel General Libertador. L. Duarte L.[13].

Pero una cosa es el papel y otra la realidad. La táctica de los revolucionarios es tan desconcertante, o su ineptitud tan evidente, que el mismo Hebert Bowen cuenta, seis meses más tarde, una historia demasiado bella para ser creída «(...) el plan de Matos no era capturar al Presidente sino asustarlo, y hacerlo correr. Por lo tanto, se abstuvo de destruir el ferrocarril entre La Victoria y Caracas»[14].

Lo de no destruir el ferrocarril era (como las más importantes de toda guerra) una decisión política, y como todas ellas, podía resultar a veces un arma de doble filo. Al evitar hacerlo se protegía un medio de

comunicación que podía servir a la revolución, pero igualmente al gobierno. De hecho, desde mediados de octubre, una avanzada de los gubernamentales, dirigida por González Pacheco, liberó la vía para el paso de Gómez desde Caracas, al derrotar al general José Manuel Hernández Ron en Los Canales, cerca de Los Teques[15].

La batalla de La Victoria es la más importante en toda la carrera militar de Cipriano Castro. Es muy importante en la biografía política de Juan Vicente Gómez. Y es la más importante de todas las batallas que se hayan peleado en «las guerras federales» desde 1859. Más que Santa Inés, más que Coplé y por supuesto, más que Tocuyito[16]. Y lo es, sobre todo, por ser la última de su magnitud en una guerra civil venezolana. Por todo eso, es muy normal que se la hayan querido apropiar. Los áulicos de Cipriano Castro consagraron a La Victoria como «la Ciudad Santa de la Restauración». Los de Gómez pusieron de relieve su llegada con tropas frescas para salvar a Castro del desastre. Este es uno de esos casos donde el exceso en la cortesanía llega a producir un efecto contrario al buscado. Porque si se aparta la cortina adulatoria, la versión de Gómez suena mucho más verdadera.

Cuando se leen los relatos de la batalla, se siente una extraña impresión, como siempre que un hecho, una realidad, no encaja en un estereotipo, una *idée reçue*. Se piensa en Castro como un hombre hablando permanentemente para la galería, mientras Gómez parecía tener una idea menos teatral de la política. En este caso, el tono que adopta indica que ya se ha producido en el futuro Benemérito un cambio en cuanto a la consideración de su propia persona y de su papel en la lucha por el poder y en la historia de su país. Cuando Castro le ruega que lo socorra aunque sea con un batallón[17], la forma de empequeñecer la exigencia suena a una de sus típicas exageraciones. Pero la respuesta es igualmente enfática: Gómez parece contagiado del lenguaje de su jefe. Ya no es el amigo quien le habla al amigo, ni el subalterno quien le responde al jefe, sino el redactor de una correspondencia que la historia guardará, recogerá en sus archivos. No es un batallón, le responde, sino mil hombres que irán a socorrerlo, y a su cabeza iré yo mismo. O sea, que triplica con su oferta la petición de su jefe[18].

En esa correspondencia todo calza, todo suena maravillosamente bien, y se hace entonces muy difícil creer que no haya sido pesada y calculada en cada una de sus palabras. En primer lugar, hay una posible reconvención a don Cipriano: el jefe supremo del país, el gran caudillo militar, no sabe de cuántos hombres dispone en su reserva al punto de

aparecer mendigando algunos soldaditos. Gómez sí lo sabe, y más que saberlo, está dispuesto a sacarlos de donde sea: enviará mil hombres.

La proposición de multiplicar por tres el contingente solicitado por Castro suena pequeña en el papel. Pero en la práctica, se trata de armar, vestir, calzar, alimentar mil hombres: son dos a tres mil raciones diarias de rancho, armas personales, balas, cañones, caballos, medicinas[19]. Esos hombres, además, no van a arriesgar el pellejo solos, ni bajo el comando de cualquier subalterno: yo mismo los llevaré. El general Castro, la causa, la patria, me van a deber ésa.

En lo que a Castro concierne, ese agradecimiento se hará público y reiterado desde el primer momento. Cuando, luego de vencer y dispersar a sus enemigos en La Victoria, vuelva el 9 de noviembre de 1902 a Caracas, lo hará junto con Juan Vicente. No regresa pues, como llegó de Tocuyito, el héroe, el vencedor, sino que se adelantan a recibir los vítores *dos* héroes, los dos vencedores de La Victoria. Porque como si todo eso fuese poco, Castro lo dice, con todas sus letras: la victoria es de ambos, y si se le pide mucho, de Gómez: «Saludo al General Juan Vicente Gómez y lo felicito por el triunfo de La Victoria, porque esas glorias son de él», le dice en una tarjeta[20].

Hay muchas formas de interpretar esas palabras de Cipriano Castro. Una de ellas, tanto tiempo preferida, es atribuirla a su incontenible logorrea. Por hablar demasiado, por dar demasiadas explicaciones, el caudillo va afilando lenta pero seguramente el cuchillo para su garganta. Otra es la absoluta confianza depositada hasta ese momento en Juan Vicente Gómez, producto no solamente de los lazos de paisanía, sacramento y partidarismo, sino también y sobre todo del convencimiento de las limitaciones intelectuales de su subalterno, las cuales se traducen fácilmente en falta de ambiciones: Gómez no quiere sustituirlo, lo ha demostrado. Pero además, no puede hacerlo, y esto es tan evidente que no necesita demostración.

¿Y por qué no tomar a Castro al pie de la letra? Hacerlo habla demasiado bien de las capacidades de Gómez y por lo tanto, durante el tiempo de su dominio, fue la interpretación oficial. Por esto, también la más impopular, la menos creída después de 1935. Es muy claro, siguiendo el curso puramente cronológico de los acontecimientos, que luego del arribo de Gómez se decide la batalla de La Victoria. Esto quizás no quiera decir que la llegada de Gómez decidió la batalla, pero se le parece mucho, y en lo inmediato hacer la distinción es más difícil y complicado porque Castro no la hace. Entonces, que la decisión de la batalla de La Victoria se deba a la ineptitud de sus adversarios, a la

falta de una jefatura única real; que ella se deba a las cualidades militares del propio Castro, capaz de derrotar a catorce mil adversarios con apenas la mitad de esos efectivos, y con la sorpresa de última hora de sus tropas frescas venidas de la capital; o que se deba a la capacidad de Gómez, a su previsión, a su coraje para ponerse al frente de sus tropas, poco importa: porque de todas esas explicaciones, la única que se dio en ese momento fue esta última, y por el propio jefe del gobierno y de las tropas vencedoras.

Castro no ve, pues, enemigos, ni siquiera remotos adversarios en sus propias filas: los que tenía estaban enfrente, y los acaba de vencer. Pero hay algo más, que no puede ser descartado. Compartir de tal manera los laureles con Juan Vicente no es solamente una actitud asombrosa en este caudillo tan guzmánico, tan egocéntrico: puede verse también como una jugada política. Tanto Castro como el Gómez de los primeros años de su gobierno buscan, como todo el mundo lo hace, gobernar con los suyos, lo que quiere decir con sus tachirenses. Pero su llegada al poder no fue producto de una victoria militar (la de Tocuyito fue demasiado inconcluyente y en resumidas cuentas una victoria pírrica) sino de una victoria política. Y como tal, ha tenido que tomar en cuenta la realidad existente a su llegada. Por eso, lo de «nuevos hombres» en su proclama inicial no pasaba de ser una aspiración: en su gabinete había una mayoría de «viejos hombres» gastados por la lucha política, entre ellos un Andueza Palacio que se hacía acaso la ilusión de ser el poder detrás del trono de quien tan fiel le había sido en 1892. La Victoria es así en muchos sentidos el remate de Tocuyito. Es el remate militar, y por lo tanto, ha de serlo también político. Por eso, es necesario que se sepa que la gloria del triunfo corresponde a Cipriano Castro en el primero, pero también en el segundo lugar. Así como él es una proyección de Gómez, así como Gómez se siente colectivamente representado, encarnado en Castro, la recíproca es también verdadera. Castro no se desembaraza de sus compromisos personales y políticos con los «centranos»: no quiere o no puede. En todo caso, ya ha tenido demasiado roce con la política para saber que ella está hecha de tantos pasos atrás como adelante, y que no forman su entramado sólo afirmaciones intransigentes sino también concesiones habilidosas, negociaciones. Pero algo sí lo quiere dejar claro: él es el vencedor militar, y lo ha sido *con los suyos*, con ese Juan Vicente a quien ya todo el mundo se está acostumbrando a considerar su *alter ego*.

Es bien conocido el dicho según el cual la victoria tiene cien padres, pero la derrota es huérfana. La batalla de La Victoria parece contradecir

eso. Tiene un solo vencedor: Castro, o sea Gómez; Gómez, o sea Castro. Pero tiene cien vencidos, que lo fueron por querer todos ser padres de una victoria, creían ellos, segura. Allí no fue derrotada la capacidad militar de cada uno de esos caudillos, dirá más tarde Eleazar López Contreras: sucedió que «(...) la rivalidad se había impuesto y ninguno de los jefes de cuerpo quería desgastar sus efectivos, pensando que en el momento del triunfo, el más fuerte en hombres y en material sería tomado más en cuenta por el Jefe de la Revolución»[21]. Esta podría ser la explicación de un hecho que no ha dejado de intrigar a quienes se han ocupado del asunto: la desbandada de los revolucionarios en La Victoria a partir del 2 de noviembre. Luego de la llegada de Gómez, pero cuando todavía sus contingentes estaban enteros. Reflexionando sobre la cuestión casi sesenta años más tarde, Antonio Arráiz la compara a otro suceso de la Guerra Federal, la retirada del Paso de María. Pero mientras ésta se produjo luego de una derrota, lo de La Victoria ocurría, dice, en medio de «favorables circunstancias»[22].

NOTAS

1 «Llegué a pelear a Mendoza; lo alcancé en Villa de Cura; estaba acostado en su *chinchorro* en la plaza y no quiso hacer eso [*sic*] hasta que le dijeron: Vea, General, que Gómez ya está en la plaza. Entonces pidió su mula...
Seguí persiguiéndolo; por allá, en un terreno quebrado, lo alcancé... De pronto, oí que habían cesado los disparos... Pensé: Como este Mendoza es tan astuto, ya cogerá mi vanguardia por ahí... Seguí, y era que se le habían *enconchado los winchesteres.* Yo cogí un *máuser* y lo puse sobre el hombro de Luis Godoy, para disparar, diciéndole: No se asuste, mi doctorcito...
En fin, seguí persiguiéndolo y lo alcancé en La Puerta. Cuando llegué, me dije: ¿Esta es pues La Puerta, donde han fracasado los libertadores...? Allá derroté a Mendoza». Fernando González, *op. cit.*, p. 170.

2 El Jefe del Estado Mayor general, José A. Dávila, al resumir para Gómez la situación, le escribe el 23 de diciembre de 1901: «Pláceme, pues, darle cuenta de tres combates afortunados que libró el Ejército en el memorable día de ayer; combates gloriosos si se advierte que con ellos se ha redimido a La Puerta de la fatalidad que la oscurecía en la historia como campo siempre adverso a las armas de la República». BAHM, nº 14, pp. 37-38.

3 *Op. cit.*, p. 99.

4 *Idem.*

5 Jesús Ramón Ayala (1850-1920), liberal guzmancista, luego adversario de Guzmán. En abril de 1899 se separa del gobierno de Ignacio Andrade y se pasa a la revolución de Castro, bajo cuyo gobierno será diputado principal por el DF, jefe civil y militar del estado Falcón y ministro de Fomento. Después de 1908 preside el Consejo de Gobierno, disuelto en 1913. Cf. *DHV,* P-Z, p. 266.

6 Juan Pablo Peñaloza (1855-1933). Militar liberal tachirense, opositor de Cipriano Castro y uno de los jefes de la Revolución Libertadora. Miembro del Consejo de Gobierno en 1908, implicado en la conspiración de Román Delgado Chalbaud, exiliado, invade varias veces a Venezuela, hasta ser apresado para morir en prisión a los 78 años. Cf. *DHV,* P-Z, pp. 68-69. La última de sus invasiones sirvió de anécdota al film del joven cineasta venezolano Alberto Arvelo Mendoza, *Candelas en la niebla*, en 1988.

7 Gregorio Segundo Riera (1852-1917). Militar coriano. Participó activamente en la Revolución Libertadora, luego en el Consejo de Gobierno de Gómez. Cf. *DHV,* P-Z, p. 429.

8 «El 6 de mayo de 1902 el general Gómez recibió un balazo en la pierna izquierda, único que recibió en toda su existencia, casi en la ingle, con orificio de salida en la nalga correspondiente, en la batalla de Carúpano. Contaba él que en plena acción bélica, pudo percatarse de que desde la torre de la iglesia cercana, le estaban disparando. Entonces dirigió su máuser, que estaba utilizando en la batalla, hacia ese sitio y cuando había hecho trece disparos sintió un golpe en el muslo izquierdo (...) Enseguida se dio cuenta de que tenía pérdida de sangre»... Gabriel Briceño Romero, *Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina.* Caracas, 1982, Número Extraordinario, Parte ii, p. 90. Para Márquez Bustillos, no hubo en eso distracción, sino voluntario desdén: «Hasta las cinco y media de la tarde estuvo peleando sin querer curarse». Victorino Márquez Bustillos, *Semblanza del gral. Juan Vte. Gómez.* Caracas, s/e, 24 de julio de 1919.

9 «Gómez huyó por las playas de Carúpano con un tiro en las nalgas». Pocaterra, *Memorias...*, t. II, p. 407. En 1935, el terrible polemista ha matizado su desprecio: Gómez no huyó ante el fuego, sino que, por el contrario, en Carúpano «(...) embiste

y atrapa una herida». *Ibídem*, p. 507.

10 Quien se opuso a que le fuese amputada la pierna al general, y recomendó su traslado a Caracas. Gómez no lo olvidó, protegió al joven profesional, y más tarde lo convirtió en su secretario general. Información de su nieto, dr. Jaime Requena.

11 Pablo Emilio Fernández, *Gómez el Rehabilitador*. Caracas-Madrid, Jaime Villegas Editor, 1956, p. 45.

12 «Bowen to [Secretary of State] Hay», June 14, 1902. «U.S. Embassy, Venezuela. Despatches»/ Book 75/RG 84. USANA.

13 «EJÉRCITO LIBERTADOR. SECRETARÍA GENERAL. BOLETÍN DE GUERRA nº 14. Cuartel General Libertador en San Mateo, a 28 de Octubre de 1902». BAHM, nº 4, p. 61.

14 «Bowen to Hay», Nov. 15,1902. «Venezuela. Despatches», USANA.

15 Antonio Arráiz, *Los días...*, p. 130.

16 Al menos desde el punto de vista militar; pero no, para los gomecistas, desde el punto de vista político. Es así como, al celebrarse los XXV años de esa batalla Laureano Vallenilla Lanz escribió el 14 de septiembre de 1924 un editorial de *El Nuevo Diario* que según él mismo le había inspirado el propio Gómez. En Tocuyito, decía, se había completado el proceso de integración orgánica del país con la incorporación del elemento andino, y «Desde este punto de vista Tocuyito completa a Carabobo». BAHM, Año XXXIII, nºs 139-40, p. 147.

17 En el Presupuesto de Rentas y Gastos Públicos en el período fiscal del 1º de junio de 1901 al 30 de junio de 1902, en el capítulo destinado al Ministerio de Guerra y Marina, un batallón (el de la Guardia de Honor del Presidente de la República) consta de 331 hombres, repartidos así: Un general, un coronel, un comandante-jefe de instrucción, un capitán habilitado, un capitán ayudante, un alférez abanderado, cinco bandas, cinco capitanes de compañía, cinco tenientes, diez alféreces, cinco sargentos primero, quince sargentos segundo, veinte cabos primero, veinte cabos segundo, doscientos cuarenta soldados. Estados Unidos de Venezuela, *Gaceta Oficial*. Caracas, jueves 23 de mayo de 1901, p. 9.

18 Márquez Bustillos, *op. cit.*, p. 86.

19 Una idea de lo que eso puede significar, referido sólo a vestido y calzado, puede tenerse leyendo un mensaje enviado por Castro a Gómez en Villa de Cura, el 2 de enero de 1902: «En cuanto a las alpargatas, ya he dado orden para que le sean remitidas inmediatamente por el General Alcántara y en cuanto a los vestuarios, lo más rápido y práctico es que usted proceda inmediatamente a comprar las telas en ésa [Villa de Cura] y a mandarlos a hacer, distribuyéndose la hechura por compañías, de modo que en un instante tenga usted vestida a su fuerza» BAHM, nº 14, p. 50.

20 Márquez Bustillos, *op. cit.*, p. 87.

21 Eleazar López Contreras, *Páginas para la historia militar de Venezuela*. Caracas, Tipografía Americana, 1944, p. 55.

22 Antonio Arráiz, *op. cit.*, p. 131.

V. El pacificador de Venezuela

EL BROCHE DE ORO

Eso no es todo. En los meses siguientes, Gómez va a realizar una labor que ya se le ha hecho familiar antes de La Victoria: acosar y aniquilar al enemigo disperso. Castro —y Juan Vicente, según el mismo Cipriano— lo había hecho en un gran despliegue, en concentrado, en aquella batalla. Ahora, viene lo que podría considerarse una especie de guerra «al detal». Pero no se crea que en ella, Gómez esté combatiendo y derrotando a gente sin importancia, subalternos huyendo despavoridos: está atacando y destruyendo otra vez nombres cubiertos de gloria, sólo que para él eso ya viene a ser casi rutina.

En abril de 1903, vence en El Guapo nada menos que a Nicolás Rolando[1]. Esa será una de las hazañas guerreras de Gómez más elogiadas por sus aduladores, y no es para menos, con semejante adversario, pero ¿qué es eso para quien derrotó en La Puerta al humillador de Páez, qué es eso para el co-héroe de La Victoria? Cuando en junio de 1903 Manuel Antonio Matos sea destruido en Matapalo, la Revolución Libertadora lo ha sido completamente en occidente.

Dicho así, todo eso no parece significar mayormente sino una

sucesión de combates, por mucho que ellos sean victoriosos. Pero no pasaría de ser relleno para la biografía de un jefe militar, incluso si se destaca que Gómez hizo morder el polvo a ese Rolando que había puesto en fuga a Castro pocas semanas antes. Lo importante políticamente es que, después de La Victoria, será el general Juan Vicente Gómez quien aplaste la revolución en oriente y en occidente.

Pero a las glorias de Gómez faltará todavía un broche, el que por la pluma de su jefe lo consagrará ante la historia. El 26 de junio, nombrado Jefe del Ejército en oriente y Delegado Nacional, se embarca con dos mil hombres en La Guaira. El no lo sabe, nadie puede saberlo, pero se dirige a iniciar la más importante de sus acciones guerreras, el sitio de Ciudad Bolívar.

Su importancia política supera cualquier otra, y para muestra, basta una frase: es la última batalla del siglo XIX. Allí se cierra el ciclo abierto por Ezequiel Zamora en 1859. Durante el gobierno de Gómez, se habló muchas veces de la batalla de Ciudad Bolívar. Sus amigos, como una de tantas formas de adulación. Sus enemigos, para negarle crédito alguno en el triunfo. O sea, que de lado y lado se aludió a ese encuentro, y se le utilizó, como un hecho político.

Eso era correcto, pues fue tal su mayor importancia; pero no nos da un mejor conocimiento, ni sobre todo un relato imparcial de la misma. Y sin embargo, existe por lo menos uno. Cuando se aproxima el enfrentamiento, el gobierno de los EE.UU. considera conveniente enviar un barco de guerra para proteger las vidas y (sobre todo) haciendas de sus ciudadanos en previsible peligro.

Ese barco será el *Bancroft*. Aunque Márquez Bustillos se refiera a él incorrectamente como «Vancroft», sólo le interesa decir que su capitán había felicitado a Gómez por haber llevado a cabo con tanta brillantez su operación[2]. Lo de la «felicitación» habría que creérselo a Márquez Bustillos, lo cual, como es normal en esos casos, no es aconsejable.

Pero su capitán, A. E. Culver, escribió para el secretario de Marina de los Estados Unidos de América, un informe bastante detallado sobre los sucesos, el cual tiene la doble ventaja de contener datos de primera mano y provenir de una fuente insospechable de parcialidad[3]. El *Bancroft* llegó a Ciudad Bolívar el 15 de julio de 1903, adelantando una cañonera francesa, el *Jouffroy*. Al comunicarse con el *Restaurador*, donde estaban concentrados los oficiales mayores del gobierno, se supo que las hostilidades todavía no se habían desatado, porque el general Gómez, vicepresidente de la República, había consentido en posponer por veinticuatro horas el ataque, esperando la respuesta de Castro a un

llamamiento hecho por una comisión formada por el obispo y varios cónsules. Desoyendo el consejo de los oficiales del *Restaurador*, Culver siguió río arriba hasta llegar frente a la ciudad «donde podía observar más de cerca el curso de los acontecimientos y ofrecer una mejor protección» a quienes se la debía.

Desembarcó con el agente consular de su país, mr. Robert Handerson, y pidió al general Rolando que entregase los bajeles *Guanare, Masparro* y *Socorro*, cuya recuperación era el motivo principal de su presencia allí. Los tres barcos pertenecían a la *Orinoco Steamship Company*. Con la anuencia también de los oficiales del gobierno, Culver logró ponerlos a salvo. Al mismo tiempo, por ruego de varios jefes revolucionarios, consintió en telegrafiar a su ministro en Caracas, pidiendo negociar con el gobierno un nuevo plazo antes de comenzar el fuego.

El informe, de trece páginas, es bastante minucioso. Pero tres elementos merecen ser destacados, lo cual de hecho, allí mismo se hace. El primero es la buena voluntad con que Gómez recibe a quienes le piden alargar el plazo de su ataque a la plaza, para ver si Castro consiente en una solución negociada, cuya condición era una amnistía a Ramón Farreras[4], a quien el Cabito quería castigar por traidor. Llaman aquí la atención dos cosas: la primera, Gómez se siente con bastante fuerza como para tomar una decisión personal, pasando por encima de una postura en apariencia muy firme del general-presidente de la República, por ambas condiciones su superior jerárquico. Dos, su visión del asunto en términos más políticos que militares: no solamente, dice Culver, Gómez pareció complacerse mucho con su visita, sino que, agrega, «(...) dijo que tenía del Presidente [Castro] órdenes imperativas de atacar, pero que su mayor preocupación era evitar derramamiento de sangre y que no ordenaría atacar hasta tener noticias de [las gestiones del] Embajador de los EE.UU. en Caracas». Esto no parece ser simple saludo a la bandera: Gómez esperará hasta que el capitán del *Bancroft* le informe de la inutilidad de sus esfuerzos, y lo libere de su compromiso de no atacar[5]. Cierto, eso no es nada nuevo: ni el más obtuso jefe militar va a comprometerse en una batalla si puede obtener la victoria sin disparar un tiro. Pero con su actitud, Gómez se aleja mucho del sumiso segundón —y del salvaje sediento de sangre— pintado después (y quizás ahora mismo) por sus enemigos. Gómez se dispone así a esperar una respuesta del ministro norteamericano en Caracas, y su ataque se produce sólo cuando, ante la falta de ella (según parece, el telegrama no llegó nunca), Culver le envió un nuevo mensaje

relevándolo de su promesa.

En segundo lugar, en ese informe merece destacarse lo escrito sobre la destrucción de algunas de las mejores casas de Ciudad Bolívar por el duro y constante fuego abierto desde el *Restaurador* y el *Bolívar*. El informe de Culver justifica esa acción desde un punto de vista estrictamente militar porque, dice «(...) los revolucionarios se atrincheraron en ese barrio, detrás de barricadas y tras las gruesas paredes del mercado, y sólo el fuego de los barcos hizo posible el avance de las fuerzas del gobierno hasta la playa».

Finalmente, hay algo sobre lo cual el informe insiste varias veces: el control de Gómez sobre sus hombres. Cuando va a visitarlo a su cuartel general («a unas seis millas» de Ciudad Bolívar, precisa), encuentra grupos de soldados de ambos bandos que en algunos sitios estaban «a distancia casi de poder conversar», pero no por eso el fuego se cruzaba entre ellos. Apenas toma posesión de la ciudad, Gómez prohíbe la venta de ron.

El 22 de julio, Culver permite a sus hombres desembarcar para que puedan ver con sus propios ojos los sitios y las formas de las más fieras batallas: «Nadie en nuestra tripulación fue testigo de escena alguna de desorden, una buena indicación de que el General Gómez tiene a sus hombres bien en mano».

Hasta aquí, el capitán es de una precisión fotográfica. Se limita a describir y, cuando opina, lo hace como remate de una observación cuidadosa y, sobre todo, imparcial. Al finalizar la batalla, Culver envía al Departamento de Marina de los EE.UU. un cable cifrado:

> Un serio encuentro tuvo lugar dando como resultado la completa derrota de los revolucionarios. Se estiman las bajas en 1.200 muertos. La quietud ha sido restaurada en Venezuela. Entregué en Puerto España barcos de la Orinoco Company. Culver[6].

LA PROFECIA

En ese cable, transcrito también al final del informe, hay una frase que llama poderosamente la atención, porque rompe con el carácter inmediatamente informativo del mismo: *Quiet has been restored in Venezuela.*

Es curioso el fraseo de este mensaje. Culver podía haber rematado

poniendo en prosa llana lo visto con sus propios ojos: que la paz había sido restaurada en la ciudad asediada, o en toda la región si acaso recibió alguna información complementaria. Pero, ¿por qué hablar de «Venezuela»? ¿Cómo puede saberlo? El capitán Culver no lo sabe, pero está siendo profético, y lo está siendo incluso antes que Cipriano Castro, si bien su involuntaria visión del futuro quedará enterrada en un informe que todo el mundo olvidará. La quietud, en efecto, ha sido restaurada en Venezuela. Definitivamente.

Al adelantarse a Castro en la profecía, el capitán del *Bancroft* es más certero. El sustantivo usado para caracterizar la situación venezolana después de la batalla de Ciudad Bolívar no puede ser más atinado. No dice que «la paz» ha sido restaurada en Venezuela, porque es cierto, por mucho que Castro entonces, Gómez después, lo digan y lo repitan: todavía el cuero seco se levantará muchas veces (pensemos en 1929). Tal vez lo de *quiet* se pueda traducir como tranquilidad, pero existe otra palabra mucho más cercana en castellano: *quietud*. Esa es la traducción más conveniente de esa parte del mensaje. La que más le conviene histórica, si no idiomáticamente. Porque lo que Gómez va a asegurar en el futuro no será la paz (apenas la ausencia de una guerra prolongada) ni mucho menos la tranquilidad. Lo que Gómez impondrá sobre tres décadas de vida venezolana será la quietud. Culver tenía razón.

Pero además, hay otro elemento curioso en la utilización por Culver de esta palabra como sinónimo de paz. Y es que en el lenguaje de Maquiavelo, también son sinónimos ambas palabras: en sus *Istorie Fiorentine*, el famoso secretario emplea la palabra *quiete* por paz[7].

Este informe del comandante del *Bancroft*, merece un comentario más general, el cual permitiría resolver la contradicción formal entre este análisis de un documento militar y lo dicho más arriba, que se iba a eludir ese aspecto para concentrarse en lo político. Lo de la «profecía» de Culver es, por supuesto, mera casualidad. Pero su descripción de la batalla podría muy bien ser una síntesis de los veintisiete años de gobierno que van de 1908 a 1935.

En primer lugar, y en esto difiere de la táctica de Castro en La Victoria, Gómez se arriesgará en una batalla sólo después de haber puesto de su parte, y de entrada, todas las posibilidades de triunfo. En cualquiera de las estimaciones que hace Culver, los hombres con que cuenta Gómez superan en proporción de tres a uno a sus adversarios. Esto contraría casi palabra por palabra la lisonjera estimación de Márquez Bustillos. En un momento dado, Culver habla de siete mil

hombres, es decir, veintiún veces más de cuanto, pocos meses antes, aquel desesperado mensaje de Castro le pedía para decidir la batalla de La Victoria. Esos siete mil hombres se van a oponer a entre mil quinientos y dos mil adversarios en la asediada Ciudad Bolívar.

En segundo lugar, como ya se señaló arriba, la búsqueda de una solución política previa a la solución militar, retrata ese consenso buscado siempre por Gómez, el cual logrará con la casi unanimidad del país en los cinco primeros años de su gobierno.

En tercer lugar, una vez decidido a presentar combate, no entran en juego consideraciones distintas a las de lograr la victoria a cualquier costo. La orden de dañar las mejores casas de Ciudad Bolívar, entre ellas la del único norteamericano que allí habitaba, no puede haber sido una decisión tomada en los escalones inferiores de mando: debe haber sido conocida —y consentida, si no ordenada— por Gómez.

En cuarto lugar, la disciplina del ejército a su mando. Gómez no va a permitir, mucho menos propiciar entre sus soldados el saqueo y el botín. En aquella fecha tan temprana, lo que está tomando a Ciudad Bolívar no es una horda desenfrenada, sino un ejército regular cuyo jefe tiene, en las palabras de Culver, «bien en mano» a sus hombres.

Y finalmente, por supuesto, el resultado. La quietud, la misma que se enseñoreó en Venezuela durante los veintisiete años de su mandato.

Eso en lo que se refiere a la batalla propiamente dicha. En cuanto a quién coronar de laureles, interesa muy poco escoger entre los cien padres de toda victoria. Hay una conocidísima anécdota de la vida de Maquiavelo, cuando el autor de *L'Arte della Guerra* pasó toda una mañana tratando infructuosamente de alinear las tropas de Giovanni Dalle Bande Nere, cosa que este *condottiero* escasamente letrado logró en pocos minutos moviendo unas banderas.

Eso viene fácilmente a la memoria cuando se revisa al voleo la literatura de la emigración y ella se ocupa de la participación de Gómez en la batalla de Ciudad Bolívar. Que si se encontraba muy lejos del sitio de los acontecimientos; que si la decisión se debió por partes iguales entonces a las órdenes que desde la Casa Amarilla enviaba con meticulosidad Cipriano Castro, a la audacia de alguno de los sitiadores, incluso hasta a la intervención de algunos cónsules deseosos de evitar un inútil derramamiento de sangre. Cualquier cosa, pero que ni la más insignificante gloria de ese triunfo corresponda a Juan Vicente Gómez, quien, se remata, recibió casi con sorpresa el regalo de una ciudad sitiada por sus tropas.

La emigración gasta inútilmente su tinta y su bilis. El gran vencedor

de Ciudad Bolívar, y *de la Revolución Libertadora* fue Juan Vicente Gómez. Poco importa quien haya sido su vencedor en los hechos, su vencedor militar: fue su vencedor política e históricamente.

De ambas cosas da inmediato testimonio la florida prosa del general Cipriano Castro. Gómez le ha informado en términos bastante austeros, si no secos, del resultado de esa batalla, y felicita a su jefe por la consolidación de la paz en Venezuela[8]. Y Castro le responde con un telegrama visionario: a ese Gómez al cual un mes antes ya había visto «(...) predestinado para ser el Pacificador de Venezuela»[9], ahora le estará ratificando su orgullo de que sea un hombre como él quien haya «(...) sellado infatigable, el horroroso expediente de nuestras guerras civiles». La lengua del general Castro empieza a volar con la brida sobre el cuello, y llama a Gómez el «(...) gigante venezolano, cuyo solo nombre es capaz para someter ejércitos (...)» y a quien la Providencia, cuando decidió «(...) salvar a Venezuela del desbarajuste, del desorden y del caos en que venía, ya lo había destinado para ser a la vez cabeza y brazo de la obra más portentosa, por difícil, que realizarse pueda para la salvación de un pueblo»[10].

Antes de que Castro lo tratara de «gigante» con la palabra, lo había hecho con la plumilla el diario *El Pregonero*: una caricatura a cuatro columnas presenta a un Gómez juvenil, con las mangas enrolladas sobre sus codos, parado con las piernas en compás sobre «La piedra de en medio» (que está en el centro del Orinoco, frente a la antigua Angostura), echando al río sus redes, que aparecen repletas de pequeños «revolucionarios de Bolívar». La leyenda dice: «La campaña de Guayana. Ultimo tarrayazo»[11]. El título de «Pacificador» había comenzado a dársele ya en la prensa de provincias. Así, un suelto del periódico *La Reintegración* de Coro, anunciaba en junio la «(...) entrada triunfal á esta capital [d]el vencedor en todas partes, el pacificador de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez»[12].

Decir que Gómez es el vencedor político de Ciudad Bolívar, después de los mensajes de Castro, poca demostración necesita. Para decir que es el gran triunfador histórico, no se necesita ser historiador: igual puede decir cualquier venezolano de los años finales de este siglo que desde 1903 no ha vuelto a conocer guerras civiles.

De modo que cuando Gómez regrese a Caracas, ya no traerá sólo como presea el haber sido vencedor de una gran batalla. Ni siquiera la de haber sido vencedor —junto con Castro— de esta guerra, sino algo mucho más importante: viene como el vencedor de *la* guerra venezolana.

En la batalla de La Puerta, Gómez tuvo una extraña sensación, como si estuviese borracho. Eso al menos, pretendía Fernando González haber oído de sus propios labios[13]. Después de la batalla de Ciudad Bolívar, tiene muchísimas razones más para escuchar voces que le dicen *that shalt be king*, porque una de esas voces es por el momento la más escuchada en Venezuela.

Cuando Gómez regresa de Ciudad Bolívar, Castro, dice un relato de prensa, se adelanta a recibirlo en un bote orillado al barco *Restaurador*. «El General Gómez bajó, cayendo en brazos de su amigo y Jefe, y los cañones del 'Restaurador' y del 'Zamora' anunciaron a Venezuela que el Pacificador había concluido su obra, entregando al Jefe de la Restauración á Guayana como última conquista de su brazo de guerrero» y éste entonces lo saluda con un enfebrecido discurso que cierra vitoreando «(...) entusiasmado al vencedor en todas partes, á los soldados de la Restauración y a la paz de la República»[14].

Desde su bautismo de fuego en Colón, en 1892, hasta la batalla de Ciudad Bolívar, el general Juan Vicente Gómez ha participado, según un cumplido adulador, en 37 acciones de guerra (o sea, diez más de las que se jacta el propio general en su famosa carta al «Mocho»[15] cuando éste pasa a la oposición en 1911) y donde no se cuentan las escaramuzas y otras más cuyos datos confiesa ignorar el autor[16]. La prensa caraqueña destaca las muchedumbres que lo reciben (dos mil personas en La Guaira), y los arcos de triunfo erigidos a su paso con la leyenda: «General Juan Vicente Gómez, Pacificador de Venezuela»[17].

No es pues en la propaganda de su posterior gobierno, sino en la percepción de sus contemporáneos, y en la voz del presidente de la República y caudillo de la Revolución Liberal Restauradora que Gómez aparece como quien trae la paz. Es decir, que desde 1903, ya Gómez encaja dentro de la idea maquiaveliana de *virtù*: porque ésta es el puente que hace pasar una sociedad del desorden hacia la paz[18].

Dos años después de aquella victoria, el Congreso, al elegir presidente a Castro para el período 1905-1911, elige igualmente a Gómez primer vicepresidente, y a José Antonio Velutini[19] segundo.

NOTAS

1 Nicolás Rolando (1858-1914). Farmacéutico, liberal crespista, caudillo militar y político oriental. Después de El Guapo (en verdad una acción bastante inconclusiva) fue definitivamente vencido y apresado por Gómez en Ciudad Bolívar. Miembro del Consejo de Gobierno de Gómez desde 1908 hasta su disolución en 1913. Cf. *DHV*, P-Z, p. 473.

2 «(...) solicitaron [también el capitán de la cañonera francesa *Jouffroy*] conocer al General Gómez para felicitarlo por su estupenda hazaña militar, pues juzgaron admirable el plan estratégico del General Gómez y su inaudito valor para capturar en dos días una plaza fortificada de primer orden, con un ejército y recursos, iguales y quizá inferiores en cantidad al ejército y recursos de los defensores de Ciudad Bolívar». *Op. cit.*, p. 100.

3 Lieutenant Commander U. S. N. A. E. Culver, U. S. S. «Bancroft», Ciudad Bolívar. Venezuela, July 15th, 1903. Area File of the Naval Records Collection 1775-1910, Roll 261, Area B, April-September 1903. National Archives Microfilm Publications. USANA. Un periódico caraqueño de la época publicó un relato sobre «La Batalla en Ciudad Bolívar. Cuadros y escenas presenciadas [*sic*] por la tripulación del cañonero americano 'Bancroft'. Oficiales y tropas americanas prestan asistencia»; relato mucho menos detallado que el informe de Culver. Al parecer, fue redactado por un miembro de esa tripulación, aunque no aparece firmado ni atribuido a alguien en particular. Se refiere mayormente a los sucesos previos al desencadenamiento de la batalla. *El Pregonero*. Caracas, 21 de agosto de 1903, p. 2.

4 Ramón Cecilio Farreras Franchi (1875-1921). Militar de carrera, egresado de la Escuela de Artillería fundada por Joaquín Crespo en 1895. Entrega la plaza de Ciudad Bolívar a la Revolución Libertadora y su captura y castigo se convierte así en cuestión de principio para Castro. Después de la caída de la ciudad, será capturado y condenado a diez años de prisión, pero Gómez lo libera en 1909. Cf. *DHV*, E-O, p. 151.

5 «Campamento de Cañafístola, julio 18 de 1903. Ciudadano Teniente Comandante del buque de guerra americano 'Bancroft'. He recibido su atenta comunicación de esta misma fecha, en que me participa que retira su petición sobre suspensión de hostilidades, porque el General Rolando ha manifestado continuar dichas hostilidades, y porque a Ud. se le ha hecho imposible recibir la contestación del Ministro americano de Caracas, por no haberse podido restablecer la línea telegráfica». BAHM, nº 14, pp. 107-108.

6 BANCROFT-DIFORMAVA-GALICIOSO-REPLEGASEN-ATRAVESAR-GRUFOLANDO-STIERTSUCHT-DISARRAYED-LANCINETUR-VANNABO-WERFENDE-STURMHAUB-ORINOCO-COMPANY. CULVER. «A serious engagement has taken place resulting in the total defeat of revolutionists. Approximate loss in killed 1200 men. Quiet has been restored in Venezuela. Have delivered vessels Port of Spain Orinoco Company. Culver».

7 Niccolò Machiavelli, «Istorie Fiorentine» V, I, *Opere*. Milano-Napoli, Mario Bonfantini, 1954, p. 773.

8 *La Prensa*, 22 de julio de 1903, p. 2.

9 «De Caracas a Coro, el 6 de junio de 1902. General Gómez (...) Felicito al heroico batallador junto con sus valientes y abnegados atletas de la Causa Liberal Restauradora. Felicito al vencedor en todas partes, predestinado para ser el Pacificador de la República. Ninguno con más títulos que Usted que ha sido el salvador del salvador». BAHM, sept.-oct., 1961, p. 86.

10 *La Prensa*, 22 de julio de 1903, pp. 2-3.

11 *El Pregonero*, 23 de julio de 1903, p. 3.

12 Citado por *La Restauración Liberal*, Diario de la mañana, Caracas, 22 de junio de 1903, p. 2.
13 *Op. cit.*, p. 172.
14 *La Prensa*, Martes 4 de agosto de 1903, p. 2.
15 José Manuel Hernández (1853-1921). Conocido como «el Mocho», por una herida en combate que en 1870 le secciona dos dedos de la derecha. Antiguzmancista, será el símbolo del nacionalismo, una de las designaciones del conservatismo. Será uno de los caudillos más populares del siglo XIX, pese a sus reiterados fracasos. En 1897 opone su candidatura a la oficial de Ignacio Andrade, pero se le derrota fraudulentamente. Se alza, pero es vencido y permanece en la cárcel hasta que Cipriano Castro lo libera y lo convierte en su Ministro de Fomento, pero a los cuatro días ya está alzado de nuevo, y nuevamente derrotado. Castro lo hace liberar en 1902, cuando lo apoya ante el bloqueo de las costas venezolanas por las potencias europeas. Poco después volverá a romper con Castro y estará en el exilio hasta 1908. Vuelve al país con Gómez, y formará parte de su Consejo de Gobierno, hasta 1911 cuando rompe con aquél, y se va otra vez al exilio, donde morirá en 1921. *DHV*, E-O, pp. 456-458.
16 Tobías Arias O., *Relieves máximos*. Caracas, Editorial Elite, 1930, pp. 13-14.
17 *El Pregonero*, 6 de agosto de 1903, p. 1.
18 Neal Wood, «Machiavelli's Concept of *Virtù* Reconsidered». *Political Studies*, Oxford, Clarendon Press, June 1967, pp. 159-172. Esta es, por supuesto, la mitad de la proposición maquiaveliana. Su idea pesimista del desarrollo histórico le hacía verlo girando en círculo, volviendo siempre al punto de partida. Así, la paz lograda a través de la *virtù* derivaba hacia el *ozio*, que, padre de todos los vicios, remataba a su vez en el desorden, lo que imponía de nuevo la presencia de la *virtù* para traer la paz, la que a su vez,... etc.
19 José Antonio Velutini Ron (1844-1912). Militar, banquero y político liberal, de actuación destacada bajo los regímenes de Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo (de quien se le consideraba uno de los hombres clave), Cipriano Castro y también Juan Vicente Gómez, de cuyo Consejo de Gobierno forma parte entre 1909 y 1912. Fundador del Banco Caracas. Cf. *DHV*, P-Z, 852-853.

VI. Paz es guerra

LA PAZ ADENTRO Y AFUERA

En los meses que siguen a la batalla de La Victoria se van a producir dos hechos de influencia comprensiblemente poderosa en Juan Vicente Gómez. Nadie podría, por supuesto, presentar la evidencia de que esa impresión se le haya grabado desde el primer momento. Pero si llegan a condicionar, a determinar incluso, el desarrollo de su acción política, lo es porque igual habría sucedido con cualquier otro en su situación, en su circunstancia: no por ser Gómez, sino por ser venezolano, estar en el gobierno (aun si no tiene en sus manos todo el poder), vivir en esos años.

El primero es muy conocido, y tiene lugar apenas llegan los dos generales victoriosos a Caracas, derrotado Matos y su Revolución Libertadora: es el bloqueo de las grandes potencias europeas ganosas de cobrarle a la brava a Venezuela unas deudas que *inter alia* el azar de sus guerras le ha impedido pagar[1]. No será la primera vez que los EE.UU. pongan a prueba la Doctrina Monroe, pues la guerra hispano-americana en Cuba no tiene ni un lustro (y además, ahora la sangre no llegará al río). Pero señala un elemento a partir de entonces caracte-

rístico de la política del siglo xx: la formación, así sea efímera y por un motivo periférico, de grandes bloques continentales de potencias. Serán, de una parte, la tanto más formidable como impensada alianza militar de Europa occidental: Inglaterra y Alemania, apoyadas luego por Italia, (poco importa que doce años más tarde se estén sacando las tripas); de la otra, los Estados Unidos como protectores del continente americano.

A partir de ese momento, y hasta el presente, hay un axioma básico de la política: Venezuela no está sola en el mundo. Sea por lo que sea (y todavía faltan unos quince años para el petróleo, y veinte para el reventón de «Los Barrosos») ya deberá tener en cuenta que cualquier acción suya, cualquier situación suya, cualquier *guerra* suya, atraerá la atención de las potencias extranjeras. Y no es la lejanía, no es el mar lo que habrá de protegerla.

Cualquier país y cualquier hombre político que haga semejante descubrimiento, tiene ante sí dos opciones: o enfrentarlo, o someterse a él. Ninguna de las dos alternativas debe ser traducida necesariamente en términos guerreros. De hecho, Castro tuvo las dos actitudes, aunque no era muy difícil comprender que en un país donde la mitología de la Guerra de Independencia es tan poderosa como arma política, la primera produciría mejores dividendos a corto plazo. El bloqueo fue así la ocasión para proclamas altisonantes y reconciliaciones espectaculares, para el «abandono de los rencores», promesa del «Mocho» Hernández al salir del Castillo de San Carlos, donde purgaba su alzamiento contra Castro y de donde éste lo extrajo en busca de una teatral unanimidad nacional para combatir la agresión extranjera.

La actitud de sometimiento (tomada la expresión en el sentido de rendirse a la evidencia) será la de Gómez. Como el dictador buscó durante todo su dominio evitar problemas con «los musiúes», un lugar común de su biografía hace remontar esa actitud al trato con las casas alemanas, en sus años de negociante desinteresado de la política[2]. No tiene mucho sentido andar dándole vueltas a un cerebro con la ayuda de un manual de psicología. Si eso lo aprendió Gómez con los alemanes o por ciencia infusa, nunca se podrá saber a ciencia cierta: es mucho más fructífero partir de los hechos. Y ellos dicen que ese aprendizaje lo hizo Venezuela entera (sus hombres políticos y sus pobres diablos que pasaron tremendo susto) en 1902. Eso debía influir mucho más en un hombre que recibía ese impacto no como cualquiera ni en cualquier parte, sino en la Casa Amarilla, como presidente (encargado) de la República. En adelante, pero por supuesto a partir

de su arribo al mando supremo, Gómez no dará un solo paso que no esté inscrito de una forma u otra dentro de esa consideración de Venezuela como parte de un contexto internacional. Se tiene la impresión de que Gómez trató de aislar a Venezuela, de «provincializar» su política, y se piensa en la neutralidad venezolana durante la Gran Guerra.

Pero si se ve la cosa en detalle, resulta todo lo contrario: desde los tiempos de la Guerra de Independencia, y ni siquiera bajo el guzmanato, un gobierno venezolano se había preocupado tanto por la opinión que de él se tuviese en el exterior[3], había buscado con tanto ahínco combatir la propaganda de sus enemigos en el exilio y, como lo hará durante los años del gobierno de Wilson, seguirá tan de cerca las reacciones del gobierno norteamericano hacia actitudes de política interna venezolana[4]. Eso es tanto más digno de relevarse cuanto que Venezuela no tendría demasiados problemas, esta vez, en aislarse, en hacer caso omiso de la opinión extranjera: quien no la deba, no la tema. Y Venezuela, *stricto sensu*, no la debe: la cancelación de su deuda externa en 1930 fue un acto mayormente simbólico, pues ya el país estaba en la práctica libre de esa carga, ya no podían invocar las potencias ese pretexto para bloquear sus costas. Tampoco es atribuible a la importancia estratégica del petróleo venezolano semejante actitud, pues ella es anterior a su explotación, y sobre todo, anterior a 1926, cuando las exportaciones venezolanas de ese producto superan el conjunto de los otros renglones.

El segundo de los hechos condicionantes del fondo y las formas de la política venezolana durante todo el siglo XX coincide casi con la reforma constitucional de 1904. Parece evidente que ésta no tiene otro objeto que elegir a Castro presidente constitucional para el período 1905-1911 y de paso, hacerlo flanquear por Gómez como Vicepresidente para el mismo período. Pero su importancia no le viene por haber legalizado el dominio del jefe de la Restauración, sino porque antes, en y después de ella, haya él obtenido los medios para ejercerlo. Porque las fuerzas armadas regionales, personales, han perdido su fuerza. De todas las consecuencias del mantenimiento de la ficción federal después de la Guerra Larga, ninguna es tan perjudicial ni tan peligrosa como ésta[5]. Ejército regional quiere decir de un hombre, el dominador de esa región, ejército personal. Así, cada presidente de estado tiene una base política armada a partir de la cual desarrollar sus aspiraciones nacionales: Ramón Guerra, a quien Ignacio Andrade había nombrado presidente del estado Guárico para premiarlo por haber derrotado al «Mocho»

Hernández, se alzó de inmediato contra su jefe, aunque sin éxito[6]. Eso había facilitado también el alzamiento contra Castro de su aliado Luciano Mendoza, presidente del estado Aragua, desencadenando lo que a vuelta de pocos meses se transformaría en la Revolución Libertadora. Tal situación no podrá repetirse: ahora habrá un ejército nacional, porque los otros se lanzaron de cabeza en el abismo sin fondo de La Victoria, y porque el 4 de julio de 1903, casi coetáneamente con la batalla de Ciudad Bolívar, se decreta la construcción de la Academia Militar[7], cuya apertura tendrá lugar en un edificio todavía sin rematar el 5 de julio de 1910. Los 55 cadetes que ese día comienzan su instrucción, entierran con ese acto la era de los generales autodesignados[8].

Con todo eso no se hacía más que dar una sanción formal a una situación de hecho: una ley que no coincide con la realidad no se cumple, así de sencillo. Aquí, por el contrario, no se trata de coincidencia: la realidad misma impuso las leyes, que son, además de la creación de la Academia, la reorganización de la fuerza armada, para lo cual se hace venir al coronel Samuel Mc Gill; se crean veinte batallones de infantería y ocho de artillería, y cada uno de ellos tendrá cuatro compañías de sesenta y seis hombres[9]. También en 1903 se procede a modernizar el Código Militar[10].

Es así como, al jurar Juan Vicente Gómez como vicepresidente en 1905, ya están echadas las dos bases de su largo dominio. A cada una de ellas se ha tratado de dar diversas explicaciones de tipo económico, social y cultural. Estas pueden ser correctas y quizás sean determinantes, pero acaso lo más importante de todo sea un elemento en apariencia circunstancial, y es que ambas preceden a Gómez. Sea cual fuere su causa, de entrada tendrán una manifestación política, y será político su significado principal y permanente. Venezuela entra al siglo XX como una pieza en el juego imperial de las grandes potencias, y su estabilidad y unidad políticas la asegurarán unas fuerzas armadas nacionales, centralizadas, disciplinadas, cada vez más poderosas en lo material, y conscientes de su propia importancia en lo institucional.

Se tiene tanto hábito de ver al dictador como el hombre del ejército en lo nacional y del petróleo en lo externo, que se descuida discernir entre lo creado por él y lo que apenas recibió y supo aprovechar en grado sumo. Y sin embargo, esto es demasiado importante para dejarlo de lado. Porque ambas cosas se van a revelar así cuando se produzca en diciembre de 1908 lo que el eufemismo al uso entonces llamará «una evolución dentro de la situación».

Claro, todo el mundo está de acuerdo en el papel que jugarán entonces los Estados Unidos como escudo protector de la entronización de Juan Vicente Gómez. Pero lo otro se descuida: Gómez, al recibir un país ya pacificado, pudo lograr el consenso que obtuvo durante sus primeros años, haciendo creer obra de su gobierno una paz que ya existía. Gracias en gran parte a él, eso es innegable, pero de todas formas una realidad de tal naturaleza, que los exiliados regresados después del 19 de diciembre, los anticastristas de la primera hora, se encontrarán con un país que desconocen: un país que tiene cinco años sin guerra.

LA ACLAMACION

Eso será en 1908. En lo inmediato, la paz —de la cual la creación de un ejército nacional comienza a ser el resultado más importante, y su garantía— va a tener otra consecuencia, como suele suceder cuando la falta de un peligro inmediato venido desde afuera relaja las tensiones en lo interno: el desencadenamiento de una lucha por el poder que hasta entonces había permanecido no sólo oculta, sino insospechada. Es todo el suceso que, con el recuerdo teatral del guzmancismo, se llamará en su momento «la Aclamación».

Recordemos brevemente el suceso: el 4 de abril de 1906, Castro se retira provisionalmente del poder, alegando motivos de salud, y deja encargado a Gómez de la Presidencia. De inmediato su círculo «centrano» comienza a intrigar, atribuyendo a Gómez deseos de quedarse en el poder. La maniobra tendrá éxito: Castro lo cree, humilla pública y teatralmente a Gómez y a «sus amigos» y regresa al poder «aclamado por los pueblos», tal como lo hizo en su tiempo Guzmán Blanco.

Si se insiste en la imagen de un Juan Vicente Gómez dependiente absoluto de Castro, sin ningún tipo de poder propio hasta el momento supremo de 1908 o, por lo menos hasta 1906, se hace imposible dar a todo este proceso una explicación política capaz de ir más allá de la habitual intriga de serrallo, toda esa imagen que un profuso anecdotario ha contribuido a crear.

Intriga de serrallo, por supuesto, lo era. Basta leer las páginas de *El Constitucional*, hojear aquel panfleto de «Pío Gil»[11] para calibrar el tono público de la intriga e imaginar asimismo el privado. Nos quedaremos

en una sola nota: esa obra maestra de adulación y de cursilería que fue llamar a La Victoria «la Ciudad Santa de la Restauración». La intriga, el halago, el cuchicheo, la trampa y la zancadilla son por lo demás elementos permanentes, inseparables de la política, de toda aproximación al poder.

La larga influencia del marxismo en las ciencias sociales y en la historiografía llevó a tal extremo la desconfianza hacia la historia personalizada y *événementielle*, que al final, ella terminaba apareciendo hasta en el detalle cotidiano sin rostro, activada, construida, rematada y decorada por agentes sociales sin conciencia de un destino implacable, de una fuerza, ella, omnipresente, omnipotente, astuta y omnisciente. No tiene sentido ir a dar al otro extremo, pero todo este elemento de la intriga, por repugnante que pueda resultarnos en su risible cursilería, no puede ser descartada en un análisis histórico.

Pero por el momento, lo que interesa es inscribir esos sucesos dentro del esquema de una lucha por el poder, de toda lucha por el poder. Hay un primer elemento de análisis: lo que se podría llamar el paso de una sucesión aceptada a una sucesión temida. En verdad, Castro ha ido mucho más lejos que una aceptación pasiva. Desde la batalla de La Victoria cuando menos, ha estado acumulando laureles sobre la frente de Gómez. La incontinencia verbal que siempre se le ha reprochado encontró allí dónde desparramarse a sus anchas, como se ha visto en la páginas que preceden.

Resulta demasiado tentador atribuir todo eso a la ceguera con que los dioses golpean a quienes quieren perder; a que «quien mucho habla, mucho yerra», a que «en boca cerrada no entran moscas» y sobre todo, la más socorrida de todas: «eso no le hubiera pasado jamás al General Gómez».

Pero al parecer, no hay muchos, si hay alguno, que se hayan preocupado por saber si, antes que nada, convenía tomar a Castro al pie de la letra, y que más allá de un estilo inflado muy suyo y muy de la época, no estaba enunciando una verdad.

Aquella carta de 1900 escrita por Gómez desde San Cristóbal, puede dar una pista más clara al respecto. Quien habla allí es un hombre que parece tener razones para considerarse, sentirse, algo más que un obsecuente subalterno. Su tono al hablar, las disposiciones tomadas y sobre todo, las oposiciones enfrentadas sin temor aparente, su alusión a esa gente que a él y sólo a él obedece, muestran cuánta cuenta se da de que su poder no le viene dado por la investidura y el apoyo de Cipriano Castro, o no sólo por eso, sino también por poseer una base

política propia. Cuando Castro, luego, lo felicita por haberlo salvado en La Victoria, ¿es sólo generosidad o ceguera del Cabito? ¿Lo continuaba siendo cuando inflaba su verbo para felicitarlo y consagrarlo ante la historia por el triunfo de Ciudad Bolívar con unas palabras que, nunca se repetirá bastante, la historia no ha desmentido?

El estudio detallado de la batalla de La Victoria, y más aún, de la situación militar en todo el país en esos momentos, puede dar una respuesta a esas preguntas. Pero aun así si ella fuese afirmativa, aun si ella demostrase hasta la saciedad que desde el punto de vista militar, ni como jefe ni como subalterno Gómez merecía esos elogios, el problema continúa entero, porque después de Tocuyito, si no antes, Castro no ha dejado de plantearse la guerra, sobre todo la guerra, como un problema *primera y principalmente* político.

Y en ese terreno, Juan Vicente Gómez ya ha comenzado a brillar con luz propia. Sin tomar en cuenta lo que deba, en lo político, al Cabito, no es fácil suponer que Castro actuaba animado tan sólo por un sentimiento de acendrada lealtad hacia el camarada de la primera hora. Si eso fuese así, si fuese la única motivación de Castro, entonces no se comprendería por qué no ha cumplido con su promesa inicial de «nuevos hombres», por qué no ha defenestrado a la totalidad de los «centranos» del gabinete, de las presidencias de estado, del Ejército para hacer ocupar todos esos puestos por tachirenses ávidos. Pero no: Castro ha debido tomar en cuenta las realidades políticas, y jugar el juego político de esos «centranos». Tal vez a él le simpaticen más que a Juan Vicente, que sea más permeable a sus halagos y a los placeres cuyo acceso le facilitan. Pero él no es ya ningún palurdo, ningún recién llegado, y conoce ya bastante la capital y su política como para darse cuenta de que todo eso lo tiene ahora no porque ellos sean más duchos que sus tachirenses, sino porque él tiene el poder.

Sin desechar de un todo ese aspecto del asunto —no en vano se ha hablado arriba de intrigas de serrallo— el poder tiene sus exigencias muy propias que ni el más perezoso y corrompido de los sultanes de la Sublime Puerta podía darse el lujo de ignorar. Ahora bien, si Castro se rindió ante esas exigencias, si Castro hizo caso de ellas hasta provocar celos y resquemores en sus propias filas, ¿por qué no pensar que igual debía tomarlas en cuenta puertas adentro de su propia casa? ¿Acaso el juego de la política se interrumpe en la puerta? ¿Acaso los seguidores de Castro son un monolito insensible, seguidores sumisos, incondicionales y silenciosos del caudillo carismático y parlero?

Por quererlo así, por ver de esa manera a los tachirenses, sus

opositores y los venezolanos todos, hubieron de soportar veintisiete años del dominio de un hombre que todavía no logran comprender. Ver la existencia de presiones políticas, de realidades políticas con las cuales se debe contar en el interior del partido castrista no es una simple especulación, ni la búsqueda de un equilibrio que dé la impresión de que se están examinando todas las posibilidades, incluso las más remotas. Desde el mismo momento en que tomó el poder, Castro ha estado jugando con sus propias fichas para conseguir ese equilibrio. En la política como en la guerra, nada es tan peligroso, y nada teme tanto un dirigente como que lo crean solo, que lo vean solo. En Juan Vicente Gómez, Castro ha encontrado el escudo que lo proteja de esa soledad. Y si busca que le sirva de pieza de cambio en un juego político, no puede presentarse con ella diciendo que es apenas una proyección, un apéndice suyo, que puede suprimir, desechar, cambiar o humillar cuando le venga en ganas. «¿Y es a semejante nulidad que Ud. pretende poner por encima de nosotros?», pueden responderle con mucha razón los Ramón Ayala y los Antonio Velutini del momento. Aun si fuese cierto que nada vale Juan Vicente Gómez, nadie puede ser tan ciego como para no darse cuenta de que por lo menos ese valor tiene, de que sin su presencia, el juego político de Cipriano Castro está descubierto de antemano.

¿En qué momento se produce eso que antes se ha llamado el paso de una sucesión aceptada a una sucesión temida? Alguien dijo —pero hay tantos ejemplos que sobraría la cita— que el futuro es como el cielo: todo el mundo quiere acceder a él pero lo más tarde posible. Todo hombre político piensa en su sucesión, y la organiza, en conciencia o sin ella: hasta Gómez lo hizo o, a partir de 1923, lo dejó hacer. Pero de igual manera, si todo el mundo reconoce que nadie es eterno, nadie considera de buen gusto recordar que eso puede comprobarse en el momento mismo. Entonces, la sucesión se concibe y se organiza para después, pero no para el momento. Mientras sus enemigos lo están acosando, Cipriano Castro no tiene mucho tiempo de pensar en eso. Como es lógico, trata de reunir detrás de sí a la mayor cantidad de gente y de igual manera, se comprende que trate de compactar las filas de sus más cercanos compañeros. Pero cuando las tensiones ceden fuera, también se relaja esa solidez adentro. Las ambiciones se hacen más claras, y por este lado, aflora aquella desconfianza que no había tenido ocasión de manifestarse.

Esa ambición se evidencia, y provoca esta desconfianza, sólo después de que Castro abandone la presidencia y deje encargado del

poder a Gómez. Si ella existía antes, es imposible saberlo, como no sea hilando demasiado fino sobre la base de aquella carta «tachirense» ya analizada. El problema es que en aquel caso no se conoce una reacción equiparable por parte de Castro, y así todo se invierte, pues el hombre lacónico es quien habla y deja un documento para la historia, y en cambio el parlanchín se calla, o por lo menos hasta ahora nada sabemos.

No se pueden pues desdeñar los elementos personales en estos sucesos. Por lo menos hay tres que merecen un cierto análisis: la salud de Castro, su deseo de «probar» la fidelidad de Juan Vicente y, en fin, la intriga del círculo «centrano».

Lo de la salud de Castro está ligado a lo que decíamos más arriba: cuando ella se deteriora en esa forma, abandonar la escena para siempre se muestra como una posibilidad concreta. Es extraño que puedan temer eso hombres que han demostrado, con su recurso a la guerra, no asustarse ante la muerte, pero es así. Castro es un hombre joven, se siente todavía vigoroso, y si ha hecho tantos esfuerzos para no abandonar el poder, se supone que no va a aceptar que, sin disparar un tiro, se le prive de él, y de la vida. Unase a eso el egocentrismo típico de todos los enfermos, y ya se tendrá un cuadro bastante completo de la situación. Ocuparse de la salud de un gobernante no es caer en zonzeras anecdóticas: ella va a tener no poca influencia en el cambio de 1908, como también a partir de 1921, cuando la próstata de Gómez comience a amenazarlo. No se olvide por lo demás que se trata de un régimen personalista, monocrático, y por lo tanto la salud del hombre en el poder es más importante que todos los equilibrios constitucionales. Considerar la Aclamación y toda la ópera bufa de 1906 como un capricho de enfermo puede no ser muy serio. Pero tampoco lo sería desdeñar ese elemento.

En segundo lugar, conviene analizar lo de «la prueba» de la fidelidad de Gómez que Castro quiere hacer al abandonarle la presidencia y luego jugarle toda esa comedia, a armarle toda esa «conjura», como la llamarán más tarde los gomecistas. No valdría la pena ocuparse de esto si no quedase todavía en Venezuela el recuerdo de las truculencias del Ilustre Americano, con quien, *nolens volens*, todo gobernante tiende a compararse.

Eso de «probar» la fidelidad de un subalterno suyo, para después premiarlo con la sucesión estaba muy dentro de su estilo, y se lo hizo a Crespo en el 83: lo nombró ministro, con lo cual por algún tiempo hacía incompatible su pertenencia al Consejo Federal, inhabilitándole

así para ser electo presidente. Crespo aceptó sin chistar su aparente defenestración, y Guzmán Blanco lo premió entonces sacándole del ministerio, y situándolo en primera fila para la sucesión que en efecto ganó[12]. Si hay un gobernante parecido a Guzmán es Cipriano Castro. Nada de extraño tendría entonces que, conociendo o no aquella historia, haya tratado de imitarlo. De nuevo, conviene dejar de lado las intenciones: en la práctica, ése fue el resultado.

Finalmente, la intriga. Es ésta la parte que menos demostración necesita. Los mensajes de Castro están llenos de alusiones a la existencia de esas oscuras maquinaciones en el círculo de Gómez: «haga lo que le aconsejan sus amigos» le dice bien claro en uno de ellos[13]. Ataque por mampuesto nada inhabitual entre hombres políticos cuando se están disputando el poder pero no quieren confesarlo. Igual cosa pretextará Gómez en 1908: más que a Castro, está atacando a quienes se pretenden sus amigos.

Hay dos maneras de ver la situación de Gómez después de toda esta comedia de la Aclamación: sale de allí humillado o fortalecido. Pero ambas cosas no tienen por qué ser opuestas. Gómez puede haber terminado a la vez humillado y fortalecido. De hecho, Castro ha hecho caso omiso de quienes le aconsejaron entonces actuar con la mayor severidad, con la más extrema crueldad: el general Fernando Márquez es partidario de matarlo, sin más. Eso, Gómez no lo olvidará; y lo castigará durante un cuarto de siglo con la prisión más larga de la historia de Venezuela[14]. La vida de Gómez, pues, es su primer triunfo.

Hay siempre la posibilidad de que Castro nunca haya tenido en mientes llegar a esos extremos: al darse cuenta de las intenciones de su subalterno, actuó con energía pero con magnanimidad, y perdonó la infidencia real o supuesta. Si ésa es la explicación profunda de su actitud, si la «prueba» que quería hacerle a Gómez le resultó concluyente y afirmativa o si, por otra parte, actuó así porque no tenía fuerza suficiente para comportarse sin merced, el caso es que el resultado fue como si hubiese sido este último el real motivo. Gómez no sale del gobierno. Sus adversarios lo desprecian, por haberse doblado ante las horcas caudinas de Castro, como seguramente se dirá en esos círculos acostumbrados a abusar del ripio clásico. Pero más importante es confrontar eso con la realidad del poder. Y allí aparece Gómez fortalecido, no disminuido.

Porque Castro ha cometido la torpeza de enfrentarlo a campo abierto, de ponerlo como su igual, capaz de amenazar su dominio y, así sea formal y transitoriamente, de estar por encima suyo: ¿no ha

llegado incluso a la ridícula teatralidad de ofrecérsele como secretario privado? Pudo haber mucho de burla en semejante actitud. Pero no se puede descartar que la primera reacción ante las palabras de un hombre político, y mucho más si ellas son tan enfáticas, sea tomarlo al pie de la letra. Puede que luego cambie, o que la audiencia se dé cuenta de la intención real del declarante, pero algo queda, porque no todo el mundo tiene el mismo grado de discernimiento. Algo queda: hubo un momento en el cual Castro se sintió inferior, y así lo dijo, e intentó regresar a un poder que legal, legítimamente le pertenecía, y lo hizo con la anuencia de quien en ese momento representaba la legalidad y quién sabe, también la legitimidad.

NOTAS

1 Por lo general, la bibliografía secundaria se refiere al bloqueo en el contexto de la historia del gobierno castrista o de la biografía del caudillo de la Restauración Liberal. La más completa monografía sobre el asunto, la cual revisa detalladamente los aspectos fiscales del proceso es el trabajo de Manuel Rodríguez Campos, *Venezuela 1902, la crisis fiscal y el bloqueo.* Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, 1977.

2 Así, Domingo Alberto Rangel se imagina a un Juan Vicente Gómez joven comunicando a su primo Eustoquio reflexiones de esta guisa: «Los musiúes, sí señor, tienen plata como nadie. Y saben más que ninguno (...) Mirá Eustoquio, algo tienen esos musiúes cuando compran al precio que quieren. ¿A quién sino a ellos vamos a venderles? Hay que andar con las casas [alemanas de comercio] porque desafiarlas es inútil». *Gómez, el Amo del Poder.* Caracas, Vadell Hermanos, 1977, p. 45. Por su parte, Ramón J. Velásquez pone en boca de Gómez estas palabras: «Y me fijaba en los alemanes de San Cristóbal y de Cúcuta que tenían las grandes casas de comercio y me gustó mucho su disciplina, su seriedad, su manera de vestir, su aseo (...) esos alemanes eran muy finos, pero muy exigentes, hablaban corto y uno los entendía y los negocios eran buenos, pues si uno cumplía tenía siempre los suministros a la orden». *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez.* Caracas, Centauro, 1981, p. 47.

3 Cf. la minuciosa instrucción que el canciller Francisco González Guinán envía en marzo de 1909 a su embajador en Washington, Pedro Ezequiel Rojas. En 17 puntos, le señala los asuntos que deben ocupar con urgencia la atención del diplomático, desde las reclamaciones hechas por compañías o particulares norteamericanos, pasando por el arreglo del contencioso con Inglaterra, Holanda e Italia, hasta la necesidad de enviar a Caracas un extracto de las opiniones de la prensa de EE.UU. sobre los acontecimientos venezolanos. Simón Alberto Consalvi, *De cómo el primer canciller de Juan Vicente Gómez instruyó al ministro plenipotenciario en Washington, 1909.* Washington DC, Tierra de Gracia Editores, 1991.

4 Cf. Polanco Alcántara, *Gómez...*, pp. 247-258.

5 Que por supuesto, le es anterior: «Separada Venezuela [de Colombia en 1830] cae en las convulsiones civiles y nacerán ejércitos de partidos; cuando triunfa uno, los Jefes, Oficiales, y hasta los clases (pocas veces las tropas), serán licenciados cuando no aprisionados. Originándose así una verdadera inflación de los grados militares, llegando a extremos de encontrarse Generales comandando 25 hombres y a imitación de la desastrosa retirada de Rusia, a constituir cuerpos sagrados en los cuales todas las plazas eran Oficiales». Tomás Pérez Tenreiro, *Los presidentes de Venezuela y su actuación militar.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981, p. 173.

6 Cf. R. A. Rondón Márquez. *Guzmán Blanco, el autócrata civilizador.* Caracas, Tipografía Garrido, 1944, t. II, pp. 328.

7 Cf. José A. Giacopini Zárraga, «Apuntes para la historia militar de Venezuela». Suplemento Cultural de *Ultimas Noticias.* Caracas, 23 de junio de 1991, p. 35.

8 Cf. Samuel Mc Gill, *Polianteia. Desarrollos históricos 1900-1950.* (Memorias del coronel Mc Gill). Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978, p. 51.

9 Rangel, *Gómez...*, p. 111.

10 Angel Ziems, *El gomecismo y la formación del Ejército Nacional.* Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1979, p. 69.

11 *Los felicitadores.* Caracas, Centauro, 1974.

12 Aunque no explicado con ese detalle, el asunto puede seguirse en Francisco González Guinán, *Historia contemporánea de Venezuela.* Caracas, Ediciones de la

Presidencia de la República, 1954, t. XIII, caps. XLIII (p. 44) y XLV (pp. 84-85).
13 *El pensamiento político de la restauración liberal*. CPPV-S XX, t. I, vol. II, p. 348
14 Fernando Márquez Moreno (1870-1956). *DHV*, E-O, p. 837.

SEGUNDA PARTE
DE LA DICTABLANDA A LA DICTADURA

...sono tanto semplici gli uomini, e tanto ubbidiscono alle necesità presenti, che colui che inganna troverà sempre chi si lascerà ingannare.

Machiavelli



VII. La hora de la verdad

CAPOTE, VARAS Y BANDERILLAS

Después de la Aclamación, y por su causa, se produce la situación que algunos creían evitar con ella: hay dos campos en el antiguo monolito castrista. Esta no es una simple especulación adversaria, sino algo expuesto con todas sus letras por el propio jefe del movimiento, manifestado no sólo en los círculos políticos, en Palacio, sino en la calle, en la prensa: en la opinión pública, si ella existe. Como si eso fuera poco, el propio Juan Vicente Gómez ha podido ver cuán lejos están dispuestos a llegar sus enemigos. Y que esos «sus amigos» a quienes Castro aludió en uno de sus mensajes, tenían sobrada razón cuando lo prevenían sobre las intrigas en su contra.

Al mismo tiempo, la división del gobierno revela paradojalmente su fortaleza. Porque el enfrentamiento entre Castro y Gómez, entre gomecistas y castristas, lo contempla, y sólo eso, una oposición impotente. Incapaz de presentar una alternativa propia a la dominación andina, comienza a buscar la manera de introducirse en el campo enemigo, tomando partido en la pelea ajena. Juan Vicente Gómez se volverá así la carta en la manga de todo el mundo, el jefe tácito de todas las

oposiciones, y no solamente de la interna, la venezolana.

Porque aquí se inscribe un nuevo elemento, determinante en los cambios futuros, y a corto plazo: la intervención de las grandes potencias mundiales, en la más directa forma conocida desde el fin de la Guerra de Independencia. Cipriano Castro ha logrado concitar una avalancha de denuestos en la prensa extranjera, primero europea y luego americana, como nadie antes que él y como nadie después hasta la aparición de otro Castro, Fidel, en 1959. Se calcula que unas cinco mil caricaturas suyas, la mayoría insultantes, fueron publicadas en esos primeros ocho años del siglo en los periódicos más importantes del mundo, de Washington a San Petersburgo, pasando por Londres y Berlín. Cipriano Castro se dará un lujo no conocido hasta entonces por ningún gobernante latinoamericano: un número especial de la publicación satírica francesa *L' assiette au beurre* dedicada íntegramente a ridiculizarlo. Europa no lo podrá imaginar ya más sino con los rasgos de un simio rijoso[1].

Todo aquello, claro está, referido al bloqueo de las costas venezolanas. Pero una vez resuelto ese problema (gracias a los demasiado buenos oficios del gobierno norteamericano y a la ciega confianza de Castro en su embajador Bowen) la situación vuelve a descomponerse, sin que la otra esté de veras compuesta. Ahora el enfrentamiento va a ser con Norteamérica. O mejor dicho, porque es así como el caso se muestra con bastante evidencia, es un careo no sólo aceptado, sino buscado por los Estados Unidos, ganosos de hacerse los dientes con la creación de un imperio: en una caricatura de agosto de 1902 en el *Columbus Dispatch* se percibe como telón de fondo ese sentimiento. Allí se muestra al Tío Sam, con un pequeño látigo en la mano, viendo como una pandilla de muchachos revoltosos (Venezuela y Colombia, Haití y Santo Domingo, Cuba) se tira de las greñas o busca problemas, mientras que el único en mantenerse tranquilo ocupándose de sus propios asuntos es «ese muchacho mío»: Puerto Rico[2]. Después de Cuba, de Puerto Rico y las Filipinas, después de Panamá, ¿por qué no Venezuela?

Si esa pregunta no tiene una inmediata respuesta afirmativa, es sobre todo porque en los propios Estados Unidos una opinión alerta se muestra adamantinamente reacia a toda aventura imperial[3]. Por lo demás, para crear un imperio hace falta (como Inglaterra lo ha demostrado durante tanto tiempo) una flota poderosa. Los EE.UU. no la tienen, y una parte de su prensa llora amargamente esa carencia.

Sea como fuere, no es muy fácil estar enviando tropas a implantar afuera la *pax americana*, pero a falta de soldados propios, la *General*

Asphalt, cuya filial venezolana es la *New York and Bermudez Company*, ha financiado con largueza la Revolución Libertadora, buscando así ganarle al gobierno de Castro un pleito perdido en los tribunales. Después de la derrota de Matos y los suyos, Castro se entera del asunto, y pretende cobrarle a la compañía asfaltera norteamericana vidas y haciendas perdidas por Venezuela en la sangrienta contienda.

Una profusa literatura ha tratado el asunto[4], y no tiene sentido volver sobre sus detalles. Pero es interesante, en vista de los sucesos próximos, conocer el papel jugado por Gómez en todo esto. Aparentemente ninguno, y eso es lo que más llama la atención. El respaldo dado en forma casi pública al *trust* del asfalto por el gobierno de los EE.UU., la indignada reacción de la prensa liberal de aquel país y sobre todo, el peligro muy cierto y casi inmediato de una intervención militar norteamericana en Venezuela son realidades fácticas, y no simple guerra de comunicados.

Es cierto que la política extranjera de un gobierno la conduce y la expresa el presidente de la República, quien deja sus aspectos secundarios o administrativos en manos del canciller. Pero lo que se presenta después de 1907 entre Venezuela y los EE.UU. es un enfrentamiento nacional que impone una actitud y una respuesta del mismo tenor, como se dio en el momento del bloqueo. En un país tan verboso, donde además las parrafadas patrióticas son el pan cotidiano de todo hombre político, no es usual callarse tanto en semejante circunstancia.

Juan Vicente Gómez nunca ha sido muy parlero, pero tampoco se prohíbe hablar, como lo ha hecho en estos últimos años. Cierto, respondía a una provocación y la suya ha sido una reacción normal, mero instinto de conservación ante una amenaza muy personal y por lo tanto muy concreta.

Este no es el caso ahora, y Gómez podría alegar, si alguien le hiciese notar su silencio —pero nadie lo hace— que, como buen militar, se siente representado por la voz de su jefe. A esas alturas ya ha pasado todo cuanto ha pasado, y su voz, aun si es la de un hombre humillado, tiene sin embargo algún eco: hacerla oír en un momento de tanto y tal peligro sería importante, para el país y para él mismo. Pero Gómez calla.

Hasta ahora, nada ha aparecido en la documentación de la época que autorice a pensar que ese silencio haya sido interpretado por EE.UU. como una crítica a Castro, y sólo se puede inferir *a posteriori*.

Pero no es sólo inferencia: ese silencio de Gómez no fue tan absoluto como siempre se ha creído. Cuando apenas tendría tres meses en el poder, el nuevo jefe de la nación venezolana dio una declaración

a un periódico francés. Ella contiene lo que se puede considerar su programa de gobierno, basado en la conservación de la paz interna, pero sobre todo —está declarando a un periódico europeo— la paz externa, paso obligado para atraer hacia Venezuela los deseadísimos capitales extranjeros. Ese texto es conocido, y ha sido mostrado como una prueba de la equivocación de quienes pensaban que Gómez no tenía un programa, un plan para gobernar. La publicación la hizo el diario *Le Journal* de París en abril de 1909, y los venezolanos la conocieron a través de su publicación *in extenso* por *El Universal* el 21 de mayo de 1909[5]. Sin embargo, no es descabellado pensar que esa declaración fue dada dos años antes. El 5 de enero de 1907, quien hace las veces de embajador norteamericano comunica al Departamento de Estado que, ante los ominosos rumores sobre la salud del general Castro («tuberculosis en los ganglios»), Gómez declaró *confidencialmente* a un periodista extranjero que en caso de morir el Cabito, su propósito era, de ser llamado a ejercer la presidencia, proceder a arreglos con todas las corporaciones extranjeras enfrentadas entonces con el Gobierno, modificar la ley de minas de la República a fin de permitir un mayor desarrollo de esa industria y «(...) en una palabra, hacer todo lo posible por atraer capital extranjero hacia Venezuela»[6].

El diplomático norteamericano insiste en la confidencialidad de la declaración, poniendo su propio despacho bajo ese sello, y subrayando la palabra en el texto. El cual revela por lo menos dos cosas. Una, previsible, es la falta de experiencia de Gómez en política: un hombre que haya tenido un roce, una aproximación continua con quienes informan y forman la opinión pública, sabe que la mejor manera de que un secreto deje de serlo es confiarlo a un periodista. Este, al parecer, no hizo públicos, al menos de inmediato, los planes de Gómez, pero tampoco guardó el secreto, sino que lo confió, bajo el mismo sello de confidencialidad, al representante diplomático de los EE.UU., es decir, de la nación que en ese momento estaba más interesada en salir de Castro; el país cuyo gobierno y cuyos inversionistas estaban más interesados en escuchar semejantes expresiones.

Pero este texto revela también que Gómez no era un espectador pasivo de los altibajos de la salud de Castro, ni un hombre limitado entonces a esperar un poder que le vendría del cielo sin muchas ideas sobre qué hacer con él, como no fuese recibirlo y por supuesto, disfrutarlo como una prenda personal. Dicho en los elusivos términos de Maquiavelo, un hombre esperando que la Fortuna se manifestase, como parecía anunciarlo desde hacía tiempo. Gómez demostraba con

esa declaración tener plena conciencia de cuál era el problema fundamental de Castro. En verdad, no era necesaria una particular clarividencia para hacerlo; entonces, no es eso lo más importante, sino su anuncio, con dos años de anticipación al 19 de diciembre, de que pensaba seguir la ruta exactamente contraria. Lo más interesante de todo eso no está en su promesa de hacer cuanto fuese posible para atraer capitales extranjeros, pues semejante posición de principios era un lugar común en todos los labios liberales (es decir, es todos los labios), sino en su propósito de modificar la ley de minas. En todo caso, la declaración, y sobre todo su fecha, abona en la tesis de Naudy Suárez Figueroa, quien en el prólogo a su compilación donde recoge la entrevista de Gómez en *Le Journal*, afirma que para quien vea sin prejuicio el momento, «(...) el *gomecismo*, desde sus inicios, perfiló un claro cuadro de grandes objetivos nacionales» opuesto a la práctica castrista. Percepción llamada por el autor, con mucho énfasis, «(...) proyecto *nacional gomecista*, con líneas de acción cuyo influjo en la historia venezolana se prolongó mucho tiempo después de la desaparición del dictador» y que asoman «(...) en el *Programa de Diciembre* de 1908, en declaraciones a corresponsales extranjeros y en Mensajes que presenta Gómez...»[7].

Nadie puede asegurar que la declaración de 1907 y la de 1909 sean una sola, hayan sido dadas al mismo periodista y a la misma publicación. Pero las ideas sí son sustancialmente las mismas. Aquí tampoco estaba Gómez inventando nada. Desde siempre, el modelo escogido para hacer entrar a Venezuela en la senda del progreso era ése: atraer el capital extranjero, creando las condiciones políticas, jurídicas y por supuesto económicas y culturales para hacerlo[8]. Sucede con esto como sucede con la guerra. Todas las revoluciones que estallaban en Venezuela tenían como objetivo «cerrar el ciclo de las guerras civiles»[9], así como la Gran Guerra de 1914 era «la guerra que iba a acabar con todas las guerras».

Todas aquellas proclamas estaban destinadas a hundirse en el ridículo y a ser olvidadas, con excepción de una: la que señaló el triunfo de Ciudad Bolívar. De la misma manera, la originalidad de Gómez no está en anunciar que haría todo cuanto pudiese para atraer el capital extranjero a Venezuela, sino en haber cumplido su palabra. No solamente se dieron las condiciones políticas y jurídicas para hacerlo: imantados por el petróleo, los capitales llegaron en una cantidad, más que desconocida, insospechada por generaciones y generaciones de venezolanos.

Como sea, éste es un elemento importante, decisivo, de los sucesos. Lo será también de la política venezolana en los próximos años. Pero no se puede decir que sea particular de Juan Vicente Gómez, de su gobierno ni de su biografía: lo es para cualquier venezolano que en ese momento intente aproximarse al poder. El apoyo de los EE.UU. ha sido buscado antes en diversas formas, y lo será después por los sucesivos gobiernos y sus enemigos.

Resulta de todas formas extraño que, transcurrido casi un siglo, no haya evidencia de tratos de Gómez o los suyos con EE.UU. antes del 19 de diciembre. En el estado actual de las fuentes, este asunto merece reflexión. Por el momento, interesa sobre todo el proceso de la aproximación de Gómez al poder, sobre la base de sus elementos internos, por llamarlos así.

MULETA, PINCHAZO, ESTOCADA

A la lectura de los testimonios directos del suceso, el 19 de diciembre de 1908 aparece como uno de esos momentos decisivos en los cuales nadie quiere decidirse; cuando, incluso después de haber cruzado el Rubicón, nadie quiere reconocer que lo ha hecho. Pocas veces se han buscado tantas absoluciones morales para una acción política que, luego, la casi unanimidad consideró necesaria; pocas veces se ha rehuido tanto el recurso al *fait accompli* como explicación si no justificación política.

Tomemos las fuentes de quienes estuvieron más cerca de Gómez en el momento clave. Leopoldo Baptista habla de un hombre lleno de dudas, que no se atreve a dar el paso, y se acobarda ante las consecuencias de su acción. Es un Gómez que va y regresa, no como quien pesa y sopesa una decisión, sino como quien tiene miedo de desencadenar fuerzas que luego no podrá dominar, disgustado de ver cómo el populacho saqueaba una librería, o, lo que es peor, muerto del susto ante la posible reacción de Castro. Al irlo a ver a su casa llamado con urgencia por los otros conspiradores quienes, ante la actitud de Gómez, veían fracasar su proyecto, Baptista cuenta que encontró un hombre «(...) espantosamente cambiado ... Se había arrancado el cuello de la camisa, sudaba, se paseaba agitado y al verme gritó exasperado —Pues no señor, pues no señor. ¡No haré lo que quieren hacer con Don Cipriano!

Le voy a contar todo a él...»[10]. Baptista lo hace cambiar nuevamente de opinión, pero, poco después, ese mismo hombre se muestra remiso a mostrarse ante el pueblo en el balcón de la Casa Amarilla. Al final, sin embargo, terminará encabezando esa reacción de la cual sabrá aprovecharse tan bien durante casi treinta de los años por venir.

Cierto, el testimonio de Baptista está sujeto a caución: en primer lugar, se trata de alguien que, luego, rompe con Gómez y tiene interés en pintarlo con tan oscuras tintas; dos, está hablando en 1928, en una conversación de sobremesa; *last but not least*, ese relato ha pasado, para llegar hasta nosotros, por el formidable tamiz de Pocaterra. Nada de eso lo invalida, pero no puede dejar de tomarse en cuenta. Hay otros relatos sobre los sucesos, vistos desde la calle, que parecen confirmar el suyo, pero en general, los más famosos, los más autorizados, están repletos de intención polémica. Tres elementos (fama, autoridad, polémica) de conjunción inevitable, pues provienen de los escritores que más contribuyeron a la leyenda negra del gomecismo, por ser también dos de las mejores plumas del momento: Blanco Fombona y el mismo Pocaterra. Para este último, el 13 de diciembre de 1908, Gómez muestra más su sombra huidiza que su vera efigie en el balcón de la Casa Amarilla, y ante la multitud congregada abajo,

> ...amedrentado, desconcertado, sin sentirse con valor para dar el paso que se le indicaba, pretendió retirarse del balcón. Juan Pietri, viendo que todo iba a fracasar, le cogió por el brazo como a un muñeco y lanzándolo hacia el antepecho del balcón otra vez gritó:
>
> —¡Muera Castro!
>
> Abajo, el mar humano rugía respondiendo al grito. Entonces, el mismo Pietri o Baptista —hombres de nervio ambos— lo animaron diciéndole al oído:
>
> —¡Hable! ¡Hable, general, que al pueblo le ha gustado!
>
> Y el infeliz, paseando una mirada estúpida sobre la multitud, que guardaba ese silencio imponente de los instantes definitivos, sin saber qué decir ni cómo decirlo, volvióse, pidiendo con el gesto la misericordia que le dejasen refugiar dentro, balbuceando:
>
> —¡Pues cómo le parece a los amigos que el pueblo está callado![11].

La cita es larga, y podría parecer inútil viniendo como en efecto de una obra tan difundida. Sin embargo, su relectura resulta doblemente provechosa. Por una parte, corresponda o no a la realidad, ese relato va a fijar de una vez por todas una cierta imagen de Gómez que la emigración (e incluso, la oposición interna tal como se ve en los *samizdat* de 1928) no abandonará jamás: la de un palurdo, incapaz de

un discurso coherente, horrorizado de la multitud y de todo lo que signifique un ejercicio de la inteligencia —un discurso político, por ejemplo.

Por otra parte, esa escena deja la impresión de *déjà vu*. Unas con otras, Pocaterra está describiendo, como desde el otro lado del espejo, el 19 de abril de 1810. Hay algún Madariaga —Pietri[12], Baptista[13]— comandando los vítores y abucheos de la multitud. Hay un hombre indeciso que se asoma tímidamente al balcón y no se atreve a un largo discurso[14]. Pero Emparan se va, Gómez se queda: la rueda de la historia ha dado la vuelta, desde la libertad a la tiranía.

Pero sucede que la historia no prepara sus escenarios con tanta precisión en el detalle. Y cabe preguntarse si costaba mucho, a la imaginación de quienes han hecho del Diablo Gómez la antítesis del Dios Bolívar, convertir al 19 (en rigor el 13) de diciembre en la antítesis del 19 de abril, a partir del relato de los hechos mismos.

No quiere decir eso, por supuesto, que lo acontecido en una fecha haya sido un calco consciente de lo acontecido en la otra: más bien se podría hablar del peso de la historia como ideología. Tampoco se puede achacar esto a la pluma de los historiadores: quienes organizaron el espectáculo podían estar actuando por imitación. Escritor de raza, Pocaterra no deja de darse cuenta de que algo así se produjo. Para él, el 13 de diciembre de 1908 Gómez fue hecho presidente «(...) a empujones; [fue] el guiñol de unos cuantos señores; el Poncio Pilatos de una 'jerusalén' mal representada en la plaza Bolívar de Caracas»[15].

Las dudas de Gómez en el momento supremo del 19 de diciembre no sólo son verosímiles, sino normales; más aún, habituales en pareja situación (aceptando que lo extraordinario pudiese tener semejante, y crear hábito). La historia está llena de ellos, pero el socorrido ejemplo de Bonaparte, del cual tanto se abusó en todos esos años, quizás sea el que mejor convenga, también aquí. ¿No se recuerda acaso que el 18 de Brumario, Bonaparte no se atrevía a dar el paso que iba a marcar su asombroso destino, y fue su hermano Luciano quien lo hizo por él?

Viniendo mucho más acá, Isaac Deutscher pinta a un Lenin que en octubre se dirige a su oficina del Smolny, sin advertir que la ciudad que atraviesa está ya en manos de los suyos, gracias al golpe de mano que Trotsky, más que él, se había atrevido a dar.

En las dudas de Gómez confluye otro elemento que no se puede descartar, y es su respeto nunca desmentido por las cualidades militares de Cipriano Castro. De eso nunca se desdijo el Benemérito: los más diversos testimonios concuerdan. De todos los que intentarán su

derrocamiento con revoluciones a la vieja usanza, sólo a uno confiesa temer, y es a su antiguo jefe. El 23 de agosto de 1913 lo declara así al diario norteamericano *New York Herald*: «(...) hombres como Alcántara, Hernández y Baptista, tengo que son de poca importancia política o militar. El único Jefe que es verdaderamente peligroso, el único que infunde respeto por su valor y recursos, es Castro, de cuya habilidad y audacia puedo dar fe, pues he peleado a su lado y por él»[16].

Tampoco debe tomarse el 19 de diciembre como la fecha en que Gómez se hace del poder absoluto. Ese es un proceso más largo, el cual ha tenido momentos muy importantes antes de llegar allí, y tendrá otros después. Es un paso, y muy importante, pero no es *el* paso. Aquel día se están moviendo intereses políticos muy diversos, y Gómez es apenas uno de ellos.

Justamente en esa diversidad reside la confianza de Castro al irse del país. El no está dejando, como se ha dicho, el gobierno en manos de un compadre, un subalterno en cuyas cualidades, entre ellas la fidelidad (y quién sabe, también la estupidez) confía. Pero aun si ése fuese el caso, no por eso Castro está entonces poniendo todos los huevos en la misma cesta.

El caudillo tiene razones para confiar en el equilibrio del campo «Restaurador», suficiente para anular las intentonas enemigas ¿por qué no pensar que también pueda eso funcionar en casa? Está Gómez en la presidencia, es cierto. Pero por otro lado está Alcántara[17], y está incluso Baptista. No es Castro el único en pensar así: en verdad, la Venezuela política ve en esos términos la situación. Cuando se leen las descripciones de lo actuado el 19 de diciembre, puertas adentro y puertas afuera, ésa es la impresión que se desprende: la de un juego político en el cual Gómez no es, por cierto, ningún peón, pero es una pieza cuya importancia y cuya fuerza es grande, sin ser por eso única ni absoluta. Resulta más cómodo pensar que quienes trataron de manipularlo el 19 de diciembre se dejaron engañar por su astucia silenciosa, cayeron en la trampa de un Sixto V laico y palurdo.

Es también posible que no les quedase otro remedio, y tan sólo estuviesen obedeciendo a una realidad. Se tiende a ver a Gómez siempre con el lente de los años posteriores, de su larga dominación, de su interminable triunfo. Pero en 1908, todavía le faltaban razones para sentirse plenamente seguro.

Gómez tenía que jugar el juego de la política ajena, tal como debe hacerlo todo recién llegado al poder, incluso por el poco consensual recurso de las armas. Es lo mismo que había hecho Castro en el 99,

rodeándose de esos «centranos» a riesgo de despertar —como en efecto— las iras de los «Sesenta», ahora multiplicados por diez, por cien, por mil.

Unase a esto la escasa inclinación de Gómez por una política volcada hacia la calle, y se comprenderá mejor lo que algunos observadores vieron en el balcón de la Casa Amarilla: Gómez dudando en mostrarse ante un público que lo aclamaba, pidiéndole reaccionar contra Castro, y un Juan Pietri tomándole de la mano, mostrándolo al pueblo, con Baptista apuntando el discurso «patriótico» del canciller Paúl, comandando los aplausos y las parrafadas del orador.

Porque esa manifestación había cambiado de rumbo, o sea de intención, sobre la marcha. En principio, se trataba, el 13 de diciembre, de un reunión patriótica, para protestar por la agresión de Holanda que había hecho desembarcar sus marinos y tomado prisioneros a los tripulantes de un barco venezolano. En la práctica, parecía en vísperas de repetirse, y por las mismas razones, el bloqueo de 1902. Gómez tiene sobrada razón, o al menos el pretexto, para decretar el estado de emergencia. Y los manifestantes también, para salir a la calle. Pero el público arremolinado en la Plaza Bolívar y clamando bajo el balcón de la Casa Amarilla, se muestra mucho menos patriótico que «reaccionario». Al comenzar el canciller José de Jesús Paúl su arenga a la multitud con una condena a los holandeses, el discurso no parece despertar mayor entusiasmo.

Pero cuando, siguiendo lo que los aplausos le ordenan, habla de la necesidad de un cambio en el gobierno, aquello se viene abajo en ovaciones. Es entonces cuando se produce la dubitativa aparición de Gómez en el balcón de la Casa Amarilla, y el delirio de la muchedumbre «reaccionaria». Los manifestantes saldrán de allí a saquear *El Constitucional*, órgano de Gumersindo Rivas y de la más floripondiosa adulación filocastrista[18]. Pero Gómez todavía no se decide. Entre esos sucesos y el 19 de diciembre habrán de transcurrir todavía seis días. Casi una semana más de reflexión. La búsqueda del pretexto, de la razón que tranquilice a la tribu andina, que legitime esa acción ante sus ojos. Entonces aparece uno de los más célebres y misteriosos telegramas en toda la historia de Venezuela. No es un telegrama en clave como aquel *decadactilo, uterino* que había ordenado la ejecución de Antonio Paredes[19], pero su lenguaje sanchezco y campesino hizo sospechar desde siempre que era una invención de Juan Vicente Gómez: «la culebra se mata por la cabeza»[20].

Ese telegrama nunca fue presentado en el momento de recabar las

pruebas[21]. En verdad, todo eso fue rápidamente abandonado por Gómez quien, para legalizar su situación, prefirió emplear la culpabilidad de Castro en el fusilamiento de Paredes para hacerlo más fácilmente reo de un delito que facilitase despojarlo de su condición presidencial.

NOTAS

1 Cf. *Cipriano Castro en la caricatura mundial.* Caracas, Publicaciones Instituto Autónomo de la Biblioteca Nacional y Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano, s/f [1980]. Las doscientas caricaturas publicadas allí (sin contar la reproducción de *L'Assiette au Beurre*) provienen del rastreo de «sólo una docena» de publicaciones norteamericanas.
2 *Ibídem*, p. 79.
3 En la campaña electoral de 1900, para complacer ese sentimiento, el candidato demócrata planteó la suya como una plataforma anti-imperialista. William Jennings Bryan, «Speech delivered at Indianapolis in response to the committee appointed to notify him of his nomination», August 8, 1900. Philip S. Foner and Richard C. Winchester, *The Anti-Imperialist Reader.* New York and London; Helmer and Meier Publishers, Inc., 1984, vol i, pp. 426-443. Este anti-imperialismo no estaba ligado a opiniones de izquierda en política: Bryan era un viejo demagogo, defensor del fundamentalismo religioso en un juicio célebre cuyas incidencias sirvieron de materia prima para una ficción cinematográfica (Stanley Kramer, *Inherit the wind*).
4 Buena parte de ella se remite a una fuente original: O. E. Thurber, *Origen del capital norteamericano en Venezuela. La época del asfalto.* Barquisimeto, Ed. Nueva Segovia, 1955. Las textos más conocidos, y justificadamente célebres por su calidad literaria, son los de Enrique Bernardo Núñez, *El hombre de la levita gris.* Caracas, Monte Avila, 1991; y el de Mariano Picón-Salas *Los días de Cipriano Castro*, Caracas, Monte Avila, 1991; ambos hoy en colecciones populares, y muchas reediciones. El más reciente análisis del proceso es el de Nikita Harwich Vallenilla, *Asfalto y revolución: la New York and Bermudez Company.* Caracas, Monte Avila, 1992.
5 Cf. Naudy Suárez Figueroa, *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo* XX. Caracas, Colegio Universitario Francisco de Miranda, 1983, t. I, pp. 41-43.
6 «It may interest the Department to know that, in a recent *confidential* interview with a newspaperman, Vice-President Gomez stated that he feared a fatal termination to the illness of the President in the near future, as he has been informed by physicians who have recently examined General Castro that he has ganglionar tuberculosis which would necessarily prove fatal. He also said that if called upon to assume the Presidency his first step would be to effect settlements with all foreign corporations now at loggerheads with the Government, to modify the present mining law of the Republic so as to permit of a greater development of that industry, and, in a word, to do everything possible to attract foreign capital to Venezuela». «Jacob Sleeper, Chargé d'Affaires *ad interim* to Root», January 5, 1907, *Confidential, USANA.*
7 *Op. cit.*, t. I., pp. 12-13.
8 Se ha intentado sintetizar eso con la fórmula «proyecto nacional», cuyo objetivo era «la articulación plena con el sistema capitalista mundial», buscada a través de, por lo menos, las siguientes medidas: liberalización de la economía a través del «perfeccionamiento de la liberación de la mano de obra» (que hasta 1854 era en buena parte esclava) y la ruina de la Iglesia; la libre circulación de las mercancías (pese a la permanencia de monopolios); organización de la hacienda pública; propaganda para atraer los inversionistas extranjeros. Cf. Germán Carrera Damas, *Venezuela: proyecto nacional y poder social.* Barcelona, Editorial Crítica, 1986, p. 175.
9 En su alocución al instalar su gobierno en Caracas el 24 de Octubre de 1899, el general Cipriano Castro cumple con el rito: «(...) hemos vencido, hemos dado amplia reparación a la majestad de las instituciones y á la honra nacional, sellando el proceso harto vergonzoso de nuestras guerras civiles». *El Pensamiento político de la restauración liberal*, CPPV-S XX, t. I., vol. I, p. 215.

10 Pocaterra, *Memorias...*, t. I, p. 173.
11 *Ibídem*, pp. 169-170.
12 Juan Pietri Pietri (1849-1911), Doctor y General. Médico de profesión, exiliado durante parte del guzmancismo. Presidente Encargado con Crespo. Anticastrista, se reincorpora a la vida política con la reacción de Gómez en 1908, desempeñando la cartera de Relaciones Exteriores y la Presidencia del Consejo de Gobierno. *DHV*, P-Z, pp. 145-146.
13 Leopoldo Baptista (1869-1931). Militar y político, estudió Derecho e Ingeniería. Crespista en 1892, se unirá a Cipriano Castro luego de una oposición inicial. Combatirá a su lado contra la Revolución Libertadora. Ministro de Relaciones Exteriores en 1906. Se le considera el principal inspirador de la reacción gomecista en 1908. En 1913 rompe con Gómez y se va al exilio, donde muere en 1931. *DHV*, A-D, pp. 294-295.
14 Para Pocaterra, como se ha visto arriba, el comentario de Gómez se dirige a quienes lo han empujado a asomarse al balcón. Otros transforman eso en una lacónica arenga a la multitud: «(...) el General Gómez se asomó al balcón como para mostrarse a una enorme manifestación popular reunida en la Plaza Bolívar y, dirigiéndose al pueblo, dijo estas breves palabras: 'El pueblo está en calma, el pueblo está tranquilo'». Carlos Siso, *Castro y Gómez...*, pp. 266-267.
15 *Memorias...*, t. I, p. 164.
16 BAHM, n^{os} 17-18, p. 114. Pocaterra, por su parte, esboza una explicación puramente psicológica de la actitud de Gómez: «El mero miedo físico quizás no lo dominó tanto como el pánico y la turbación de su conciencia y ese estado de terrible incertidumbre que caracteriza a los seres sujetos por una larga dominación a tolerarlo todo y que, de repente, se hallan dueños y señores de su propio destino». *Op. cit.*, t. I, p. 191.
17 Francisco Linares Alcántara (1876-1958). Militar y político, será conocido como «Panchito» para diferenciarlo de su padre del mismo nombre, quien proclamado «Gran Demócrata», fue Presidente de la República (1877-1878). Graduado en West Point, «Panchito», después de combatir contra la revolución de Cipriano Castro, se le unió en el gobierno. Será una pieza clave de la Aclamación en 1906 y de la Conjura en 1907, ambas contra Gómez; pero se le unirá al reaccionar éste contra Castro en 1908. Será su Ministro de Relaciones Exteriores hasta 1912. En 1913 rompe con Gómez y se va al exilio. Participa en la fracasada invasión de Delgado Chalbaud en 1929. Sólo regresará a Venezuela en 1936, desempeñando cargos de menor importancia, para retirarse luego de la política, hasta su muerte a los 82 años. *DHV*, E-O, p. 700.
18 Un relato detallado en Carlos Emilio Fernández, *Hombres y sucesos de mi tierra*. Caracas, Tipografía Vargas, MCMLX, pp. 10-14.
19 Antonio Paredes (1869-1907). Militar y político, apoyó y luego se opuso a Joaquín Crespo. Adversario del «Mocho» Hernández, se puso del lado de Ignacio Andrade contra aquél. Al triunfar la revolución de Cipriano Castro, rehúsa sometérsele. En una de sus intentonas es hecho prisionero en Guayana. Castro ordena fusilarlo, violando así el Decreto de Garantías promulgado por Falcón en 1863. Será ajusticiado en Barrancas, Estado Bolívar. *DHV*, P-Z, pp. 33-34.
20 En todo caso, Gómez no desdeña emplear la misma frase. En su declaración de 1913 al *New York Herald*, habla de los hombres que tiene para recibir a Castro: «Esta es mi fuerza de reserva, con que cuento para darle a la culebra en la cabeza». *Loc. cit.*, p. 113.
21 En el monólogo imaginado por Ramón J. Velásquez, se adelanta una versión atribuida a Aquiles Iturbe, la cual difiere de la oficial en 1908 que aseguraba su autenticidad, y de quienes piensan que se trató de un documento forjado por Gómez para justificar su propia traición. Según eso, ese telegrama fue redactado en la oficina de correos por Leopoldo Baptista y el propio Iturbe, empleando todos los

sellos oficiales, y se lo mostraron a Gómez como muestra de la doblez de Castro. Aquél se lo creyó, y abandonó las dudas y escrúpulos que hasta ese momento lo paralizaban. Ramón J. Velásquez, *Confidencias imaginarias*..., p. 229.

VIII. «O YO, O EL CAOS»

Ya Venezuela no quiere guerra
porque esta tierra se va a acabar;
Generales, coroneles, sinvergüenzas
que no quieren trabajar.

(Copla crespista)

HAY UNA FRASE empleada hasta el cansancio durante el régimen gomecista y por tal, objeto de desconfianza una vez muerto el tirano: que Venezuela lo había acogido cansada de la guerra. Para conocer el porqué de su largo mandato es insuficiente, pero suelen serlo todas las explicaciones únicas. Es habitual también proponer una diferente a cada intento de escribir una historia del gomecismo para «superar» la anterior, pero es erróneo por ésta desechar aquélla. Puede no ser la clave exclusiva de su comprensión, pero forma parte de ella.

En enero de 1909, una revista norteamericana resume así el sentimiento predominante en Caracas en las postrimerías del castrismo: «Castro es malo, pero la revolución es peor»[1]. En un país donde prácticamente sólo se conocía una forma de llegar al poder y de abandonarlo, hacía cincuenta años que cambio de gobierno tenía como traducción única derramamiento de sangre. Venezuela recordaba con terror los incendios de la Guerra Larga, y las no menos largas candelas de la Legalista y la Libertadora.

Desde 1903, eso parecía haber terminado: la paz, por fin se asentaba sobre el territorio venezolano. Y haberlo logrado era la base del dominio

de Castro, la garantía de su permanencia. Su enfrentamiento con las potencias extranjeras, y esta vez con los Estados Unidos, nada bueno presagiaba. Pero hasta ahora, eso no pasaba de ser verbal. Al tomar el barco para operarse en Europa, además del equilibrio político en sus propias filas y de la relativa confiabilidad de quien quedaba al mando, el Cabito podía esgrimir esa amenaza, comprendida y sentida como verdadera por todos los venezolanos: «O yo o la guerra civil».

Gómez encontró una fórmula media, eludiendo ese dilema, demostrando su falsedad: ni Castro, ni una revolución. Lo sucedido en diciembre de 1908 desafía además todo intento de clasificación. En su libro sobre *Revolution and the Social System*, un estudioso norteamericano, Chalmers Johnson, distingue el «golpe» de la «revolución», al ser el blanco de lo primero una administración, a veces un régimen, pero nunca la comunidad política[2].

Ateniéndose a eso, el de Gómez sería un golpe de Estado. Pero en este caso, según el DRAE, se produce una «Medida grave y violenta que toma uno de los poderes del Estado usurpando las atribuciones del otro», y el presidente Gómez no está usurpando nada, sino actuando como se lo impone legalmente su mandato. Los inventores del término, los franceses, piensan por su parte que el *coup d'état* es una *action d'une autorité que viole les formes constitutionnelles*, y Gómez no ha violado forma alguna.

MILAGROS BENDITOS Y PALABRAS MALDITAS

Lloviendo sobre mojado, los nuevos gobernantes no sólo nada tenían de «nuevos», sino que no querían ser considerados tales: por primera vez en la historia de la república, un cambio de gobierno desdeñaba llamarse así. Sería apenas una «evolución dentro de la Causa». Ya no bastaba declarar que el hecho jamás se reproduciría: ni siquiera se hacía lo habitual, o sea apropiarse del término para definir la nueva situación.

No solamente era la revolución como hecho la proscrita, sino la palabra misma. Y en forma tan definitiva que, en un libro publicado once años más tarde, Márquez Bustillos en su peculiar estilo considera el suceso «(...) más culminante en la vida pública del General Juan Vicente Gómez: la evolución de diciembre»[3]. Nada de «revolución», ni

de «cambio», ni siquiera de «rehabilitación»; el autor sigue empleando casi supersticiosamente la terminología de 1908: evolución. Resulta curiosa la lista de eufemismos con que los diarios y los jefes políticos se refieren al nuevo gobierno: para unos es «la situación», para otros «la transformación», para los de más allá «la brillante actualidad». Pronto se hablará más líricamente del «milagro» político. Entre los andinos, y luego para todos, será «la Causa». No por casualidad, en el texto citado antes, decía la revista *Collier's*: «Ahora que la revolución ha llegado pacíficamente, los venezolanos sienten una sensación de alivio». Al regresar del exilio, el «Mocho» Hernández considera «providencial» la transformación política actuada el 19 de diciembre, «(...) porque al redimir a Venezuela de una tiranía oprobiosa y yá insoportable, la ha salvado a la vez de los horrores de una guerra civil»[4].

La paz no vino con el 19 de diciembre: ya estaba instalada. Lo que se inauguró ese día fue una nueva tradición, rota apenas dos veces en el siglo XX: cambiar de gobierno sin derramar sangre. En los próximos días, en los próximos meses, en los próximos años (hasta 1913), la tarea del general Gómez no consistirá tanto en apagar las candelas de la guerra, como en procurar que sus cenizas continuasen frías. Para lograrlo, debía conjugarse lo singular con lo plural: o sea la voluntad del gomecista, como de todo gobierno, por trabajar en medio de la paz, y la voluntad del país en conservársela.

Es la conjunción de la voluntad del poder con la del país lo que el agnóstico César Zumeta llamó en un arranque fideísta «el milagro de Diciembre». Y así como la acción de Gómez, con todo y ser la de un solo hombre, estuvo presidida por más razones de cuantas él mismo sospechaba (o podía contar), tampoco la unanimidad nacional tuvo un solo origen, ni siquiera ese «cansancio de la guerra» tan del uso en la prosa del momento.

Esa unanimidad del país reconciliado, el sólido asiento dado por ella al nuevo gobierno, tiene diversas causas u orígenes, pero se pueden agrupar en dos grandes rubros: uno, las razones de los venezolanos para apoyar tan entusiastamente al Gómez del 19 de diciembre; dos, la acción del gobierno para ampliar ese apoyo, el cual no siempre fue tan espontáneo como aparentaba.

De entrada, debe contarse con la carta de crédito que todo país abre al recién llegado: la luna de miel entre gobernantes y gobernados. Es la algazara que recibe en todas partes al vencedor, como en 1863 recibió Caracas a Juan Crisóstomo Falcón con aquellas palmas batidas por un Juan Vicente González que apenas un lustro antes lo había insultado

ferozmente. No debe verse allí oportunismo, aunque también: esa alegría y esos aplausos los produce la paz, siempre montada en el carro del vencedor. En el caso de Gómez, el contentamiento era doble: la paz venía del brazo de quien ni siquiera la había roto y éste era el mismo que (podía ya comenzar a decir la propaganda, inflando un hecho incuestionable) la había conquistado desde 1903 en Ciudad Bolívar.

Después, vienen los acomodos normales en todo cambio de gobierno. La victoria tiene cien padres, y eso se hace mucho más evidente cuando quien puede pretender con mayor legitimidad a ese título se refugia en un modesto silencio, y trata de hacer aparecer su triunfo como si no lo fuera, lo sucedido como insucedido. Gómez resiste asomarse al balcón de la Casa Amarilla para recibir los aplausos, y ni siquiera pretende estar derrocando a Cipriano Castro, sino tratando de sacarle la alfombra bajo los pies a los pretendidos amigos del Restaurador, pues sus mejores intenciones y deseos encontraron «(...) desgraciadamente, un inexplicable obstáculo en algunos pocos ciudadanos que llamándose íntimos amigos del ciudadano general Cipriano Castro...», no sólo se le habían atravesado en el camino de sus deberes legales, sino que habían bajado al «antro de la conjuración» y fraguado contra su vida un «plan diabólico» fortunosamente abortado[5].

Hasta el último momento, y aun después del 19 de diciembre, el general Gómez continuará tendiendo perchas a los amigos del «Cabito». Este no era un tratamiento reservado a los castristas «blandos» pasados al «gomismo», cosa muy normal, sino también a los «duros», leales al jefe de la Restauración. El general Santiago Briceño Ayestarán protesta desde La Rotunda porque se le quiera mezclar en un complot para asesinar a Gómez, pues «en su familia no han existido nunca asesinos». A raíz de esa protesta, se le excluye de la lista de presuntos implicados; tres meses después se le deja en libertad en acatamiento a la inmunidad de que gozaba como diputado principal por el estado Lara, y Gómez lo convoca a Palacio. El relato de aquella entrevista hecho por el propio general Briceño, trasciende lo personal y anecdótico y da una idea de la manera como Gómez se conducía en aquellos peligrosos momentos:

> Después de un cordial saludo, me dijo:
> —¿Todavía estás bravo conmigo?
> —Bravo no, mi General, ¿por qué habría de estarlo? Usted ordenó mi prisión como leal amigo que soy del General Cipriano Castro y porque no quise formar parte de su Gobierno; y ahora Usted ha ordenado mi libertad.
> —¿Por qué no viniste a darme las gracias?

—Porque no soy militar en servicio —respondí.

—Te he llamado para preguntarte si quieres asistir al Congreso como Diputado que eres por el Estado Lara.

—Tengo el deber de asistir como representante de aquellos pueblos.

—Te haré, pues, convocar —me respondió.

—Ahora, General, quiero hacer de su conocimiento, como cosa previa, que jamás haré nada que vaya en contra del General Castro, pero sí le prometo que procuraré que mi actitud no sea causa de inquietud o escándalo.

—¡Muy bien! Así me gustan los hombres —fue su respuesta[6].

PESCADORES GODOS Y AMARILLOS

En la unanimidad de aquel diciembre tan revuelto, todo el mundo ha lanzado sus anzuelos: los andinos «sesenteros» y quienes se unieron después; los gomecistas pero también los castristas. Los sobrevivientes de los partidos históricos y los aspirantes a consejeros privilegiados, si no visires. En todos ellos, en contra de ellos, delante o detrás de ellos, con o sin ellos, están los revolucionarios de la hora undécima, los aprovechadores de toda situación, la resaca de la picaresca política.

Verlo en detalle revela la trama real de aquella unanimidad. Durante todo el mes de diciembre, incluso antes del 19, comienzan a llegar a Palacio algunas comunicaciones donde la adhesión y la delación van de consuno con una previsible confusión. Así, el 8 de enero de 1909, le escribe a Gómez desde Maracaibo un «amigo y subalterno», para informarle que «El general G[umersindo] Méndez[7] todavía no se ha definido con claridad, pues en las conversaciones ni siquiera ha preguntado por nada de lo que ha pasado con Ud.; cree, porque se lo he oído nombrar varias veces, que don Cipriano es todavía el Presidente»... y por supuesto, Gómez su segundo[8].

Cierto, ya existen los «gomistas», como se dice entonces. Pero pese a la Aclamación, a no pocos se les dificulta todavía ver con claridad la diferencia entre ese «gomismo» y el castrismo. No es sólo eso: después de la victoria sobre la Revolución Libertadora la estatura militar y política de Gómez puede haberse acrecentado, pero lo de «Gómez único» todavía no ha aparecido, y así su personalismo deberá competir muchas veces con prestigios regionales para imponer su dominio. Eso se hará muy evidente en las elecciones de 1909, y hay una carta de Zoilo Vidal

(el famoso «Caribe», a quien espera un trágico destino) desde Cumaná, dando cuenta de la inmensa cantidad de «partidos» personalistas que hay en ese estado, pese a su pobreza y a ser bastante pequeño. «Cada Jefe de partido o de círculo tiene un Distrito (...)» dice, y agrega: «El Gral. Arias y su círculo tienen un Distrito, Morales tiene otro, Córdova otro, Pancho Vásquez otro, Velásquez-Herrera otro. El Distrito Mariño, (...) está dividido, mitad para los amigos de P. Ducharme y mitad para el círculo contrario a los Ducharmes ...»[9].

La carta de Vidal, con su insistencia en lo depauperado y lejano y pequeño del estado que preside, basta para imaginar la situación en el resto de Venezuela, donde el poder pudiese despertar apetitos diferentes y en todo caso agregados a la simple voluntad de dominio. No se necesitaba haber leído a Maquiavelo para suponer que esa miríada de ínfimos principados del *quattrocento* estaban pidiendo así un príncipe para disolverlos, triturarlos y unificarlos.

En provincia, eso se presentaba vestido con tan pobres harapos. Pero a medida que se avanza hacia el centro, y se trasponen las puertas mismas de Palacio, una elemental decencia va exigiendo ropas más elegantes, más tradicionales si no doctrinarias. Alrededor de la balsa gomecista comienzan a agitarse entonces los fracasados capitanes de los partidos históricos. No solamente militares, con buena parte de los cuales se formará el Consejo de Gobierno, sino también civiles. En los primeros días, hay dos nombres a retener: el de José de Jesús Paúl, de prosapia goda, y el de Francisco González Guinán, antiguo sumo sacerdote de la «Adoración Perpetua» guzmancista. La suerte del primero se decidirá pronto. Irá a dar al basurero de la historia llevando a cuestas una acusación demasiado cercana a la traición a la patria para ser llevada con comodidad, tanto más cuanto que no la desmentirá: haber llamado a los barcos norteamericanos para patrullar las aguas venezolanas y proteger así la reacción contra Castro. En cuanto a González Guinán, liberal amarillo si los hay, todavía tiene por delante unos cuantos años para combinar sus investigaciones históricas y sus intrigas políticas.

El de Manuel Antonio Matos es también un nombre a retener, porque el banquero dará durante largos meses el aval de su insospechable guzmancismo a los inicios del nuevo régimen. Nadie como él para transformar una derrota en victoria por medio de una saltomortalesca pirueta argumental. Si tomamos al pie de la letra una declaración suya a un diario caraqueño, el vencedor de Castro no fue Gómez sino el mismísimo Matos: «En 1902 quedamos vencidos, pero los seis años que siguieron no fueron sino la gestación necesaria para la evolución del año

pasado», dice, aunque ante la pregunta del redactor acaso escandalizado por semejante apropiación de glorias ajenas, declare que considera a Gómez «Un corazón de león con un alma de niño y con todas las cualidades de un hombre sencillo, capaz de hacer la felicidad de Venezuela»[10].

Cualquier enumeración se quedaría corta: desde Roberto Vargas, el recio «Tuerto» con historia y leyenda, pasando por Abel Santos, Samuel Niño (el «Doctor Bebé» de Pocaterra), Abdón Vivas, Gregorio Segundo Riera, para no hablar del mismísimo Andueza y de Ignacio Andrade, todos van a cobijarse bajo la buena sombra del «gomismo».

Por el momento, para ellos no es cosa de contentarse con subir al carro del vencedor, sino de impedir por todos los medios que el partido adverso vaya a encontrar una oreja complaciente en el nuevo jefe de la Causa. Sin por ello dejar de meterse zancadillas puertas adentro del partido respectivo: es lo que Pocaterra llama *combinazioni*, donde «Los considerados conservadores en el Gabinete trataban de que el general consolidara su política con ellos y sus amigos, aunque no muy de acuerdo entre sí todos (Baptista, Régulo Olivares, Roberto Vargas, Samuel Darío Maldonado)...», mientras que por el otro lado tironeaban los liberales más o menos históricos: «(...) González Guinán, Alcántara, Carabaño e Iturbe, tampoco muy unificados...»[11].

El tono con el cual se enfrentan liberales y conservadores, y cómo buscan interpretar los monosílabos del general Gómez a su favor, viene dado por el episodio del 27 de abril de 1909. Ese día, en su hacienda cercana a La Victoria, el general Raimundo Fonseca ofreció a Gómez un almuerzo que Julio C. Bolet, corresponsal especial de un diario capitalino, califica de «espléndido».

La fecha no podía ser más indicativa de la intención: ese día se cumplían 39 años del triunfo de la revolución que había llevado al poder a Antonio Guzmán Blanco y al Gran Partido Liberal Amarillo. La concurrencia tampoco era incolora ni insípida: el brindis fue ofrecido por un prohombre del liberalismo: «Terminado el almuerzo», dice el periodista,«... el General Tosta García pronunció un corto discurso que fue contestado por un lacónico y oportuno brindis (...)»[12].

Eso es todo: un agasajo social de ese tipo nunca debería merecer mucho más en un diario, sobre todo si no hubo intercambio de discursos, pues el homenajeado, «lacónico y oportuno», apenas levantó su copa para brindar. Lacónico, el general Gómez siempre lo era. Oportuno, lo acababa de demostrar el 19 de diciembre de 1908.

Pero la «prensa conservadora» consideró que Gómez había sido

demasiado lacónico, y que eso debía traducirse como un desaire a los oferentes del ágape. Las interpretaciones, los rumores y las burlas deben haber alcanzado un tono tan insoportable que, para permitir a la opinión juzgar sobre los hechos mismos, el general Tosta García prefirió publicar íntegro su breve discurso.

Allí le decía a Gómez «(...) sin hipérbole, que el Partido Liberal escribió con la sangre de Zamora y firmó con la mano altruista del Mariscal Falcón el célebre Decreto de Garantías, para que os tocara la gloria de cumplirlo estrictamente (...)» cosa que Gómez estaba haciendo «desde la libertad de prensa sin restricciones, el otorgamiento de todos los derechos individuales y la exclusión de todos los monopolios».

Sin hipérbole, dice Tosta García, pero coloca a Gómez en tercer lugar en la sucesión apostólica de la iglesia liberal después de los dos grandes muertos, Zamora y Falcón. De donde, curiosamente, se excluye al más reciente, al más ilustre, y sobre todo, el hombre cuyo arribo al poder se estaba celebrando en el banquete: Antonio Guzmán Blanco. Al final de su intervención, el autor de las *Memorias de un vividor* se limitó a sugerir «(...) la conveniencia de adoptar todos los principios liberales de esa incomparable Constitución de 1864 (...)»[13], ya contenidos en el Decreto de Falcón.

Como eso no basta, dos días más tarde, o sea el 3 de mayo de 1909, Tosta García insiste desde la primera página de *El Universal*: sólo a alguien tan apasionado como Francisco Soublette (un articulista conservador del diario *El Día*) pudo habérsele ocurrido «(...) que al contestarlo aquél [Gómez], entusiasmado y satisfecho, con su oportuno brindis *por la patria y por la unión*, pudieran significar esas frases que los liberales, que estábamos allí en lujosa mayoría, como lo estamos en toda la Nación, pudiéramos quedar fuera de esa unión (...)» y menos aún, que ese brindis pudiera considerarse un triunfo de los conservadores.

Para despejar al final toda duda, al día siguiente, siempre en primera página, el propio corresponsal de *El Universal* repite con ligeras variantes su descripción del «festín», donde «El General Tosta García pronunció (...) un elocuente discurso, al que contestó el General Gómez con bella y sentida síntesis liberal: 'Brindo por la Patria y por la Unión' (...)». Lo «lacónico» se ha transformado en «síntesis», lo «oportuno» en «liberal».

Más tarde, Gómez hará de necesidad virtud, y en 1913 declara al *New York Herald* que los éxitos que ha alcanzado se debían en gran manera a su política de asimilar y conservar los mejores elementos de los antiguos partidos liberal y conservador: «Esa asimilación la llamo *El*

Gomecismo», concluía el dictador [14].

Sería un error, sin embargo, pensar que la actitud del general Gómez frente a los partidos, y en particular frente al liberalismo, esté contenida de una vez por todas en esa elusiva respuesta la cual, no sin entera razón, los conservadores tomaron en 1909 como un rechazo. Los liberales continuarán proponiendo legalizar lo que, en los hechos y las personas, es una unión concubinaria entre el presidente y el partido. Y el matrimonio estuvo a punto de consumarse en 1913, con el adalid de los conservadores, el «Mocho» Hernández ya de nuevo en andanzas de exiliado conspirador y cuando se haya comenzado a hablar de una alianza suya con Cipriano Castro. El Archivo de Miraflores conserva así una carta que no llegó a publicarse en su momento, porque la alianza abortó, siendo sustituida por la idea de Ezequiel Vivas: «Gómez Unico». La carta iba a ser firmada por el general Juan Vicente Gómez en su doble condición de presidente constitucional y jefe supremo de los ejércitos de la República. Si no fuese porque, a partir de 1912, según asegura él mismo, no volvió a pisar Miraflores[15], se pensaría que el documento fue redactado por González Guinán, por su estilo ripioso, su sectarismo liberal-amarillo y su obsecuencia hacia el hombre de Palacio.

En la nonata proclama, Gómez advierte que la patria está en peligro, amenazada por los oligarcas. Y por lo tanto, en nombre de la paz de la República, no queda «(...) otra tabla de salvación que hacer causa común, ni otro recurso que la compactación inmediata, espontánea y sincera, del Gran Partido». En tales condiciones, se proponía en aquel texto el lema «Patria y liberalismo» para sustituir «(...) a la deficiente fórmula de Patria y Unión, exótica en nuestras incipientes demarcaciones».

Y en un derroche de verbosidad democrática atribuible más a la interesada mano redactora del borrador que a la zamarrería bien conocida del dictador, Gómez decide que «El poder lo ejercerá la mayoría y como el liberalismo constituye indiscutiblemente la mayoría del país, los liberales predominarán, dándole siempre una representación proporcional a la minoría conservadora (...)»[16].

NOTAS

1 «What will Gomez do?» by A Traveller from Venezuela. *Collier's*, January 9, 1909, p. 9.
2 Citado por Warren Dean, «Latin American Golpes and Economic Fluctuations, 1823-1966». *Social Science Quarterly*, June, 1970, p. 70.
3 *Op. cit.*, p. 112.
4 «Manifiesto del general Hernández. A los venezolanos», *El Pregonero*; 5 de febrero de 1909, p. 2.
5 «Manifiesto de Juan Vicente Gómez al asumir el poder». *Documentos que hicieron historia*, t. II, p. 135.
6 General Santiago Briceño Ayestarán, *Memorias de su vida militar y política*. Caracas, Tipografía Americana, 1948, pp. 367-368.
7 Gumersindo Méndez Carrero (1848-1914). Uno de los «Sesenta». Fue comandante de Armas y presidente de varios estados, entre ellos del Zulia desde 1910 hasta su muerte en 1914. *DHV*, E-O, p. 883.
8 «F. García hijo a Gómez». Enero 1-18, 1909, Caja 176 C, *Archivo histórico de Miraflores*. En adelante este archivo será citado como *Archimiraflo*.
9 10 de noviembre de 1909. BAHM, nº 7, p. 22.
10 «Lo que dice el general Matos». *Sancho Panza*, 28 de septiembre de 1909, p. 2.
11 *Memorias*... t. I, pp. 207-208.
12 *El Universal*, 28 de abril de 1909, p. 1.
13 *El Universal*, 1 de mayo de 1909, p. 1.
14 BAHM 17-18, p. 114.
15 F. González Guinán, *Mis relaciones con el señor general Juan Vicente Gómez*. Caracas, Libros de *Bohemia*, s/f (¿1985?), p. 10.
16 BAHM, nos 46,47 y 48, p. 222.

IX. A Dios rogando...

CORAZON Y OBLIGACION

Pero eso será en 1913. Estamos todavía en 1909, y el país rodea a Gómez en forma casi unánime. Aunque esa unanimidad tampoco sea, como se ha dicho antes, completamente espontánea. Como en todo gobierno nuevo, la escoba de Gómez ha comenzado a barrer con excelente brío. La inteligencia en la aplicación de una nueva política, su flexibilidad táctica, le ganan buenos y grandes apoyos. Pero la religiosidad práctica de los campesinos enseña que «a Dios rogando y con el mazo dando»: la otra parte de esa unanimidad vendrá dada menos por corazón que por obligación.

En cuanto a lo primero, se abre con lo dicho al principio: el alivio de un país que logra quitarse de encima un gobernante detestado sin derramar ni una gota de sangre. Pero de todas formas, el nuevo gobierno proviene del anterior y por lo tanto, debe echarse a andar con sumo cuidado, como si estuviese caminando sobre huevos frescos, no fuesen a romperse algunos y con ellos no sólo un equilibrio extremadamente frágil sino sobre todo, lo incruento de la transformación,

garantía de su éxito y de su recibimiento por un país a la vez agradecido y aliviado.

Las vacilaciones de Juan Vicente Gómez en el momento supremo pueden tener las explicaciones adelantadas más arriba, pero aquí debe agregarse, y en no corta medida, esta frontera donde la política limita con el funambulismo. En todo caso, Gómez trata el asunto con una sutileza asombrosa sólo para quienes se han creído su propia propaganda sobre el palurdo ignaro y mongoloide.

Nadie como él puede comprender cuán difícil sea para «los sesenta» (y sus inmediatos agregados regionales) distinguir qué cosa pueda diferenciar un castrista de un «gomista». Nadie como él, que durante un buen tiempo ni siquiera imaginó que eso pudiese darse. El sabe, por otra parte, que ésa es su base de poder más sólida y confiable: es «nuestro partido». Y lo primero es lo primero, a saber, conservar esa base con su solidez original, o sea unida.

No es cosa entonces de ponerse a buscar, mucho menos a mostrar, diferencias entre castristas y gomistas, ni entre Castro y Gómez. Ni siquiera está obligado a triturar sus meninges o las de sus consejeros para buscar la fórmula novedosa que pueda lograrlo: la receta se la había dado el propio Castro en los días olvidables de la Aclamación. Así como el Cabito lo había atacado por mampuesto disparando a los malos consejeros, «sus amigos», otro tanto hará Gómez el 19 de diciembre. De momento, no hay ninguna conspiración, pues el jefe del estado no va a conspirar contra sí mismo. Son los «falsos» o «supuestos» amigos del general Castro quienes están revolviendo el cotarro, y es contra ellos que va la cosa, al menos en ese día: el telegrama críptico vendrá más tarde.

Asegurada así la reacción favorable de la tribu montañesa, viene entonces la apertura hacia el país entero. Se impone trazar una frontera entre el antiguo gobernante y el nuevo, y esa frontera no es por cierto metafórica: se logra derribando unas muy auténticas. La primera reunión de gabinete decide, como lo muestra la minuta publicada en la prensa, que ese mismo día sean «(...) libertados todos los ciudadanos detenidos por causas políticas. Y para complementar ese acto de justicia, se hace un encarecido llamamiento á cuantos venezolanos permanecen ausentes del país por las mismas causas»[1]. Dicho y hecho: se abren las puertas de las cárceles y las del país para el regreso de los exiliados que entre la exageración y la verdad se calculan en miles.

Y es muy normal ver al preso agradecer su libertad a quien la ha hecho posible, olvidando que muchas veces fue el mismo que lo zampó allá adentro; es muy normal que el exiliado agradezca a quien le permite

volver a los suyos, olvidando lo mismo[2]. Como sea, esos son aplausos agregados a cuantos ya estaba recibiendo el hombre de diciembre.

Pero si esos hombres han regresado con la obligación de quedarse callados, de castrarse políticamente, de seguro la unanimidad no tardaría en romperse, y la libertad sería apenas un paréntesis entre dos prisiones o dos exilios: como complemento, debía asegurarse la libertad de expresión.

No es demasiado difícil hacerlo cuando todo el mundo está de acuerdo con el gobierno, no porque éste lo imponga o lo solicite imperiosamente, sino porque todos lo sienten merecedor de su apoyo. También se puede decirlo en otros términos: no es fácil que un país donde la aplastante mayoría es liberal se oponga a un gobierno que está aplicando el programa liberal como nunca antes se había hecho, y que no pretenda hacerlo a solas sino convocando a todos los hombres de buena voluntad. En esas condiciones, ¿qué importa si Gómez no brinda por el Partido Liberal y sí lo haga por la patria y por la unión? ¿No es lo mismo acaso, no lo está demostrando en los hechos?

Pero la política no es sólo cosa de líneas de trazo grueso y planteamientos generales, sino también intriguilla, maniobra subalterna, conversación aparentemente inútil de todos los días. Gómez buscará el apoyo del país por medio de aquellas medidas esperadas y populares, pero también jugando con la ambición de los jefecillos regionales, con los personalismos y particularismos, jugando a la política local con tanta habilidad como lo estaba haciendo con la nacional.

En esto lo ayudó la imagen que de él habían buscado crear sus enemigos (y acaso también muchos de sus amigos más interesados): la de un hombre manejable, sin conocimiento y tal vez sin gusto de la política, en todo caso ingenuo y, por sobre todas las cosas, ignorante.

En octubre de 1909, cuando entre los jefes de ambos partidos históricos la idea de la candidatura de Gómez para el próximo período constitucional comienza a mostrarse arrolladora, Gómez les envía una carta exponiéndole sus ideas sobre el asunto. Ella es un modelo del equilibrio buscado «por la patria y por la unión»: los destinatarios son, de un lado, José I. Pulido, Manuel Antonio Matos, Juan Pablo Peñaloza, Gregorio S. Riera «(...) y demás miembros del Directorio Liberal de Caracas»; y del otro, J. M. Hernández (El «Mocho») y Nicolás Rolando.

En primer lugar, constata allí, «Hace algún tiempo que nuestra patria oscila entre dos extremos: la tiranía oficial y la intolerancia de los partidos políticos», extremos que nos han llevado a la muerte de las libertades, a la guerra civil y a la desolación de la República. A renglón

seguido aclara que está muy lejos de «(...) sostener la conveniencia de un partido único, porque no son uniformes los criterios ni las aspiraciones de los hombres». Piensa sobrecogido de admiración que a los jefes de los partidos históricos tocará la envidiable dicha de extinguir para siempre las guerras civiles con todos los beneficios que ello traerá para «(...) llevar en fin a Venezuela a igualarse con sus hermanas del continente en vida civilizada y progresos de todo linaje».

Y remata con humildad franciscana: «en cuanto a mí, tenedme como vuestro lazo de unión. Mis opiniones individuales, cualesquiera que ellas sean, tienen que ceder el campo a la imposición de mis altos deberes»[3].

Por todo eso, en los primeros meses de su gobierno, se tiene tendencia a ver en Gómez el instrumento dócil de Baptista y de Alcántara, más tarde de un Colmenares Pacheco a quien, por cuñado de Gómez, la biliosa pluma de Rufino Blanco Fombona le acreditaba como única credencial la bragueta[4].

Al establecer su tren de mandatarios regionales, Gómez parecía someterse también a la voluntad de los caudillos regionales los cuales, por querer comerse el pastel y al mismo tiempo conservarlo entero, dejaban detrás un reguero de intrigas y rencores: por no tomar ellos mismos el mando, pues aspiraban a destinos superiores en Caracas, provocaban disgustos y enemistades de y entre sus favoritos escogidos o desechados. Gómez jugaba a unos contra otros, no tanto por maquiavelismo como por exigencia de los propios interesados: no se olvide nunca que el cómplice principal del embaucador es siempre el embaucado.

En el texto ya citado, Carlos Siso relata algunos episodios donde uno sabe de qué asombrarse más, si del primitivismo de Gómez al intrigar tan burdamente, o de la ingenuidad de sus interlocutores al caer en trampas tan tontas: era evidente que querían creerle al general[5].

Y por supuesto, también la más vieja manera de comprar fidelidades en este país y en cualquier otro: asegurando, por vía presupuestaria, el pago de la lealtad. En el Archivo Histórico de Miraflores reposan miles de cartas con solicitudes de ayuda personal que, conocidas desde siempre, se convirtieron en una práctica extendida a lo largo del mandato gomecista. Además, por vía de la manipulación política ordenada desde arriba, se buscaba como siempre que los apoyos, que la unanimidad, fuesen tales (y entusiastas) en el aparato de la administración local.

Resulta innecesario, por reiterativo, documentar esto último, presen-

te desde el nacimiento mismo de la República de Venezuela cuando, en 1830, desde el poder se comandaba el voto: aquel «nada de unión con los reinosos y muera Don Simón» que marcó el fin de Colombia. Es desde Palacio que comienzan a tejerse las redes de lo que luego será el sistema político gomecista[6].

Y POR SI ACASO, LA FLOTA

Pero eso no se quedará confinado dentro de las fronteras del país. Es imperativo asegurarse de que la unanimidad con la cual el país ha recibido el «milagro político» de diciembre no vaya a ser rota desde afuera. Y allí el aguafiestas podría ser el gran perdedor del momento, Cipriano Castro.

Buscando protegerse contra una acción del sorprendente «Cabito», Juan Vicente Gómez va a echar las redes de un no menos sorprendente, por lo amplio y eficaz, sistema de espionaje en el extranjero, malla acerada y a ratos nada sutil prolongada por todos los años de su dominio.

Esta de los primeros tiempos merece ser dividida en dos pedazos con sus límites muy precisos, si bien no es raro que a veces se dificulte saber cuál es cuál, quién es quién. La primera, por supuesto, está constituida por los funcionarios diplomáticos y consulares de Venezuela, y por los enemigos gratuitos y merecidos de Cipriano Castro: desde Rafael María Velasco y Alejandro Ducharne en Trinidad, pasando por Domingo Fabbiani en Puerto Rico, un E. Martínez Z. en Málaga, hasta el poeta J. T. Arreaza Calatrava. Y de todos, el más ávido de venganza, el hermano de Antonio Paredes[7].

Si la segunda merece ponerse aparte en un párrafo, es porque integra uno de los soportes más importantes de la reacción gomecista, y porque hubiera podido ser espontánea si no hubiese sido, como en efecto, solicitada. Se trata de la colaboración de las potencias extranjeras, y en especial de los Estados Unidos, para evitar cualquier acercamiento de Castro con intenciones guerreras a las costas venezolanas. En los Archivos Nacionales de Washington hay cerca de veinte páginas manuscritas a un solo espacio con el solo título de los despachos de funcionarios norteamericanos rindiendo cuenta de los desplazamientos del Cabito[8].

Por supuesto, esa información no iba a ser negada al principal interesado, ahora aliado de los EE.UU.: el gobierno del presidente Gómez. Cuando algún barco sospechoso de transportar al general Castro, a sus secuaces o armamento suyo se dirige hacia el Caribe, o entra en sus aguas, pronto lo sabe por ese conducto el general Gómez.

De igual manera le llega sin demora cualquier rumor sobre el paradero del Cabito: así se lo dice él mismo a su embajador en La Habana, Ignacio Andrade, en 1911[9]. Todo eso había comenzado, es bien sabido, con el telegrama enviado por Gómez a Washington por intermedio de Lorena Ferreira, embajador del Brasil y representante de los intereses norteamericanos en Venezuela después de la ruptura de relaciones en junio de 1908. Se anunciaba allí el comienzo de la reacción contra Castro y la voluntad del nuevo gobierno de arreglar el contencioso entre los dos países.

Hasta aquí, nada de anormal ni para provocar la polémica entre adversarios políticos o entre historiadores. Sí lo fue la línea siguiente de ese texto: la petición de que unos barcos de guerra de los EE.UU. patrullasen las aguas venezolanas para impedir el retorno del caudillo de la Restauración. Aquí ardió Troya, sobre todo a partir de 1910, cuando el Congreso recibió la Memoria y Cuenta de la Cancillería y se negó a aprobar esa parte del asunto, tratando de salvar la responsabilidad de Gómez y achacándole tal acción al canciller Paúl, quien había actuado, decían, inconsulta y antipatrióticamente.

La polémica entre gomecistas y antigomecistas giró después en torno a una frase en el telegrama del brasilero: «Halla conveniente presencia nave de guerra americana La Guaira previsión acontecimientos». ¿De quién hablaba? Para la oposición no hay duda: de Gómez. En la frase «halla conveniente (...)», dice Pocaterra, «(...) rige el sujeto *presidente Gómez*» y por lo tanto, estalla el escritor, el tal «(...) es el responsable en primer término y a él le corresponde íntegra la gloria de que por un acto de cobardía (...) arrojara ese baldón sobre la Cancillería venezolana (...)»[10].

En cualquier caso, la soga hubiese reventado por donde siempre, y José de Jesús Paúl cerrado su carrera diplomática y política. Pero eso no le bastaba: aceptó públicamente su responsabilidad personal. En su declaración al *New York Times*, Paúl se justificó diciendo que la situación en aquel momento era desesperada; incierto el apoyo del ejército; que muchos de los amigos y familiares de Castro ocupaban todavía altas posiciones. «Temíamos» dice, «asesinatos, anarquía y una reacción anti-extranjera. Nuestra responsabilidad era grande. Yo pensé

que mi deber era llamar a las potencias a enviar barcos de guerra para asegurar el orden. Al hacerlo, preveníamos, en vez de invitar a, una intervención americana»[11].

Sin descartar la responsabilidad del canciller, es muy difícil apartar la del propio Gómez, como intentaron hacerlo los congresantes en 1910. No solamente porque la política exterior del país es atribución del presidente de la República, sino porque la actitud de Gómez no fue la de quien acepta a regañadientes la *gaffe* de un subalterno cuyas decisiones desaprueba pero a quien no quiere desautorizar.

Por el contrario, la suya fue la de un participante entusiasta, si cabe esto último en las reacciones de un hombre cuya fama de frío y poco expansivo ya era conocida: se suele hablar de la rapidez con que el gobierno norteamericano envió al comisionado William Y. Buchanan, quien desembarcó del *North Carolina* el 27 de diciembre para conversar y llegar a un arreglo con el nuevo gobierno venezolano.

Pero ése no fue el primer oficial norteamericano en contactar a Gómez. Dos días antes, ya había llegado a La Guaira la cañonera *Dolphin*, cuya oficialidad fue recibida con todos los honores por el gabinete en pleno y el propio Gómez, quien no solamente se mostró «amistoso y cordial», sino que además expresó cuán grandemente apreciaba «el honor de que habían hecho muestra los Estados Unidos al enviar tan rápida y cordialmente un barco a aguas venezolanas».

El capitán relata su conversación con el gobernante venezolano, y la insistencia de éste en culpar a «un hombre» (*this 'one man'*) y nada más que a él de la situación general del país y en particular del deterioro de las relaciones entre Venezuela y los Estados Unidos, las cuales quería ver rápidamente restablecidas[12]. El comandante del *Dolphin*, Thos. Washington, y otros tres oficiales, fueron condecorados.

En tales condiciones, pues, la unanimidad lograda el primer día por Juan Vicente Gómez al reaccionar contra Castro estuvo hecha por partes si no exactas, por lo menos bastante iguales de espontaneidad y estimulación, si no se quiere hablar de obligación.

NOTAS

1 *El Día.* Caracas, 23 de diciembre de 1908, p. 1.

2 En 1909, son típicas las cartas de Ezequiel Vivas, quien le escribe a Gómez que «Desde el mismo día que salí de prisión telegrafié a Ud. poniéndome a sus órdenes con la misma honradez y sinceridad con que ofrecí a Ud. mis servicios en Caracas cuando tuve el honor de conocerlo y tratarlo. Esa amistad mía hacia Ud. tiene hoy mayores fundamentos puesto que le debo mi libertad ...» Colón, 3 de enero de 1909, BAHM, noviembre-diciembre de 1966, p. 111, y la de Julián Sangronas quien al agradecerle la libertad, agrega: «Como soy hombre que me gusta pagar mis cuentas, cuente Ud. con que lo acompañaré a todas partes sin vacilar hasta el sacrificio si es necesario». *Ibídem*, p. 115.

3 *El Día.* Caracas, 15 de octubre de 1909, p. 2. Por su parte, Carlos Siso asegura haberle oído varias veces resumir así su idea del papel jugado entonces por él: «...yo soy el Presidente, pero yo no soy el que va a mandar, los que van a mandar son los caudillos, porque ellos son los que tienen prestigio; yo les voy a servir únicamente de centro para repartir el gobierno entre todos ...».*Op. cit.*, p. 287.

4 «Quien es Gómez» en *Judas Capitolino. La oposición a la dictadura...*, CPPV-S XX, t. I, vol. I, p. 14.

5 «Así fue que el General Gómez al día siguiente de haber nombrado a Armando Rolando Presidente de Anzoátegui, encontró al General Pancho Vásquez (...) el hombre más importante de Rolando y un militar de prestigio en toda la República (...) y le dijo: 'usted era mi candidato para la presidencia del estado Anzoátegui, pero su jefe el General Rolando me exigió esa Presidencia para su hermano Armando y yo no podía hacer otra cosa que complacerlo'. El Dr. Leopoldo Baptista, cuyo prestigio dominaba casi en absoluto la opinión pública del estado Trujillo, al nombrar a su hermano Víctor Manuel, disgustó a su íntimo amigo el Dr. V. Márquez Bustillos, su hombre de confianza, su consejero inmediato en la localidad, «(...) A los pocos días el General Gómez llamó a Caracas al Dr. Márquez Bustillos y lo nombró Gobernador del Distrito Federal y detrás de él, el grupo más importante de amigos del Dr. Baptista en el Estado Trujillo lo abandonaron y se sumaron al General Gómez directamente». *Op. cit.*, p. 286.

6 Para Diego Bautista Urbaneja, eso no se queda confinado al estado, que es sólo «una parcela del sistema político gomecista». Cf. su excelente ensayo sobre su estructura (*inter alia*) comunicacional en «El sistema político gomecista». *Juan Vicente Gómez y su época.* Caracas, Monte Avila, 1985, pp. 51-67. Cf., para 1920, un ejemplo particularmente detallado de «la minuciosa información» en BAHM, nos 114-115, pp. 71-136.

7 BAHM, nº 7, pp. 71-87. Cf. también para los años 11,12 y 13, BAHM, nº 30, pp. 103-116; y para 1923-24, BAHM, nº 92-94, pp. 3-41.

8 831.00 / Political Conditions in Venezuela/ 286-530. USANA.

9 «Posteriores noticias han venido a comprobar que el vapor que se llamó 'UMBRIA' y después 'GROSTUCK', fue tomado por el Gobierno de Haití. Eso lo sabemos por conducto americano y también por las manifestaciones de la delegación haitiana que vino a las festividades del Centenario. Quizás el General Castro no haya salido de Las Palmas; punto a donde llegó en el vapor 'Legaspi' y donde desembarcó sin seguir rumbo a Sabanilla para donde tomó pasaje a Cádiz.

«El doctor Gil Garmendia que probablemente ha llegado ya a esa ciudad, le impondrá a usted de la última versión, es decir de lo que me comunican de Washington, diciéndome que Castro se encuentra oculto en un punto de la isla de Cuba». Gómez a Andrade, 22 de julio de 1911. BAHM, nº 69, p. 66.

10 *Memorias...*, t. I, pp. 194-195.

11 *New York Times,* June/14/1909, p. 5.
12 «Lieutenant-Commander Thos. Washington of the S.S. Dolphin to Secretary of Navy». La Guaira, december 27, 1908. Navy Department, Washington DC, Bureau of Navigation, USANA.

X. La luna de miel

TODOS SOMOS ANTICASTRISTAS

Eso es allá arriba, en Palacio. ¿Y cómo se lo siente en la calle? ¿En qué medida es cierto, aun en una fecha tan reciente de la «luna de miel» de Gómez con el país, que éste goza de «libertad de prensa sin restricciones» como lo aseguraba con tanto entusiasmo Tosta García en aquel discurso del 27 de abril de 1909? ¿En qué medida se puede afirmar que los primeros años del régimen gomecista hayan sido los de un liberalismo sin cortapisas, salvo las impuestas por la autocensura de quienes sabían que cualquier ataque al presidente, cualquier crítica, serían rechazados por el país?

La prensa refleja con mucha prudencia la situación, o repite esta actitud. El general Gómez es intocable, o por lo menos intocado. Pero a partir de allí, la expresión del pensamiento es más abierta, aunque no se pueda decir sin exageración que sea libre. Esto es comprensible: Gómez vive esos momentos en olor de unanimidad, pero no es prudente olvidar que se está saliendo de un gobierno dictatorial y que el nuevo gobernante era arte y parte de él.

Ya en Venezuela se practica el despellejamiento del «gobierno

anterior» y la calificación de «reaccionario» tendrá un significado diametralmente opuesto, un prestigio equivalente al desprestigio que sufrirá en el siglo XX.

Como sea, el de Gómez podrá ser «reaccionario» frente al castrismo, pero no por eso deja de ser el mismo gobierno, en cuanto al personal político que lo forma. También en cuanto a los métodos, pero eso no se sabe todavía, o cuando menos se pretende ignorarlo.

Un editorial titulado «Carta política» del vocero conservador (o por lo menos, anti-«amarillo») *El Día*, publicado en la misma página y como comentario de aquella humildísima declaración hecha por Gómez el 15 de octubre de 1909, refleja, no sin sectarismo, la situación de los partidos, a once meses de la «evolución dentro de la Causa». La frase con la cual Gómez proclama muy alejada de sí mismo toda idea de partido único, merece el aplauso de *El Día*, «Aunque», dice, «el único partido que en Caracas ha organizado su junta directiva es la oligarquía amarilla, lo cual le asegura enormes ventajas; aunque el nacionalismo no da notaciones de vitalidad (...)» etc.

Es que mientras el «Mocho» está dando gracias a la Providencia por haberle evitado a Venezuela una guerra civil, el campeón del «rojismo» conservador, Carlos Rangel Garbiras, apenas pisa suelo venezolano propone, a quienes dirijan agrupaciones políticas, unirse en una sola agrupación o «partido de gobierno», con el objeto, dice, de «(...) cimentar la paz de modo inconmovible y más tarde, sustituido el fusil por el voto, enarbolar de nuevo cada una de las banderas de sus queridas convicciones»[1], idea a la cual se adhiere entusiastamente el general Rolando[2], entre otros.

Pero, si bien apoya la idea de rodear al general Gómez, *El Día* no parece estar totalmente de acuerdo con la proposición de Rangel. Más bien, ve abrirse ante el país dos caminos, el de la abyección o el de la libertad: «Si creamos uno como partido oficial que lo espere todo del Ejecutivo caeremos en la abyección. Si organizamos centros políticos activos y militantes, entraremos en las vías republicanas». El artículo de *El Día* remata con una pregunta retórica dirigida a los liberales unionistas (Baptista, Ayala, Rolando, Hernández, Guerra, Ibarra): «¿Por qué no se organizan, siguiendo el ejemplo del círculo amarillo?».

Leyendo entre líneas, es posible sacar algunas conclusiones. La primera, Gómez no ha obstaculizado, mucho menos prohibido, la organización de los partidos históricos. Pueden actuar, puesto que no se meten con él. Los primeros en aprovecharse de esa situación han sido los liberales amarillos. En segundo lugar, esos partidos actúan con

libertad para practicar su deporte favorito: entredevorarse. Siempre que no pasen de batallas de tintero... Finalmente, la presencia de Gómez en Palacio ya ha introducido una cuña en el interior de los partidos, desviando la frontera de la antigua división entre liberales y conservadores. En adelante habrá «unionistas» (es decir, partidarios de aquel dicho de Gómez: «Por la Patria y por la Unión») y «no-unionistas» (no hay realmente «anti-unionistas», si la mala intención puede traducir eso como «antigomistas»).

Eso en cuanto a la organización de los partidos, o sea, a la libertad de asociación. Pero, salvo en período electoral y en uno que otro banquete conmemorativo, los partidos se hacen sentir a través de su prensa. En la actitud de esa prensa hay una cuidadosa dosificación de ingenuidad y cinismo, de seriedad y oportunismo, de realidades fácticas y ganas de creer en lo dicho desde Palacio.

De entrada, al menos públicamente, nadie duda de las buenas intenciones del general Gómez, pero como es lo habitual en tales casos, hay quienes no esperan mucho para declararse «gomistas» puros. Al lado de ésos, otros que lo hacen hasta con entusiasmo, pero sin abdicar de pasadas simpatías, si bien guardan en casa las viejas banderas. Los liberales puros, los más «amarillos», parecen ser menos reticentes en su apoyo a la nueva situación. Y entre los periódicos, la adhesión o cuando menos la prudencia está en relación directamente proporcional a su importancia: al dinero invertido en la empresa de lanzar un diario.

Desde el primer momento Rafael Arévalo González parece dispuesto a tomar sus distancias, separando con todo cuidado cualquier nuevo personalismo (la alusión no podía ser más clara); y llama más bien a esperar, porque «Los tiempos no son de *istas* ni de *ismos*. Todos debemos terminar en *ario*». Su adivinanza nada tiene de racista: no conviene, explica el editorial, ser «(...) *fulanistas* ni *zutanistas*» (por ahora). «Seamos», continúa, «solamente reaccionarios. Es decir, adictos a la reacción nacional; la cual no es sólo contra Castro, sino también contra su funesto régimen»[3]. Hay otros que se presentan como voceros de la antigua oposición, hoy «unionista», es decir, partidaria de la nueva «situación». Es así como *El Día*, al lamentar el paso dado por el dr. José de Jesús Paúl (nadie culpa a Gómez) cuando llamó a la flota americana, lo hace en nombre de «(...) los jefes y oficiales unionistas, los revolucionarios que vinieron de las Antillas, los mártires del Castillo y las Rotundas», etc[4]. En general, todo el mundo niega estar subsidiado, sea por el gobierno, sea por cualquier grupo. Y eso desde *Sancho Panza*, el cual advierte, desafiando cualquier desmentido, que «(...) a ninguno

de los hombres que vinieron del destierro ó que estaban en el poder le ha pedido ni aceptado un bolívar de regalo»[5]; hasta los redactores de otro periódico quienes, pese a su adhesión sin reticencias al nuevo régimen, en una «Crónica» consideran conveniente aclarar que son «...hijos del esfuerzo, y pobres soldados de Gómez»[6].

Pero por muy «milagrosa» que hubiese sido la actuación de Gómez el 19 de diciembre, nunca podía faltar el escéptico que se preguntase por sus verdaderas intenciones, aunque nadie llegue a plantearlo públicamente de una manera tan brutal. La discusión se da entonces en torno a una cuestión de principios: para sacar a Venezuela del abismo donde lo hundió el castrismo, ¿se impone una dictadura, o es mejor continuar con la «evolución dentro de la situación»?

El Pregonero de Rafael Arévalo González abre los fuegos una vez pasados los primeros días de asombro y, posiblemente, el adormecimiento de la tregua navideña. El trece de enero de 1909 publica en su primera página una caricatura donde un Gómez vestido con ropas civiles (un largo abrigo oscuro) escucha el consejo del pueblo: «No acepte *eso*, general». *Eso* es la dictadura, simbolizada en una especie de trono cuyo pedestal alguien termina de levantar ladrillo a ladrillo.

Al día siguiente, un editorial abundante en signos de interrogación y exclamación comenta esa caricatura: «¡La dictadura! ¿Para qué? ¿La necesita Gómez? ¿Viene él del campamento? Esa investidura fuera un baldón. Quien dice dictador dice tirano. La dictadura es la ausencia de la ley, es la presencia de una voluntad única y omnímoda»[7].

Quince días más tarde, *El Grito del Pueblo*, ese humilde «soldado de Gómez», plantea que «El asunto de mayor importancia en los actuales momentos (...) es la revisión, para su enmienda, de la actual Constitución Nacional»[8].

¿Revisión? ¿Para qué? En esos términos, la discusión es mucho más fácil, menos peligrosa. También en los primeros días de febrero, *El Día* publica una serie de editoriales o artículos firmados sobre el tema, con diversas opiniones. Gabriel José de Aramburu considera que sea «(...) de todos sabido que la Dictadura en cuestión, no conviene en las actuales circunstancias» (...) «pues volver a mandar dictatorialmente» (...) «no convendría a las evoluciones políticas del general Gómez, y sería condenarlas al exterminio» porque «trastornaría por completo los destinos de la Patria, y la Renta del Erario Público se mermaría»[9]. Para Federico Restrepo, no basta pregonar que toda la Constitución es mala si no se aportan pruebas para indicar por qué es así, si en verdad lo es. De lo contrario, se hace incomprensible «(...) ese empeño en los

partidarios de la Dictadura, ó de la Asamblea Constituyente, como quieran decir, en que se les crea por su palabra de honor (...) Si toda la Constitución es mala, habría que hacer una nueva; pero si no toda ella es mala, como lo creemos», entonces «(...) lo natural y prudente es enmendarla, adicionarla o reformarla»[10].

Como también suele suceder, no todo el mundo piensa en la misma cosa, cuando pide lo mismo. Y también que quienes comenzaron con un argumento en favor de una cosa, terminen esgrimiéndolo para pedir lo contrario. La claridad no es la norma, en una situación donde el gobierno se niega a decir que ha cambiado el gobierno, donde la «revolución» no osa decir su nombre, y donde los mismos siguen gobernando en contra de los mismos, con el apoyo esta vez de quienes aborrecían de los unos y de los otros, de todos los andinos.

La misma redacción del diario donde han aparecido aquellos artículos pretendiendo sinónimos «constituyente» y «dictadura», incluye en su editorial una «Excitación Patriótica» que un general Casano dirige, dice el diario, «(...) á los militares eminentes de la revolución contra Castro»[11]. Ella les pide propiciar una reunión del pueblo para pedir al general Gómez «(...) la convocatoria de una Constituyente, que eche por tierra y por indignos á aquel Congreso y esas Legislaturas y Concejos [electos bajo Castro] y ponga en vigencia la Constitución del 64, que tanta sangre costó al país y que es la página más gloriosa de la Federación»[12]. O sea, ni más ni menos lo que, tres meses más tarde, le pedirán los liberales amarillos por boca de Tosta García, en aquel banquete del 27 de abril en casa del general Fonseca.

Por su parte, y después de recordar que las reformas constitucionales suelen ser peligrosas porque en Venezuela sólo han servido como pretexto al continuismo, Rufino Blanco Fombona expone «el móvil de unos y de otros» sin pronunciarse por ninguno, pero llamando a la discusión entre «los hombres de pluma».

Según él, los revisionistas lo son porque quieren quitarle a Castro las riendas del poder, no por un golpe de Estado, sino por un juicio o bien reformando la Constitución, mientras que los adversarios de la revisión, si bien no han opinado todavía en público, se induce que «(...) ven la legitimidad en la persona del Gral. Gómez, —lo que es cierto mientras Castro no pise tierra venezolana»[13].

Puede asombrar lo que sostiene Blanco Fombona en el mismo artículo: el Ejecutivo, dice él, se opone a la revisión o permanece indiferente. Es muy posible que se estuviese ateniendo al viejo consejo de abstenerse en la duda. Porque tal vez revisar la Constitución no

desagrade a Gómez, pues nunca desagrada a un gobierno nuevo tener las manos libres para actuar. Pero tanto la reforma como el mantenimiento del *statu quo ante* tienen ventajas y desventajas casi parejas. En este caso, dejar las cosas como están se inscribe dentro de la filosofía que preside la reacción del 19 de diciembre, o sea de «la evolución dentro de la situación»; pero tiene el peligro de que Gómez sigue siendo un vice-presidente encargado. Y si, como lo previene Blanco Fombona, Castro pisa tierra venezolana, habrá que quitarse la careta legal para combatirlo, pues según la Constitución él sigue siendo el presidente. Y Gómez no las tiene todas consigo, todavía. Reformar la Constitución significa un debate político que siempre buscará evitar, como se verá un poco más adelante. Al final se decidirá por la reforma constitucional: la cuestión queda zanjada cuando el 5 de mayo de 1909 se sanciona una, la cual establece un nuevo período (reducido a cuatro años) que debe comenzar en 1910; y crea un Consejo de Gobierno. Serán desoídas las opiniones del «Mocho» Hernández, quien sostenía que Gómez debía gobernar como vice-presidente encargado hasta 1911. Gómez será elegido presidente constitucional para el período 1910-1914[14].

Para los adversarios de la dominación andina no era demasiado difícil percibir, acaso confusamente, que el solo hecho de plantear aquella reforma constitucional era también establecer una separación neta entre «gomistas» y «castristas», dividir el campo «restaurador». Lo cual, como están las cosas (o al menos como ha demostrado, con sus vacilaciones, verlas todavía) no le conviene a Gómez.

En todo caso, la prensa da la impresión de que no la limitan esos escrúpulos. Intencionadamente o no, ésa es una buena forma de dividir un campo cuya unidad no puede dejar de inquietarle, pues apenas ha cambiado la cabeza, sin matar la culebra. El nuevo gobernante, por su parte, no puede sospechar que se ataque al viejo recién derrocado, ni mucho menos prohibir hacerlo. Y es así como en la segunda quincena de febrero, *El Día* de los conservadores le entra a hachazo limpio al árbol caído. «Abajo los castristas» titula un editorial escrito para discrepar de un artículo aparecido en Coro, en un periódico cuyo solo título proclama no sólo su acuerdo con la nueva situación, sino cómo la entiende: *La Evolución*.

El polémico editorial del diario caraqueño propone que se destituya a los magistrados castristas, no por haberlo sido, sino por seguirlo siendo: «Nada hay más funesto á la República que el capricho, la terquedad y la insistencia de los funcionarios impopulares y arbitrarios» y remata diciendo que «cada empleado debe tener escrita su renuncia

y cargarla en el bolsillo» para cuando el pueblo se la pida[15].

Cualquiera que sea la intención de quien pide barrer la casa, encontrará mil leguas de paño donde cortar. En aquel artículo del 14 de enero en *El Día*, Rufino Blanco Fombona se refería a muchos hombres «(...) odiosos á la opinión»: Niño en Carabobo, Velasco en Táchira, Lares en Maracaibo.

Pero eso es demasiado obvio, demasiado fácil. *Sancho Panza* prefiere hincar sus dientes en carne más sabrosa: en la del Canciller José de Jesús Paúl «(...) servidor humildísimo, paciente y complaciente de Cipriano Castro hasta su última hora», y la de José Gil Fortoul, a quien llama «(...) nuestro inefable inventor de la Doctrina Castro y perito sumo en las reconditeces de nuestra caja consular»[16].

En esos escritos no se encuentra qué admirar más: si un sutil e improbable ataque a la nueva administración introduciendo una cuña en su unidad esencial y necesaria, o la búsqueda de una explicación embarazosa. Sucede que la actitud de Castro frente a los EE.UU., ha causado gran admiración en los intelectuales españoles, entre ellos el sumo sacerdote de la «hispanidad», Ramiro de Maeztu. De igual manera, se aborrece y se condena que Gómez haya llamado a la Armada americana para proteger su «reacción».

Como no es cosa de ponerse a atacar nombres tan señeros, escritores de tantísimo respeto, ni tampoco desautorizar a Gómez, entonces es más cómodo echarle el muerto a algunos de sus segundones intelectuales. Por lo demás, concluye *El Día*, basándose en lo que, según él, dicen también *Sancho Panza, El Pregonero, El Tiempo* y demás colegas bien intencionados, «Si empleamos á los que fueron Ministros de Castro, prefiriéndolos entre otros ciudadanos que pueden representar bien a Venezuela en el Exterior, ¿qué tendremos en el interior de la casa, donde nadie pide cuenta de la falta de Augias?»[17]. En todo eso no falta, por supuesto, la intriguilla menor: *El Grito del Pueblo* publica un día la resolución que nombra a J. T. Arreaza Calatrava para un puesto diplomático, junto con un viejo artículo suyo en alabanza a Castro[18]. El atrabiliario poeta se presentó al día siguiente a la redacción para armar un previsible escándalo.

La situación es confusa y embarazosa: *El Pregonero* da la impresión de haber perdido la brújula, y no acierta a tocar tierra: «Ya lo hemos dicho», enfatiza: «somos partidarios de la constitucionalidad; pero al mismo tiempo queremos y demandamos rectificaciones que sean posibles dentro de la órbita constitucional». Es que para el editorialista, «En política, los regímenes anfibios son inaceptables, y el régimen

presente es mitad carne y mitad pescado»[19]. La fresca carne del «gomismo» con el pescado podrido del castrismo: ¡vaya sirenita!

UNA CIERTA DESCONFIANZA

El general Gómez podrá ser muy tolerante, buscar el consenso y evitar enemistades, pero al final tiene que ponerse nervioso ante la posibilidad de que el país se le desmande, de que el alboroto de la prensa despierte las pasiones dormidas, el viejo sectarismo partidario. Por eso, la Gobernación de Caracas hace convocar un sábado a los responsables de los diarios de la ciudad: según *El Día*, ninguno faltó a la cita. El gobernador, dr. Aquiles Iturbe dijo que tenía encargo del Gobierno Nacional de manifestarles «(...) las ideas que privaban en la actualidad sobre el extravío y exageración de algunos periodistas que llegaban a la licencia, atacando la personalidad de ciertos ciudadanos que regresaban a Venezuela contando con encontrar la hospitalidad y la acojida que la Patria dispensa a sus buenos hijos»[20].

A tigre, tigre y medio: así como la prensa pretendía no estar atacando al gobierno, sino a los castristas embozados que lo contaminaban, el gobierno pretendía no estar preocupado por las críticas de ella al gobierno, sino por las hechas a los honorables opositores que regresaban del destierro. La lección de esgrima se prolongó esa tarde, con el dr. Iturbe recitando el previsible cuplé sobre la diferencia entre la «buena prensa» doctrinaria y la «prensa licenciosa» que perturba la sociedad, agria los ánimos, provoca divisiones.

Si el dr. Iturbe no excluyó expresamente a los presentes de esta última clasificación, ellos mismos se encargaron de hacerlo, dice *El Día* en su editorial ya citado. Y para demostrar que sus visitantes no habían sido engatusados por la cortesía del gobernador, lo remata con esta malacrianza: «Esta recepción ó invitación a la Prensa, hecha por un letrado como el Doctor Iturbe, nos ha sorprendido, porque nadie conoce mejor que él, que nuestro Código clasifica y pena los delitos en que puede incurrir la Prensa».

En todo caso, a partir de allí, el encanto se ha roto, y, como es normal, se instala una cierta desconfianza. Un editorial de *El Día* revela el clima de la prensa caraqueña a raíz de la entrevista con el gobernador, cuyas palabras, dice allí mismo, «(...) pueden considerarse como

una advertencia o como un programa».

Después de aquella entrevista, un supuesto «amigo del pasado régimen» le preguntó con aire de triunfo al editorialista: «¿Continuarán escribiendo ahora sobre política militante ó se limitarán, como *Sancho Panza*, al examen de la moda y de los sombreros?».

La extensa respuesta se da en términos marinos, en una alusión nada sutil a los escollos que la prensa ha encontrado, y trata de evitar: «Hemos creído, contestamos, que en todo viaje largo se presentan accidentes. No hay costas sin algún escollo; no hay astro que no padezca algún eclipse».

El diálogo continúa en el mismo tono. Cuando se le pregunta qué se permitirán tratar, de ahora en adelante, los periodistas, se le responde que, en primer término, del tirano, o sea de Cipriano Castro. Y no, como se le reprocha, porque esté caído, sino porque amenaza con volver a dominar y se está preparando poco a poco.

Al reclamársele que si critican tanto al vencido, debieran criticar también otros defectos (se supone, aunque no se diga ni siquiera atribuyéndolo a un supuesto adversario, que sean los defectos de Gómez), se le asegura de que *El Día* procurará hacerlo «(...) en obsequio de la Causa». El supuesto oponente protesta que «(...) el público se queja de que no arrojan fuera todo lo que era de esperarse», se le replica, con aires de viejo lobo de mar, que en la navegación unos marean más que otros: «No estamos obligados á marear tanto como los compañeros que han viajado poco». Si se le dice que podían reclamar los remedios de ley, nuevamente la húmeda respuesta es que no se detiene ningún buque porque los pasajeros estén mareados. Al final, es el oponente quien parece marearse con esas respuestas náuticas y le espeta al redactor:

> —Dejemos tanto simbolismo, aunque sea moda, y vamos a lo positivo: ¿Qué asuntos puede usted públicamente examinar en *El Día*?
>
> —Los de interés público. He aquí una lista. Podemos pedir Prensa libre como el pensamiento y responsable conforme a las leyes ya sancionadas, buena administración en todos los ramos.
>
> —¿En todos? ¿Incluso el de Hacienda y el de Guerra?
>
> —Sí señor: ésos son los más importantes para el Gobierno...[21].

De todas formas, no se trata de una simple advertencia de Iturbe. En el mismo artículo se informa, siempre usando la modalidad de preguntas, y siempre con la elusiva respuesta («Mientras no tengamos noticia verídica (...) reservaremos nuestra opinión»), de la prisión de los

redactores de *El Despertar* y *El Independiente.*

Pero la gente no deja de hacerse preguntas, lo cual parece inferirse de la siguiente puntualización que, días más tarde, se ve obligado a hacer el mismo diario:

> La disciplina en nuestros periódicos no ha sido impuesta, ha nacido espontáneamente. Verdad es que el señor Gobernador nos invitó a su oficina para exponernos cual era en su concepto la órbita que debía trazarse el periodismo, pero no nos impuso obligaciones de ninguna clase; no nos dijo que estábamos en el caso de elogiar y adular al Gobierno; tampoco nos dijo que seríamos considerados enemigos y revolucionarios aquellos que careciésemos de incensario[22].

El Día remata practicando la lectura de las mentes ajenas: «Eso no lo dijo, ni lo pensó el señor Gobernador porque el general Gómez no quiere regir en sociedad de esclavos, donde todo el mundo se calle, donde nadie discuta, ni asome ideas»...

La prisión de periodistas (y más generalmente, la existencia de presos políticos) merece párrafo aparte. No tanto por el hecho mismo, como por la reacción de la prensa, al menos durante el año 1909. Como de costumbre, quien abre los fuegos es *El Pregonero.* En la tercera semana de enero publica un editorial que merece ser citado textualmente, porque da la medida de la cuidadosa dosificación de sus simpatías y de sus temores frente al nuevo gobierno:

> El señor Guillermo Carranza está preso; al parecer por haber hecho uso de la palabra en la manifestación de los cigarrilleros.
>
> Si no hubiese otra causa, pedimos respetuosamente su libertad.
>
> Carranza, en el hogar o por las calles, no puede representar un mal para el Gobierno; en la cárcel sí.
>
> El es adicto a esta Actualidad...
>
> Ser parte de una manifestación sin armas no ha de tenerse por delito bajo un régimen que trae ideales opuestos a los del despotismo abatido...[23].

Todo está allí: el nuevo gobierno no ve con buenos ojos las manifestaciones, y encarcela a sus oradores. Arévalo protesta pero parece caminar sobre un lecho de huevos frescos. Asegura que el preso es partidario de algo que, siguiendo el *tic* del propio Gómez, no se atreve a llamar «nuevo gobierno», mucho menos cambio y ni siquiera, en una fecha tan temprana, «reacción». Utiliza entonces la más asexuada de la denominaciones: «esta Actualidad».

Pero esa protesta que no es protesta, ese prudente señalamiento,

sirve para mostrar no solamente el coraje del periodista que la imprime, sino, según algún entusiasta corresponsal, para marcar el hito de una nueva era de la libertad de expresión en Venezuela. Una carta firmada por un tal R. Innes Suárez se refiere a ese artículo diciendo que es «(...) la primera nota de la libre emisión del pensamiento que se ha dado en esta nueva era». Con esas líneas, le dice a Arévalo González el autor de la carta, «(...) ha adquirido usted derechos indiscutibles al título 'Iniciador de la prensa libre y culta en el período de la Rehabilitación Nacional' (...)»[24].

En general, en tanto tengan información del hecho, los diarios anuncian la prisión política[25], y a veces manifiestan su deseo de que la detención, si no cesa, tampoco sea muy larga[26]. En ningún caso se culpa de ello al general Gómez: son, se dice, obra de funcionarios menores, ignorantes del clima político de la capital y de las excelentes intenciones de Palacio.

Con pareja regularidad (*noblesse oblige*), se anuncia asimismo la libertad de algunos de esos presos[27]. Lo cual, aunque parezca, no es nada fácil, porque la desinformación suele ser inseparable de la otra forma tradicional de castigo, la incomunicación. Es así como *Sancho Panza,* al agradecerle a *El Pregonero* alguna nota elogiosa, le suplica informarle «(...) si ya ha sido devuelto a su familia y al cumplimiento de sus deberes periodísticos el compañero Arévalo González»[28].

También a veces, se protesta: «(...) Fuera Churión, Rufino Blanco Fombona y demás compañeros» presos en el Castillo Libertador de Puerto Cabello, clama *Sancho Panza,* quien no duda que su demanda será escuchada, conociendo como conoce «(...) el espíritu justiciero del Primer Magistrado de la República»[29].

Pero en esto de la protesta, de la crítica y más aún, de cualquier actitud de oposición, comienzan a separarse las aguas. Ya no puede seguirse hablando de «la Prensa», porque ella no es unánime. Hay casos en que, a la crítica de un diario, se opone la defensa del Gobierno por otro. Defensa que puede provenir de la diferencia entre «gomistas» entusiastas y reticentes; de la habitual obsecuencia ante el poder; o del simple instinto de conservación frente a la acción de algún editor con vocación *kamikaze.*

A mediados de febrero, el ya bastante incómodo Rafael Arévalo González se muestra perplejo ante la absolución, por una Corte Superior, de Eustoquio Gómez e Isaías Nieto, culpables, según el Tribunal de Primera Instancia, del homicidio del dr. Luis Mata Illas,

gobernador del Distrito Federal en las postrimerías del castrismo. «Dos circunstancias» dice el redactor de *El Pregonero*, «hacen destacar esta sentencia como extraña y digna de comentarios: haber pasado los procesados de la culpabilidad plena a la absolución completa, y ser uno de ellos deudo muy cercano del primer Magistrado de la República».

La nota no acusa directamente a Juan Vicente Gómez de haber metido la mano para lograr la libertad de su fiel primo: se parece mucho en el estilo a la que publicará en 1913 para lanzar la candidatura de Félix Montes a la presidencia. No duda de las buenas intenciones de Gómez, y dirige sus dardos a quienes acaso por hábito de la adulación, se adelantaron seguramente a sus deseos: «(...) la responsabilidad exclusiva del desafuero y la culpa de los cargos que la opinión pública dispara contra el general Gómez; corresponden únicamente a los doctores Nicolás Delgado García y Francisco E. Niño, miembros de la Corte que absolvieron a Eustoquio Gómez e Isaías Nieto»[30].

Eso no basta para cubrir las espaldas del inquieto director de *El Pregonero*, al menos frente a la prensa más ortodoxamente «gomista». *El Grito del Pueblo* no solamente protesta contra «la insidia» de Arévalo, sino que pretende echarle encima una multitud: «Si la prensa de Caracas es amiga del General Juan Vicente Gómez (...) debe traer hoy en todos su órganos una protesta formal contra la malévola insidia que *El Pregonero* de ayer ha querido llevar (...)»[31] contra el presidente.

CUANDO LA RIQUEZA DIVIDE LA OPINION

Pero lo que dividirá más profundamente a la prensa caraqueña es menos una actitud política que empresarial. Todo comienza con un incidente de poca importancia, una de esas alcaldadas que la prensa, sin dejar de protestarla, había tratado hasta entonces sin convertirlas en *casus belli*. El 15 de septiembre de 1909, *Sancho Panza* informa de la prisión de Rafael Martínez Martínez (*Raf*), redactor de *El Diario* de La Guaira y dibujante satírico como su hermano, Leoncio Martínez (*Leo*).

El origen de la detención fue una caricatura bastante inocente para protestar algunos impuestos locales, sin «ninguna ofensa para las autoridades». El diario no se contenta con presentar su propia versión del asunto o su protesta, sino que hace un detallada relación de la

actitud de los demás periódicos: *El Tiempo* se siente triste, como sucede cada vez que se ven en el «penoso deber» de anunciar hechos semejantes «(...) que indican que en algunas partes la atmósfera política es distinta de la que respiramos en la Capital de la República»; *El Día* parece no conocer la noticia; *La República* llama a las autoridades nacionales a contrarrestar los abusos con que subalternos «(...) que no comprenden el espíritu reaccionario de la presente administración», desdoran su buen nombre; *La Vanguardia* tampoco dice nada; *El Noticiero* ignora los motivos del arresto, lo cual no le impide expresar el deseo de su pronta libertad.

Dos diarios merecen párrafo aparte, por su forma diametralmente opuesta de presentar el asunto. *El Pregonero* es el más desafiante: reproduce la caricatura y expresa que «Siendo el General Hidalgo [Prefecto de La Guaira] íntimo del General Gómez, probablemente también oyó de labios de éste la consigna de *gobernar sin presos*». Además, enterado de que quien sucedió a *Raf* en la redacción del diario recibió la orden perentoria de cerrar la imprenta, habla de un «Doble atentado: contra la libertad de pensamiento y contra la libertad de industria».

En cambio, *El Universal* escribe que «Por falta de respeto al principio de autoridad y haciendo uso de las facultades que le concede el artículo 13 de la Ley Orgánica del Distrito Federal en vigencia, el Prefecto del Departamento ordenó el arresto de *Raf*»[32].

Que la cauta y hasta aprobadora actitud de *El Universal* no era casual, quedará demostrado dos semanas más tarde, cuando se produzca uno de los acontecimientos más sombríos de ese primer año de la dominación gomecista: el asesinato del concejal Enrique Chaumer. Escritor y hombre político liberal, llegó a ser presidente de la Cámara de Diputados y luego miembro del Concejo Municipal, donde descubrió los manejos turbios del antiguo administrador, Eleuterio García. Al verse descubierto, García asesinó a Chaumer en una calle de Caracas[33].

El suceso conmovió a la sociedad capitalina como no lo había sido desde el asesinato del gobernador Luis Mata Illas, y por razones parecidas. Primera, porque Chaumer era un ciudadano política, social e intelectualmente prestigioso; en segundo lugar, porque García estaba emparentado con Juan Vicente Gómez. A poco de la absolución de Eustoquio, era muy normal el temor de que también este asesinato fuese a quedar impune. Las exequias de Chaumer se convirtieron en una imponente manifestación de duelo, e hizo pública su protesta el estudiantado y, desde *El Tiempo* hasta *La Religión*, toda la prensa.

Bueno, no toda. El 29 de septiembre, *El Pregonero* publica una cáustica nota[34]: «Los que anteayer compraron *El Universal* para leer la descripción de aquellos grandiosos funerales y se encontraron con que no había ni una línea sobre eso, bien pueden decir con propiedad que los directores de *El Universal* les robaron dos centavos», y remata en el colmo del desprecio: «Tenemos pues un periódico que presume de ser el mejor informado, el que tiene todas las notas del día, que no publica el retrato del concejal asesinado, ni la reseña del entierro, ni el Acuerdo sancionado en su honor».

Como siempre en la polémica periodística, *El Pregonero* exagera un poco. En verdad, si no alude a las exequias de Chaumer, tampoco es que *El Universal* haya silenciado su muerte. Sólo que, dadas por una parte la militancia liberal del muerto, y los lazos familiares del asesino, es de una prudencia extrema.

Por una parte, al manifestar su dolor y protesta por la desaparición de «un noble amigo (...) de un hombre útil», lo hace en forma de una interrogación retórica. Luego, atribuye el suceso, no tanto al asesino, como a la inexistencia de un procedimiento formal en la contabilidad de las Rentas Municipales que permitiese averiguar la verdad «(...) y no se lanzasen imprevisivamente a la discusión pública sospechas que debían necesariamente torturar la ajena reputación». Porque era evidente que «(...) en la discusión del punto se había prendido el fuego de las pasiones individuales»... El fondo del problema, para *El Universal*, residía «(...) en el sistema verdaderamente criminal de convertir la arena donde se ventilan los intereses procomunales, en palenque de recriminaciones candentes donde todo lo ahoga la iracundia personalista»[35]. En suma, que el crimen, más que a la mano asesina, es atribuible a un clima, del cual, se podría deducir, son por igual culpables o víctimas el concejal Chaumer y quien lo mandó al otro mundo.

Por menos de eso han rodado cabezas, en tiempos menos tolerantes que la Venezuela de 1909. Si la actitud del diario proviniese del miedo físico, o del fanatismo presente en una sociedad política donde ya comienza a proponerse que la vieja división entre liberales y conservadores sea sustituida por otra entre «gomistas» y «antigomistas», se comprendería. Pero la prudencia de *El Universal* tiene otro origen. Sus razones son menos políticas que empresariales.

Es lo que devela un amargo editorial de *Sancho Panza* cuyo título habla por sí sólo: para ellos, *El Universal* no es, como algunos podían haberlo creído, un órgano liberal, sino «El órgano (...) industrial». El editorial estalla en santa indignación contra esos mercaderes del templo:

> Sépanlo bien los liberales: los señores Mata o Vigas se negaron a firmar la protesta colectiva de Caracas contra el asesinato de Chaumer, no porque ella fuera inmoral ni contra las ideas liberales, ni contra ningún interés legítimo, sino porque figuraban en ellas personas hostiles a su empresa, es decir, a la empresa industrial de Mata y Vigas.
>
> Cargue sola la empresa de los señores Andrés Mata y Andrés Vigas la no envidiable gloria de haber pretendido con contorsiones de acróbata veterano, justificar lo injustificable: el asesinato de que fue víctima el liberal Chaumer[36].

El tono con que comienza a tratarse el asunto, el tono con que comienzan a tratarse *los* asuntos, inquieta si no disgusta al general Gómez. Es llegado el momento de llamar al orden, a la cordura. Escribe entonces una carta pública a su ministro de Relaciones Interiores, Francisco Linares Alcántara. Comenta la muerte de su «(...) muy apreciado amigo personal y político (...)» Enrique Chaumer, a quien considera «(...) víctima de una verdadera fatalidad (...)» (como se suele decir cuando se quiere, con una generalidad, evadir el hecho de que esa fatalidad armó determinada mano).

Pero lo que más intranquiliza a Gómez es sin duda el escándalo armado alrededor del asunto, pues, dice, «Quiero la armonía entre los venezolanos y la pido y la reclamo entre los servidores de mi gobierno». Por lo tanto, el Benemérito se permite exigir a su ministro del Interior, «(...) a sus compañeros de Gabinete, a los Respetables Consejeros de Gobierno, a los Poderes Públicos y a los hombres de buena voluntad (...) apaciguar la exaltación»...[37].

Ya está entonces dado el tono. Al general le mortifica que en su tarea de armonizar las voluntades, de pacificar las almas para conservar esa tranquilidad que el país conoce desde 1903, la prensa vaya a ser un obstáculo, en lugar de ser su colaboradora en tan patriótica acción. Desde marzo, *El Grito del Pueblo* había comenzado a hablar de «prensa maquiavélica»[38] para atacar a los partidarios de Rangel Garbiras y el «Mocho» Hernández. Para ese mismo periódico, quienes proceden así son «Los eternos adversarios del Partido Liberal» quienes aprovechándose de la absoluta libertad de prensa, utilizan sus intrigas y manejos encubiertos «(...) para adueñarse del poder».

Pero advierte que eso no podrá ser así porque «Gómez podrá perdonar cualquier ataque contra su propia persona, pero jamás hallarán en él disculpas ni tolerancia a ningún acto que se encamine a afectar el orden de la República, el buen nombre de la Patria y las glorias del Partido Liberal». El artículo remata en el mismo tono

amenazante: «Tengan cuidado los conservadores, porque están acercándose á la orilla de un abismo»[39].

Eso no parece ser demasiado grave: son los normales arañazos que en todas partes se dedican periódicos rivales. Pero deja de serlo cuando un miembro del gabinete, en este caso el titular de Fomento, usa el medio de una carta pública para enfrentar la «prensa disociadora».

El Pregonero acusa el golpe, recordando que, al mismo tiempo, un vocero castrista en Trinidad ha incluido a su periódico entre la «prensa asalariada». Lo que más le preocupa, en realidad, es «¿Cómo la calificará el General Gómez? —Esa es la incógnita, porque con respecto a la opinión pública estamos tranquilos. Por lo pronto pensamos que el señor Presidente habrá de atribuir algún mérito a la adhesión de una pluma (...)»[40] tan contradictoriamente calificada.

Este editorial de *El Pregonero* en 1909, con todo y su ocasión y su tono polémicos, refleja bastante bien la situación de la prensa durante esos primeros años del gomecismo, porque el tono es el mismo de aquel famoso de 1913 cuando lance la candidatura de Félix Montes a la presidencia. El periódico trata de nadar entre dos aguas: por un lado conservando, si no su entera libertad de expresión, por lo menos su independencia frente al gobierno. Por el otro, respetando siempre la figura del general Gómez, poniéndolo por encima de los partidos, de los odios banderizos y hasta de las pequeñeces de sus ministros.

La actitud del general Gómez tiene necesariamente que corresponder a ésa: si nadie se atreve a atacarlo, si la política de «unión» le está dando tan buenos resultados, sería tonto e inútil ponerse a buscar pelea con quien no tiene intención de presentársela. Si hay algún tozudo que quiera hacerlo, como ese incorregible «Mocho» Hernández, lo hará, recordándole de paso sus 27 acciones de guerra, por si quiere pelea de la de verdad, no puramente verbal. Pero en todas sus acciones públicas, y en su correspondencia más o menos privada, el general permanece fiel a ese papel que la historia le ha asignado: el hombre de la paz. El hombre que no conoce enemigos entre sus compatriotas, que quiere gobernar con los mejores, cualquiera que haya sido su partido, incluso si ese partido era el de los anti-andinos de la Revolución Libertadora. Su único enemigo es Castro.

Y todo eso hasta una fecha precisa, puntual: 1913, el año de las elecciones, cuando se plantee el problema de la sucesión. En principio aquel único enemigo continúa siéndolo: es él quien viene a enrarecer el aire de paz que respira el país entero. Pero en verdad ya no es uno, y los enemigos no estarán sólo afuera, sino adentro, y no serán sólo

armados. Aparte de lo sucedido con Arévalo González, de lo cual se hablará en el siguiente capítulo, el 28 de agosto, ya suspendidas las garantías constitucionales, el «general Juancho» Gómez informa a su poderoso hermano que, en consulta con José Gil Fortoul, presidente del Consejo de Gobierno y presidente encargado, ha decidido suspender «la publicidad [*sic:* se supone que sea la publicación] de *El Grito del Pueblo*» el cual ha desoído sus insinuaciones para que suspenda «ciertas publicaciones que perjudican notoriamente a los intereses del Gobierno Nacional»; sobre todo en las circunstancias por las que entonces atravesaba el país, o sea la presunta invasión de Castro[41]. Lo que Gómez argumentaba con suavidad en 1909, su hermano lo pone por obra brutalmente en 1913; y de acuerdo con un intelectual, José Gil Fortoul, quien por esa condición podía suponerse más dado a las armas de la persuasión que a las de la persecución.

NOTAS

1 *El Grito del Pueblo.* Caracas, 9 de febrero de 1909, p. 2.
2 *Ibídem*, 10/02/ 09, p. 2.
3 «Esperemos». *El Pregonero*, 8 /01/09, p. 2.
4 *El Día*, 6/03/09, p. 2.
5 *Sancho Panza*, 9 de julio de 1909, p. 2.
6 *El Grito del Pueblo*, 4/02/09, p. 2.
7 «La línea recta». *El Pregonero*, 14/01/09, p. 2.
8 «Cuestiones». *El Grito del Pueblo*, 02/02/09, p. 2.
9 «Dictadura». *El Día*, 01/02/09, p. 2.
10 «Constitucionalidad o Dictadura. Una opinión honrada y sincera». *Idem.*
11 Más precisamente, a los generales Gregorio Segundo Riera, Nicolás Rolando, Juan Pablo Peñaloza, José Manuel Hernández, Ramón Guerra, Juan Pietri y J. M. Ortega Martínez.
12 *El Día*, 13/02/09, p. 2.
13 «La revisión constitucional», *El Día*, 14/01/09, p. 2.
14 Cf. Antonio Arellano Moreno, *Las siete reformas constitucionales del general Juan Vicente Gómez.* Caracas, Separata de la revista *Política*, septiembre de 1963, p. 72.
15 *El Día*, 17/02/09, p. 2.
16 El editorial de *Sancho Panza* fue reproducido íntegramente por *El Día*, 03/03/09, p. 2.
17 «La estabilidad». *El Día*, 04/03/09, p. 2.
18 «Enemigo de Gómez», 19/07/09, p. 2.
19 «Desaciertos», 05/02/09, p. 2.
20 «La Prensa en la Gobernación». *El Día*, 08/03/09, p. 2.
21 «Puntos discutibles». *El Día*, 10/03/09.
22 *El Día*, 19/05/09, p. 2.
23 *El Pregonero*, 20 de enero de 1909, p. 2.
24 *El Pregonero*, 22 de enero de 1909, p. 2.
25 «El compañero preso». *Sancho Panza*, 07/07/09, p. 2; «El Director de *El Pregonero* continúa en prisión». *Ibídem*, 12/07/09, p. 2; «Un preso en Carúpano». *Ibid.*, 10/07/09, p. 2; «El Bachiller Munguía», *Ibid.*, 02/11/09; «Presos». *Ibid.*, 28/09/09, p. 2; «Presos políticos». *Ibid.*, 30/07/09, p. 3; «Asunto Requena. Prisión de un Ministro [*ad hoc* de la Corte Suprema]. Atentado y violación de la Ley». *El Día*, 13/02/09, p. 2.
26 «Presos políticos». El *Grito del Pueblo*, 16/02/09, p. 2; *Sancho Panza*, 10/07/09, p. 2; *Ibídem*, 02/11/09, p. 2.
27 «¡Por fin!». *Sancho Panza*, 30/09/09, p. 2; «En libertad». *Ibídem*, 30/11/09, p. 2. Y el 26/07/09 se anuncia la libertad de Rafael Arévalo González. *Ibídem*, p. 2.
28 19/07/09, p. 2.
29 «Los presos políticos», 04/11/09, p. 2.
30 «Alrededor de una sentencia». *El Pregonero*, 15/07/09, p. 2.
31 *El Grito del Pueblo.* 16/02/09, p. 2.
32 «La prisión de un periodista», p. 2.
33 *DHV*, A-D. p. 975.
34 «Muy natural», p. 2.
35 *El Universal*, 27 de septiembre de 1909, p. 1.
36 30/09/09, p. 2.
37 *Sancho Panza*, 28/09/09, p. 2.
38 06/03/09, p. 2.
39 *El Grito del Pueblo*, 17/05/09, p. 2.

40 «Pluma disociadora», 02/10/09, p. 2.
41 BAHM, n^os^ 17-18, p. 111.

XI. Otra vez el mal menor

Cien días se hace durar el *état de grâce* (así lo llaman en Francia) que acompaña al presidente al inicio de su gobierno, cuando el país entero lo rodea, a veces sin excluir ni siquiera a los derrotados. Para el general Juan Vicente Gómez, eso va a durar un quinquenio, el de su mandato legal y, por el apoyo del país, legítimo. En esos años, nadie va a oponérsele, o casi: aparte de Cipriano Castro y sus más íntimos, tascando el freno en el más prolongado exilio de la historia venezolana; aparte del general Fernando Márquez para quien esos años serán los iniciales del pavoroso cuarto de siglo de su encierro (pero esto se puede apenas suponer, nadie lo sabe a ciencia cierta: está, como todo preso en Venezuela, incomunicado).

Sólo hay dos notas falsas en el concierto gomecista: Rufino Blanco Fombona desde 1910, el «Mocho» Hernández al año siguiente. Como se ha dicho, la pluma del primero mucho hará para crear afuera la leyenda negra del gomecismo, pero incluso él mismo considerará eso un pobre consuelo. Ese aspirante a *condottiero* deberá esperar hasta 1936 para probar en su país las mieles del poder: ni siquiera como un secretario florentino. En cuanto al «Mocho», no lo descalifica tanto su condición de opositor profesional como la de perdedor no menos tal.

LA BUENA FE SIEMPRE SE PRESUME

Pero cuando llegue el año de 1913, las cosas cambian. Si, por alguno de esos imponderables de la historia, el general Gómez hubiese muerto en esos meses, sobrarían en Venezuela sus estatuas. Pero su sólida salud montañesa (más que una juventud bastante relativa en aquel país de vidas tan cortas) le evitará pasar a la historia envuelto en albos ropajes angélicos. Hasta 1913, Juan Vicente Gómez ha cumplido su palabra, en tanto en cuanto un gobernante pueda hacerlo. Pero en ese año viene la prueba suprema: ¿está dispuesto a irse del poder una vez culminada su obra, como un Cincinato campesino? No hay, parece ser, demasiada gente dispuesta a creer al general Gómez capaz de semejante ingenuidad: ni siquiera quienes desde hace ya bastante tiempo hacen correr la leyenda de su aldeana estupidez. Pero en todo caso, la buena fe siempre se presume, y ese principio impone someterlo a prueba.

De eso va a encargarse Rafael Arévalo González desde las columnas de *El Pregonero*. El 11 de julio publica allí un largo artículo; de sus dos evidentes ingenuidades, el lector de hoy (y acaso también de entonces) no sabría cuál escoger: si la que se revela a quien tome al pie de la letra cuanto allí se dice; o por el contrario, la de quien pensaba, si lo hizo, que el general Gómez no se iba a percatar de la irónica desconfianza transparentada entre sus líneas.

La forma es clásica. No se puede, dice, achacar al general Gómez una culpa sobre la base de un proceso de intenciones. Nadie puede sospecharlo de querer quedarse en Miraflores (que, desde 1911, es la sede del Ejecutivo) si no se le ha dado siquiera la oportunidad de poner a prueba su buena fe. El periodista afecta no tener dudas sobre el asunto: Gómez, creen en *El Pregonero*, no traicionará la confianza depositada en él por el país entero; el presidente dará el ejemplo de la nueva era esperada por Venezuela, abierta por él mismo en diciembre de 1908: la aplicación *ad litteram* del programa liberal, comenzando por la reivindicación inicial de 1840, a saber el respeto del principio alternativo.

Arévalo González se niega a incurrir «(...) en la injusticia de acusar al general Gómez de tirano incapaz de respetar nuestro derecho de elegir» si no se le presenta una prueba de que Gómez aspira a imponer «(...) el absolutismo de su voluntad por sobre las santas prerrogativas de la voluntad de la República». Esas pruebas, prosigue el editorialista, no

las tiene aún, y «Mientras no las tengamos nuestra honrada conciencia y nuestro espíritu de justicia nos inducen a creer que sí respetará nuestros fueros ciudadanos en tanto que usemos de ellos en el seno del orden y dentro de la órbita legal»[1].

El remate es el lanzamiento de la candidatura del dr. Félix Montes para presidente de la República en el próximo período constitucional. Cabe la tentación de preguntarse de dónde sacó Arévalo González semejante candidato, una especie de compendio de todas las grisuras. Tiene una sola cualidad quizás polémica, en un país con las tradiciones del suyo: es un civil, un doctor y no un general. Sin otros méritos particulares, entrará a la historia de la mano del periodista y por una puerta falsa, y saldrá de ella de inmediato y para siempre, por la ventana. Le espera un larguísimo exilio, como largas serán las cárceles de quien tuvo la idea de su candidatura.

Sobre las incidencias de ese año se ha hablado bastante, desde la disolución por Gómez del Consejo de Gobierno so pretexto de su oposición al Protocolo Francés hasta la suspensión de las garantías constitucionales para combatir una invasión de Castro en la cual nadie parece creer, entre otras cosas por demasiado oportuna, demasiado beneficiosa para el proyecto sospechado en Gómez.

En su relación con el Consejo de Gobierno, e incluso con los miembros de su propio gabinete, más que la anécdota de lo sucedido, ya bastante conocida, resulta interesante constatar cómo la actitud de Gómez ha cambiado, cómo contrasta con la de aquel aparente indeciso de 1908. Sobre todo, cómo no tiene empacho en hablar de eso, burlarse de quienes *in illo tempore* trató con respeto o cuyo apoyo trató de obtener o comprar. En noviembre de 1913, Henry Tennant, *Chargé d'Affaires* de los EE.UU. en Venezuela, fue hasta Maracay a entrevistarse con el general. En el momento de redactar su informe, el diplomático confesaba ignorar las causas de las objeciones hechas por el Consejo de Gobierno al Protocolo Francés, pero suponía (y suponía bien) que en el fondo de todo eso había una simple prueba de fuerza entre ese organismo y el presidente.

En el curso de su entrevista, dice el diplomático, Gómez le admitió haber «(...) tenido problemas con los miembros de sus anteriores Gabinetes, pero que ahora su Gabinete era muy bueno, debido a que nadie estaba celoso de él, que ninguno de sus miembros aspiraba a la Presidencia y que estaban trabajando en completa armonía con él»[2].

El tono de la conversación no sólo revela el grado de esa confianza ya adquirida por Gómez en sus propias capacidades políticas, sino

también hasta qué punto de mejoría y confianza habían llegado las relaciones, lo cual le permitía ser tan explícito con el representante de un gobierno extranjero.

Pero, además, otra cosa llama bastante la atención en este informe: Gómez no se refiere en forma polémica a una sola de sus anteriores combinaciones ministeriales, sino a «sus» gabinetes. El plural habla por sí solo del cuidadoso juego de tendencias que le acompañó en su primer quinquenio de gobierno. No era todavía el gobernante absoluto, como todo el mundo se acostumbrará a verlo más tarde, sino un hombre obligado a hacer esas concesiones, de rigor en un juego político al cual luego afectará despreciar. Sólo en 1913 parece sentirse seguro, y lo dice: porque antes no sólo se trataba, como transparentaba hacia afuera, de peleas entre antiguos liberales y antiguos godos, sino también de lo insospechable si no insospechado: que el propio general Gómez tenía, en sus gabinetes, rivales que aspiraban a sentarse en la silla desde la cual él dirigía al país. Con el Consejo de Gobierno, ya Gómez se permite ser más desconsiderado, burlón incluso:

> Dijo después que cuando el Consejo de Gobierno objetó el Protocolo Francés y se reunió para considerarlo, arrojándolo al cesto de los papeles, les anunció que aceptaría sus renuncias. Inmediatamente hubo una gran carrera hacia el cesto para recuperar el borrador y firmarlo. Gómez me citó este incidente, dijo, para mostrarme que ellos pensaban mucho más en sus empleos que en las objeciones que habían hecho al protocolo.

En favor del continuismo de Gómez van a jugar en 1913 si no todos, buena cantidad de los factores que sirvieron para apoyar su entronización en 1908. En primer lugar y sobre todas las cosas, el viejo terror de la guerra debe aún estremecer a un país que después de un siglo de sufrirla casi sin interrupción, lleva diez años exactos sin ella. Por eso, y por saber también quién es y cuál idea de la política ha tenido siempre el general Cipriano Castro, al menos de los dientes hacia afuera una buena mayoría del país político se muestra dispuesto a aceptar lo de la invasión castrista: *se non è vero è ben trovato.*

La frase italiana no viene aquí por azar ni capricho: no ha faltado quien asimile este suceso al banquete de Sinigaglia, donde en 1502 César Borgia convocó a algunos de sus jefes que habían conspirado contra él a una reconciliación, y habiéndolos aislado de sus tropas, los arrestó y ejecutó. El general León Jurado, presidente del estado Falcón, le hizo creer al general castrista Simón Bello que estaba dispuesto a alzarse contra Gómez. Bello cayó en la trampa y fue cercado y arrestado en lo que Maquiavelo hubiese llamado un *bellissimo inganno.* Castro olió el

engaño y no desembarcó[3], pero dio a Gómez el pretexto soñado para justificar sus planes continuistas. Pero no sólo eso: le dio también ocasión de comprobar la fuerza y flexibilidad de lo que sería la columna vertebral de su régimen, el ejército. En una declaración para el *New York Herald* el 29 de agosto de 1913, se refiere a «(...) este ejército de seis mil hombres que tengo en Maracay», preparado para recibir a Castro, para «darle a la culebra en la cabeza». Agrega que, en caso de que Castro, Hernández, Baptista y Alcántara se uniesen para combatirlo, sería imposible determinar la duración de esa campaña; la cual puede ser cosa de días, semanas o meses, aunque finalmente exprese su convicción de que «(...) todo terminará dentro de seis meses»[4].

En segundo lugar, el propio *establishment* gomecista se ha hecho a estas alturas merecedor del sustantivo importado y el adjetivo de fabricación nacional: está ya implantado con bastante solidez y es fiel al caudillo de diciembre. Y por si fuera poco, quizás ningún otro gobernante en la historia de Venezuela se podría jactar como éste de la altísima calidad de sus secuaces: cuando el 1º de agosto de 1913 el presidente Gómez suspende las garantías constitucionales y se pone al frente de un ejército en campaña para combatir la supuesta invasión castrista, deja como encargado de la presidencia nada menos que al dr. José Gil Fortoul.

Desde luego, y como lo demuestra lo sucedido en el Consejo de Gobierno (y en la calle, contra las tontas ensoñaciones de *El Pregonero*), ha comenzado a funcionar la máquina de triturar oposiciones. El que hasta ahora era considerado, un poco por verdad, un poco por miedo y un poco por exageración propagandística como el terror castrista, comienza a mostrar la faz que en adelante será para siempre la suya: es el terror gomecista.

UN CAUTELOSO APOYO

Y de nuevo, como en 1908, interviene el factor decisivo de la actitud del gobierno norteamericano. Ahora es menos activa, más prudente que en la fecha anterior, pero esa aceptación pasiva será suficiente para Gómez. Parece haber al menos dos razones para la cautela mostrada ahora por los Estados Unidos. Una es más que obvia:

no se trata en esta oportunidad de desembarazarse a como dé lugar y gracias a quien sea, de una molestia tan peligrosa como Cipriano Castro. La otra razón proviene de la política interna de aquel país, cuya administración trata de ser más cauta; y que acaso deba contar con una opinión más alerta, y con un Congreso quizás menos proclive a aceptar un *fait accompli* a la manera del Roosevelt aquel de *I took Panama.*

La reflexión hecha en las esferas del gobierno norteamericano en torno a la situación venezolana aparece revelada en dos *memoranda*, uno de noviembre de 1913, el otro de julio de 1914. El primero está firmado con las letras «Ch», las cuales en aquel momento corresponden a Charles Lyon Chandler[5], de la sección latinoamericana del Departamento de Estado. Comienza aludiendo a una comunicación del ya citado Mr. Tennant[6], quien da cuenta de una corriente subterránea de opinión en Venezuela contra el continuismo del general Gómez, aunque, agrega, nadie osa hacer oposición abiertamente, porque

> Tan pronto como una persona se perfila como candidato a la Presidencia, desaparece y lo que se dice corrientemente es que ha sido encarcelado. El presidente Gómez da la impresión de ser muy fuerte en los actuales momentos. Esto se debe al miedo que provoca; y la otra razón es que hasta ahora no ha aparecido en la oposición un líder capaz.

Informe confirmado por otro del comandante Long de la Armada de los EE.UU., dice Chandler, quien después de describir muy en pocas palabras la situación, expresa así su propia opinión: «Todas las fuentes muestran que Gómez, aunque posee cierta obstinación, no es muy honesto y está lleno de esa burda astucia que poseen tantos líderes venezolanos. No parece ser un hombre de carácter fuerte ni tener mucha habilidad ejecutiva ni ser apto para gobernar a menos que sepa rodearse de asesores extremadamente capaces».

Chandler, de lejos, comparte el prejuicio de quienes, de cerca, están viendo gobernar al general Gómez. Que no sea muy honesto, y que en esa y otras cualidades se parezca mucho a los líderes tradicionales, pase. Pero que a esas alturas todavía se siguiese pensando en Juan Vicente Gómez como alguien sin «un carácter fuerte», incapaz de gobernar sin las muletas de sus asesores, sólo sería excusable por la distancia que lo separa de un observador extranjero; si no fuese porque, como se ha dicho, también muchos, demasiados de los más cercanos, son tan ciegos para seguir pensando lo mismo. Claro, el funcionario no lo es tanto que no pueda percibir algunos elementos de la situación por lo demás bastante claros a simple vista: uno, Gómez estaba «(...) buscando

como aterrorizar a Venezuela para que lo dejase continuar en su dictadura»; dos, «Sus acciones desde agosto han sido completamente ilegales e impropias. De hecho, esas acciones han sido en ese terreno tan malas como las de Castro, y no se puede decir que Gómez parezca mostrar signo alguno de un gobierno más constitucional».

Eso estaba bastante claro para Chandler, como para quien tuviese dos ojos en la cara. Pero a partir de ahí, todo comenzaba a ponerse turbio pues, agrega, es muy difícil decidir si quien eche a Gómez gobernará más o menos constitucionalmente. «Si se va a escoger un nuevo Presidente de Venezuela debería ser un hombre de suficiente carácter no meramente para dirigir bien el país, sino para obtener y conservar asesores de calibre apropiado a su alrededor; si no, ese país va a continuar en condiciones caóticas».

Estas últimas frases merecen ser retenidas: como se verá más abajo, ellas serán la base de la actitud norteamericana (y quién sabe si también de Venezuela) frente a Gómez en 1913. El 25 de noviembre, Rutheford Bingham[7], su superior jerárquico, le pide a Chandler algunas sugestiones sobre el asunto, que éste envía en una carta, al parecer privada (no tiene membrete, ni sellos, aunque aparece clasificada en los USANA inmediatamente después del *memorandum* anterior). Las reflexiones allí contenidas son, por esa causa, más interesantes que si se tratase de una comunicación más oficial. Después de pensarlo mucho, dice Chandler,

> Me parece que debemos ser muy cuidadosos en el manejo de Gómez. Pára no hablar sino de eso, moralmente fuimos responsables por ponerlo allí y si bien es cierto que debemos ver desfavorablemente toda perpetuación de métodos inconstitucionales en las repúblicas hermanas, pienso que queda abierta la cuestión de si Gómez, con todos sus defectos, no podría ser mejor que alguna criatura débil de carácter como Alcántara o con una mentalidad de conejo saltarín como el Guzmán Blanco de sus últimos días[8].

Hay dos elementos del mayor interés en esta comunicación. Uno es el reconocimiento, quizás nunca antes tan abierto, de la responsabilidad de los EE.UU. en la entronización de Juan Vicente Gómez en 1908. Pero ésa es una consideración ética que, aparte de no significar demasiado en materia política, se hace *a posteriori*, cuando ya de nada sirve el arrepentimiento. Pero el segundo es el más importante: no hay una carta para oponer a Gómez. El general puede jugar no sólo ante la opinión venezolana, sino también ante la extranjera, con el dilema clásico de una sola respuesta, con la moneda de dos caras: o yo o el caos. Es decir, o yo o yo.

En tales condiciones, concluye Chandler, «La única cosa que puede hacer algún bien en Venezuela es un despotismo moderado, en guante de seda»[9]. Ya está puliéndose así el cristal con el cual los EE.UU. terminarán viendo a Gómez como el hombre «duro y bueno», pero necesario.

En el *memorandum* redactado el 15 de julio de 1914 por Rutheford Bingham, ya entran en juego otras consideraciones, pues de acuerdo con su información, parece probable que el general Gómez sea en la política venezolana del momento, «(...) el hombre más fuerte y que durante sus cuatro años de gobierno la paz ha existido en el país, el comercio ha crecido y se han establecido cordiales relaciones con los países extranjeros». Finalmente, asienta que «Se ve como una ventaja del General Gómez el hecho de ser particularmente amistoso con los Estados Unidos»[10].

Y otra más con el sumario de la situación hecho en el párrafo final del memorándum: «El solo hecho de que el general Gómez controle el Ejército le da naturalmente una influencia preponderante en los asuntos políticos de Venezuela». Si esto se hubiese puesto al inicio, el resto de las consideraciones hubiesen lucido superfluas.

Ese es el tono de la comunicación de Henry F. Tennant citada varias veces antes, y que se podría sintetizar con el viejo dicho según el cual más vale malo conocido que bueno por conocer:

> Dado que, desde 1820, en Venezuela ha habido cerca de 60 revoluciones, 18 de las cuales, según creo, han tumbado al gobierno, y viendo además la situación en su conjunto, y dado el hecho de que la mayoría de los más exitosos presidentes venezolanos como Guzmán-Blanco han permanecido en el poder mucho más tiempo que el señalado por la Constitución, da la impresión de que si el Presidente Gómez puede continuar *de alguna manera,* sería mucho mejor para el país. Si no fuera así, y dado que no hay un solo líder con fuerza suficiente para controlar la situación, opino que entonces se produciría una serie de revoluciones cuyos resultados serían muchísimo más desastrosos.

Nunca semejantes opiniones se forman espontáneamente. El gobierno venezolano procuraba ganarse la opinión interna por todos los medios vistos, los suaves y los violentos. Igual cosa procuraba hacer afuera, y en especial en los Estados Unidos. Es así como un *memorandum* recibido el 13 de agosto de 1913 en el Departamento de Estado, daba cuenta de que el embajador de Venezuela había llamado allí el 4 de ese mismo mes diciendo haber sido instruido por Cancillería para aclarar que algunos no precisados «(...) criticables artículos de *El*

Nuevo Diario no han sido inspirados por su gobierno y que, por el contrario, su autor recibió una reprimenda por haberlos escrito».

Aparte de eso, el embajador venezolano, Ezequiel Rojas, además de decir que su gobierno apreciaba los sentimientos de simpatía expresados por el gobierno de los EE.UU. en relación con los disturbios del momento en Venezuela, agrega este párrafo que a cinco años de distancia, viene a aclarar mucho de lo sucedido en 1908 y la responsabilidad directa de Gómez en el asunto: «El [¿Gómez? ¿el embajador?] piensa que el DES MOINES debe dirigirse a La Guaira y esperar allí el desarrollo [de los acontecimientos] aunque no cree que entre las perspectivas haya alguna del triunfo de Castro»[11].

Al igual que en 1908, podría aquí presentarse la discusión sobre esa tercera persona del singular: ¿a quién se refiere el *memorandum* al decir *he thought*? ¿Acaso a Gómez? ¿O al embajador, en el improbable caso de que éste fuese a tomar por su cuenta una decisión tan grave? Esta vez no habrá, como la anterior, discusión sobre el asunto ni se buscará un chivo expiatorio «godo» para hacerle cargar la culpa de la poco patriótica actitud. Es que ya van dejando de tener mucho sentido esas peleas entre liberales y conservadores en el entorno del gobernante. Porque ahora todo el mundo es gomecista.

Pero en cambio, sí queda clara, una vez más, la aceptación si no la solicitación del patrullaje de las aguas venezolanas para impedir cualquier posibilidad del triunfo del viejo aguafiestas sobre el nuevo dueño de la casa, garante de la paz, la tranquilidad tanto de los venezolanos como de los Estados Unidos.

En suma, en 1913 se repitió en relación con Gómez lo que se había dado en 1908: el país lo aceptó porque no había alternativa. No había un líder con fuerza suficiente para oponérsele, ni la garantía, de haberlo, de comportamiento suyo diferente al de Gómez en aquel momento. Aun en el supuesto de que alguien pudiese vencer a Gómez, supuesto negado en apariencia por los hechos, tendría que ser por medio de una guerra, y eso estaba excluido, rechazado por una opinión horrorizada ante su solo nombre. Si ese líder, ese movimiento, no existían, era también porque Gómez, por medio de la juiciosa aplicación del terror, no dejaba que levantaran cabeza.

Pero eso no es lo más importante: se puede decir que la Revolución Libertadora continuaba siendo derrotada. De modo que lo que los nuevos opositores teóricos y prácticos comiencen a decir a partir de 1925 en el extranjero (en las columnas de *Libertad*) y de 1928 en el interior de Venezuela, a saber que Gómez y sus opositores de caudillos

eran una y misma cosa, ya la opinión venezolana lo sentía, lo había confirmado en los hechos desde mucho antes. Y también la opinión extranjera. Eso facilitó la continuación de Gómez en el poder después de 1913, y hasta su muerte en 1935.

NOTAS

1 *La oposición a la dictadura gomecista. Liberales y nacionalistas.* CPPV-S XX, t. II, vol. I, p. 235.

2 ...«that he had had trouble with the members of his former Cabinets but that now his Cabinet was a very good one, for the reason that none were jealous of him and that none of them aspired for the Presidency, and that they were working in complete harmony with him». («Memorandum by Henry F. Tennant relative to political conditions in Venezuela». January 14th, 1913 [*sic*, pero la fecha es obviamente un error: debe ser 1914, pues el *memorandum* relata sucesos de 1913 y la entrevista tuvo lugar en noviembre]. 831.00/697, *USANA*).

3 Cf. BAHM, n[os] 17-18, pp. 119-217.

4 *Ibídem*, 17-18, p. 113.

5 Charles Lyon Chandler, n. 1883, egresado de las universidades de Harvard, Buenos Aires y San Marcos de Lima. Después de varios cargos consulares en Montevideo, Buenos Aires y El Callao, entró a trabajar en el Departamento de Estado en 1911. Department of State, *Biographical Register.* Washington, Gov. Printing Office, 1913, p. 63. Esta seca noticia biográfica no refleja la importancia de Chandler, ni por qué fue llamado para asesorar directamente al Departamento de Estado en cuestiones latinoamericanas. Chandler es el autor de un curioso si bien documentado libro donde demuestra que la «Doctrina Monroe» no tiene, como se piensa, su origen en los EE.UU. e Inglaterra: «(1) The South Americans *asked for* the Monroe Doctrine; (2) Their doing so gave it, from its inception, a Pan-American nature; (3) Their asking for it furnishes an additional argument for its purely American, as contrasted with its supposedly Americo-British, origin». Charles Lyon Chandler, *Inter-American Acquaintances.* Tennesse, The University Press of Sewanee, MCMXVII, p. 167.

6 Del 27/08/1913. El *memorandum* de Chandler, en 831.00/601, USANA.

7 Rutheford Bingham, n. 1884. Graduado en el Massachusetts Institute of Technology (1907), entra a la carrera diplomática por concurso, como Secretario de Legación en Quito, en 1911, y a partir de septiembre de 1913 comienza a trabajar en el Departamento de Estado. Department of State, *Biographical Register,* 1913, p. 58.

8 «It seems to me that we must be very careful about handling Gomez. We were morally, if not more so, responsible for putting him in there, and while we certainly must look with disfavor on any perpetuation of inconstitutional methods in the sister Republics, it is an open question to my mind as to whether Gomez with all his faults may not be better than some weak creature either without any stamina as Alcantara or with a Bunny-Rabbit mind as old Guzmán Blanco had in his last days».

9 «The only thing that can do any good in Venezuela is a moderate soft-shell despotism».

10 Bingham, «Memorandum». Department of State, Division of Latin American Affairs, July 15, 1914, 831.00/699, USANA.

11 «He thought that the DES MOINES should proceed to La Guaira and there wait developments as he did not think that there were any prospects of Castro's success». Department of State. Division of Latin-American Affairs. Memorandum. 831. 00/616. USANA.

XII. Guerra es paz

Si como hombre de guerra Gómez es uno más, y único como vencedor de la guerra, hay con ella una tercera forma de relación, con la cual va a inaugurar una actitud seguida o copiada por Venezuela entera —en dictadura y en democracia— durante el resto del siglo veinte: Gómez será el primer aprovechador venezolano de las guerras ajenas. Todavía Venezuela no tendrá, como en la segunda conflagración mundial, un producto vital para todos los contendientes y por el cual estén dispuestos a pagar al mejor precio posible o en caso contrario, impedir de cualquier forma a un eventual enemigo el tranquilo disfrute de sus fuentes.

Aun así, lo que se desata en 1914 va a permitir a Gómez conocer los límites de la antipatía de un poderoso. Por otra parte, la guerra afuera significa paz en casa. Porque aquélla se hace con armas, y todas están comprometidas en la gran carnicería. En cuanto a lo primero, Gómez se jacta de su neutralidad y, por lo menos hasta julio de 1917, los EE.UU. no tienen ninguna autoridad para reclamarle esa actitud. El presidente Wilson no quiere a Gómez, y así se lo hará saber a sus más cercanos colaboradores. Pero igualmente sabe que no es mucho lo que, fuera de una intervención directa, siempre azarosa, puede hacer para removerlo. En cuanto a lo segundo, los resultados están a la vista: durante cuatro años nadie puede seriamente pensar en revoluciones. Y ése es un lapso

suficiente para consolidar una dominación: al terminar la guerra en noviembre de 1918, Gómez tiene diez años en Palacio, y de allí no saldrá sino casi veinte años más tarde, con los pies por delante.

NEUTRALIDAD Y «GERMANOFILIA»

Cuando estalla la Gran Guerra, se hace perceptible una corriente de simpatía con la Entente. Hay muchas razones para hacerla más simpática que los Imperios Centrales a los intelectuales venezolanos. En primer lugar, el afrancesamiento de esa *intelligentsia*, así como del liberalismo histórico, que habían soportado y acaso aún recordasen con nostalgia el rastacuerismo meteco del Ilustre Americano. Al lado de Francia estaba Inglaterra, la *Mater Parlamentiorum*, y detrás de ésta, como pronto lo demostrarán los acontecimientos, los Estados Unidos. Por otra parte, ya desde 1902, entre todas las potencias que procedieron al bloqueo, ninguna llegó a ser tan detestada por los venezolanos como la rígida Germania kaiseriana.

Pero no es muy fácil que un país apueste su destino en una guerra extranjera, y lejana. Cuando la propaganda anglo-francesa logró transformar la guerra europea en un conflicto de los países democráticos contra los despotismos militaristas, la ocasión era demasiado bella para ser desperdiciada por quienes, a falta de mejor, estuviesen en vena de comparaciones. Si universal era la guerra, universal debía ser el combate contra el despotismo militar, universal también su derrota. Esto no es ninguna especulación, ni tampoco inferencia: en 1918, los estudiantes caraqueños hacen una manifestación para celebrar la derrota de Alemania con el pretexto de festejar el cumpleaños del rey de los belgas, y en los discursos pronunciados frente al representante diplomático de su país, no faltan los «tiros por mampuesto». Así, el rey Alberto tiene para ellos, amén de cualidades morales (generoso y enérgico, abnegado y heroico), algunas más políticas (y subversivas):

> Liberal, demócrata en la real acepción del concepto (...) ha sido (...) más que el Jefe, un verdadero padre del infortunado pueblo belga; para ejemplo y enseñanza de algunos conductores de Estados, egoístas y torpes, que olvidan cobardemente sus deberes en los momentos de peligro, se alejan de él y dejan al pueblo entregado a sí mismo, cuando debieron estar a su lado para fortalecerlo con su presencia y para aliviarlo con su ayuda[1].

Un lugar común de los *chansonniers* franceses atribuye poca inteligencia a los belgas, lentitud para comprender. Pero hasta uno de esos belgas de caricatura podía entender que entre esos «jefes de Estado egoístas y torpes», olvidadizos de sus deberes, capaces de abandonar a sus pueblos en peligro, podría muy bien estar incluido uno que, refugiado en Maracay, deja al pueblo caraqueño entendérsela como pueda con la «gripe española», la terrible pandemia que arrasa la población del mundo como una peste medieval. Y como si eso fuera poco, después de ensalzar tan jubilosamente al rey Alberto, el orador estudiantil remata expresando su convicción de que «La civilización moderna, fruto de tantas luchas, la independencia de las naciones pequeñas o débiles, las más bellas conquistas del espíritu, los más nobles sentimientos del corazón, no podían estar a merced de una casta militar presuntuosa y violenta ...»[2].

Los belgas podrán ser tardos en entender, pero Gómez, pese a ser tildado de otro tanto, sí captó al vuelo la intención de los manifestantes, aun antes de salir ellos a la calle: no sólo se mantuvo informado del desarrollo de los acontecimientos, sino que aprobó expresamente su represión[3].

No se trata sólo de esas alusiones poco sutiles, sino de señalamientos directos. En diversas ocasiones, Gómez será acusado de ser partidario de Alemania. El embajador Preston Mc Goodwin es un consecuente sostenedor de esa tesis. Durante los años 1916 y 1917, antes de la entrada de los EE.UU. en la guerra, no hay prácticamente informe suyo donde esté ausente esa acusación.

Y por supuesto, después de julio de 1917 (cuando la ruptura de las hostilidades la convierta en un asunto no ya de simpatías o congenialidades ideológicas sino de seguridad nacional) la posición de Gómez se hace insoportable, y su impopularidad crece cada día en la opinión y en el gobierno norteamericanos.

Nada de eso es atribuible a invenciones, a especulación, a simples deseos de buscar un pretexto para molestar a Gómez. En sus confidencias al colombiano Fernando González, el dictador venezolano confiesa que le «(...) gustaban los alemanes, porque ese Kaiser me parecía un hombre que tenía fe, pues desafiaba solo el mundo». Y el general remataba personalizando sus gustos prusianos: «Yo admiro mucho a los hombres así»[4].

Las palabras de Gómez a González plantean los problemas habituales de la crítica interna frente a un texto de esa naturaleza: ¿dijo eso en verdad Gómez, o se trata de una recreación del escritor colombiano?

Para aumentar la desconfianza, su libro no fue recibido con mucho agrado entre los opositores de la tiranía, ni con particular entusiasmo entre sus partidarios. Pero sin duda, Gómez compartía la admiración de todo hombre de guerra por la aceitada eficacia del ejército prusiano, y eso se transparenta entre otras cosas en la escogencia de ese modelo para organizar la fuerza armada venezolana por un militar chileno, Samuel Mc Gill, formado en esa escuela, como por lo demás todos los militares de su país.

Pero no es éste (o no es sólo) un asunto de preferencias o de simpatías personales de un gobernante sudamericano. Tampoco de una manifestación paranoica por parte de la opinión norteamericana, aunque eso no sea descartable, como sucede en toda situación de guerra o pre-guerra. Por lo menos desde la unificación alemana, una corriente en la opinión pública de ese país, en el gobierno y las fuerzas armadas, sobre todo en la Marina, habla de la necesidad de poner pie en el Caribe, de buscar alguna forma de contrarrestar la influencia de los EE.UU., la cual se hará única y prácticamente inexpugnable una vez construido el Canal de Panamá.

Y el nombre de Venezuela, y más precisamente de Margarita, suenan una y otra vez en los informes oficiales, secretos o no. Es que se juegan prendas nada desdeñables: en junio de 1900, la prensa alemana publicó un informe sobre los intereses alemanes en América del Sur (datos que la Wilhemstrasse había hecho recoger presionada y casi obligada por el secretario de la Marina, Alfred von Tirpitz). El documento revelaba que las inversiones alemanas eran del orden de 570-600 millones de marcos en Argentina, 350 millones de marcos en Brasil, 270-300 millones de marcos en Chile, 253 millones de marcos en América Central y 200 millones de marcos en México, en las Antillas y en Venezuela[5]. A raíz de esa publicación, en el Reich se hicieron escuchar más fuertes las voces que propiciaban armar una flota poderosa, y cuyos análisis concluían siempre en una forma de enfrentamiento con los EE.UU. en el hemisferio occidental.

Cierto, su fuerza era equilibrada por quienes tenían una posición más moderada, basando su política en la alternativa de expandirse dentro de un cuadro europeo, y sobre todo, planteando la falta de recursos para construir una flota capaz de competir con Inglaterra y los EE.UU. Pero eso no impedía lo que un autor llama «un reguero de solicitudes» de los comandantes navales alemanes para que Berlín se adueñara «especialmente de la isla Margarita, frente a Cumaná, como *point d'appui*»[6]. El mismo autor cita a un teniente comandante Jacobsen,

quien un año antes de la invasión de «los Sesenta», sugería que su marina aprovechase el próximo disturbio político en Venezuela para «forzar a Venezuela a cederle completo a Alemania, el grupo de islas de Los Roques, La Orchila, la Tortuga, Cubagua y Margarita» como garantía de las reclamaciones del Gran Ferrocarril de Venezuela[7].

Aun si no se encontraban pruebas fehacientes de las simpatías de un hombre tan poco dado a las confidencias como Gómez, había la insoportable neutralidad de Venezuela en el conflicto. Insoportable y hasta inexplicable: Venezuela tenía después de 1902, tantas razones para detestar a Alemania como podía tener Juan Vicente Gómez para agradecer a los EE.UU. después de 1908. Andando el tiempo, esa neutralidad se pondrá en el activo de Gómez, y él mismo llegará a reivindicarlo como una decisión personalísima: «Aquí todos querían que Venezuela se decidiera. Yo fui el que no quiso y yo solo lo resolví (...)»[8].

No se crea que esto fuese una racionalización *a posteriori* de su acción de entonces: en 1916, en una carta abierta a César Zumeta, Gómez asume con cierta jactancia la entera responsabilidad de esa política. Al estallar la guerra europea, escribía, se apresuró «a dictar órdenes terminantes» para observar «(...) la más estricta neutralidad en la sangrienta querella», viendo después «con satisfacción que se nos cita en más de un país, como ejemplo de imparcialidad y de comedimiento en presencia del gran conflicto»[9].

La neutralidad venezolana no necesita de otras explicaciones que las ofrecidas por la lógica más simple, y a ellas recurre el propio Gómez en sus confidencias de los años treinta: «¿Dinero? Hubiéramos podido darle nueve millones y eso se lo gastaban en un minuto... ¿Gente? Yo no podía mandar veinte mil jóvenes a la carnicería. Somos apenas un país que comienza; nada vale nuestro influjo...»[10].

Por eso llaman tanto la atención las piruetas argumentales de sus partidarios para justificar lo que así, de manera tan aceptablemente lógica, lo estaba. La más curiosa explicación de la neutralidad la expresó Pedro Manuel Arcaya diez años después del inicio de la guerra. Por un lado, decía, el gobierno alemán era después del inglés «nuestro más fuerte acreedor», y el comercio venezolano estaba muy endeudado con el alemán. Declararle la guerra a Alemania podía ser visto como un intento de cancelar esas deudas de manera tan poco elegante.

Pero lo más sinuoso de la argumentación de Arcaya venía de seguidas: una campaña de agitación política, decía, habían hecho los enemigos del gobierno en 1913, quienes lo habían tildado entonces «(...) de excesivamente francófilo porque había convenido en arreglar

ciertas reclamaciones francesas. Esta agitación habría revivido con mucho furor si hubiésemos declarado la guerra a Alemania (...)»[11].

Así pues, la pelea del presidente con el Consejo de Gobierno a propósito del Protocolo Francés había traído como consecuencia (e ilustración de aquel magnífico refrán según el cual no hay mal que por bien no venga) la neutralidad venezolana en la Gran Guerra. Como sea, el argumento encantaba a los partidarios del régimen, y lo empleaban ya en 1918 para echar en cara a la emigración su hipocresía: francófoba en 1913, francófila en 1914[12].

Pero esa neutralidad, se quejan las potencias de la Entente, no es tan real, tan químicamente pura como parece. Tanto a Francia como a Bélgica e Inglaterra preocupa, disgusta y hasta indigna la supresión de publicaciones pro-aliadas, mientras los alemanes parecen no tener mayores problemas para distribuir su propia propaganda. *El Fonógrafo* de Maracaibo, por ejemplo, debió cerrar después de 38 años de existencia cuando intentó organizar una edición caraqueña «con el apoyo de las simpatías aliadas»[13].

Por cierto, aquella «simpatía» no era nada pasiva, pues uno de sus propietarios, Carlos López Bustamante, al denunciar posteriormente su supresión ante el Departamento de Estado, reconocía que la publicación se había fundado en Caracas «(...) a instancias y con el apoyo de los representantes Aliados allí (...)»[14].

Al mismo tiempo que tales cosas sucedían en Caracas, y eran denunciadas por los opositores venezolanos en Washington, en el sur de América la prensa pro-aliada, así como en París, seguía hablando de la «venta» posible y hasta inminente de Margarita a los alemanes[15]. Más allá de toda consideración relacionada con esa neutralidad, la opinión del gobierno norteamericano frente a Gómez no podía ser peor. Ella se encuentra resumida en el memorándum preparado en la División de Asuntos Latino-americanos del Departamento de Estado por Jordan Hebert Stabler[16] y Glenn Stewart[17] y enviado al presidente Wilson por Robert Lansing, secretario de Estado[18], en enero de 1918.

«El propio general Gómez» dicen los altos funcionarios, «es un firme creyente en la autocracia absoluta. El Kaiser alemán es su ideal de un gobernante perfecto, y se siente muy orgulloso de que lo retraten en uniforme alemán».

Aparte de la acusación hasta hoy sin fundamento según la cual Gómez había guardado dos millones de dólares de su fortuna personal en el *Diskonto Bank* de Berlín, y además de afirmar la íntima amistad del dictador con el embajador y los miembros de la colonia alemana,

el memorándum prosigue diciendo que la actitud del general Gómez hacia los aliados se muestra claramente en su control de la prensa. «Ningún periódico pro-aliado ha sido autorizado, mientras que por el contrario, la más procaz anti-americana y pro-germana de las hojas que aparecen en este hemisferio, 'EL ECO ALEMÁN', florece sin trabas, y eso a pesar de las protestas aliadas y americanas». Según ellos, esta propaganda alemana cuenta con el auxilio de cuidadosas noticias de guerra que llegan por medio de la telegrafía sin hilos desde Nauen, Alemania, hasta el puesto de telegrafía sin hilos de la Marina del gobierno situada en Puerto Cabello.

Lo más grave viene de seguidas. Según el texto citado, debe agregarse a todo aquello

> (...) la decisión tomada por el general Gómez en una conferencia secreta con Herr von Prollius, el ministro de Alemania en Venezuela, el capitán Hisrchfeld, el oficial alemán encargado de la marina y la radio venezolanas y varios otros, donde el general Gómez definitivamente decidió que de entrar en la guerra lo haría como aliado de Alemania. En vista de esta consideración fueron concertados positivamente planes militares[19].

IN GOD WE TRUST

Por supuesto, eso es más de cuanto un gobierno norteamericano estaba dispuesto a soportar, y mucho menos en una zona tan sensible estratégicamente como ésta, en las vecindades del canal de Panamá. Woodrow Wilson pierde los estribos, y en un papelillo confidencial que escribe a Lansing, no sólo se aleja de lo de «grande y buen amigo» que los usos diplomáticos imponían seguir empleando para encabezar las comunicaciones oficiales, sino también de su dignidad profesoral para referirse a Gómez. Los términos no pueden ser más violentos, ni la conclusión más peligrosa para el gobernante venezolano:

> Mi querido Señor Secretario,
> He leído este Memorándum con la más grande preocupación, como también muchas comunicaciones recientes de nuestro Embajador en Venezuela. Hay que echar a ese villano. ¿Puede Ud. pensar en alguna forma en que podamos hacer eso sin perturbar la paz de América Latina más de lo que lo haría dejarlo hacer?
> Fielmente suyo,
> W. W.[20]

En la última parte, Wilson plantea el eterno problema ya no en frases generales y de principios, sino en términos concretos, fácticos: ¿cómo hacer para desembarazarse de Gómez? Los expertos latinoamericanos del Departamento de Estado son bastante pesimistas: nada de lo que haga EE.UU. (salvo ocupar militarmente el país, pero eso no se plantea ni en la consulta ni en el memorándum), servirá para sacar a Gómez. El general está asentado mucho más firmemente de cuanto desearían sus enemigos, incluyendo entre éstos al gobierno norteamericano.

Las razones esgrimidas para oponerse a medidas directas contra Gómez recuerdan las argumentaciones que en ese mismo país se enarbolaron en los años ochenta del presente siglo contra las sanciones al régimen racista de Sudáfrica (aunque no hayan servido para impedir el bloqueo a Cuba). En primer lugar, dice el memorándum, desconocer el gobierno de Gómez no traería positivamente ningún beneficio. Ese gobierno es financiera y económicamente independiente.

Semejante política no produciría resultados positivos más allá de los engendrados por malos sentimientos. En el momento actual los gobiernos de Italia, Chile, Argentina, Cuba, Portugal, México, Bolivia, Perú y Uruguay carecen de representación diplomática en Venezuela, porque para todos ellos las condiciones son intolerables. Pero eso no ha producido efecto alguno.

La otra alternativa sería la de un embargo comercial. Stabler y Stewart se muestran igualmente escépticos en relación con los resultados de una tal política: el gobierno venezolano no carga con impuestos las exportaciones, y por lo tanto el gobierno no puede ser incomodado con un bloqueo.

A la larga, el verdadero perjudicado con un bloqueo sería el gobierno de los EE.UU., al ser este país quien necesita los productos que Venezuela exporta: azúcar, café, cacao, pieles. La recíproca es igualmente verdadera: un cuidadoso análisis de los posibles resultados de la prohibición de importaciones hacia el mercado venezolano no tendría sino un resultado muy ligero tanto en los almacenes alemanes como en el gobierno de Gómez. El único real perjudicado, dicen Stabler y Stewart, sería el pueblo venezolano el cual en un noventa por ciento simpatiza totalmente con los Estados Unidos y sus aliados. Y en cuanto a una fuerte presión diplomática sobre Venezuela, sería doblemente indeseable porque uniría a Venezuela en armas y debilitaría a los EE.UU. en su lucha contra Alemania.

La conclusión no puede ser más peligrosa, más violenta. Es ella la que va a provocar el «papelito» de Wilson citado más arriba: «Hay una

sola vía» se dice allí «para garantizar un buen gobierno y condiciones civilizadas y cristianas. ¡Eliminar a Gómez de raíz!».

Una acción semejante, dicen, terminaría además con las acciones alemanas y cualquier posible actividad submarina. «No poder remover a Gómez es no poder remover una forma de gobierno intolerable a los ideales de los americanos y una mancha a nuestra civilización; es un reproche secreto a todos los cristianos»[21].

Como si no bastaran, pues, las consideraciones políticas generales, las cuestiones de principio filosóficas y políticas y los intereses estratégicos de un país en guerra, los asesores de Wilson recurren al más viejo y prestigioso recluta de todos los tiempos: Dios. El general Gómez se enfrenta así no sólo a la soberbia imperial, sino a la cólera divina. Se necesitaba una reciedumbre muy particular para aguantar 17 años más, pese a semejantes enemigos. Es cierto que por su parte, el Benemérito no se quedó de brazos cruzados, ni esperó del cielo su salvación: de su defensa se encargará con particular brillo el embajador en Washington, dr. Santos A. Dominici, auxiliado por un enviado especial cuyo encargo era deshacer las intrigas del embajador norteamericano en Caracas, Preston Mc Goodwin[22].

Pero no eran Gómez y su entorno, al parecer, los únicos en ver a este diplomático con malos ojos. Por la misma época se comienza a acusarlo de estar financiado por Gómez. Es así como el propietario de *El Fonógrafo*, en un memorándum remitido directamente al presidente Wilson, acusa a Mc Goodwin de manejos bastante oscuros, por decir lo menos: entre ellos el rumor, corriente según él en Caracas, de que el millón de bolívares (doscientos mil dólares al cambio) que desde 1915 se decretaron para «gastos imprevistos» y que recibe en una forma bastante alambicada a través de su mujer, van a dar a los bolsillos del embajador, pues coinciden con su viaje anual. Todo para concluir en que cuanto más grave se le ha presentado la situación al gobierno de Gómez y mayores eran las esperanzas de sus adversarios en una situación favorable al establecimiento de un régimen de libertades, «(...) la venida del Sr. Mc Goodwin parece como que despejara toda nube que se le hubiera presentado a Gómez en el horizonte»[23].

Como es fácil apreciar, se trata de simple chismorreo de emigrados. No tendría mucho sentido citarlo, si no fuese porque indica varias cosas: el memorándum fue aceptado y aparece (en original y traducción) con todos sus sellos, lo cual parece indicar que llegó a su destino. Pero además fue recibido con simpatía, por no decir avalado, por quienes lo presentaron a su destinatario: un «Chief Special Agent» de firma

ilegible en el Departamento de Estado, impresionado por la «entera honestidad en la materia» de que hace gala el remitente, y otro, cuyas iniciales, F. L. M., parecen corresponder a Ferdinand Lathrop Mayer[24], el cual dice que López le dio buena impresión, si bien no presentó pruebas de sus alegaciones contra Mc Goodwin[25].

Por otra parte, ese documento muestra a las claras la desinformación de los opositores a Juan Vicente Gómez, al ubicar entre los apoyos «comprados» por el dictador a quien en ese momento lo bombardeaba en el Departamento de Estado con nota tras nota desfavorable.

Como suele suceder, en el interior de una misma oficina gubernamental no sólo se dan opiniones contradictorias, lo cual es muy normal, sino que, cosa tampoco inhabitual, a veces se concluye en nada. Un desterrado venezolano transcribió una supuesta conversación de mr. Lansing luego de su alejamiento del Departamento de Estado, donde él pretendía que «si Wilson lo hubiese dejado hacer» él se habría desembarazado de Gómez. Pero su conocimiento de la situación venezolana parecía ser tan bueno como para sugerir a sus indignados interlocutores venezolanos que propusieran a los EE.UU. desembarazarlos de Gómez y recibir en pago... ¡la isla de Margarita![26].

Todo eso dibuja un cuadro bastante confuso, y hace pensar que ni los buenos oficios de Dominici en Washington, ni las maniobras de Gómez con Márquez Bustillos para dar una fachada «constitucional» a su mandato, pudieron influir por sí solos en la actitud del Departamento de Estado, en su cambio desde una franca hostilidad a Gómez hasta un prudente *wait and see* que, andando el tiempo, se transformó en sólida amistad.

SIN ARMAS NO HAY GUERRA

En la cauta actitud de Gómez frente al conflicto europeo, conviene tomar en cuenta dos factores más. Uno de ellos es que independientemente de su simpatía hacia los Aliados, como también de la hostilidad de Alemania hacia ellos, mal podían los EE.UU. exigir de nadie tomar partido en aquella guerra, cuando ellos mismos dudaban tanto en hacerlo.

Pero hay otra razón, no esgrimida públicamente por el régimen, que podía pesar en su decisión de permanecer neutral: no quería dar a sus opositores la ocasión para buscar, en el país al cual se opusiera

Venezuela, un apoyo y sobre todo, la posibilidad de adquirir armas para alzarse contra el gobierno. Esta no era, por cierto, una situación típica ni mucho menos exclusivamente venezolana. Con tacto de elefante en cristalería, el embajador Preston Mc Goodwin declaró en junio de 1915, según el indignado diario *El Mundo* de La Habana, que debido a la guerra europea, «la América del Sur en general se ha visto precisada a suspender temporalmente su principal industria: las revoluciones»[27].

¿Era verosímil que, en caso de que el gobierno de Gómez rompiese su neutralidad y tomase partido por la Entente, sus enemigos fuesen a buscar apoyo alemán, siendo ellos, como lo proclamaban a cada rato, liberales, demócratas y por lo tanto «pro-aliados»? Gómez sabía cuán frágiles pueden ser esas amistades: ¿no había sido «francófoba» esa oposición en 1913, como, ya se ha visto, sus plumarios se lo echaban en cara a los emigrados? Si hemos de creer al mismo Mc Goodwin, apenas comenzaron a tronar los cañones, Juan Vicente Gómez se mostró personalmente «(...) jubiloso ante la perspectiva de una guerra en Europa (...)», porque hasta entonces temía que Baptista, Olivares, Alcántara, Ortega Martínez y otros pudieran arreglárselas para encontrar apoyo, especialmente entre los «(...) sindicatos financieros franceses y alemanes», con los cuales habían llevado a cabo transacciones cuando ocupaban cargos importantes en el gabinete. «Esos temores», agregaba el diplomático, «no eran en absoluto infundados»[28].

El júbilo de Gómez debía ser prolongado y contagioso (o el vocabulario de Mc Goodwin limitado) pues un año más tarde, encuentra en la misma tesitura a los altos funcionarios de Venezuela, especialmente en el ejército, «(...) al recibir información de fuentes confiables en los EE.UU.» según la cual algunos expatriados que buscaban hacerse de municiones «(...) con propósitos revolucionarios», habían fracasado porque esas municiones «(...) no pueden obtenerse a ningún precio, debido a la estupenda demanda de las naciones europeas», todo lo cual tuvo como efecto calmar los nervios del general[29].

Pocaterra sabía muy bien de qué hablaba cuando decía que toda revolución había sido «inutilizada indefinidamente» por la Gran Guerra[30], si bien Luciano Mendible veía en eso, no una verdad, sino un pretexto de quienes esperaban, para tumbar a Gómez, el fin del conflicto en Europa, sin darse cuenta de que allí han estallado guerras cuya duración ha sido de siete, treinta, cien y hasta ochocientos años como la de los moros en España, y que aquélla podía durar otro tanto, mientras Gómez y su dinastía prolongaba pacíficamente su gobierno[31].

Verdad o simple excusa para no actuar, el argumento fue empleado hasta el cansancio en esos años por los emigrados venezolanos que trataban de hacer aflojar las restricciones impuestas a la compra de armas de guerra por el gobierno de los EE.UU.

En septiembre de 1917, J. M. Ortega Martínez[32] se apersona en el Departamento de Estado y se entrevista con nuestro conocido Stabler. Le dice que desde hace tres años tiene, junto con otros prominentes venezolanos, una completa organización para desembarazarse de Gómez, pero el estallido de la guerra les ha hecho imposible procurarse armas en Europa o en los EE.UU.[33]. En noviembre vuelve a la carga, buscando el cese de las restricciones o al menos que los EE.UU. se hagan la vista gorda si se procuran las armas en otra parte.

Esta vez, el argumento de Ortega es diferente: de no hacerlo, alguien podría tomarse justicia contra el tirano, lo cual traería de inmediato caos y anarquía. Es para evitar eso que han querido «(...) tomar el asunto en sus propias manos, pero están absolutamente desasistidos, pues no pueden encontrar armas o municiones» debido a las restricciones en los EE.UU.[34]. En diciembre otro emigrado, Alejandro Rivas-Vásquez, escribe al presidente de los EE.UU. con la misma queja: «En razón de las nuevas condiciones creadas por esta guerra» dice, «en el mundo entero, y particularmente en este hemisferio, es imposible para los patriotas de Venezuela adquirir los elementos necesarios para destronar al tirano Gómez sin tener previamente en su favor la simpatía de la Democracia Americana»[35].

Pero todo será inútil. No solamente no se encontrarán las armas sino, hasta 1929, ni siquiera lo más elemental: la unidad entre los diversos caudillos antigomecistas, la misma unidad lograda durante la Revolución Libertadora. De nada servirá tener «la simpatía de la Democracia Americana»: ella cambiará cuando vea que Gómez no se va a ir y que bajo su férula se pueden hacer buenos negocios.

Con todo lo anterior, que es producto de las circunstancias pero también de su propia política, Gómez logra consolidar lo que había ganado en 1903: continúa siendo el hombre de la *virtù*, o sea quien logra vencer la guerra, quien trae la paz. Una paz que, como se verá en los dos próximos capítulos, le servirá para asentar su poder, y agrandar su fortuna.

NOTAS

1 «Mc Goodwin to Secretary of State», Enclosure nº 1 with dispatch nº 1545, November 18, 1918, 831.00/871, USANA.
2 *Idem*.
3 BAHM, nos 107-108, pp. 111-119.
4 *Op. cit.*, p. 174.
5 Holger H. Herwig, *Sueños alemanes de un imperio en Venezuela*. Caracas, Monte Avila, 1991, p. 179.
6 *Ibídem*, p. 185.
7 *Idem*.
8 Fernando González, *op. cit.*, p. 174.
9 *Los pensadores positivistas y el gomecismo*. CPPV-S XX, t. III, vol. I, pp. 339-340.
10 F. González, *op. cit.*, pp. 175.
11 «En desagravio de Venezuela», 9/6/1924. *Los pensadores...* CPPV-S XX, t. III, vol. II, p. 339.
12 Esa es la argumentación de José Ladislao Andara en una carta dirigida en 1918 al director de *El Nuevo Diario*. *Ibídem*., p. 533.
13 Pocaterra, *Memorias...*, t. I, p. 316.
14 Department of State. Division of Latin-American Affairs, «Memorandum». July 22, 1918. 831.00/854. USANA.
15 Era el caso de *La Prensa* de Buenos Aires del 1 de julio de 1917; de *El Mercurio* de Santiago de Chile del 4 de junio de 1917 y de *La Dépêche Coloniale* de París del 3 de agosto de 1917. H. H. Herwig, *op. cit.*, p. 195.
16 En ese momento, tiene 33 años. Después de haberse graduado en la muy prestigiosa Universidad John Hopkins en 1907, siguió cursos en la de Maryland así como en Francia, (en la Sorbonne y en el Collège de France). Diplomático de carrera, ella lo llevó a diversas capitales europeas: Bruselas, Estocolmo, Berlín, Londres. Pero su mayor centro de interés fue América Latina, que conoció en diversas misiones a Quito, Guatemala, Santo Domingo. En 1916 entra a trabajar en la División de Asuntos Latino-americanos del Departamento de Estado, cuya jefatura asume un año más tarde. *Register of the Department of State*. Washington, Gov. Printing Office, 1918, p. 140.
17 Parece ser el principal responsable de este informe. Proviene también de prestigiosas universidades: Yale, Harvard y la Ecole des Sciences Politiques de París. Conocedor de Asia y el Cercano Oriente, su campo de acción y conocimiento preferidos serán, sin embargo, los países latinoamericanos, el Caribe y en especial La Habana. En octubre de 1917 entra a trabajar bajo las órdenes de Stabler. *Ibídem*, p. 141.
18 Robert Lansing (1864-1928), consejero del Departamento de Estado desde 1914, nombrado secretario de Estado por el presidente Wilson en junio de 1915. Se aleja de éste último por diferencias en cuanto al Tratado de Paz. Cf. T. Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 208.
19 «Secretary of State to the President», January 5, 1918. 831.00/833 A, USANA.
20 «My dear Mr. Secretary,
I have read this Memorandum with the greatest concern, as I have also the many recent communications from our Minister in Venezuela. This scoundrel ought to be put out. Can you think of any way in which we can do it that could not upset the peace of Latin America more than letting him alone will? «The President to the Secretary of State», 16 February 1918. 831.00/834 1/2, USANA.
21 «There is only a way to guarantee good Government and Christian civilized conditions. Eliminate Gomez root and branch! Such an action would also promptly

terminate German activities and any possible submarine activities. Failure to remove Gomez is failure to remove a form of Government intolerable to American ideals and a blot upon our civilization; a secret reproach to all Christian men».

22 Todo el proceso es relatado con lujo de detalles en Tomás Polanco Alcántara, *Gómez...*, pp. 247-274.

23 «Carlos López Bustamante to President Wilson». July 6th, 1918. 831.00/845. USANA.

24 Egresado de Princeton y Harvard, miembro de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado desde diciembre de 1917. *Register of the Department of State*, 1919, p. 141.

25 831.00/854, USANA.

26 Rafael Bruzual López, «Lo que pedía Lansing, ex secretario de Estado de EE.UU., para armar la revolución venezolana». *La oposición...*, CPPV-S XX, t. II, vol. II, pp. 177-178.

27 «Venezuela y el ministro americano Preston Mc Goodwin. Visible contraste entre la política de Wilson y la de este gratuito motejador de los pueblos latinos». *El Mundo*, La Habana, 10 de junio de 1915, p. 1.

28 «Mc Goodwin to Secretary of State». 831.00/687. USANA.

29 «Mc Goodwin to Secretary of State», March 5, 1915. 831.00/726. USANA..

30 *Memorias...*, t. II, p. 311.

31 Luciano Mendible, «La revolución y la dictadura». Puerto España, septiembre de 1916. *La oposición...*, CPPV-S XX, t. II, vol. I, pp. 331-332.

32 José María Ortega Martínez (1859-1933). Militar y político, varias veces ministro de Obras Públicas. Secretario privado de Manuel Antonio Matos en la Libertadora, y comandante de sus ejércitos en el centro. Preso y exiliado, regresa a Venezuela en 1909, como miembro del Consejo de Gobierno y ministro. Rompió con Gómez en 1913, y se fue al exilio donde murió veinte años después. *DHV*, E-O, pp. 1182-1183.

33 «Memorandum of an interview at the State Department on September 17, 1917, of J. M. Ortega Martínez, a prominent Venezuelan, with Mr. J. H. Stabler, Chief of the Bureau of Latin-American Affairs». 831. 00/817. USANA.

34 «Russell to Secretary of State». November 8, 1917. 831.00/816. USANA.

35 «Alejandro Rivas-Vásquez to the President of the U. S. A.», December 13, 1917. 831.00 /812. USANA.

TERCERA PARTE
LA TIRANIA

Power tends to corrupt and absolute power corrupts absolutely

Lord Acton



XIII. Esta tierra es mía

EL ESTADO SOY YO...

Podría parecer antojadizo, y en todo caso resulta paradójico, que al analizar la relación de Gómez con la propiedad, se incluya una parte sobre la presidencia, con particular referencia a los años de su tiranía abierta, y dura. Porque, al revés de lo sucedido entre 1908 y 1913, Gómez parece desinteresarse de ella, dejando ejercer a Victorino Márquez Bustillos una de las más largas «provisionalidades» de la historia, entre 1914 y 1922. Y al año siguiente, su intento de fundar una especie de dinastía comenzará a hacer agua cuando su hermano Juancho aparezca cosido a puñaladas en su lecho.

Pero adquiere sentido si se toma en cuenta que, en los años anteriores al estallido de la Gran Guerra en Europa, la presidencia de la República significaba para Gómez un poder ofrecido en principio por la nación entera, significaba que presidencia y poder eran sinónimos. En adelante, el primer factor de esa ecuación deja de tener importancia, ni siquiera simbólica, en el interior del país, aunque sí la guarde para las formalidades exteriores. Ahora el poder es uno sólo, y él se halla donde se encuentre el general Gómez.

Es así como la presidencia se convierte en una especie de propiedad suya, de la cual puede disponer a su leal saber y entender, y como mejor convenga a su propio ejercicio del poder. Eso se hará de dos maneras, y en dos momentos, a casi diez años de distancia el uno del otro: en 1914, designando un «presidente» provisional, y en 1922, compartiendo el Poder Ejecutivo con un primer vicepresidente hermano suyo, y un segundo, su hijo mayor.

Lo primero es despojar de poder real a la presidencia. Un Congreso de Plenipotenciarios aprueba el 19 de abril de 1914 un «Estatuto Constitucional Provisorio», seguido en junio de una nueva constitución. Los miembros de ese congreso habían sido cuidadosamente escogidos, y el Benemérito no se equivocará al evaluar la fidelidad de los suyos.

Se ven allí entonces nombres cuya obsecuencia hacia el dictador será larga e inalterable: Andrés Mata, poeta y editor de *El Universal*, (el «Andrés Rata» del terrible Blanco Fombona); Tobías Uribe, amigo de infancia y durante muchos años su ministro de Guerra y Marina; Caracciolo Parra Picón, uno de sus secretarios; Diógenes Escalante, posteriormente uno de sus más brillantes diplomáticos, estarán entre esos plenipotenciarios. Los cuales aprueban separar las funciones del presidente provisional y las del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, distingo que una disposición transitoria prolongará en la nueva Constitución[1].

Esto se puede interpretar de dos maneras diametralmente opuestas pero también complementarias. La primera, que se trató de una maniobra de Gómez para cubrirse las espaldas ante la opinión pública internacional, pero en especial ante los EE.UU. cuyo presidente Woodrow Wilson pronunció en 1913 en Mobile, Alabama, un discurso que llenó de esperanzas a los emigrados venezolanos. Se hablaba allí de una razón y una compulsión que subyacían en el suelo de esa comprensión donde crecen todos los frutos de la amistad y que es más caro que nada a los seres pensantes de América: «(...) el desarrollo de la libertad constitucional en el mundo. Derechos humanos, integridad nacional, y oportunidades, enfrentados a los intereses materiales»[2]. De lo cual se podía colegir que su gobierno no reconocería, al menos en el continente americano, a aquellos que no fuesen producto de elecciones limpias[3].

La segunda interpretación es más conjetural, pero sin embargo, tiene al menos tanto asiento como la otra a la luz de toda la trayectoria política de Gómez. Es muy difícil, acaso imposible, encontrar apoyo documental sobre las intenciones de Gómez al proceder así. Uno, porque nunca se pueden hallar cuando se trata de intenciones; dos, porque el

Benemérito no era hombre de hablar, si lo hacía, de estas cosas, mucho menos escribir; tres, porque aun para el más dicaz o grafómano de los hombres políticos, ése suele ser un proceso no enteramente consciente. Pero con todo y eso, Gómez se atuvo a esa actitud a lo largo de toda su vida política. Es muy simple: siempre prefería, a las apariencias, la realidad del poder. Y que poder y armas eran sinónimos, de eso no había para él la menor duda.

Si se puede decir esto con tanta certidumbre es porque, como se verá al tratar la fuerza armada, eso sí lo dijo y lo sostuvo siempre: el ejército es la base del Estado («del gobierno» como él decía sin hacer sutiles distinciones teóricas entre ambos conceptos).

Por lo demás, hasta las apariencias habrán de ser salvadas gracias a la obsecuencia de sus cortesanos. Tal vez nadie llevó eso a los extremos alcanzados por Victorino Márquez Bustillos. En todos los casos, quien ostentaba el cargo de presidente de la República (el cual por muy «provisional» que fuese lo obligaba a una elemental dignidad), no sólo hacía sentir, sino buscaba expresar por todos los medios que era un subalterno sin ninguna relevancia.

Es así como, en 1916, *El Nuevo Diario* mostraba con orgullo la foto de una decoración de la residencia del presidente provisional de la República, dr. Márquez Bustillos. En ella, dice el periódico, «(...) se lee la siguiente inscripción, hecha con bombillos de la luz eléctrica: GLORIA A GOMEZ SUPREMO BIENHECHOR DE LA PATRIA»[4]. Y cuando el 11 de marzo de 1919 se cumpla un año de la muerte de Hermenegilda Chacón, la madre del dictador, la invitación para las honras fúnebres no es hecha como sería normal por su hijo, sino por el presidente provisional, el vicepresidente y los miembros del gabinete en pleno. Como si eso fuese poco, en la misma esquela, la esposa de Márquez Bustillos y sus hijas invitan particularmente al funeral[5].

No menos obsequiosa es la actitud de Juan Bautista Pérez, también «Presidente de la República» por voluntad de Gómez. En 1930, para conmemorar los cien años de la muerte del Libertador, se decide que Venezuela cancele su deuda externa que, de 200 millones de bolívares en 1909, apenas alcanzaba a 19 millones en 1930. Pero la sugerencia de incluir en el presupuesto del próximo año fiscal la partida para efectuar esa cancelación no proviene como debería ser normal, del presidente de la República, sino de quien, formalmente, «no es sino» comandante en jefe del Ejército.

En esas condiciones, el papel de Pérez se reduce al de simple correo, y así lo expresa en su mensaje al Congreso: «Al haceros traslado de la

anterior comunicación del Benemérito Jefe de la Causa y Comandante en Jefe del Ejército, general Juan Vicente Gómez, pláceme haceros especial recomendación de que os ocupéis con la premura y atención que el caso amerita»...[6]. Tanto Pérez como Márquez Bustillos, pues, tienen el puntilloso cuidado de precisar que no es simple caricatura aquello de «aquí vive el Presidente, y el que manda vive enfrente».

En cuanto a la reforma constitucional de 1922, ella tiene mucho que ver con la enfermedad de Gómez el año anterior. Se podría decir que es la menos «política» de esas reformas, como su reacción ante el asesinato de su hermano al año siguiente será también mucho más pasional que fríamente política.

No es demasiado aventurado pensar que allí jugó su papel una cierta presión del clan Gómez, ayudado esta vez por la debilidad (y una cierta preocupación por el futuro) de parte de un hombre cuya salud de hierro y cuya fortuna tendían a instalarlo en el presente, sin pensar demasiado en lo que pudiera suceder después de una muerte que no veía cercana. Pero una enfermedad tan angustiosa como cualquiera que provoque anuria, le deben haber recordado al general, como a cualquiera, que no era inmortal; que la muerte no conoce excepciones.

Hasta entonces, Gómez había hecho reformar la Constitución para cuidarse entre otras cosas de la opinión pública internacional, en particular la de unos EE.UU. cuya desconfianza había sido alimentada con tanto sistema por el embajador Mc Goodwin. Pero la guerra había terminado cuatro años antes, y pasado el momento crítico de 1918, aunque él mismo no llegó a saber cuán cerca le rozó la catástrofe anunciada en aquel breve papelito de Woodrow Wilson. La reforma podía proceder, y que la opinión extranjera pensase lo que le viniese en ganas. Se nombrará entonces a dos vice-presidentes en orden de jerarquía numérica. En carne y hueso, eso propone e impone que, desde el 19 de abril de 1922 hasta el 19 de abril de 1929, a Gómez lo acompañen, flanqueando su presidencia, su hermano Juan Crisóstomo («el general Juancho») y su hijo José Vicente («Vicentico»). El general Gómez propone: el puñal enemigo en 1923 y la ingratitud filial en 1928 dispondrán otra cosa.

Entre esas dos fechas, otra reforma pone en negro sobre blanco lo que, acaso sin conocer (y mucho menos en francés) la frase de Luis XIV, pensaba y en todo caso practicaba el general Gómez. Según la nueva redacción del artículo 100 de la Constitución, el asiento del Poder Ejecutivo será el sitio donde se encuentre el presidente: *l'Etat, c'est moi*[7].

...Y LA TIERRA TAMBIEN

Ocho meses después de la muerte de Juan Vicente Gómez, el Congreso dictó un acuerdo confiscando sus bienes[8], cosa facilitada por el hecho de que el dictador había muerto, decían los juristas, *ab intestato*. Se hizo una lista de sus pertenencias[9], la cual reveló que Gómez era el propietario territorial más grande de Venezuela.

También lo había sido Páez, si hemos de creer a Vallenilla Lanz[10]: el caudillo llanero se había hecho de esas propiedades tal como se había alzado con el santo de la Cosiata[11]. Cuando Gómez lo hace en 1908, su fortuna era considerable, y en gran parte amasada gracias al poder que ya compartía. Ella se acrecentará durante los veintisiete años de su mandato, con la anuencia por cierto nada oculta del «Poder» legislativo[12].

El documento citado estima en 154.046.168, 34 de bolívares[13] los «Valores originales de las propiedades que fueron del general Juan Vicente Gómez según sus títulos». Al discriminarlos, queda claro que si algo podía definirlo socialmente era su condición de terrateniente.

De los veinte estados y el Distrito Federal en que políticamente se divide entonces Venezuela, sólo en ocho carecerá de propiedades Juan Vicente Gómez: Lara, Falcón, Mérida, Trujillo, Barinas, Portuguesa, Anzoátegui y Nueva Esparta. Sus posesiones estaban concentradas en la región central del país: en ese orden, Carabobo con 53.900.483,74 de bolívares; Aragua con 48.015.489,00; es cierto que el Distrito Federal (5.854.569,10) viene en cuarto lugar después del Táchira (7.917.459,25), pero si se le agregan los 972.000,oo del estado Miranda, la diferencia (6.826.569,10) no es muy grande. En todo caso, esas cifras revelan que las dos terceras partes de los bienes de Gómez estaban en esas regiones tenidas casi al alcance de la mano.

Como el avalúo total incluye «valores diversos», entre ellos acciones sobre el Gran Ferrocarril del Táchira y más de dieciocho millones de bolívares en acreencias, el porcentaje aumenta cuando se trata de bienes «tangibles». Eso quiere decir tierras y, en menor grado, casas. Así, de los casi 54 millones de bolívares que posee en Carabobo, tan sólo unos 237 mil (cifra redonda) provienen de propiedades urbanas; valor que sube hasta seis millones y medio de los 48 poseídos en Aragua (ambas también cifras redondas); para descender espectacularmente en el Táchira, donde sus propiedades urbanas valen apenas 30.920,25 de un total de casi ocho millones de bolívares. Aunque se comprende que

en el Distrito Federal el monto de esas propiedades urbanas supere ligeramente (casi se comparten por mitad) a las rurales, hay que tomar en cuenta, aquí y en otras partes, que muchas de las casas adquiridas lo fueron como parte de una hacienda o un fundo rural de cualquier naturaleza.

No es la intención de este capítulo hacer un estudio a fondo de lo que todo esto significa desde el punto de vista económico o social. Lo que interesa destacar aquí es que el marco jurídico y el ambiente ideológico en donde Gómez muestra su hambre de tierras es abierta, típica, confesamente liberal. En 1931, se discutía en el Congreso el Proyecto de Ley de Tierras Baldías[14]. En el original parecía haber una disposición que obligaba a quien las adquiriese, a devolverlas si no comenzaba a cultivarlas dentro de un lapso allí determinado.

En el informe que al respecto presentan los congresantes José A. Tagliaferro, José E. Muñoz Rueda y J. A. Pérez Limardo, se cita un texto de Pedro Manuel Arcaya en 1910, cuando fue ponente de dicha ley. Arcaya se declaró allí «(...) absolutamente contrario a la tesis de obligar a los compradores de tierras a cultivarlas dentro de determinado lapso de tiempo (...)» por ser anti jurídico y anti económico. «El derecho de propiedad», remataba, «es *absoluto y exclusivo* ». Y a renglón seguido, venía esta lección de ortodoxia:

> El sistema liberal, que es el del proyecto, lo proclama (...) como el más apropiado al desarrollo de la agricultura, para el cual es contraproducente «el método contrario», esto es, el de imponer el cultivo so pena de perder la propiedad.
>
> El interés particular llevará a cada uno a buscar el mejor partido de lo suyo y no es de imaginar que nadie quiera perjudicar neciamente a sí mismo con dejar muerto el capital empleado en compra de tierras baldías, si es que éstas son realmente cultivables[15].

Cuando se comiencen a hacer los primeros análisis marxistas de la sociedad venezolana, la extensión de la propiedad territorial en manos del tirano les va a proporcionar un ejemplo casi soñado para sus teorías: el gobierno de Gómez no «representaba» la clase de los latifundistas, sino que *era* el latifundio. Hacer un análisis del carácter de clase de su régimen se encontraba así facilitado por el hecho de que no era necesaria una investigación demasiado a fondo de las relaciones entre la clase y el dictador, ni de los intereses del grupo gobernante, porque bastaba hacerlo con Gómez mismo. Y el estudio de la relación entre el hombre y el grupo se encontraba también facilitada por su descarado

nepotismo.

El primer intento de interpretar el régimen gomecista aplicándole criterios clasistas, fue un informe destinado a la Internacional Comunista y que nunca llegó a su destino ni a ver la luz pues fue a dar a manos de la policía y a sus gavetas. El texto se refería al sistema gomecista como una «barbarocracia»[16]. Eso no pasaba de ser una connotación polémica, más literaria que sociológica (por lo demás, el escritor José Rafael Pocaterra la había empleado por los mismos años) y en todo caso, nada decía a un marxista: era apenas recoger la fórmula positivista de la lucha entre civilización y barbarie.

Pero por polémica y literaria, por exagerada que pudiese ser, reflejaba la percepción que ya en los años treinta, una embrionaria sociedad urbana comenzaba a tener de los hombres que la dominaban: el de una milicia campesina, la cual, como los bárbaros en el corazón del imperio romano, había sentado sus reales sobre una sociedad de citadinos, más refinados, cultos e inteligentes.

La idea de un ejército de bárbaros vivaqueando en plena ciudad es muy temprana, desde la llegada de los «chácharos» a la capital en el 99. Ella está implícita incluso en la justificación teórica de la dictadura: cuando el autor de *Cesarismo democrático* hablaba de «guerra civil» refiriéndose a la de independencia, la idea presente en la parte de atrás de su pluma era la de una guerra de conquista de los pueblos pastores sobre las regiones más civilizadas[17].

Han pasado casi treinta años, y esa nueva oligarquía ha sentado sus reales en la capital, se ha urbanizado, civilizado. Pero en una Venezuela todavía mayoritariamente rural las cosas no cambian al ritmo que llegarán a adquirir mucho más tarde, y la diferencia entre la ciudad y el campo no es tan abismal como lo es al presente. Por eso no luce correcto definir a la de Juan Vicente Gómez, como lo hizo alguna vez y admirativamente Jacques Bainville, como «la dictadura del aceite pesado», del petróleo: los efectos de su explotación, y de sus ganancias fabulosas, todavía no se han hecho sentir con la vertiginosidad con que suelen hacerlo, y como lo conocerá Venezuela más tarde.

Hay que tomar en cuenta también que buena parte de esos hombres salidos el 23 de mayo de 1899 de su exilio cucuteño y de sus montañas andinas, son los mismos que siguen mandando, porque en aquella fecha eran muy jóvenes: la guerra nunca es cosa de viejos. El jefe actual era uno de los mayores, y da el ejemplo de los modos rústicos: aborrece la capital, y desde 1911 se instaló en Maracay; se levanta antes que el día, recorre sus tierras y vigila sus posesiones con el mismo interés que

muestra por la hacienda pública, si no más: «Durante todo el tiempo de su mando» dice uno de sus más consecuentes defensores «ha seguido siendo el sencillo agricultor y criador de su juventud. Su riqueza consiste en fundos agrícolas y pecuarios. De ellos, los que rodean su residencia habitual de Maracay, él mismo los atiende»[18].

Como se verá un poco más abajo, Gómez sólo se interesará personalmente en la riqueza petrolera unos doce años antes de su muerte. En general, parecía compartir la idea corriente en la época, expresada entre otros por Alberto Adriani, según la cual la verdadera riqueza provenía de la tierra. Por lo tanto, y pese a que la machadiana «codicia campesina» le hubiera hecho brillar los ojillos de aligator ante las fabulosas ganancias del petróleo, sus dineros volvían a la tierra. En todo caso, un biógrafo suyo constata, al final de una cuidadosa contabilidad, que el diez por ciento de la fortuna que aparece a su muerte había venido de los negocios petroleros[19]. Por cierto, cuando se hable de «tierra» debe hacerse una precisión: poseedor de fincas de café y cacao, era sin embargo la ganadería la principal actividad económica de Gómez[20].

Por otra parte, si bien en 1908 Gómez era ya un hombre rico, el grueso de su fortuna provino de sus años de permanencia en el poder: así, mientras entre 1901 y 1905 sus haberes se incrementaron en unos tres millones de bolívares, y otro tanto entre 1909 y 1914 (los años del «modesto ciudadano» aceptado por todos), desde 1915 hasta 1922 adquiere unos 17 millones de bolívares hasta elevar el total a unos 23 millones; en los años del 23 al 29 (o sea el paso del «gomismo» al «gomecismo» da un vertiginoso salto de 73 millones de bolívares; para bajar a un nivel no desdeñable de 30 millones más hasta el final de su vida[21].

Finalmente, y pese a las acusaciones de Mc Goodwin en 1914, la fortuna de Gómez nunca salió de Venezuela, con la comprensible excepción de dos pequeñas fincas cucuteñas. Esto facilitó su confiscación después de su muerte, y dio incluso pie a algunos para pretender que acaso hubiese sido intencional, lo cual era desconocer la psicología de Gómez, quien dio siempre muestras de estar instalado en el presente. Esto permite rematar, más allá de la enumeración de sus propiedades y de la ubicación social del dictador, con una reflexión acerca de la relación entre riqueza y poder. Para Gómez, una y otra cosa debían ser realidades tangibles: la tierra y el techo, las armas («el trabajo y el ejército»); y el poder como algo manejable a capricho, sin las imposiciones formales de la presidencia

NOTAS

1 T. Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 203-204.
2 Woodrow Wilson, «An Addres in Latin American Policy in Mobile, Alabama», October 27, 1913. *The Papers of Woodrow Wilson.* Princeton, University Press, 1978, vol. 28 (1913), p. 451.
3 Para Polanco Alcántara, ésa fue la razón más importante, acaso única, de estas fórmulas de prestidigitación constitucional. *Ibídem*, pp. 200-206.
4 *El Nuevo Diario*, 8 de marzo de 1916, p. 1.
5 *El Universal*, 11 de marzo de 1919, p. 1.
6 Tomado del Diario de Debates del Congreso Nacional, 22 de mayo de 1930. *El Centenario de 1930.* Recopilación de Homenaje y de Recuerdo Histórico a la Memoria del Libertador SIMON BOLIVAR. Caracas, Ediciones de Publicidad «Arpissa», 1930, p. 5. (Conviene recordar que el año fiscal no coincide entonces con el gregoriano, y que va de julio a junio, no de enero a diciembre.)
7 Arellano Moreno, *Las siete reformas...*, p. 53.
8 «Acuerdo del Congreso Nacional confiscatorio de los bienes del General Juan Vicente Gómez, dictado el 19 de agosto de 1936». Dr. G. T. Villegas-Pulido, *Indice general alfabético de la recopilación de leyes y decretos de Venezuela.* Caracas, Tip. Casa de Especialidades, 1939. Tt. I-LX, t. LIX, p. 210, nº 19726.
9 Procuraduría General de la República. Dirección de Legislación, Reivindicación e Incorporación de Bienes Nacionales. Ministerio de Relaciones Interiores. Administración de los Bienes Restituidos a la Nación. *Recopilación de los avalúos de los bienes restituidos a la nación, practicados por los expertos designados por el ciudadano ministro de Relaciones Interiores, con deducción de los gastos ocasionados por la Junta de Reclamaciones, Peritajes y Depositarios Judiciales, de acuerdo con el Artículo 14 de la Ley Reglamentaria del Ordinal 2º, Garantía 2a, Artículo 32 de la Constitución Nacional.* S/L. ed, s/ed., s/f. El artículo 32 de la Constitución garantizaba a los venezolanos la inviolabilidad de la propiedad. Por lo tanto, se interpretaba, ninguna propiedad podía ser objeto de confiscación, salvo por caso de utilidad pública o social. Por tal razón, en este caso el Congreso debió aprobar una ley reglamentaria de esa garantía, que es a la que se refiere el documento anterior, y que fue dictada el 31 de agosto de 1936. G. T. Villegas-Pulido, *op. cit.*, t. 59, p. 227, nº 19736.
10 Vallenilla Lanz, Laureano (1870-1936). Sociólogo, historiador y periodista. Considerado el ideólogo del gomecismo, su libro *Cesarismo democrático* lo hizo famoso por su brillante justificación del dictador como encarnación de la democracia guerrera de nuestros pueblos. En todo caso, fue el más destacado propagandista del gomecismo, desde la dirección de *El Nuevo Diario.* Junto con el historiador José Gil Fortoul (1861-1943), el sociólogo Pedro Manuel Arcaya (1874-1958) y el escritor César Zumeta (1863-1955) forma el grupo de las más brillantes plumas del positivismo sociológico que se plegaron a Gómez. *DHV*, P-Z, pp. 834-835.
11 Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo...*, pp. 104-105.
12 Polanco Alcántara se refiere particularmente al caso de la finca «El Caura», de Gómez, adquirida por el Estado en 17 millones de bolívares, cuando apenas costaba doscientos cincuenta mil. *Gómez...*, p. 476.
13 P. 103. Esta cifra coincide casi exactamente con un «balance» de 1930, que Polanco Alcántara considera un buen punto de referencia, *op. cit.*, p. 454.
14 Debe recordarse que a mediados del siglo pasado, un texto parecido, la Ley del 10 de abril de 1848 sobre enajenación de tierras baldías, aceleró la formación de grandes latifundios.
15 *Diario de Debates de la Cámara del Senado y del Congreso de los Estados Unidos de*

Venezuela. n^{os} 24 y 25. Sesión del 8 de junio de 1931, p. 8 (nº 24) y p. 1 (nº 25).
16 Cf. mi *Entre Gómez y Stalin*, Caracas, CDCH-UCV, 1989, pp. 105-107.
17 Cf. mi ensayo «La filosofía de la historia» en *El concepto de la Historia en Laureano Vallenilla Lanz*. Caracas, Escuela de Historia de la UCV, 1966, pp. 61-68.
18 Pedro Manuel Arcaya. *Venezuela y su actual régimen*. Washington, D. C., The Sun Printing Office, Inc., 1935, pp. 123-124.
19 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 473.
20 *Ibídem*, p. 457.
21 La discriminación, con sus cifras exactas, en Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 458-459.

XIV. Una lotería maldita

Hacia el norte se extiende Georgia, en la proximidad de cuyas fronteras hay una fuente que mana aceite en cantidades tan grandes como para cargar muchos camellos. Este aceite no lo emplean para alimentar a las personas; pero sí como ungüento para curar enfermedades cutáneas y otras afecciones. También es bueno como combustible; no se quema otro en los países vecinos y la gente viene desde regiones muy distantes para recogerlo.

Marco Polo, 1298

UN DINERO SIN OLOR

Desde mucho antes de Gómez, se buscaba una fuente de riquezas a salvo de la política, capaz de poner al Estado en situación de actuar con independencia de los partidos. Un Estado apolítico, con todo lo absurdo que eso pueda sonar. ¿De dónde podía venir ese dinero a llenar las arcas del Estado, al punto de ponerlo por encima de los partidos, de la política, de la sociedad? Tenía que ser del extranjero, porque en el país no lo había. Se suele ver, en las condiciones que Guzmán y los gobiernos sucesivos ofrecieron a los inversionistas extranjeros, particularmente en los ferrocarriles, un reflejo de la avidez por atraer esos capitales al precio que fuera, comprometiendo con deudas interminables las generaciones futuras[1]. Pero eso puede verse también desde otro punto de vista: una compañía ferrocarrilera cuyo contrato o concesión se extendía por 99 años, era la productora de una riqueza (y una fuente de financiamiento) en cierto modo intemporal, si no eterna, no sometida entonces a vaivenes políticos de corta duración.

Para atraer ese capital, desde muy temprano se pensó en el subsuelo. La llamada mentalidad «rentista» del venezolano no proviene del largo acostumbramiento al maná petrolero, sino que la precede. Mucho antes

de pensar en petróleo, cuando se ignoraba incluso la importancia industrial del hidrocarburo, ya se hablaba, con tono de apostador, de las «riquezas naturales» de Venezuela. Ellas nos resolverían todo, porque Venezuela era un país «rico».

Aquella promesa de reformar la Ley de Minas, hecha más o menos en secreto por Gómez en 1907, se inscribe entonces dentro de esa preocupación, esa idea: tampoco en eso fue original. Es lo que hace concluir con mucha pertinencia a un estudioso inglés del tema, que «Gómez y su gobierno tuvieron muy clara conciencia de la importancia del petróleo, y tomaron un agudo interés en su desarrollo, mucho antes de que la industria se hubiese establecido de una manera significativa en el país»[2].

En ese párrafo, se habla de «Gómez y *su gobierno*». No hay que tomarlo como una simple reiteración enfática. Porque el general demostró tener una idea (o por lo menos una actitud) muy personal de su relación con la riqueza petrolera, y al final, es lógico suponer que su criterio se imponía. Pero éste no lo determinaba el simple capricho del tirano: en el seno de su gobierno, fuese en el gabinete, fuese en el parlamento, fuese incluso en los tribunales de justicia, se enfrentaban con bastante libertad opiniones diferentes. Sería una exageración decir que se producía un debate «democrático», entre otras cosas porque eso no trascendía al público grueso, pero debate sí había, y en ocasiones verdaderas peleas a cuchillo, como la que en 1922 se produjo entre el ministro de Fomento Gumersindo Torres y el presidente provisional Victorino Márquez Bustillos, cuando éste «olvidó» mencionarlo al presentar su Mensaje Anual al Congreso, lo que provocó la airada renuncia de aquél, revocada después de gestiones conciliatorias.

Esa actitud «abierta» de Gómez podría acaso explicarse por la realidad no sólo de estárselas entendiendo con un fenómeno y una situación novísimos[3], sino por las diversas presiones, pero sobre todo, por su preocupación permanente de tener asegurados a la vez una fuente «apolítica» de financiamiento y una base política de sustentación.

Lo primero hacía que fuese sensible al «chantaje» de las compañías extranjeras, según el cual una imposición o regulación excesivas podrían ahuyentar a los inversionistas; lo segundo, que tratase de comprar lealtades distribuyendo concesiones, en primer lugar en el círculo familiar, luego en el regional, finalmente entre los «amigos de la Causa», política que tantos y tan buenos resultados le había dado para consolidar su poder, desde mucho antes del reventón de «Los Barrosos».

Tal vez nada ilustre mejor lo primero que la dificultosa aprobación, la no menos ardua aplicación y final rechazo de la ley petrolera de 1921. Mientras que con la mano derecha se aplicaba una política de acercamiento (de donde no parecía estar ausente la intención de deslumbrar) al ministro venezolano del ramo por los «expertos» y los capitalistas norteamericanos, con la zurda se presionaba directamente al tirano en Maracay.

Es así como en noviembre de 1920, la *American Petroleum Institute* invitó a Gumersindo Torres a su conferencia anual en New York. Al mismo tiempo, el embajador de los EE.UU., Preston Mc Goodwin, hablaba en sus informes del contacto permanente mantenido con una delegación de tres compañías petroleras que lo asistían en sus *informal representations* (¡un lindísimo eufemismo!) al ministro de Fomento, al presidente provisional y otros representantes oficiales.

Gumersindo Torres no era partidario, en un principio, de una ley petrolera rígida que atase las manos del gobierno, sino más bien de ir estableciendo regulaciones con todo cuidado, enmendándolas cuando la necesidad se hiciese sentir, dejando de tal manera, en manos del ejecutivo, amplios poderes de regulación en materia petrolera. Esto tenía que sonar como música celestial en los oídos de cualquier gobernante, despótico o no. Pero el argumento contra eso provenía evidentemente de las propias compañías: lo que hoy se llama «inseguridad jurídica», o sea su desconfianza para invertir en un país donde no existían reglas de juego claras e inteligibles.

Al final, este último criterio «se» impuso. Las comillas van porque el impersonal podría ser otro ejemplo de un bello eufemismo: el embajador Mc Goodwin viajaba a cada rato a Maracay, para discutir con Gómez detalles de las leyes petroleras en proceso de discusión en el Congreso, y regresaba de allí con las seguridades reiteradas por el dictador no sólo de lo bienvenidas que eran las inversiones de capital norteamericano en Venezuela, sino de facilitar cuanto pudiera concernirle[4].

Podría verse en esto la confirmación de la idea de quienes pensaban que las leyes petroleras de Venezuela, en particular la de 1922, agradaron tanto a las compañías petroleras por la sencilla razón de que «(...) las habían redactado sus propios abogados con la misma meticulosidad y cuidado con que un sastre de Bond Street confeccionaba una chaqueta para el vestuario de Sir Henry Deterding»[5]. Pero sin desmentir eso, las cosas tampoco son tan simples como lo suele presentar la polémica política. Aparte del temor a ahuyentar a los

capitales extranjeros, Gómez estaba obligado a tener presentes dos elementos en su juego. Por una parte, la manifiesta hostilidad que le profesaba el gobierno norteamericano, que llegó a los extremos que muestra la nota de Woodrow Wilson citada en un capítulo anterior.

Como se ha visto antes, Gómez no sólo caía antipático en Washington por su neutralidad en el conflicto europeo, sino que allí había también oídos complacientes para la acusación, hecha por sus opositores, de que era, más que sospechoso, evidentemente partidario de Alemania. En ocasiones, debía botar algún lastre, como lo hizo después de 1917 cuando, para tranquilizar a los Aliados, decidió salir de sus ministros más reputadamente germanófilos: es así como Arcaya, ministro de Relaciones Interiores, Manuel Díaz Rodríguez, ministro de Fomento y Carlos Aristimuño Coll, ministro de Educación, fueron reemplazados por Ignacio Andrade, Gumersindo Torres y R. González Rincones respectivamente[6].

En segundo lugar, en esas circunstancias, cualquiera le temería a quedar prisionero de los EE.UU., en caso de que ellos invirtiesen en forma exclusiva en Venezuela, alejando a los anglo-holandeses. Es así como, en lugar de esperar los resultados de un largo y cansón proceso judicial para resolver un conflicto con una compañía inglesa, la *Colon Development Company Ltd.*, tal como lo quería Gumersindo Torres, impuso a éste un arreglo extrajudicial. Gómez hubiera podido fácilmente rescindir las concesiones de la CDC y entregarlas a otras compañías presentes en el país, obteniendo un beneficio inmediato, pero prefirió evitarlo, planteándose una política de largo plazo.

Todo lo cual lleva a Mc Beth a concluir que al mismo tiempo que trataba de evitar una intervención extranjera, no simpatizaba mucho con la perspectiva de ver la industria desarrollada exclusivamente por intereses petroleros norteamericanos, porque eso habría dejado a su gobierno en una posición demasiado dependiente, tanto en términos políticos como económicos, de los EE.UU. En lugar de eso, optó por una solución que le permitiese retener en el país a las compañías petroleras. Con eso no sólo evitaba una confrontación directa con un gobierno que como el británico buscaba por todos los medios reducir su dependencia de los EE.UU. en materia petrolera, sino que «(...) podía también continuar en adelante jugando una nacionalidad contra la otra, logrando así mayores ingresos, y una cierta independencia y control sobre el desarrollo de la industria»[7].

Una fácil comparación podría destacar lo beneficioso de la actividad agrícola, con sus largos plazos y la solidez que da un trabajo de

generaciones, frente a la explotación de los hidrocarburos, que propicia el enriquecimiento sin esfuerzo y la mentalidad correspondiente en lo individual como lo social. Que nada es menos cierto, se demuestra al equiparar la Venezuela petrolera con la agrícola hasta la llegada de las inversiones extranjeras: si la economía dependía exclusivamente de las fluctuaciones de los precios del café en el mercado internacional, y también del capricho de las estaciones es porque, para los hacendados venezolanos, el café era sinónimo de riqueza fácil[8].

De todas formas, no es lo mismo adquirir una hacienda de café y dedicarse a su cultivo, que tener en las manos, de la noche a la mañana, un puñado de tierras cuyo subsuelo está potencialmente repleto de petróleo, mientras a la puerta, con los bolsillos llenos, golpean los inversores extranjeros deseosos de ponerle mano. El delirio especulativo se apoderó así de los venezolanos en los años veinte, como en los EE.UU. se vivían con igual frenesí los *roaring twenties*, los del *charleston* y de las combinaciones financieras que condujeron al Jueves Negro de la Bolsa en octubre de 1929.

LA MANO ZURDA

Por supuesto, decir que ese arrebato se apoderó «de los venezolanos» es una generalización abusiva. Aquí hay que hablar entonces de la segunda preocupación de Gómez, pareja con la búsqueda de esa fuente «apolítica» de financiamiento: la de su base de sustentación política. Al aparecer el petróleo, se combinaron la natural avidez de quienes se sabían en primer lugar entre los candidatos a disfrutarla, la aceptación del hábito de Gómez de comprar lealtades en dinero contante y sonante, y una estructura administrativa que, sobre todo por su inexistencia, particularmente en materia petrolera, favorecía y casi imponía una corrupción galopante.

Para comenzar por esto último, basta con referirse a un solo hecho, que tuvo lugar en 1914, cuando apenas el gobierno de Gómez comenzaba a darse cuenta de la importancia del petróleo y que Pedro Emilio Coll anunciaba con entusiasmo en 1913 que los recursos petroleros habían dejado de ser un tesoro escondido en las entrañas del suelo venezolano para aflorar a la superficie[9].

En 1914, el coronel José («Vicentico») Gómez Bello y al año siguiente

Carlos Delfino fueron nombrados miembros de la Comisión Permanente de Fomento de la Cámara de Diputados. Sus únicos méritos para llegar allí, como decía de Colmenares Pacheco la acre pluma de Rufino Blanco Fombona, provenían de la bragueta de Juan Vicente Gómez.

Pero eso no es lo más importante, sino que el hijo y el yerno del tirano tenían así la oportunidad de emplear la mejor información posible sobre el desarrollo de la industria minera, para beneficio personal, pues ambos habían bailado todos los ritmos conocidos en lo que Betancourt llamó más tarde la «danza de las concesiones», y donde entre intrigas y corruptelas ellos se situaban en la primera fila de los familiares del tirano, junto con el «general Juancho» Gómez, y Julio Méndez, otro yerno del dictador.

Zorro cuidando gallinas: en términos morales, eso es, por supuesto inaceptable. Pero la política —la historia— rara vez tiene en cuenta esas consideraciones. Por lo cual no causa demasiado asombro la constatación que hace Mc Beth, a saber que si bien la información recabada allí por esos dos era usada para beneficio personal, eso derivaba en ventaja para el país entero, al estar ligado directamente el desarrollo y la supervisión de la industria minera a las ganancias personales de la familia Gómez, «(...) asegurando así que la cabeza del país estuviese informada íntimamente de los progresos de la industria petrolera»[10].

A partir de 1923, se pasa de la información a la implicación personal del dictador. En ese año, Gómez, quien hasta entonces había permanecido al margen de los negocios petroleros, entró en liza «en una forma dramática y perniciosa», lo cual se unió al uso creciente que él hacía de las concesiones petroleras para asegurarse lealtades políticas y para premiar a los más fieles funcionarios de su gobierno[11].

Todo eso podría servir para ilustrar magníficamente la *Fábula de las abejas* de Mandeville. Porque aquel beneficio «nacional» se obtenía no sólo sin conciencia de estarlo buscando o propiciando, sino a través del despliegue de vicios personales, en primer lugar los del propio Gómez. Como se ha visto antes al examinar tanta correspondencia del Archivo Histórico de Miraflores, muchos de los que no podían obtener concesiones gracias a sus influencias políticas, recurrían simplemente al soborno.

Mc Beth cita el caso de Rafael A. Hermoso, quien en 1924 ofreció a Gómez el 70 por ciento de los beneficios netos que obtuviese sobre el valor (cien mil bolívares) de sus tierras, al transferir las concesiones que iba a adquirir en el Zulia. Como él esperaba recibir por esa transferencia entre millón y millón y medio de bolívares, la ganancia

de Gómez sería según el caso de 728 mil y un millón 92 mil bolívares. Aunque el autor precisa que no se tiene noticia de que la transacción se haya llevado a cabo, la existencia ya citada en el AHM de cartas con proposiciones parecidas, sin ninguna sanción contra lo que un gobernante honesto consideraría un insulto si no un delito, indican que ellas no se consideraban moralmente inaceptables[12].

Después de Gómez y los Gómez, venía la larga teoría de los fieles que van desde las muy modestas trescientas hectáreas concedidas a J. M. García en 1911 (completadas después con 60 mil hectáreas obtenidas en 1921 y 10 mil más en 1928) hasta los que obtuvieron gruesas tajadas desde el primer momento: Galavís (136. 336 en 1925 y 146.953 en 1929); David Gimón (139.349 hectáreas en 1926); Samuel Niño, el *Dr. Bebé* de Pocaterra (40 mil en 1928 y 120 mil en 1933); Ignacio Andrade y José Gil Fortoul (100 mil hectáreas cada uno)[13].

Pero esto es sólo un aspecto de la cuestión, aunque como se verá luego, debería haber sido el más importante. Las concesiones se repartieron al voleo, a todo el que pidiese una. Es así como, dice Arcaya en sus memorias, «con el caso del doctor Andrés Eloy Blanco y otros iguales, tales como las concesiones que obtuvieron el doctor Oscar Augusto Machado y muchos más, se ve que no era menester ser amigo de Gómez, y aun se podía ser su adversario declarado, para obtener concesiones de petróleo»[14]. Arcaya justifica el procedimiento no sólo sobre la base de su legalidad puntillosamente observada, sino sobre todo por sus beneficios a la larga para el país.

La justificación que Arcaya hace de ése y otros aspectos de la política petrolera gomecista, interesa no sólo porque es lógico pensar que su argumentación refleje el pensamiento del propio Benemérito, sino porque es también la de Gumersindo Torres, gran amigo y colaborador de Arcaya. Este defiende el sistema de concesiones adoptado a partir de 1918, planteando lo que él llama «dos caminos» que se ofrecían para llegar al fin de explotar esa riqueza, cosa no hecha hasta 1918, y atraer al capital extranjero: o su explotación directa por el Estado venezolano, o el sistema de concesiones. Hacerse la pregunta era ya responderla. Como se sabe, si bien las ganancias provenientes de la explotación del petróleo son fabulosas, no lo son menos las inversiones previas para la exploración y la explotación, con el riesgo siempre presente de que ellas no den resultado, ni beneficio.

Es por eso que, en este siglo, la Rusia soviética se planteó su industrialización partiendo del carbón como base energética, pese a sus conocidas e inmensas reservas de petróleo: porque el Estado no tenía

capitales para arriesgarlos en una empresa azarosa. Y si eso era Rusia, inmensa y poderosa pese a todos sus problemas y su pobreza ancestral, ¿qué decir de un país pequeño, aislado, pobre e inseguro como Venezuela?

No era necesario ni siquiera responder a esa pregunta, por lo demás retórica. Para Arcaya, el asunto se planteaba en términos prácticos: «(...) había que decidir cómo se otorgarían [las concesiones], de modo que el capital extranjero se decidiese a hacer inversiones en Venezuela con el fin de explotar dicha riqueza en beneficio del fisco, y por consiguiente, también el pueblo venezolano, y en beneficio asimismo de los capitalistas que arriesgaron su dinero»[15].

El procedimiento empleado fue entregar esas concesiones, como se ha dicho más arriba, a quien las pidiera. Así en 1922 se encontraba «concedida» una gran parte del territorio nacional, lo cual incluía «Hasta el lecho de los ríos, el fondo del lago de Maracaibo y el del mar a cierta distancia de las playas ...»[16]. De entrada, el fisco recogió una buena cantidad de ingresos por papel sellado y estampillas. Pero lo fundamental era el impacto que semejante política podía producir afuera: con el otorgamiento de concesiones en tal forma y cantidad, dice Arcaya, los mercados de Londres y New York quedaron inundados con ellas, de suerte que las compañías que no tenían decidido entrar todavía a Venezuela, verían que el territorio nacional accesible estaba cubierto con esas concesiones, y que las restantes estaban sometidas a condiciones menos favorables, ellas no sólo se interesarían, sino que se encontraban «(...) en el clásico caso de *tómelo o déjelo*»[17].

El hecho es que algunas se decidieron a tomarlo, o sea a hacerse traspasar concesiones, y era eso lo que el gobierno de Gómez estaba buscando: «Lo prudente era adquirir siquiera varias de las concesiones situadas en lugares llanos y de fácil acceso para resolver después qué harían con ellas». Así lo hicieron, y luego tuvieron que pagar los impuestos de ley para conservarlas, comenzando así a crearse la renta petrolera de Venezuela antes de que hubiese salido del subsuelo el primer barril de aceite[18].

Eso era lo inmediato: lo más importante, más significativo a largo plazo, está también logrado, y es hacer que, mordiendo la sabrosa carnada, las compañías quedasen amarradas al país. La mayoría de las concesiones otorgadas a quienes las pidieran caducaron rápidamente, sin contar que no todas las vendidas a compañías extranjeras resultaron buen negocio[19].

El razonamiento es la base de cualquier defensa, como la que el

propio Arcaya intenta, de la política petrolera del gomecismo, y merece algunas reflexiones. Es curioso ver como permanece intacto en nuestros días. Ya nadie discute seriamente que, aun con el petróleo nacionalizado, cualquier desarrollo futuro de la industria petrolera pasa por atraer inversionistas extranjeros, los únicos con capacidad suficiente, es decir, con suficientes capitales como para asumir parejos riesgos. Acaso las condiciones exigibles sean mayores, pero tampoco tantas que ahuyenten ese capital que se quiere atraer. La diferencia es de grado, no de naturaleza.

Una política considerada por sus críticos, y con todas sus letras, como «traición nacional» es aceptada y hasta anhelada hoy por el país en su conjunto. Al hacerlo, se abandona la idea del «chantaje» de las compañías extranjeras para reconocer, asumir, que ésa es la lógica de la inversión y del desarrollo capitalistas; en otras palabras, se abandone un enfoque moralista del asunto por otro propiamente económico.

Todo eso hace recordar la cínica frase atribuida al cardenal Richelieu, según la cual la traición es una cuestión de fechas: el «vendepatria» de 1922 es, setenta años más tarde, un «patriota» que comprende cuál es la mejor vía, y acaso la única, para desarrollar la industria petrolera y con ella el país.

Esto toca a su vez muchos otros aspectos, pero acaso los dos más importantes, desde la óptica del tratamiento de Gómez y el gomecismo como un fenómeno único, sean los relativos a la actitud del dictador ante las compañías y lo que Marisol Pérez Schael llama el «sistema organizado de abuso del poder», el cual contrapone al enfoque maniqueo de «lo nacional» (y bueno) y «lo extranjero» (y perverso)[20].

Lo primero lleva a reflexionar sobre una cuestión que la misma autora plantea en su ensayo: la figura asaz contradictoria de Gumersindo Torres. Se le ha querido ver como un quijotesco defensor de la nacionalidad en un campo minado por la «traición nacional» de Gómez y de sus prójimos; un Alonso Andrea de Ledesma combatiendo solitario, espada en mano, a los nuevos piratas de la finanza internacional. Pero esa pintura edificante deja sueltos dos cabos demasiado importantes: uno, que Gómez jamás lo desamparó y cuando por la razón que fuese, lo sacó de su ministerio, lo destinó a cargos que no podían considerarse ni una disminución ni un castigo; y cuando se le presentó la oportunidad, lo hizo reingresar al gabinete[21]. Dos, que en ningún momento Torres se desolidarizó del general Gómez, o sea que el «patriota» jamás se concibió desligado, y ni siquiera en desacuerdo serio, con el «traidor».

Hay que decir, además, que Torres hace gala de una firme indepen-

dencia de criterio en sus diversos cargos como funcionario público, y no sólo en materia petrolera. Sus comunicaciones a Gómez lo muestran. Pero también, indisolublemente ligado a eso, un respeto y un acatamiento al general que no lleva la marca untuosa del cortesano, pero no deja de llevar otra, la de una indudable adhesión personal por quien llama, con la fórmula en uso, «Respetado General y Amigo»[22].

La relación Gómez-Torres la sintetiza Marisol Pérez Schael, aludiendo a quienes pretenden aislar a Torres del universo político de la época y atribuirle una singularidad patriótica en contraste con Gómez. Ella piensa que más bien «(...) el Estado padecía de una especie de esquizofrenia política (que concede pero se siente maniatado, que da y dice que le quitan) y por ello formulaba un doble discurso, cuyo síntoma era el propio ministro». Se refiere a un aspecto particular, pero eso se adapta como un guante al conjunto de la política petrolera del gomecismo[23].

Eso da la idea de un Estado no por autoritario menos débil, como por lo demás, débil era el país entero. Porque en aquellos razonamientos de Arcaya para justificar el sistema de concesiones por sus excelentes resultados, olvida o elude un problema fundamental para conocer la naturaleza profunda del gomecismo: esas concesiones, aun si rápidamente caducaban sin que sus beneficiarios pudiesen explotarlas o venderlas, se entregaban siguiendo un orden de llegada. Pero por supuesto, los primeros llegados eran quienes tenían en sus manos la mejor información, como se ha visto más arriba con «Vicentico» y Delfino, y con todos los capitostes e intelectuales del régimen que cobraban así su apoyo incondicional.

Todo se une así: un país incapacitado financiera y tecnológicamente para emprender por su cuenta, privada o pública, la explotación de un recurso que necesita para arrancar inversiones multimillonarias; la concepción general que no sólo asimila el petróleo a una mina (olvidando sus particulares condiciones tecnológicas) sino que lo concibe como una renta y no como una industria, una renta por lo demás considerada hasta por sus beneficiarios como «maldita», creadora de un estado de ánimo perverso, la «mentalidad rentista»; un estado débil que necesita una fuente de financiamiento independiente de los avatares de la política; y finalmente, un régimen autoritario y nepótico, cuyas carencias legales y políticas hacen que se combinen, ante la presencia de una riqueza tan fabulosa, la incompetencia y la corrupción.

Gómez puede verse así como un juguete de las circunstancias, de

determinadas condiciones históricas. Pero el juego le divertía muchísimo, demasiado. Y para mantenerse en él, su preocupación primera será entonces fortalecer no el Estado (un concepto demasiado abstracto) sino «el gobierno». O sea, asentar no sólo su dominación personal, sino, dado el caso, prolongarla. Eso podía hacerse fundando una dinastía, pero la experiencia muestra, y le ha mostrado, que la sangre así encauzada sirve de poco: el azar y la ingratitud pueden hacer de las suyas para destruir el plan más cuidadoso. Hay entonces que fortalecer la columna vertebral del régimen: la fuerza armada.

NOTAS

1 William M. Sullivan, citado por Nikita Harwich Vallenilla en «El modelo económico del liberalismo amarillo. Historia de un fracaso. 1888-1908» en *Economía y política en Venezuela* (1810-1976), Caracas, Fundación John Boulton, 1976, p. 208.

2 B. S. Mc Beth, *Juan Vicente Gómez and the Oil Companies in Venezuela, 1908-1935*. Cambridge, University Press, 1983, p. 214. Este libro estudia, hasta prácticamente agotarlo, el tema de las relaciones entre la dictadura y las compañías petroleras, no sólo en sus aspectos públicos (leyes, decretos, discusiones en el parlamento y sentencias en los tribunales), sino también secretos (presiones diplomáticas, familiares, de propietarios de tierra y concesionarios). Para no estar remitiendo al lector cada rato a este importantísimo trabajo, salvo indicación contraria, la mayoría de los detalles relativos a ese proceso provienen de allí.

3 Aunque no deja de tener algún viso de exageración polémica la aseveración de Betancourt quien, citando a un corresponsal de la revista *Fortune*, pone a Gómez llamando a la compañías petroleras y encargándoles la redacción de la ley de 1922 porque «Nosotros somos novatos en eso». Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 46. Las discusiones permanentes entre los propios gomecistas, pero sobre todo entre Torres, Lecuna y Arcaya, revelan que no se les podía considerar tan «novatos». Cf. Mc Beth, *op. cit., passim*.

4 «(...) facilitate all enterprise in which it may become concerned», citado por Mc Beth, p. 34.

5 Betancourt, *op. cit.*, p. 46.

6 Para respaldar o rechazar esa afirmación, el lector de Mc Beth se encuentra de manos atadas, pues el autor informa en una nota al pie que ella proviene de una disertación para obtener el título de M. Phil. del propio Mc Beth...

7 *Ibídem*, p. 45.

8 N. Harwich V., *op. cit.*, p. 206

9 *Memoria de Fomento 1913*, pp. VII-VIII.

10 P. 17.

11 *Ibídem*, pp. 76-77.

12 *Ibídem*, p. 83.

13 La lista, cuidadosamente discriminada, la adaptó Mc Beth, del «Historial de concesiones de hidrocarburos» del archivo dependiente de la División de Conservación de la Oficina Técnica de Hidrocarburos, Ministerio de Energía y Minas. *Ibídem*, Table 12, pp. 86-88.

14 Pedro Manuel Arcaya, *Memorias*. Caracas, Ediciones «Librería Historia», 1983, p. 150.

15 *Ibídem*, p. 135.

16 *Ibídem*, p. 139.

17 *Ibídem*, p. 140.

18 *Idem*.

19 Arcaya pone su propio ejemplo: «(...) debo decir que mi madre (...) mis hermanos y otros familiares y amigos míos, antiguos clientes de mi escritorio en el Estado Falcón, se acogieron para obtener concesiones de esa especie al beneficio que les daba la Ley (...) Fueron traspasadas esas concesiones a una compañía americana que perforó dos pozos, sin resultado, en nuestros terrenos». Las concesiones, prosigue Arcaya, caducaron, y no obtuvieron, ni él ni los suyos, ni la compañía los beneficios millonarios que esperaban. Y remata diciendo: «El mismo caso nuestro deja ver cuán arriesgado habría sido para la Nación meterse a explotadora. La compañía en referencia gastó en sus exploraciones y en los trabajos geológicos previos más de un millón de dólares, que perdió completamente sin conservar ningún derecho

sobre las concesiones, pues para conservarlo habría tenido que seguir haciendo un enorme desembolso anual por impuestos». *Ibídem*, p. 145.

20 Nos referimos al extraordinario trabajo de Marisol Pérez Schael, «Mr. Danger y el Sr. Rasvel. Petróleo, anomia y liderazgo en Venezuela», de próxima aparición en Monte Avila Editores. Su forma desprejuiciada de encarar estos problemas desplaza el enfoque para poner el acento, no en la actitud «traidora» de un Gómez «títere del capital internacional», que como todo planteamiento de base moral, encontrará siempre argumentación casuística en un sentido o en otro, sino en las carencias y los vicios políticos de un sistema donde el Estado se forma en un contexto que excluye la idea de Nación, partiendo de la base de la concepción del petróleo como renta y no como una industria. Idea que no será sólo de Gómez sino de sus intelectuales y curiosamente, también de los de la oposición.

21 Tal vez no signifique mucho que quienes hacen entrar a Torres en sus gabinetes sean Victorino Márquez Bustillos y Juan Bautista Pérez, no Gómez. Ver en eso algo deliberado sería hilar demasiado fino, magnificar la astucia del general.

22 Eso está descrito con lujo de detalles en el capítulo «Gumersindo Torres» de Godofredo González, *La revolución de Los Barrosos*. Caracas, Centauro, 1987, pp. 109-129.

23 En una relativamente extensa literatura secundaria sobre este tema, destaca el libro reciente de Diego Bautista Urbaneja, *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX*, particularmente sus capítulos III, IV y parte del V. Caracas, CEPET, 1992, pp. 81-122.

XV. La fuerza armada del príncipe

Yo no acepto la Presidencia, pero sí quiero que me nombren General en Jefe del Ejército. Porque ese ejército es para mí la vida; son dos cosas que yo quiero mucho: el Ejército y el Trabajo [1].

En 1900, Gómez hablaba a Castro de «nuestro partido». Como se ha visto antes, ese partido lo era familiar, local y regional. A eso hay que agregar que también y sobre todo era un partido militar. Pero después de 1908, él ha dejado de ser su jefe para serlo de la nación; y en abril de 1909 evadió aceptar la jefatura tradicional de los liberales, para brindar «Por la Patria y por la Unión».

Ha llegado entonces la hora de separar la idea de partido, típicamente civil, de lo militar, que debe ser nacional, y único, sin discusión bajo un solo comando, esto es, lo contrario de un partido. Sobre todo, ha llegado la hora de enterrar la idea falconiana del «ciudadano armado». De aquí en adelante, o se es una cosa o se es la otra. Falcón, en su proclama de 1859 en Palmasola, decía despreciar a quienes hacen la guerra por profesión. Gómez se propone como tarea exactamente lo contrario: crear un ejército profesional.

MIS HOMBRES

Nacidos de una revolución, los hombres del gomecismo ganaron sus grados en el campo de batalla, aunque sin el menor rigor: muchos «generales» habían alcanzado ese grado por designación propia. Pero desde 1903 las cosas han comenzado a cambiar, y desde 1910 se sabe que para llegar a la cúspide de la jerarquía, habrá que pasar por las aulas de una escuela militar.

Más que el desarrollo autónomo inicial, o el estudio propiamente institucional de la fuerza armada a partir de aquellos años[2], interesa aquí el grado de relación directa de Gómez con su ejército. En otras palabras, cómo pasa de ser la fuerza armada de Gómez a fuerza armada del gomecismo; a su relativa institucionalización, siempre en esos términos personales.

Conviene hacer esto partiendo de dos elementos iniciales: el primero, la idea general que se tiene de la fuerza armada en la sociedad que Gómez comienza a mandar a partir de 1908; dos, su propia doctrina sobre el particular.

En las dos décadas finales del siglo XIX, constata un historiador del período, entre algunos oficiales tachirenses se llegó a considerar el servicio militar como un castigo: muchos peligrosos delincuentes eran así enviados a servir en la filas del ejército antes que encerrarlos en la prisiones locales[3].

No pensaban así sólo ellos, ni esas ideas se tenían sólo en esos años. En 1915, Samuel Niño escribe al general Gómez su aprobación por haberse destituido en la Dirección de Minas de Fomento a un funcionario que «(...) trataba muy mal a la gente y a los empleados, y exigía real a los que venían a sacar algún título», concluyendo que dicho funcionario estaba mejor «(...) para el ramo militar»[4].

Eso también pensaba la calle: en Palacio se recibían a cada rato cartas de padres suplicando el ingreso a la Academia Militar, o a la tropa, de algún hijo «de carácter fuerte» al cual se consideran incapaces de dominar[5].

El Benemérito, en cambio, tenía un concepto muy opuesto de lo que debía ser el ejército. Un hombre tan poco dado a doctrinas, no vacilaba en proponer una para la fuerza armada. En una carta de 1915, lo dice a Eustoquio Gómez, uno de los pocos hombres a quien habla abiertamente y en ocasiones, sin pasar por el tamiz de un secretario: «Bien sabe usted que el Ejército es la base del Gobierno y sobre su buena

organización estriba la seguridad de todos»[6].

En mucho mejor prosa, es lo que César Zumeta presentía, y en cierta manera propuso en 1913. Cuando se planteó el problema de la sucesión presidencial, envió un memorándum confidencial a Gómez. Para él, poco importa quién sea electo presidente, si Gómez (o, como él la llama, «la Causa de Diciembre») conserva la realidad del poder. Es así como le propone reagrupar los veinte estados federales en cinco entidades poderosas, con una organización militar adecuada, lo cual equilibraría el poder federal haciéndolo marchar «(...) dentro del respeto (...)» de aquella causa. Así, concluye Zumeta, el país continuaría su desarrollo pacífico hasta 1918 «(...) con la Fuerza Militar respaldada por el Escudo de la Ley»[7].

El ejército es la base del Estado: Gómez no hace sino exponer el fruto de su experiencia, sin saber (o sin mostrarlo) que en los hechos, eso es siempre así; y también en la doctrina liberal, para la cual «Estado» era la palabra aglutinadora de aquellos *arms, police and justice* propuestos como sus solos atributos por Adam Smith.

Cuando, al romperse la unanimidad de 1908, Gómez se ponga en campaña al frente de un ejército propio, ya tiene la idea y en cierto modo la estructura humana (por llamarla así) de la futura institución armada. En carta a los generales Pedro Murillo y Eustoquio Gómez en agosto de 1913, se jacta de haber agrupado y salido en campaña con «(...) un Ejército como nunca se había visto en Venezuela», compuesto por voluntarios «(...) hombres de corazón y convicciones, jóvenes aguerridos y entusiastas y ciudadanos acaudalados y amigos de la paz». En ese ejército dejó de lado, sin emplearlos para nada, a «(...) todos esos Generales viejos, de nombradía (...) para que vea el país que cuento con elementos sanos, nuevos y valerosos que nada tienen que envidiar a los Generales amarillos o azules»[8].

En esas cortas frases se resume la experiencia y también el plan de Gómez en relación con su fuerza armada. En primer lugar, esos «jóvenes aguerridos y entusiastas» recuerdan mucho aquellos otros que en 1900 él consideraba «nuestro partido», sobre todo por la confianza ilimitada que Gómez parece mostrarles, tan diferente de la que, en segundo lugar, muestra hacia «los viejos Generales».

Andando el tiempo, esos jóvenes se harán viejos, y Gómez se enfrentará a una realidad diferente, donde la nueva generación militar estará formada por los egresados de una academia. Su actitud no será igual a la de 1913, salvo en un aspecto, que en este caso es de primerísima importancia: su preocupación por aislarlos de la contami-

nación política, «amarilla o azul», alejándolos de responsabilidades en el gobierno civil, incluso puramente administrativas o técnicas.

Gómez nunca dejó de controlar personalmente el ejército; pero con el paso del tiempo, su confianza en él crece, y el respeto por lo que podría llamarse su «autonomía de funcionamiento» siempre va en aumento, aun después de la prueba de fuego de 1928 y el exilio de su heredero José Vicente Gómez.

O tal vez a causa de eso: algo le dice cuán poco puede pesar la sangre cuando el poder está de por medio. De nada habían valido los insidiosos rumores que se corrieron luego de que el «general Juancho» apareció apuñalado en su lecho de vicepresidente de la República, y que Dionisia Bello hubo abandonado el país: su confianza en su hijo «Vicentico», inspector general del Ejército, parecía inquebrantable. Hasta que algo, aún hoy sin explicación satisfactoria (por no decir misterioso) sucedió en 1928: después de una entrevista con el arzobispo de Caracas, monseñor Rincón González, de la cual el general sale evidentemente conmovido, convoca a su hijo, lo hace despojarse de sus arreos militares y lo envía al exilio[9]. El Benemérito no es el Ilustre Americano: no se le ocurre la teatralidad de una degradación, y menos con su hijo, pero a su manera lacónica y sin redoble de tambores, eso equivale a una.

Como si eso fuera poco, en abril de 1929, Gómez escribirá desde Maracay al Congreso una de las cartas más extrañas en la historia del epistolario de los gobernantes venezolanos, y del suyo que no es escaso en curiosidades. De su puño y letra estampa los siguientes conceptos: «Viendo las ingratitudes que se reciben en política, resuelvo que ninguno de mis hijos sean políticos y doy la orden para que se acabe la Inspectoría y la Escuela Militar. A Uds. les toca acabar con las Vicepresidencias»[10].

Más tarde, sus plumarios y leguleyos darán forma a esta petición: se trata de sacar la alfombra bajo los pies, con ocho años de retraso, a quienes en el exilio le reprochan querer fundar una dinastía. Pero de estas cortas líneas, escritas en caliente, no sólo puede decirse que contengan la reacción primera de Juan Vicente Gómez (de todas formas, se dio un plazo de reflexión de varios meses), sino que merecen ser analizadas por lo que revelan: la exacta relación del padre y dominador con sus hijos y sus dominados. Para comenzar, no oculta, aunque tampoco exprese, que su hijo José Vicente ha intentado morder la mano que lo nutre. Al mismo tiempo, culpa y exculpa a su vástago pasando del singular al plural: no es tanto «Vicentico» el ingrato como

«las ingratitudes» de la política. Semejante disolución de la responsabilidad individual en la colectiva tiene su correlato en la acción, porque iguales formas tomará el castigo.

El general-presidente no destituye al general Vicentico sino que suprime el cargo de inspector general del Ejército. Con lo cual revela dos cosas: una, que el cargo había sido creado para el hombre, y no a la inversa. Por mucho que haya avanzado en el proceso de convertirla en una institución, la fuerza armada es, ante todo, gomecista.

Lo segundo traduce la actitud cómplice del padre que no se decide a desheredar abierta y definitivamente a su sucesor. El castigo será a la vez individual y colectivo, porque suprimirá la Inspectoría del Ejército y la Escuela Militar[11]. Con eso reprime al hijo, pero también a sus «malas juntas». Y aquí viene el otro significado del plural en la carta del Benemérito. No solamente se le ha intentado alzar un hijo suyo, carnal, sino otro, tan legítimo como aquél, si no más: el ejército. ¡Su creación, la niña de sus ojos, Absalón, Absalón!

MI EJERCITO

Pero los hechos lo convencerán de que, al revés del carnal, el hijo de sus obras le permanecerá fiel. El empleo de fórmulas prestadas a la relación padre-hijo, nada tiene de metafórico: quienes comandan tropas han tenido siempre buen cuidado, como en 1923 lo hacía Silvestre Castellanos en Barquisimeto, de remachar a sus soldados «(...) que el único padre protector (...)» que tenían era el general Gómez[12]. Aquí como en toda otra cosa, el Benemérito gusta de trabajar con realidades tangibles: esa fidelidad se le manifestará a través de un ser humano de carne y hueso, Eleazar López Contreras, quien por lo demás es su protegido[13], y para todos los efectos prácticos una especie de hijo adoptivo. Con todo y esos lazos, éste no participó en la reacción contra Castro en 1908, ni, como él mismo dice, cayó en ataques personales contra su antiguo jefe[14].

Aunque sin expresarlo así, López tiende a mostrar esto como un rasgo de su carácter, la lealtad. Pero no se puede descartar que para 1908, era todavía bastante joven y su importancia política no tanta como para solicitarle apoyo expreso, ni cobrarle después su ausencia de entusiasmo. López Contreras será igualmente leal a Gómez; y en 1914 se le reincorpora al Ejército[15].

Gómez mantiene el control del ejército día a día: durante muchos años, cada guarnición le envía un informe detallado de sus actividades, donde se inscriben hechos en apariencia nimios, que en principio, si acaso, debería conocer sólo el inmediato superior jerárquico del informante, no el comandante en jefe[16]. Sin contar con que el presidente de la República (fuese Márquez Bustillos o el propio Gómez) recibía regularmente los informes del ministro de Guerra y Marina.

A partir de 1919, cada día va depositando Gómez mayor confianza en el joven coronel Eleazar López Contreras. A su lado estará además, hasta 1928, José Vicente Gómez, ese hijo que por muchas razones, se solía ver como primero en la línea de sucesión dinástica.

Pero en los conflictos que, por razones técnicas se presentan entre ambos, el Benemérito resuelve en toda imparcialidad, sin hacer en apariencia distingos entre su hijo carnal y el adoptivo, y no pocas veces este último se sale con la suya. Así, cuando en 1920 salió a EE.UU. y Europa para comprar equipos y material de guerra, el general Gómez lo convocó a su despacho junto con el ministro de Guerra y Marina, Dr. Carlos Jiménez Rebolledo, y el general José Vicente Gómez, inspector general del Ejército. Durante la entrevista, al pedir la opinión de los tres, dice López, «(...) aunque en muchos casos la mía no estaba de acuerdo con la de ellos, el general Gómez se decidía por mi parecer»[17].

Cierto, López Contreras manifiesta desde muy temprano un envidiable tacto diplomático, y sus puntos de vista propios se confinan a un terreno casi exclusivamente técnico, evitando que afloren rivalidades, sin olvidar acaso que la sangre es más pesada que el agua. Además de aquello, a medida que egresan las promociones de la Escuela Militar, Gómez será extremadamente cuidadoso en respetar su autonomía de funcionamiento, su propia dinámica interna. No se conoce un solo caso en que Gómez haya intervenido para acelerar un ascenso ni para detenerlo (con la excepción no muy clara del posible castigo de algunos «vicentistas» en 1928), ni sobre todo, para saltarse el escalafón.

En este sentido, Juan Vicente Gómez se comporta más como un monarca que como un déspota, para seguir aquella conocida distinción de Montesquieu. Porque el ejército se le va convirtiendo en ese cuerpo intermedio al cual él puede dominar, pero que es, en lo institucional, relativamente autónomo. Así como el más absoluto de los monarcas de Occidente estaba incapacitado para saltarse las leyes de sucesión, Gómez respetaba esa «línea de sucesión» interna impuesta por los reglamentos.

Entre 1910 y 1935 egresaron así de la Academia Militar de Venezuela 300 oficiales (incluyendo cinco graduados en el exterior): sin excepción, siguieron un riguroso escalafón sin saltar grados ni ascender a los mismos directamente[18]. Esto no quiere decir que semejante manera de respetar la ley y los reglamentos fuese percibida igualmente por toda la oficialidad. Un ascenso podía ser recibido por algún oficial como una «demostración de cariño y confianza»[19] del general, y por lo tanto, nada impedía pensar a otros que la nueva presea se debiese sólo a eso.

Eso no es todo: Gómez evitó emplear militares de escuela, activos, en labores civiles[20]. López Contreras se atribuye el mérito de haber impuesto esa doctrina: «Siempre creí funesto que los militares en servicio activo y en funciones de mando intervinieran a la vez en la política activa (...)» [21]. En verdad, no hacía sino seguir una pauta dictada por Gómez. Esa había sido política suya desde los primeros tiempos de su gobierno. Política aplicada incluso a algunos de los «Sesenta», y en general a todos los «chopo de piedra» que demostrasen demasiada tendencia a cruzar la frontera que separaba lo militar de lo civil: «Le encargo» dice a uno de ellos en 1914, «que no tome ingerencia alguna en los asuntos políticos del Estado [Apure], importándole poco lo que haga el Presidente pues a usted sólo le incumbe la organización de las fuerzas (...) sin olvidar que usted es el único que me responde por la paz y el sosiego de esos lugares»[22].

Como sea, no es menos cierto que en esta tarea de «Institucionalización» del Ejército, su más fiel apoyo fue Eleazar López Contreras, pese a venir, él también, de los campamentos y no de la Academia. Es él quien parece tener más clara la necesidad de esa separación, incluso cuando ella puede cerrarle el paso hacia la presidencia de la República, como sucedió en 1931[23]. Pero la tarea de convertir las fuerzas de Gómez en la Institución Armada del gomecismo no se llevó a cabo sin resistencias ni encontronazos.

López mismo constata que al funcionar «en mayor escala» la Escuela Militar, «surgían continuas desaveniencias y rivalidades entre oficiales egresados de la escuela y aquellos que habían ganado sus presillas en el campo de acción»[24]. El mismo pertenecía a estos últimos: «(...) me siento orgulloso», decía, «de seguir formando entre los denominados chopo de piedra»[25]. Pero la más simple lógica le diría que los primeros terminarían por imponerse, cuando los viejos oficiales se retirasen de la escena por muerte, jubilación o inutilidad para el servicio[26].

Sobre la base de una fidelidad al jefe que estaba por encima de cualquier otra consideración (incluido el lazo de sangre, como en el

caso de la prisión de su propio hijo) López Contreras tenía cierta autonomía. O por lo menos, actuaba como si la tuviese, y ella era en cierta manera un reflejo o la encarnación de esa también relativa autonomía de la fuerza armada.

Es lo que él mismo relató alguna vez. En los años finales del gobierno de Gómez, Francisco Pérez Jiménez, entonces casi un niño, se vio envuelto en un episodio conspirativo, al menos en la visión de la primitiva policía del régimen[27]. Sus hermanos, Juan y Marcos Pérez Jiménez, habían egresado poco antes de la Academia Militar. Durante la cuenta regular que López Contreras presentaba al presidente, éste le ordenó sacarlos del Ejército porque, decía el dictador, «no son buena yerba».

López Contreras le argumentó en contra, diciéndole que los dos jóvenes eran buenos oficiales y no había queja de ellos y además, agregó «(...) usted ha dicho que quiere un ejército técnico, formado por buenos militares de escuela y esos dos muchachos han hecho un esfuerzo grande: Juan, el mayor, es un subteniente muy apreciado, y el menor, que es Marcos, terminó este año sus estudios en la Academia como el primer alumno». Gómez insistió en su idea de que los hermanos «no eran buena yerba», agregando que si su subalterno no le obedecía sacándolos de la fuerza armada, «(...) ya verá usted que yo tengo razón».

La forma como estaba fraseado esto último hizo pensar a López que el asunto quedaba a su discreción, y mantuvo a los hermanos Pérez Jiménez en sus puestos[28]. ¿Se trataba simplemente de confianza absoluta de Gómez en el subalterno, de la actitud del hombre que sabe delegar, de la grandeza de un gobernante que no se pierde en el detalle pequeño? Gómez había demostrado, en sus años iniciales, en sus relaciones con el Consejo de Gobierno, y también con algunos de sus ministros más destacados, que podía ceder, escuchar, aceptar opiniones de hombres en cuya inteligencia y conocimientos confiaba. Pero su relación con el Ejército era, como es lógico, algo muy especial; y la misma conversación arriba relatada indica que sí se ocupaba, en ese caso, hasta del detalle.

Estamos aquí ante una situación donde se mezclan de tal forma lo personal y lo social, que parece inevitable referirse a lo que «sentía» y a lo que «pensaba» Gómez en los años finales de su mandato. No se trata de un análisis psicologista del asunto, sino de una inferencia basada en sus precedentes actuaciones políticas.

Desde los momentos de la batalla de Ciudad Bolívar, de acuerdo a

aquel informe del capitán Culver, Gómez ha mostrado tres grandes líneas en su acción política: una, la búsqueda del consenso previo a cualquier decisión; dos, la acción de aniquilamiento del adversario, implacable y sin retroceso una vez iniciada; y tres, aseguradas su fidelidad y disciplina, la confianza en la fuerza armada. Lo primero lo aplicará en los años iniciales de su gobierno. Desde 1908 hasta 1913, Juan Vicente Gómez será el gobernante más «consensual» en toda la historia de la República desde la primera presidencia de Páez.

A finalizar su primer quinquenio, pero sobre todo a partir de 1918, la maquinaria del terror se extenderá implacable sobre todo el país: el general que «no levantó patíbulos» pondrá a funcionar la «guillotina seca» de La Rotunda.

Queda el tercer momento. Gómez ha abandonado, obligado por las circunstancias, su pretensión de fundar una dinastía. Hombre aprensivo frente a las enfermedades, es poco dado a hablar sobre la muerte, y mucho menos la suya. Hay en eso una actitud muy corriente, ya señalada en relación con Castro: si como militar está acostumbrado a enfrentar la muerte y a arriesgar la vida, no le gusta que se le recuerde en términos concretos la proximidad de su desaparición. Pero además, es comprensible que haya llegado a considerarse inmortal: se acerca a los ochenta años, en un país donde la esperanza de vida de la población bordea dificultosamente los treinta.

Gómez no organizará entonces su sucesión: no es Guzmán Blanco, y no parece interesarle lo que suceda una vez abandonada la escena. Pero lo hace de instinto, al buscar la forma de que sus años viejos transcurran tranquilamente, sin que él deba ocuparse de los detalles. Eso lo puede lograr a través de un instrumento de su poder que combine a la vez la aceptación que él mismo obtuvo en su primer quinquenio con la fuerza que ejerció sin medida a partir de allí. Y que sea absolutamente fiel a su persona.

¿Una fuerza capaz de recibir acatamiento, sin necesidad de ejercerla? No hay sino una: el ejército. Desde siempre, los gobernantes venezolanos han buscado la formación de un Estado que pueda ser percibido como independiente de la sociedad y de sus divisiones, de sus partidos. Para ello, han buscado en las entrañas de la tierra (sueños de oro y más tarde, realidades de petróleo) una fuente de financiamiento sin tinte político; y una fuerza igualmente incolora.

El general Gómez lo ha buscado con la formación del ejército profesional. Se produce entonces una simbiosis entre el individuo y la corporación, el colectivo. Pero el hombre debe morir, inexorablemen-

te. A medida que se acerca ese momento, el colectivo que le asegura estabilidad está obligado a acentuar sus características impersonales, para evitar la dispersión, la división y por lo tanto su derrumbe.

Para asegurar su tranquilidad, el régimen debe institucionalizarse. Y sólo acepta una forma de hacerlo que evite la temida anarquía: que al morir el hombre, la sociedad perciba que no lo ha sustituido otro. No sólo porque el dictador es insustituible, sino porque todos pueden creerse con derecho.

Todo lo anterior está planteado en esos términos porque nadie se atrevería a recordarle al general Gómez su mortalidad. Entonces, el proceso, no consciente ni preparado, ha tomado esa forma, seguido ese camino. La tiranía personal de Juan Vicente Gómez se hace más y más la dictadura de una institución. «Institucionalización» quiere decir antes que nada, «despolitización» en el sentido que se le daba entonces. Eso quería decir que el Ejército debía estar fuera del ámbito de influencia del partido liberal. Porque esto era, a su vez, liberarlo de la dominación de los partidos, ya que en la práctica sólo había uno.

Cuando el general abandone este valle de lágrimas, habrá dejado para sustituirlo una colectividad respetada, acatada, temida. Pero eso no se producirá de la noche a la mañana: entre la dictadura personal y la institucional, habrá de existir un sistema si no una etapa de transición. Es lo que permite afirmar que la tiranía de Gómez deriva, en sus años postreros, hasta convertirse en una dictadura militar nacional. La ejercerá esa institución que, hasta 1936, debe considerarse todavía como *la institución armada gomecista venezolana*.

Conviene insistir en lo de *gomecista*. No sólo porque la condición de su existencia, de su desarrollo y permanencia es la fidelidad personal a su fundador y jefe, sino porque él mismo no la concibe sino es bajo una jefatura personal y única; y bajo el mando suyo directo, a través de alguien en quien se sienta proyectado. Durante un buen tiempo, acarició la idea de que ese alguien tuviese su carne y su sangre. Pero desde 1928, vuelca su confianza (no sabemos si también su cariño) hacia su hijo adoptivo, Eleazar López Contreras.

NUESTRAS CARRETERAS

Gomecista, pero también nacional: un ejército así se revela como el instrumento humano fundamental en el proceso de unidad

nacional, de su centralización (en aquel momento, ambas cosas son sinónimos). Y ambas significan, ante nada, unificación territorial. En Venezuela, la Federación es menos producto de la ensoñación de algunos doctrinarios que de la realidad misma de un país donde cumaneses y tachirenses, corianos y guayaneses pueden morirse de interminablemente viejos sin haberse visto jamás la cara, sin saber los unos cómo están hechos los otros.

Venezuela tiene además una particularidad: la de ser un país orientado de occidente a oriente (siguiendo el curso de los mayores ríos que desembocan en el Orinoco, no en vano llamado por los poetas «el Río Padre»); y de ser a la vez un país gobernado de norte a sur. No es difícil imaginarse las dificultades que la administración central, la administración desde Caracas, debía tener en un país donde Humboldt relataba que, en un trecho como el que separa Antímano de Las Adjuntas, debió cruzar 17 veces el río Guaire; donde, en 1849, Antonio Leocadio Guzmán constataba que los «puentes» sobre la mayoría de los ríos eran apenas dos cuerdas, una para sostenerse con las manos, otra para deslizarse con los pies. ¿Se puede imaginar cuántos cursos de agua había que atravesar para ir de Caracas al Amazonas, a San Fernando de Apure, sin contar que en época de lluvias dejaban de ser ríos individuales para volverse un solo océano innavegable?

Una idea de eso lo puede dar la consulta de los itinerarios de Venezuela publicados en 1914. Para ir de Caracas a San Cristóbal, por ejemplo (a menos que se quisiese sacar un pasaporte para entrar por Colombia), había que emplear cuatro clases de transporte: por ferrocarril de Caracas a La Guaira; por mar de La Guaira a Boca del Catatumbo; por río de este último sitio a Boca de Encontrados; de aquí a Uracá nuevamente por ferrocarril; y finalmente desde allí hasta San Cristóbal por tierra: en total, 1045 kilómetros[29]. Para ir a la capital de algunos estados llaneros, como a Ciudad Bolívar, era casi obligatorio hacer escala en la isla británica de Trinidad.

El ejército profesional podía entonces ser la garantía de la unidad nacional. De hecho, sólo a eso se ha reducido desde su creación: nunca ha tenido que pelear contra un enemigo extranjero. Por lo demás, el peor enemigo de la paz venezolana son los propios venezolanos que adversan menos a Gómez que a esa paz: son «los malos hijos de la Patria». Por eso la fuerza armada de Gómez cumple sobre todo las funciones de una policía nacional: está hecha más para la represión interna que para combatir a un hipotético ejército venido de fuera.

Pero para cumplir esas funciones, nada hace ella encerrada en sus

cuarteles citadinos: le es necesario poder desplazarse con rapidez. Y ya el caballo, como se ha visto antes, no sirve; entre otras cosas, no es útil en las regiones escarpadas de los Andes y Caracas (de la región de donde han venido los nuevos dominadores y la región desde donde van a ejercer ese dominio). Se impone entonces crear una red de comunicaciones, preferiblemente terrestres. Pero entre 1872 y 1910, o sea entre Guzmán y Gómez, los gobiernos han invertido unos 160 millones de bolívares de los cuales apenas el trece por ciento se ha aplicado a la construcción de carreteras y caminos[30].

El general Gómez va a proceder de otra manera, ordenando en un Decreto sobre Vías de Comunicación de la República, el estudio de la red general de nuestras vías de transporte y la construcción de las carreteras que, en cada estado, hayan de servir a los movimientos de importación y de exportación; destinando a este ramo el cincuenta por ciento de la renta total de obras públicas[31].

Por mucho que el decreto precise que la política de comunicaciones está destinada a facilitar el comercio de exportación e importación, y que el propio ministro Román Cárdenas agregue en su discurso introductorio que aquélla está basada «en consideraciones exclusivamente administrativas», un simple dato basta para revelar en qué tipo de «administración» se estaba pensando al promulgar el decreto, pues está fechado el 24 de junio de 1911, nonagésimo aniversario de la batalla de Carabobo; y que hoy se celebra como día del Ejército.

Si el decreto y en general la política carretera de Gómez no se embaraza demasiado con justificaciones teóricas respecto a su papel militar, mucho menos lo va a hacer aludiendo a su carácter doctrinariamente liberal. Y sin embargo, éste es uno de los puntos centrales de la agenda venezolana del liberalismo, una inquietud que vuelve a cada rato a las plumas liberales, llámense así o «conservadoras»[32].

Así, si de algo puede jactarse Juan Vicente Gómez es de haber puesto por obra lo que los liberales del siglo XIX fueron incapaces de hacer; o cuando menos de haber continuado, ampliado y culminado lo que fue preocupación central y la acción más elogiada del gran campeón del liberalismo, el Ilustre Americano Antonio Guzmán Blanco.

El desarrollo de una política comunicacional tiene una vertiente que hasta ahora poco se ha destacado. Ella es, eso es obvio, fundamental para culminar el proceso de la unidad nacional. Junto con la formación del ejército profesional, ha servido para mantener la paz. La tercera pata con que se sostienen aquel proceso y esta paz es el terror.

Sin establecer una relación de causa a efecto, se puede señalar cuando menos el momento de una coincidencia entre el desarrollo de la política carretera y el aflojamiento del terror. Eso se produjo en 1925: cuando llega hasta el río Táchira la carretera Trasandina, el terrible Eustoquio Gómez es retirado de la presidencia del Táchira, y el propio Juan Vicente proyecta viajar a su tierra natal para presidir «la reconciliación de la familia tachirense» con el regreso de los miles de compatriotas que hubieron de buscar refugio al otro lado de la frontera, aterrorizados «por Gómez», lo que quería decir Eustoquio. Se trata ante todo de la reconciliación de la familia «restauradora», una vez que el general Cipriano bajó al sepulcro. Pero de una u otra forma, eso se extendió al resto de Venezuela: las cárceles se abrieron y hasta el general Fernando Márquez saldrá de la suya interminable, por apenas tres años.

Se atribuye todo eso a la buena influencia de su secretario general, Francisco Baptista Galindo[33]. Para el general Gómez, sin embargo, nunca valieron demasiado semejantes influencias, si veía que detrás de un gesto de misericordia, se podía creer en su debilidad, y se le iba a alzar de nuevo «la hidra de la guerra», como se la llamaba con prosa ramplona.

En la aplicación de este punto tan importante del programa liberal, el general Gómez no se contentará con palabras. Las carreteras se le convertirán, dice un biógrafo suyo, en una «idea fija» y por supuesto, en un elemento central de su propaganda. El presupuesto para construirlas pasó de siete millones entre 1908 y 1913, a cincuenta y un millones entre 1931 y 1935, y si en 1920 se anunciaba que estaban en servicio 4.000 kilómetros de carreteras, en 1929 esa cifra había subido a algo más de seis mil kilómetros[34].

Por supuesto, las consideraciones extra-militares no eran menores en el desarrollo de las vías de comunicación. Hasta 1923, cuando se decreta la carretera Trasandina, el sistema estaba constituido por las llamadas Carreteras Centrales, un eje cuyos polos eran los puertos de La Guaira y Puerto Cabello, como es lógico en una economía basada en la exportación de sus escasos productos y la importación de otros pocos. Por su parte, la vía tradicional de los estados andinos era el Lago de Maracaibo. Muy pocos pensaban en una comunicación directa y terrestre con el centro[35].

Finalmente, y pese a cuanto se podría creer, el desarrollo de las carreteras por oposición al ferrocarril no será una consecuencia de la explotación del petróleo, sino que la precede en muchos años. En la

introducción ya citada de la *Memoria de Obras Públicas* de 1911, el ministro Román Cárdenas asienta que en la mayor parte del territorio venezolano, «(...) es la carretera macadamizada, construida de conformidad con los principios modernos y alimentada por los caminos secundarios, la que ha de resolver, por el momento, el interesante problema de nuestros transportes». El general Gómez, pues, ha adelantado como nadie el programa liberal en materia de comunicaciones terrestres; pero al mismo tiempo, enterró el viejo sueño, también liberal, de un país cruzado por vías férreas.

NOTAS

1 «Palabras textuales del general J. V. Gómez, contestando al presidente del Congreso, general R. Cayama Martínez». *El Nuevo Diario*, 16 de mayo de 1929, p. 1.

2 Estudio que fue iniciado con el trabajo de Angel Ziems, *El gomecismo y la formación del Ejército Nacional*. Caracas, Ed. Ateneo de Caracas, 1979.

3 En 1896, el jefe civil de Michelena remitía dos reclutas para engrosar las tropas del comando de la frontera por ser individuos perversos, ladrones, asaltantes y violadores. Ignacio Chacón, jefatura civil de parroquia al agente del ejecutivo, Michelena, citado por Arturo Guillermo Muñoz, *El Táchira fronterizo...*, pp. 128-129.

4 BAHM, 28-29, p. 262.

5 El 16 de enero de 1916, alguien que se consideraba «una de tantas madres venezolanas que rogamos a Dios porque conserve la vida de Ud. que garantiza la de nuestros hijos» envía a Gómez una carta mecanografiada y trabajosamente firmada donde le habla de su hijo José Ignacio, de quince años, el cual «ha sido expulsado de seis colegios, pues es de un carácter muy fuerte y dado a las malas compañías». Considerándose incapaz de corregirlo (ni ella ni su segundo esposo) le suplica que le facilite «un puesto en la Academia Militar, para que se haga un hombre útil a sí mismo y a la Patria». Enero 11-20, 1916, caja 826 C. *Archimiraflo*.

6 BAHM, n^os^ 64-65-66, p. 316.

7 «Zumeta a Gómez», BAHM, n^os^ 17-18, p. 93.

8 BAHM, n^os^ 64-65-66, pp. 296-297.

9 T. Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 357-369.

10 «El borrador de esta carta de su puño y letra reposa en mi poder»: Eleazar López Contreras, *Proceso político-social 1928-1936*. Caracas, Editorial Ancora, 1955, p. 9.

11 Trabajos de amor perdidos: la Escuela Militar es sustituida, a partir de los años 29 y 30, por una «Escuela de Aspirantes a Oficiales» y a partir de 1931, de nuevo por una Escuela Militar y Naval, donde, se supone, el ingreso será filtrado mucho más rigurosamente. Entre los primeros de promoción estarán Juan Pérez Jiménez (1929), Mario Vargas (1931), Luis Felipe Llovera Páez (1932), Marcos Pérez Jiménez (1933), Régulo Pacheco Vivas (1936); todos conspiradores del 18 de octubre y actores muy principales de ese proceso que, en las Fuerzas Armadas, liquidó la herencia gomecista. Academia Militar de Venezuela, *Promociones*. Caracas, Ministerio de la Defensa, 1992, pp. 27-57.

12 «Silvestre Castellanos a J. V. Gómez». Febrero, 1923, 1-28, caja 363, *Archimiraflo*.

13 Como tal se considera el propio López, y así lo ratificó en carta a John Lavin, escrita después de la muerte del Benemérito y recogida en libro a veinte años de la muerte, dice, del «(...) hombre a cuya memoria debo rendir culto de respeto y reconocimiento, por haberme protegido y honrado hasta llevarme al Ministerio de Guerra y ponerme en capacidad de llegar a la Primera Magistratura de la Nación». *Proceso político...*, p. 24. Esa es también la opinión de Florencio Gómez Núñez, *loc. cit.*, quien pone el acento en el carácter filial de la relación de López Contreras con Juan Vicente Gómez.

14 Eleazar López Contreras, *Páginas...*, p. 71.

15 *Idem.*

16 Un informe típico reporta al general Juan Vicente Gómez en Maracay las novedades ocurridas en mayo de 1919 en el Batallón acantonado en el Castillo «Libertador»: haber recibido, para un capitán allí asignado, un uniforme de campaña y dos de kaki, un sable, un correaje, un par de tiros de resistencia, dos pares de guantes,

un sombrero, una gorra, un par de puños, una revolvera y dos pares de presillas con sus respectivas estrellas; habérsele concedido permiso por 30 dias, de orden superior para trasladarse a Naguanagua, a otro oficial, un subteniente; haber recibido 200 pares de alpargatas para la tropa y no tener plazas vacantes. «Melecio Bello a Gómez». Año 1923, junio 1-14, caja 452-C, *Archimiraflo.* Para obtener muestras de la persistencia de esa práctica, se escogieron al azar en ese archivo varios meses de 1919 (cajas 363-C, 364), 1923 (cajas 452-C, *loc. cit.*, 455-C, 459-C) y 1928 (cajas 629-C, 627-C, 629-C) por ser años de turbulencia militar y/o política. En este último año, el general López Contreras envía desde Caracas informes semejantes.

17 *Páginas...*, p. 81.

18 Debo esta información a la generosidad y admirable paciencia de mi amigo el mayor (Ej.) Fernando Falcón, jefe de la cátedra de Historia de las Relaciones Internacionales de la Escuela de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela, quien revisó para tal efecto la Sección de Microfilms, Expedientes de Oficiales del Ejército, Archivo de Registro y Control y Libro de Promociones de la Academia Militar de Venezuela, *Archivo Histórico del Ministerio de la Defensa.*

19 «Capitán P. J. Delgado Correa a Gómez», 6/12/18. Año 1918, diciembre 1-31, caja 358-C. *Archimiraflo.*

20 Fernando Falcón, *loc. cit.*

21 *Proceso...*, p. 16.

22 «Gómez a Benjamín Olivieri», 28/06/14, BAHM, n[os] 64-65-66, p. 311.

23 *Páginas...*, p. 199.

24 *Ibídem*, p. 76.

25 *Proceso...*, p. 59

26 *Páginas...*, p. 77.

27 Según Ramón J. Velásquez, se encontró en sus manos un volumen sobre economía política de un autor soviético asaz conocido entonces. (Comunicación personal.)

28 El episodio es relatado por Miguel Angel Burelli Rivas en su prólogo al libro de Eleazar López Contreras, *El presidente Cipriano Castro.* Caracas, Libros de la Revista *Bohemia*, 1986, pp. 29-30.

29 Ministerio de Fomento, *Itinerarios de Venezuela.* Caracas, Imprenta Bolívar, 1914, pp. 2 y 4.

30 Román Cárdenas, «Introducción». *Memoria que Presenta el ministro de Obras Públicas a las Cámaras Legislativas en su Reunión constitucional de 1911.* Caracas, Lit. y Tip. del Comercio. 1911, s/n.

31 *Idem.*

32 Cf. González Guinán, *Historia contemporánea...*, t. xv, pp. 111-116.

33 Francisco Baptista Galindo (1880-1927), abogado y político, tachirense. Se gana la confianza de Gómez, quien lo nombra ministro de Relaciones Interiores y luego secretario general de la presidencia. Allí logra lo que ha venido pidiendo repetidas veces al Benemérito: la liberación de casi todos los presos políticos, el regreso de los exiliados y el cierre de La Rotunda, del Castillo Libertador y del Castillo San Carlos. Murió repentinamente en abril de 1927, no sin que dejase de correr el rumor de que había sido envenenado. *DHV*, A-D, p. 295.

34 Polanco Alcántara, *Gómez...*, pp. 272-273.

35 Eduardo Arcila Farías, *Historia de la ingeniería en Venezuela.* Caracas, Editorial Arte-CIV, 1961, p. 114.

XVI. El padre severo

Ningún hombre gobierna solo. Esta banalidad merece repetirse porque, de tanto calificar al régimen de Gómez de despótico, de tanto acentuar sus características «asiáticas» (incluso en lo físico) se tiende a olvidar que todo poder se basa en una relación, y que aun cuando ella se niegue (como lo hace Rousseau en el caso del esclavo y del amo) ningún gobernante manda sólo esclavos. Y menos si su dominación se prolonga por tres décadas.

La de Gómez fue, luego de su consolidación, una tiranía paternalista; pero la relación padre-hijo tiene sus reglas. La *intelligentsia* del país se le sometió, sin prohibirse la adulación que aquella condición debía, si no prohibido, por lo menos haberle hecho ser menos abyecta; pero la adulación misma tiene, amén de sus reglas, también sus momentos. Finalmente, todo régimen, por mucho que se base en una dominación personal, tiende a buscar la manera de prolongarse. Si no puede hacerlo a través de una dinastía (cosa que a Gómez se le frustró en 1923 y en 1928), lo buscará a través de una institución, que en este caso será su creación favorita, el Ejército.

Eso hace más imperiosa la necesidad de comprender los mecanismos a través de los cuales el extremo personalismo de la relación familiar deriva hasta la relativa impersonalidad de lo institucional, en

un hombre y en un régimen que no conoció ninguno de los dos extremos en estado puro.

MI PADRE EL BENEMERITO

Cuando se habla del tratamiento dado por Gómez a sus hijos, hay que tomar el sustantivo al pie de la letra o del género: aparte de casarlas bien y que le diesen nietos, de ser tierno con ellas, las mujeres de su descendencia no contaban para el general mucho más de cuanto contaban quienes las habían parido[1]. Con los machos, su actitud iba de la ternura lacrimosa a la inquietud cotidiana, pasando por el castigo ejemplar.

Como verá toda Venezuela, la relación de Gómez con quienes le unen lazos de consanguinidad y afinidad llega a ser tal, que, a partir de los años veinte, se comienza a hablar de «los Gómez» y del suyo como un régimen no solamente nepótico, sino con pretensiones dinásticas. Pero cuando se compara la tiranía de un hombre solo con la de una familia, no hay que creer que, en este caso, ambas cosas debiesen oponerse.

Porque los Gómez mandaban, pero la fuente de su legitimidad les venía dada no sólo por su parentesco con el general, sino que ella debía ser ratificada casi a cada día por el *pater*. Los Gómez mandaban, pero a los Gómez los mandaba Juan Vicente desde Maracay.

A partir de allí, se puede ver cómo organizaba y extendía, al país entero, su forma de mandar en las cuatro paredes de su casa. Es posible señalar así tres estadios, o tres niveles de ese mandamiento: el de Gómez con los suyos de carne y sangre; el de Gómez con los suyos de sacramento y amistad; el de Gómez con lo suyo, que era el resto de Venezuela.

Cuando la pandemia se llevó a su hijo Alí (si bien su aprensividad ante las enfermedades le impidió acompañarlo en su lecho de agonía y ni siquiera estar ante el cuerpo presente), le dedicó el único impulso literario de toda su vida, una *lágrima*. Así llaman en el Táchira a una página que el o los familiares más cercanos escriben en elogio del difunto amado, con el cuerpo aún caliente. Gómez recuerda con ternura cómo desde niño, a raíz de una enfermedad que en el exilio cucuteño casi se lleva al muchacho, éste se acostumbró a dormir con

el padre, y se estableció entre ambos la relación más estrecha. Colmo de la confianza, y del inmenso vacío que Alí dejaba al sucumbir a la «gripe española», escribe Gómez, «Era mi chofer»[2].

Como es habitual, los muertos soportan todo, en especial lo que la superstición suele brindarles: que se les atribuyan todas las bondades y se les lave de todos los defectos. En adelante, Alí será «el malogrado», el hombre de futuro brillante arrebatado por la cruel e injusta Parca, el ejemplo que sus otros hijos deberían seguir si querían ser dignos de su padre y, por supuesto, de la patria.

Ese ejemplo le será restregado en la cara a Gonzalo, el hijo calavera que algún día el general someterá a un duro castigo. Cuando Fernando González llega a Venezuela buscando material para escribir su libro, un hecho soplado a su oído en la Academia de la Historia, le sirve para un largo apunte en sus muchas libretas: un hijo de Gómez había «perjudicado» (como se llamaba entonces a la seducción y tal vez también a la violación) a una muchacha «de buena familia». Como se negaba a reparar el daño en la única forma posible, el general, furioso al punto de amenazarlo con la muerte, lo mandó a detener, manteniéndolo «(...) alejado, durante años, en una aldea» haciendo caso omiso de todos los padrinazgos[3]. La noticia corrió como suele hacerlo ese tipo de sucesos, y un diplomático cubano también la recibió en 1926[4].

¿Cómo recibió su hijo, Gonzalo Gómez[5], el castigo? No conocemos hasta ahora de primera mano su reacción, pero tampoco es imposible inferirla. En el Archivo Histórico de Miraflores hay por lo menos dos cartas que provienen de presos que se pretenden «hijos de Gómez». Ninguna de las dos está firmada por Gonzalo, ni tampoco coinciden ambas fechas con la del suceso relatado y su presunta prisión. Pero dicen mucho sobre el espíritu de quienes, fuese o no cierto el parentesco, escribían al general: no hay la menor protesta de inocencia, ni se expresa duda de que el castigo sea merecido.

Uno de los presos, quien firma José A. Gómez, es casi seguramente un campesino cuyo grado de instrucción se traduce en el empleo de fórmulas estereotipadas («[...] tomo la pluma en mis manos para saludarlo muy atentamente en union de toda la familia [...]»), en su pésima ortografía y redacción («[...] tan bien le digo que llo estoy bien de salud y llo le suplico a usted papá que me conseda la libertad pues usted debe saber que ya boi a tener un año de estar preso [...]»). La otra carta es mucho más interesante, y muy bien podía haber sido suscrita por Gonzalo, aunque nada autorice a atribuírsela. Su estilo es más cuidado: «Créame, mi querido padre y general, que estoy escarmentado

y arrepentido de lo que pude haber hecho que me mereciera este castigo que he sufrido resignadamente porque fue Usted, que es mi padre, quien me lo ha impuesto porque desea que piense mejor y sea un hombre de bien»[6].

Conviene insistir en que nadie puede afirmar que sea Gonzalo Gómez quien haya escrito esa carta, ni tampoco que podría haberlo hecho. Lo que se quiere destacar aquí es una manera de concebir la relación con el dictador, y de recibir su castigo. Más allá del hecho individual, e independientemente de quién la haya escrito, lo interesante en esta carta es la actitud de quien la envía. Es normal que no haya quejas frente a un padre que se conoce, del cual se sabe que no sería sensible a ellas y frente a quien, por el contrario, expresarlas podría resultar contraproducente. Pero tampoco hay el menor intento de justificarse, de alegar inocencia: Gómez juzgó, y Gómez no puede equivocarse. Sólo queda esperar, como del Altísimo, su misericordia.

En el caso de Gonzalo, hay que decir que él nunca parece haber manifestado ambiciones políticas, aunque sí cierta imprudencia[7] y éste es el reproche básico que le hace su padre, por el cual tanta agua usa para «lavarle la cara» con sus hermanos[8], actitud que se supone arreciará cuando Alí haya muerto.

En cambio, Vicentico sí tiene tal ambición, y por lo que parece, ése no va a defraudar al viejo. Ya se ha visto en el capítulo anterior cómo cae en desgracia, en circunstancias todavía desconocidas, en 1928. Cuando el Benemérito toma la terrible decisión de degradar y exiliar a su hijo, la reacción de Vicentico está calcada sobre la que el silencio hace suponer en el hermano Gonzalo. Con mayor razón, pues aquí se está jugando un juego más serio, y, como el general ha demostrado siempre, para él eso lo es más que nada en el mundo. No sólo se irá sin protestas, sino sin hacer preguntas; escribirá desde Francia cartas llenas de amor filial[9] y con la mano extendida, y morirá en su lecho de complicaciones diabéticas, porque de los Gómez, el único inmortal es el viejo. Con Florencio, el último de sus hijos, tendrá la actitud del abuelo temeroso de los peligros que acechan a la juventud. Aquí también, como ya se ha dicho en otra parte, lo interesante no es tanto cómo el general se comporte, sino la actitud con que se reciben sus órdenes.

Todo lo anterior pinta una relación típica de dependencia entre un viejo poderoso y autoritario y unos hijos débiles y sumisos. No hay por parte de éstos el menor intento de contrariar su voluntad como no sea con calaveradas que pueden provocarle disgusto, pero a las cuales

hasta los padres más severos tienden a perdonar como «cosas de muchachos».

Así, al mismo tiempo que envía una severa reprimenda a Gonzalo, y lo hace vigilar estrechamente por sus hermanas y sobre todo por José Ignacio Cárdenas, escribe a este último que su reconvención epistolar, «(...) aunada a los consejos de usted, obrarán saludablemente, a no dudarlo, en el ánimo juvenil de Gonzalo, quien por lo demás tiene buena madera para sacar de él un hombre de provecho»[10].

Ordeno y mando: los hijos no dan muestra de tener la menor opinión propia en materia política. Por eso, general (y aparentemente con la más alta jerarquía) José Vicente, quien da la impresión de no estar en muy buenos términos con Eleazar López Contreras, acepta sin embargo la voluntad de su padre cuando éste lo toma bajo su protección y dirige su ascenso en el Ejército[11]. Se piensa además que las ambiciones de Vicentico en 1928, las cuales le truncaron la carrera y lo enviaron al exilio, fueron cosa de su bellísima y ambiciosa mujer, Josefina Revenga[12].

Por otra parte, si Juan Vicente Gómez no siempre sabía distinguir con claridad la diferencia entre el patrimonio privado y el público, no era infrecuente que lo hiciese cuando de castigar al enemigo se trataba. Si en los casos de Olivares[13] y Baptista[14] Gómez ordenó alguna vez respetar sus propiedades, era normal que procediese de igual manera con sus propios hijos: su castigo no incluía lanzarlos a la miseria; el exilio de Vicentico fue envidiablemente dorado, como las intrigas de su mujer no le fueron cobradas cuando quedó viuda. Lo mismo había pasado años antes con otra feroz intrigante, Dionisia Bello.

GOMEZ Y LOS «GOMISTAS»

En 1923, una revista norteamericana, tradicional (o subsecuentemente) preocupada por los asuntos de Venezuela[15], publica uno de esos artículos del exilio venezolano que ya suenan habituales. Lo firma Inocencio Spinetti quien es, en el terreno académico, presidente de la Agencia Pan-Americana de Educación y en el político, dirigente de la «Junta Patriótica Venezolana». Para el autor, «Una de las peores hazañas de la dictadura gomecista en Venezuela es su amor del nepotismo (...)», cosa ilustrada con una lista que abren Juan Crisóstomo Gómez (ya a

esas alturas cadáver), primer vicepresidente y gobernador del Distrito Federal; José Vicente Gómez, segundo vicepresidente e inspector general del Ejército, hermano e hijo respectivamente del dictador. Eso bastaba para convencer a cualquiera del carácter no solamente nepótico sino dinástico de la tiranía gomecista: por primera, quizás por única vez, Juan Vicente Gómez, al salir de una seria enfermedad, se puso a pensar en el futuro y a organizar su sucesión.

Para Spinetti, sin embargo, el elenco era insuficiente. Y lo seguía con los nombres de Eustoquio Gómez (primo), presidente del estado Táchira; Santos Matute Gómez (primo, dice él, pero en verdad medio hermano), presidente del Zulia; Aparicio Gómez (primo), jefe de fronteras con Colombia; Evaristo Gómez (primo), comandante del Ejército en el Táchira; F. A. Martínez Méndez (cuñado), presidente de Aragua; Carlos Delfino (yerno), vice-presidente de Carabobo; el hijo del ex-presidente Ignacio Andrade (yerno); Antonio J. Cárdenas, (cuñado), presidente de Nueva Esparta; y Francisco Colmenares Pacheco (cuñado), vice-presidente de Bolívar.

La lista podía impresionar a la opinión extranjera, pero para los venezolanos ella lucía restringida: a la muerte del dictador, el clamor no era tanto salir de un tirano que había al fin tenido el gusto de abandonar la escena por sus propios pies, sino desembarazarse de «los Gómez». Venezuela no había soportado así, como el Paraguay del Doctor Francia, la ruda conducción de un ególatra suprematista y aislado, sino la tiranía de una familia.

Siendo todo esto historia muy conocida, lo que interesa no es la lista de los familiares de Gómez o de sus «enchufes», como el hecho de que todo eso derivaba hacia una manera de conducir el país como se lo hacía con una familia, y lo que es tal vez más importante, cómo percibía, recibía y obedecía el país semejante conducción. Hay dos maneras de hacerlo, y a las dos se recurrió sin falla durante la dominación (lo cual no quiere decir sólo durante el gobierno) de Juan Vicente Gómez.

Una es bastante burda, y no diferencia en nada a Gómez de cualquier tirano: se trata de quienes buscan obtener favores personales, y se declaran protegidos del dictador, sus hijos. Aquí lo interesante es menos la forma de esa sumisión como el nombre de quienes lo hacen. Quienes reciben y también solicitan semejante tratamiento no son peones arrancados al anonimato y la miseria de sus montañas y encumbrados al poder central o al local y que por tanto todo lo deben al general Gómez, sino la flor y nata de la inteligencia venezolana.

No se trata solamente del apoyo político a quien ha traído la paz y

la tranquilidad al país, aunque lo digan; tampoco la fidelidad debida a un jefe político; ni siquiera el agradecimiento normal hacia quien nos ha colmado de favores, sino una actitud que va más allá de todo eso, una regresión infantil: ellos descansan en el general para que les resuelva todos sus problemas, hasta los más cotidianos.

En el Archivo Histórico de Miraflores reposan miles de cartas con esas solicitudes de ayuda personal que, conocidas desde siempre, se convirtieron en una práctica extendida a lo largo de todo el mandato gomecista. A tal expediente recurrieron desde los hombres más estimados por su honestidad personal como Eleazar López Contreras[16] y José Rafael Gabaldón[17]; por su patriótica defensa del patrimonio nacional como Gumersindo Torres[18]. O por su calificación profesional y sus altas prendas intelectuales, como Diógenes Escalante[19], Francisco González Guinán[20], José Gil Fortoul[21] y Laureano Vallenilla Lanz[22]. Y también otros cuya avidez se conocía o se sospechaba: Santos Matute Gómez[23] y Félix Galavís[24], e incluso un hombre que nadie sospecharía ni entonces ni ahora que tuviese necesidad de esas ayudas: Manuel Antonio Matos[25], reputado alguna vez como el hombre más rico de Venezuela.

Sería fastidioso hacer la lista de esos pedigüeños: baste decir que en dos tomos y más de mil páginas de una rigurosa selección, la compilación *Los hombres del Benemérito* no pretende más que abrir apenas el expediente. Pero tal vez se puedan agregar algunos apuntes.

En esas cartas hay el «sablazo» que no oculta ni su condición ni su bufa denominación: el general Vincencio Pérez Soto, luego de constatar que gracias a la *pax gommica* se enmohece su sable «(...) que blandí siempre en defensa del orden y bajo la autoridad (...)» del Benemérito, «(...) hoy vengo a esgrimir otro sable, que nunca he usado, y que si en esta ocasión me lanzo a ello, es basado en la bondad del noble corazón (...)» de Gómez hacia sus amigos «(...) se trata, pues» dice lanzándose al ruedo, «sencillamente de un sablazo»[26]. González Guinán, cuya arma es la pluma aduladora, hasta el final de sus días estará recibiendo regalos de año nuevo del general y llamándolos por su nombre: «dádivas»[27]. Hay también la proposición hecha al general de algunos negocios que no siempre se ven muy claros, pero que en ningún caso aparecen rechazados[28], o el arreglo más familiar que institucional de una representación diplomática[29]. Hay el ruego de mejoramiento en la situación de un funcionario, cuyas ocupaciones o méritos podían imponerlo normalmente, pero que en vez de recurrir a los canales regulares, prefiere tomar el atajo de apelar personalmente al protector supremo[30].

El ejemplo de las clases dirigentes va a ser seguido por el país entero, creando una particular manera de actuar que sobrevivirá al tirano y se prolongará hasta nuestros días: todo ha de ser resuelto por la cabeza del Estado. Hay millares de cartas que los pedigüeños envían a Miraflores, y allí hay un material valiosísimo para un estudio particular, no solamente de esa tendencia a referirlo todo al jefe del Estado, sino de las diversas formas que toma ese tratamiento: desde la mujer que pide al general cincuenta bolívares y dice que «ya montó la olla» para esperarlos, pues hacerle la petición era ya para ella como si los hubiese recibido, pasando por otra a quien Gómez había respondido que «se dirigiese al Presidente de la República», Juan Bautista Pérez, y ella le replica al encargarse él de nuevo que ya no puede usar esa excusa. Sin olvidar los pedigüeños extranjeros, que desde su país se dirigen a Gómez para que los saque de apuros.

La otra forma de arrimarse al buen árbol de Juan Vicente Gómez es no solamente más sutil, sino sobre todo más extendida, más profunda y también más permanente, como que no cesa hoy en día. Es hacer del hombre de Palacio no el padre de un solicitante, sino de Venezuela entera. Más allá de la untuosidad normal en quien pide una limosna, hay que ver aquí una actitud. Gómez, al final, era el verdadero Padre de la Patria, y por supuesto, de todos y cada uno de los venezolanos, como, allá en el Olimpo, lo era el Libertador: es la forma y el fondo de una tiranía paternalista. La proposición la había hecho en cierta forma el propio general antes de 1908. En aquella carta de 1900, se refiere a sus compañeros con la misma actitud ambivalente que al final de su vida adoptará con sus hijos carnales: son, dice, «(...) muy buenos pero caprichosos». Es cierto que entonces tiene mucha razón de tratarlos como si fueran sus familiares, porque lo son. Pero en los tiempos de la Aclamación esa familia se ha extendido mucho: en 1906, Gómez se postula como el protector —el padre, pues— del grupo que los acompañó desde la frontera en el 99, y siente por lo tanto el deber de exigir a Castro «(...) protección decidida (...)»[31] para sus muchachos.

Protección que pondrá por acto, en efectivo, una vez que se apersone del poder, en fechas diferentes, y de una a otra latitud: sea en 1910, poniendo a la disposición de Aurelio Amaya en San Cristóbal sesenta pesos mensuales «con el fin de que usted ayude en algo a sus amigos»[32]; o haciéndole regalar mil bolívares a Eliseo Sarmiento en Cumaná, por no poderle dar un remate de aguardiente previamente comprometido[33].

De igual manera, Gómez muestra su «afecto personal» al general

Manuel S. Araujo al cancelar la hipoteca que gravaba su casa de Barquisimeto[34]; o permitiendo al general Arriens Urdaneta, en Ocumare del Tuy, cuando en 1911 cae enfermo, seguir disfrutando de su sueldo mientras está «de temperamento», además de enviarle diez mil bolívares para que salga de algunos compromisos urgentes; todo eso como «testimonio de afecto»[35]; e incluso en Caracas, exonerando de derechos aduaneros los materiales de construcción de la casa de alguien que no parecería necesitar demasiado de semejantes muestras de afecto: John Boulton[36].

Con semejante aval, ellos mismos buscarán, directamente o a través de los más cercanos al dictador, protección y ayuda. Nadie lo expresa mejor que el doctor José Rosario García, tío y consejero de Gómez en una carta que le envía en 1919: «(...) debemos acordarnos de los que están en mala situación, y Usted es el padre de esta numerosa familia de la Rehabilitación Nacional y tiene que cargar con ella»[37].

El problema es que ese tipo de familia no cree mucho en el control de la natalidad. En 1916, *El Universal* se ocupó de que nadie quedase fuera de ella: Gómez es «el Jefe de la familia venezolana»[38]. En todas partes del mundo, el jefe de la familia es el padre. Y él se encarga de meter en cintura a sus vástagos cuando se desmanden, sin importarle, sino antes bien enorgulleciéndose, de que por eso se le reproche severidad.

En 1928, en una conversación *à bâtons rompus* con el periódico de Vallenilla Lanz, Gómez lo dice. La conversación merece ser citada *in extenso*, no sólo por ser uno de los raros casos en que el tirano se haya abierto en tal forma ante un periodista, sino porque la transcripción, publicada de inmediato, ha servido para dar una idea del Gómez coloquial:

> No crean ustedes que la absurda e irrespetuosa actitud de un grupo de estudiantes de la Universidad de Caracas, que en estos últimos tiempos ha mantenido en zozobra la sociedad de la Capital, ha hecho mella en mi espíritu. Esta actitud ilógica es hija de la inexperiencia de sus años. Yo no los considero mis enemigos. ¿Reducir sus motines por medio de las armas? ¡Nunca! Yo no he fusilado jamás un soldado en campaña, ni un prisionero de guerra. Menos me mancharía ahora haciendo disparar sobre niños inermes e inexpertos. Les he abierto las puertas de la Universidad, me he empeñado en mantener y pagar magníficos profesores, los he pensionado para que adquieran una profesión honrosa, pero ellos no quieren ser sino políticos. Les he brindado todos los medios para que puedan estudiar, pero como no quieren estudiar, que aprendan a trabajar. Los he tratado como un padre severo. Y temporal-

mente los he mandado a una carretera de clima sanísimo, recomendados especialmente por mí mismo, con tiendas y camas de campaña, y con orden de tratarlos con las mayores consideraciones. Allí reflexionarán y comprenderán sus errores. Yo no considero a esos niños como mis enemigos. Para los verdaderos enemigos, para los perturbadores del orden y del bienestar social, saben que tomo medidas de verdadero rigor[39].

NOTAS

1 Es lo que, llevando aquello a la esfera del poder, constata Elías Pino Iturrieta al responder a quienes se asombraban, luego de publicado el primer volumen del epistolario gomecista, por la ausencia de mujeres en esa correspondencia: «Como entonces la mujer estaba confinada al escenario de lo doméstico, sin figuración en las cosas de la política y los negocios, que eran cosas de hombres, difícilmente podían convertirse en remitentes, o en consejeros, o en burócratas de Juan Vicente Gómez. Sólo (...) podían solicitar un favor, o implorar una gracia, porque les estaba vedada todavía la alternativa de ascender al nivel de los controladores del poder». *Los hombres del Benemérito,* t. II, p. 13.

2 T. Polanco A., *op. cit.*, p. 280.

3 *Mi compadre*, p. 145.

4 Javier P. de Acevedo, *Dos años en Venezuela bajo la dictadura de Gómez*. La Habana, Molina y Compañía, 1940, pp. 59-60. Acevedo tuvo una versión diferente del castigo: «(...) el dictador hizo encerrar al forajido, guardando personalmente la llave de la prisión, por recelar que el mismo temor que su nombre inspiraba contribuyera a libertar al prisionero. Y hasta entonces no lo ablandaron las súplicas de amigos y allegados».

5 Carlos Emilio Fernández también relata el episodio y da el nombre del implicado: Gonzalo, hijo de Dionisia Bello. *Hombres y sucesos...*, p. 88.

6 J. B. Rodríguez, Castillo Libertador, 15 de mayo de 1931. La carta de José A. Gómez está fechada en San Cristóbal, a 18 de mayo de 1928. Ambas fueron seleccionadas y presentadas por Yolanda Segnini, y publicadas en el número especial «Venezuela bajo el gomecismo» de la revista *Tierra Firme*, octubre-diciembre de 1985, pp. 642 y 640 respectivamente. La carta firmada por Rodríguez es de 1931, y Javier P. de Acevedo, el diplomático cubano, había recibido la noticia del castigo de Gonzalo en 1926: es poco probable que se trate de la misma persona.

7 Es así como en 1915, el general debe darle a su hijo un severo tirón de orejas al saber «(...) que en presencia de prominente europeo, en lugar de conservar la circunspección (...) como hijo de un pueblo que en esta contienda ha observado la más estricta neutralidad (...)» se había «(...) parcializado por uno de los contendores, cosa a todas luces incorrecta (...)» puesto que, obligado por su condición de venezolano cuanto por ser hijo de quien acababa de ser elegido presidente de la República debía «(...) permanecer alejado de esas pasiones y conservar solamente en el corazón y en la memoria la pasión de la Patria». Juan Vicente Gómez a Gonzalo Gómez, 10 de noviembre de 1915. BAHM, enero-junio de 1970, p. 321.

8 En la misma carta, Gómez padre le dice a Gonzalo que quisiera verlo seguir el ejemplo «(...) de Vicente y de Alí quienes por sus dotes de respeto, corrección, discreción y orden ocupan hoy puestos prominentes en esta situación política, no como hijos del Jefe del país sino como elementos sanos y útiles a la nación». *Idem.*

9 BAHM, nº 90, pp. 47-48.

10 «Gómez a J. I. Cárdenas», 22/11/1915, BAHM, nos 64-65-66, p. 322.

11 No se puede descartar que la actitud de Gómez padre sea la de quien debe arbitrar entre dos hijos y escoge al más capaz. En la conversación ya citada, Florencio Gómez Núñez rechazó la versión de que López Contreras se hubiese incorporado en el 99 a la Revolución Liberal Restauradora por cuenta propia y que, como él mismo lo dice, su «(...) tío y protector, Pbro. Contreras (...)» sólo le había hecho una recomendación «(...) que fue solicitar siempre la protección de Don Juan Vicente, a quien él consideraba un hombre bueno (...)». Eleazar López Contreras, *Proceso...*

p. 9. Según Gómez Núñez fue por el contrario el Pbro. Contreras quien se lo encomendó personalmente a Juan Vicente Gómez, el cual desde entonces lo trató como a un hijo.
12 T. Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 364-365.
13 «Me informa que la casa de Régulo L. Olivares en Colón la han tomado para oficina pública y como yo no he dado esa orden a nadie, espero que usted la haga entregar inmediatamente a la familia de aquel señor. No he querido ser el primero en tomar medidas de represión contra los enemigos». Gómez a Pedro Murillo, 18/12/1913, BAHM, n^{os} 64-65-66, p. 300.
14 En junio de 1915, escribe a Omaña que si bien sus tachirenses deben ocupar las haciendas de los Baptistas para sacar de ellas cómo mantenerse mientras combaten a los revolucionarios amigos de éstos, «(...) no las deben destruir sino cuidar (...)». *Ibídem,* p. 307. Por otra parte, en 1916, Preston Mc Goodwin, quien no es precisamente amigo de Gómez, se asombra de la magnanimidad del dictador hacia sus enemigos, «(...) by sending his personal check for 320.000 bolivars ($62.000) to doctor Leopoldo Baptista, regarded as one of the most influential of the presumably would-be revolutionists in New York, Porto Rico and elsewhere, in settlement of private business interests». «Mc Goodwin to the Secretary of State», September 14, 1916. 831.00/ 780, USANA.
15 Las páginas de esa revista son todavía hoy empleadas por los políticos venezolanos para lanzarse descargas por mampuesto que atribuyen después a «la opinión pública norteamericana». Inocencio Spinetti, «Venezuela under the iron heel of Gomez». *Current history,* September 1923, p. 973.
16 López Contreras no exige tanto una dádiva como un cargo cuya remuneración le permita salir de apuros: un «puesto en el centro» como se lo pide a Gómez en 1909, la segunda vicepresidencia de un estado como lo hace en 1917. Cf. *Los hombres del Benemérito.* t. II, pp. 103-104, 105-106.
17 *Ibídem,* t. I, pp. 295-296.
18 *Ibídem,* t. II, p. 423.
19 *Ibídem,* t. I, pp. 249 y 251.
20 *Ibídem,* t. I, pp. 479-482.
21 *Ibídem,* t. I, pp. 412-413.
22 *Ibídem,* t. II, pp. 455-457, 460.
23 (Para Nicolás Nieto) *Ibídem,* t. I, p. 469.
24 *Ibídem,* t. I, pp. 328-337.
25 En verdad, Matos reclama lo suyo, y no son cuatro centavos. En tono más que amistoso reconviene al general: «Hace V. abundante reparto de dinero a sus servidores y amigos. Yo también lo soy, con no menores títulos. ¿por qué no me incluye V. y me devuelve los Bs. 100.000 que indebidamente se me obligó a entregar en la Tesorería Nacional?». *Ibídem,* t. II, pp. 179-181.
26 «Pérez Soto a Gómez», 4 de febrero de 1926, *Ibídem,* t. II, pp. 287-288. Por su parte, Antonio Alamo se burla de quienes han forjado en torno suyo «(...) una leyenda de millones» cuando en verdad nunca ha tenido riquezas, tan sólo lo que Gómez le «(...) regaló en varias ocasiones. Con ello y con mis economías, compré casas cuando éstas valían y parecían el mejor negocio (...) Esas casas son dos quintas regulares una en Caracas y otra aquí, diez casitas pequeñas situadas en Catia, dos mejores en Caracas, tres casas viejas y una nueva en Barquisimeto y el terreno que compré en la Avenida del Ejército. Esas fincas nada me producen (...) estoy pues, sumamente comprometido y tengo imperiosa necesidad de hacer todo esfuerzo por no llegar a la completa ruina. En esta conflictiva situación se me ocurre que Ud. puede protegerme y salvarme una vez más». «Antonio Alamo a Juan Vicente Gómez», 11 de diciembre de 1934, *Ibídem,* t. I, pp. 42-43. Eduardo J. Dagnino le escribe desde Roma que su situación es cada día más difícil con la continua alza

de precios, y luego de darle una larga lista de ejemplos, le ruega «(...) de ver que hace en» [su] «obsequio». *Ibídem*, t. I, p. 199.

27 «González Guinán a Juan Vicente Gómez», 1º de enero de 1932. Año 1932, caja 84-C, *Archimiraflo*.

28 «Aunque los rones y alcoholes por la ley de Francia pagan derecho, y un derecho fuerte, es cosa convenida que nuestros rones y alcoholes no pagarán derecho alguno. Veo en esto un buen negocio para el país y para los hacendados de papelón una tabla de salvación. Como Ud. tiene grandes haciendas y conoce mejor que nadie el asunto, yo he querido dirigirme a Ud. para que me dé las instrucciones más precisas y las condiciones del negocio para regresar a París y poder realizarlo en la forma que más convenga a los intereses de nuestro país. Por supuesto que esto se hará en nombre de la persona que Ud. indicare; y dejándome siempre un margen para que yo pueda honestamente ganar algo». «Dagnino a Gómez», Niza, 31 de marzo de 1916. *Los hombres*..., t. I, p. 195.

29 «El segundo Secretario que está allá [en París] que es el hermano del Sr. Pro. Carlos Borges (...) Sería mejor trasladarlo a un Consulado cualquiera (...) Podría estar de Cónsul en Ginebra por ejemplo en donde no hay nada que hacer (...) Y en lugar de Borges se pone por ejemplo a Reyes el esposo de Alicia Andrade la hermana de Ignacio [el yerno de Gómez] quien es instruido y puede ayudar a Salustio con la circunstancia de que son muy íntimos amigos; y a Servilia [la hija de Gómez, casada con Ignacio Andrade hijo] le agradaría, y a Flor [Gómez] también. Así quedaría la Legación de París *una cosa ideal*». «José Ignacio Cárdenas a Gómez», 8 de marzo de 1927, *Ibídem*, t. I, pp. 121-122.

30 «La Legación ante el Quirinal es muy importante en estos momentos (...) En el caso de que deba proveerse el puesto que tiene vacante la ausencia del Dr. Díaz Rodríguez, me tomo la libertad de exigir a Ud. ese nombramiento para mí. Estoy en capacidad de trabajar activamente y de serle útil a nuestro país; y estoy por otra parte, muy necesitado de una ayuda del Jefe pues los pocos recursos conque contaba los he agotado en mi larga inactividad de cinco años y la curación de mi mujer (...) Al hacer esta solicitud ante Ud. directamente es porque quiero deber únicamente al Jefe el honor que pido (...) Diógenes Escalante a Gómez», Roma, 12 de abril de 1921, *Ibídem*, t. I. p. 251.

31 «Gómez a Castro», 1906, CPPV-S XX, t. I, vol. II, p. 338

32 Los «amigos» de Aurelio Amaya eran una especie de guardia privada que Gómez prefería para combatir a los revolucionarios antes que emplear a la tropa, que reservaba para acciones mayores. «Gómez a Amaya», 6/10/1910, BAHM, nº 67, p. 28.

33 «Gómez a Sarmiento», 10/11/1910, *Ibídem*, p. 29.

34 «Gómez a Araujo», 17/4/1911. *Ibídem*, p. 59.

35 «Gómez a Arriens», *Ibídem*, p. 61.

36 «Gómez a Boulton», 9/5/1911. *Ibídem*, p. 62.

37 «José Rosario García a Gómez», 10 de octubre de 1919, BAHM, nº 31, p. 84.

38 *El Universal*, 24 de julio de 1916, p. 1.

39 «Una visita de 'El Nuevo Diario' a Maracay. Importantes declaraciones del General J. V. Gómez sobre asuntos de palpitante actualidad». *El Nuevo Diario*, 5 de noviembre de 1928, p. 1

XVII. La guerra ha regresado

Está hablando el «jefe de la familia venezolana», ese hombre «bueno y duro» (quien lo llamó así por vez primera fue Gil Fortoul) que ya a estas alturas está conquistando la opinión mundial, y en especial la norteamericana, vistiendo esas ropas. En esa misma declaración, reconoce, en este caso al menos, cuanto sus emigrados de opositores le están reclamando desde hace muchos años: que emplee prisioneros políticos para construir el orgullo del régimen, las carreteras. Pero al mismo tiempo, se jacta de no haber jamás levantado patíbulos. ¿Se quiere mayor prueba de sinceridad que aquel primer reconocimiento? A la vez, ¿son muchos acaso los gobernantes que puedan decir lo segundo?

Para la emigración, la respuesta es sencilla: Gómez miente. Lo hace por acción (al hablar de «clima sanísimo» en Palenque) o lo hace por omisión, porque no se necesitan patíbulos para aplicar *de facto* la pena de muerte, como sucede a diario en las cárceles venezolanas: nada más que en La Rotunda, se cuentan entre 1913 y 1921, cincuenta y tres prisioneros muertos allí sin necesidad de «levantar patíbulos»[1].

Aquí se entra en un terreno podría decirse clásico: es el cubierto por la distancia entre la estadística muerta y numerosa y el nombre y el apellido concretos, la carne y el hueso de un ser vivo. Es, en este caso,

la distancia entre una formulación general apta para caracterizar un régimen («tiranía paternalista») y las formas, los modos por él empleados para asentar su poder y conservarlo. Es también uno de los problemas más espinosos, más difíciles de tratar. Por un lado se esgrime la necesidad de ser cruel si en ello va la conservación del bien supremo de la paz; por el otro se habla de los derechos humanos y de ellos el más preciado, el de una vida libre. Sería un error ver el primero como un planteamiento político y el segundo moral: ambos tienen de una y otra cosa. Porque la conservación de la paz lo es, en términos simples, de la vida; y el irrespeto a los derechos humanos, lo ha demostrado la historia de este siglo, puede transformarse en el talón de Aquiles de un gobierno, y por lo tanto, es un problema político de primer orden. En fin de cuentas, y aquí está incluido todo aquel que trate de ver las cosas con objetividad, no sería irrazonable reproche el que se haga a quienes pretendan juzgar con frialdad académica un asunto que excluye una cosa y otra: no se puede hacer el conteo de los ayes ni de la sangre derramada.

Ni se pretende aquí semejante despropósito. Pero todo esto está inmerso tan profundamente en la polémica, que es necesario desmadejarla antes de opinar sobre ello (si el caso fuese de emitir opinión). Se intenta aquí una aproximación al asunto que no es neutral, imparcial u objetiva (no lo pretende y ni siquiera lo trata) sino política, histórica. Esto no quiere decir excluyente de sus aspectos éticos y morales, sino que los incluye en tanto material político, cuya importancia, por lo demás, en nada es secundaria, lejos de eso.

CRUELDAD «BUENA» Y CRUELDAD «MALA»

Al hablar del terror gomecista, conviene entonces tratar separadamente varios aspectos, pues confundirlos ha sido el método preferido, curiosamente, por amigos y enemigos. Hay así al menos cuatro de ellos: la crueldad «de época»; la crueldad «buena» o necesaria; el ensañamiento contra el enemigo vencido; y la crueldad personal de Juan Vicente Gómez.

Cuando se habla de la «crueldad de época», se está empleando una terminología usada por los defensores de la obra de España en el continente americano, frente a la «leyenda negra» de empalamientos y

hogueras inquisitoriales que a los ingleses servía sobre todo para empequeñecer las vigas clavadas por la historia en sus propios e imperiales ojos. Importa mucho menos el proceso de la intención de quienes arguyan y razonen sobre esa base, que la fortaleza intrínseca y ante los hechos reales de los tres grupos de argumentos expuestos a partir de allí. El primero se refiere a la tradición penal venezolana. El segundo, a la situación penitenciaria en todas partes del mundo, en el mismo momento en que se están empleando los grillos, el tortol y la castración por colgamiento en Venezuela. El tercero, a la situación misma del país: los combatientes de una guerra civil nunca están cubiertos por las disposiciones de la llamada (aunque fueron muchas) Convención de Ginebra, la cual trató por primera vez el asunto en 1907 y por lo tanto, es muy posible que para 1908 sus resoluciones fueran desconocidas. De hecho, fueron codificadas aparte sólo en 1927.

En cuanto a lo primero, se ha repetido mucho la frase de Mariano Picón Salas según la cual con la muerte de Gómez, Venezuela entró en el siglo XX. En materia penitenciaria, el salto, si salto hubo, se hacía desde el siglo XVII. Si el servicio militar era considerado como un castigo, como el equivalente (sin la muerte civil ni moral) de los «correccionales» a donde se enviaba a los delincuentes juveniles[2], ¿qué no podría decirse de las cárceles? Sin contar que ésta no era una situación venezolana: hasta 1938 se guillotinaba en Francia en público, si no en la *Place-Egalité* (ahora *Place-Concorde*), sí en la parte trasera de los penales.

Esto lleva al segundo grupo de argumentos. Los «grillos» no son una invención venezolana, lo era tal vez apenas su forma[3]. La literatura, pero sobre todo el cine, nos ha mostrado que, por lo menos hasta los años cuarenta de este siglo, se empleaban en los penales norteamericanos y consistían en una gruesa bola de hierro que una cadena unía al tobillo del preso, sin nada que envidiarle a los «sesentones» y «ochentones» llevados por los venezolanos, sólo que éstos, además, estaban encerrados.

Es lo que, refiriéndose particularmente a los «grillos», dice López Contreras en una airada respuesta a un biógrafo norteamericano de Gómez: «En cuanto al uso que se hacía de los grillos, que reemplazaron los antiguos grilletes españoles, para asegurar los hombres condenados a trabajos forzados, también fue una costumbre funesta de los sucesivos gobiernos, cuyo sistema fue abolido en el año de 1936»[4]. Falta, en el texto de López Contreras, el detalle que hace ese tormento más atroz: su duración. El general Fernando Márquez los llevó ininterrumpidamente por 21 años, y por «casi igual tiempo» Arévalo González[5].

Finalmente, hay el tercer grupo argumental: en la guerra todo está permitido. Es la defensa de Simón Gómez, en una carta al Benemérito cuando, salido su pariente Eustoquio del Táchira, se le acabe la protección que éste le aseguraba[6]. En guerra no se cobran muertes. Y Venezuela vive en una guerra permanente contra la guerra.

¿Podría decirse entonces que los castigos impuestos en las cárceles gomecistas apenas reproducen, aplican, la recia disciplina de los campamentos, contra el enemigo y también contra el amigo no muy afecto a la disciplina? ¿Hay algún castigo más terrible que el llamado «cepo militar»?[7]. ¿No son los azotes el pan de cada día del soldado? Los hombres que vienen de guerrear durante un siglo, no hacen sino repetir cuanto han aprendido a hacer en los campamentos, aplicándolo a enemigos ganosos de volver a las andadas guerreras.

La argumentación contenida en los párrafos anteriores debe tomarse siempre *cum grano salis*. Porque en materia penitenciaria, pudo haberse quedado Venezuela anclada en muchos aspectos en el siglo XVII, pero ni eso dejó de preocupar a las conciencias venezolanas, ni estuvieron ausentes los intentos de reforma. Guzmán Blanco, quien practicó en este terreno la «crueldad buena» maquiaveliana, comenzó su mandato en 1870 encarcelando a sus enemigos (y hasta fusilando, luego de una teatral degradación, a Matías Salazar) para aflojar después, a medida que el régimen se consolidaba. Durante su mandato no solamente se establecen dos tipos de presidios, el cerrado y el novedosísimo «presidio abierto», sino que se fundan escuelas de primeras letras y de oficios en los penales. Se nota ya alguna idea de rehabilitación y no de simple castigo. Eso fue continuado por Rojas Paúl, quien al fundar las casas de corrección tenía como mira separar los delincuentes ocasionales (o cuya rehabilitación era en todo caso posible) de los delincuentes incorregibles y más o menos «profesionales». Cuando arranque el siglo XX, con Castro y después más largamente con Gómez, no solamente se detiene tal tendencia, sino que hay un evidente retroceso: una acuciosa historiadora del sistema carcelario venezolano constata que bajo los dictadores tachirenses «las cárceles venezolanas se transforman en antros de horror y de tortura, en una vergonzosa y larga etapa de violación e irrespeto de los derechos humanos»[8]. O sea, mientras Guzmán y Rojas Paúl trataron de humanizar las cárceles en un país incendiado por guerras cotidianas, Castro y sobre todo Gómez reintrodujeron la crueldad bélica en un país pacificado[9].

Al hablar de crueldad «buena», el propio Maquiavelo (a quien los juicios de valor moral bien poco se le dan cuando de política se trata)

siente sin embargo algún escrúpulo, y agrega: «si es que de lo malo se puede decir cosa buena». Sea como fuere, para él, es bien sabido, la crueldad «buena» es aquella que se ejerce de una vez y luego no se practica más, mientras que la «mala» procede al revés, comenzando lentamente e incrementándose al paso del tiempo. Para el florentino se trata de una cuestión de eficacia: el más duro castigo se olvida con el tiempo, no así el que no termina, el que se ejerce día a día, aunque sea mucho más benigno.

Si hemos de aplicar esos criterios, Gómez no pasa el examen. El suyo comenzó siendo un régimen benevolente, donde la crueldad, ejercida mayormente por subalternos, si no era castigada (recuérdense los casos de Luis Mata Illas[10] y de Enrique Chaumer[11]), tampoco se podía decir que fuese estimulada. Pero cuando ya el régimen se podía considerar consolidado, cuando enfrenta sus primeras fisuras en la unanimidad y luego una conspiración seria, como en 1913 y 1918, su crueldad parece no conocer límites.

No hay sino que leer el relato del coronel Ramón Párraga sobre aquellos seres greñudos y malolientes que salían del largo aislamiento de sus calabozos, donde durante años no les fue dada la posibilidad ni siquiera del más elemental aseo personal, para darse cuenta de los extremos a donde se llegó[12]. El caso relatado por Párraga es estremecedor por dar la medida de la maldad de unos carceleros, pero su importancia no reside en su carácter extremo, que podría asimilarse a extraordinario, sino en lo cotidiano, en lo ordinario.

INCOMUNICADOS... Y DESCONOCIDOS

De todo cuanto sucede al hombre que cae en una cárcel, lo más pavoroso es la incomunicación, y tanto más cuanto más absoluta. Ella contiene una doble tortura: la del preso mismo, cortado del mundo, sufriendo el castigo en soledad, sin saber la suerte corrida por familiares sobre todo si, como sucede muchas veces, viven de su sustento. Y la de los suyos, ignorantes del destino que espera allá dentro al prisionero, pero destino al cual la estrategia del terror hace suponer (eso busca) *terrible*. «Al principio de mi estancia en Caracas» dice un diplomático cubano que vivió allá en 1926, «extrañábame de que personas muy allegadas al Gobierno se refiriesen sin comedimiento a los horrores de

la *Rotunda*. Y llegué a concluir que eso era alentado por el propio Dictador, como amparo de su fuerza»[13].

Los presos de las cárceles gomecistas eran sometidos a ese régimen con una consecuencia a la cual no es exagerado considerar sistemática. En todo caso, llamar «el Olvido» a los calabozos donde se encerraba a los opositores no era ocurrencia de estos últimos sino también de sus carceleros[14]. Que esa denominación corresponda a la realidad, y que efectivamente Gómez se «olvidaba» de sus víctimas, lo da el extraño caso de Jóvito Villalba, el apasionado tribuno de la Semana del Estudiante.

A fines de enero de 1932, Jóvito Villalba-Roblis escribe a Juan Vicente Gómez una carta, repetida cuatro días más tarde, pidiéndole la libertad de su hijo Jóvito Villalba Gutiérrez, quien después de cuatro años en el Castillo ha contraído una tuberculosis. Quiere llevarlo a Margarita para curarlo, y responde de sus acciones[15]. Lo curioso del asunto es que, a pocos días de esta carta, el secretario general de la presidencia, dr. Rafael Requena, le escribe a Rafael María Velasco, gobernador del distrito federal y, «cumpliendo instrucciones del Benemérito General J. V. Gómez, le envía la adjunta carta del señor Jóvito Villalba-Roblis, a fin de que se sirva informar por qué se halla detenido en el Castillo de Puerto Cabello el señor Jóvito Villalba Gutiérrez»[16].

Velasco responde el 14 de febrero (¡una fecha, definitivamente, inseparable de la biografía de Villalba!) de 1932 que el joven líder «(...) pronunció un discurso subversivo durante la Semana de los Estudiantes [*sic*]. Tomó participación en todos los asuntos revolucionarios en Caracas»[17].

Un rápido trazo manuscrito subraya *participación* y el mismo lápiz escribe un rotundo NO. A su lado, un A(rchivo) envía al joven Villalba y a las esperanzas de su padre de nuevo al olvido: pasará unos dos años más en prisión.

Más arriba se llama a este caso «extraño». Lo es viéndolo desde la perspectiva de nuestros días. Porque de 1936 a su muerte Jóvito Villalba fue de tal manera conocido, así como su acción contra la dictadura en 1928, que se hace difícil creer que alguien, en 1932, ignorase quién era Jóvito Villalba, sobre todo si ese alguien era Juan Vicente Gómez. Más aún (porque el anciano dictador estaba ya demasiado cercano a la muerte para andar ocupándose de «muchachadas») resultaba extraño que esa ignorancia fuese compartida por Rafael Requena, cuyo elevado cargo lo hacía, como quien dice, los ojos y oídos del viejo tirano.

Aunque la rapidez en ocuparse del asunto produce también cierta extrañeza, eso puede dar una idea de la influencia o el prestigio acaso

más que regionales de Villalba padre. La sequedad de la negativa, haciendo caso omiso de la alegada mala salud del prisionero, así como el hecho de subrayar que está preso no por la Semana del Estudiante sino por la intentona de abril, ya entran dentro de la normalidad, la rutina: el caso Villalba deja aquí de ser «extraño».

Con todo, no deja de ser atípico. Los estudiantes de 1928 fueron tratados con mano relativa e inusualmente blanda por la dictadura, y eso incluye a los protagonistas del levantamiento del 7 de abril. Aunque no se les ahorró el engrillamiento, no existen testimonios directos conocidos de que hayan sido objeto de las pavorosas torturas sufridas por sus predecesores en el año nuevo de 1919[18].

Lo típico en cambio era la ignorancia del familiar sobre la suerte del preso, y esto último referido no sólo a la causa de su detención sino a su simple paradero[19]. Lo típico era el aislamiento total[20], la desatención médica[21], el «encortinamiento»[22] así como también el cuidado en impedir que, en la propia cárcel, pudieran determinados presos comunicarse con otros[23]. Y como remate de todo aquello, la huida frente a la responsabilidad: el funcionario que cuando no responde «ese preso no es mío», es porque ya ha dicho, más generalmente todavía, «aquí nadie sabe nada»[24].

¿Correspondían todas las quejas y peticiones de libertad a presos políticos? No se puede asegurar, a menos que la correspondencia así lo establezca o, aunque parezca curioso, cuando lo niegue enfáticamente. Aun si se tratase de presos comunes, de los más peligrosos delincuentes, no merecerían semejante trato. Pero independientemente de eso, la situación obedece a una lógica muy propia, si se puede hablar de razón en la sinrazón. Del examen de una cantidad de testimonios contenidos en cartas y en informes de los carceleros, se podría decir que en las prisiones de Gómez había tres clases de reclusos: los procesados por delitos comunes; los presos políticos (y militares); y los delincuentes menores, sin proceso y sin defensa. La mayor parte se repartían entre las cárceles «grandes»: La Rotunda de Caracas, el Castillo Libertador de Puerto Cabello, el Castillo San Carlos del Zulia y la Cárcel de Las Tres Torres de Barquisimeto.

De aquellos tres grupos, los primeros estaban en mejores condiciones. Si bien debían compartir el rigor de la prisión con sus compañeros, podían acaso saber con cierta certidumbre cuándo saldrían en libertad, una vez que tenían sentencia firme y sin olvidar por supuesto los larguísimos plazos procesales ni la interferencia del capricho ejecutivo.

Los presos políticos, por su parte, estaban a la merced del dictador:

de su voluntad dependía no solamente su libertad, sino también su integridad física y su vida misma. Esto no excluía que se guardasen ciertas formas: los participantes en la sublevación del 7 de abril de 1928, militares y civiles, fueron sometidos a un juicio militar[25], tuvieron derecho a la defensa y, según consta en autos, la ejercieron cumplidamente, en persona y a través de sus abogados. Pero la lectura de los expedientes puede ser muy engañosa: una cosa era el tratamiento en los tribunales y otra en las cárceles. Al declarar ante el juez militar de sustanciación el 19 de mayo de 1928, el capitán Rafael Alvarado Franco manifestó su protesta «(...) contra la imposición de grillos desde el día en que fui reducido a prisión por considerarlo no solamente infamante, sino fuera de todo lo que disponen las leyes de Venezuela (...)». De igual manera, consignaba su protesta contra la disposición que lo obligaba «(...) a vivir en el mayor desaseo y sin posibilidades de ninguna especie de comunicarme con mi familia»[26]. Nada les estaba asegurado a estos presos de una vez por todas: dependía del humor de Gómez y a veces de alguno de sus subalternos.

Con todo, podía sostenerlos una esperanza: si sobrevivían, si volvían a la calle, por mucho que amigos asustadizos les quitaran el saludo, no había para ellos sanción moral o social y en el fondo no dejaban de provocar admiración:

Mujeres... por mi gloria y por mis luchas
en muchas partes se me dieron muchas...

dice un jactancioso y muy conocido poema de uno de ellos, Andrés Eloy Blanco. Por lo demás, era muy poco probable que los presos políticos, antes de serlo, hubiesen sido pobres de solemnidad: la política es cosa de ricos, de importantes señores; mucho más si ella es de oposición; y a una dictadura como la de Gómez. Así, los «enemigos de la Causa» eran antiguos amigos de ella caídos en desgracia; gente que no había logrado salir a tiempo al exilio, luego de una conspiración develada; o, como en el caso de los estudiantes del 21 y del 28, retoños de la *petite bourgeoisie* caraqueña o de provincias.

Pero al descender en la escala social, y carcelaria, se caía en aquellos pobres diablos para quienes la cárcel era una condena a muerte lenta (y a veces no tanto) por lo general sin proporción con la falta cometida. Su único delito verdadero, irredimible, era ser pobres. Su suerte era tan inhumana que llegaba a conmover algunas almas que no tenían fama

de ablandarse fácilmente. El medio hermano del dictador, Santos Matute Gómez, le escribe el 26 de agosto de 1919 que entre los presos a su cargo en la Fortaleza de San Carlos (Zulia) figuran

> ...individuos que tienen 7 y más años presos por intrigas de pasiones mezquinas, malquerencias de Jefes de Municipios y Jueces de Aldeas; porque le ganó un gallo a una autoridad, porque no quiso prestarle su plata o sus bestias a otra; porque le sorprendieron unas botellas de aguardiente; por pequeñeces en fin, en caso de ser faltas pudieran haber sido castigadas por un simple arresto (...) estos pobres no tienen quienes hablen por ellos y haga llegar hasta Ud. su inocencia o culpabilidad (...) en las prisiones de esta Fortaleza existen unos infelices que nunca han sido hostiles al Gobierno, que jamás han sabido lo que es política, y que son tan de ninguna significación, que no merecen la prisión que sufren[27].

El valor de este testimonio viene dado de su procedencia, y porque cuando los validos de Gómez interceden por algún preso o salen garantes por él, lo habitual es que se trate de gente de alguna significación social[28].

En todos los testimonios recogidos, conviene tomar en cuenta lo muy normal que resulta, tanto por el preso como sus familiares alegar inocencia, y que muchas veces decir que «nadie sabe por qué está preso» sea una ingenua añagaza.

Pero por encima de todo eso, queda un hecho: que el preso deba impetrar, a veces años después de haber ingresado en prisión, a la única voluntad del jefe máximo; y que ésa sea también con demasiada frecuencia no su última sino su primera instancia. Que deba remitirse a su bondad invocando en ocasiones el dolor del propio Gómez, por la muerte del hijo Alí en 1918, o del hermano Juancho en 1923.

LA TORTURA

Queda finalmente el más sombrío capítulo en la historia del gomecismo: las horribles torturas, donde sobresale el colgamiento por los testículos a los interrogados. Sobre éste, el más pavoroso de todas los tormentos posibles, han corrido ríos de tinta. Hasta ahora, que se sepa, nadie lo ha negado[29], y ni siquiera la participación de José Vicente Gómez, «Vicentico» en esas torturas. Hay que decir dos cosas en relación con esto. Lo primero es que martirizar a un preso, y hacerlo en esa

forma, parecía ser cosa nada inhabitual en la Venezuela de aquel entonces, como lo atestigua esta carta que una angustiada mujer le envía a Gómez desde Carúpano en 1913, y cuya lectura hace superfluo el comentario:

> Un motivo poderoso me obliga a molestarlo. Mi esposo, el señor Juan Aguirre, fue reducido a prisión en esta ciudad desde el día 13 de diciembre, y después de haber sido maniatado en un calabozo, a las once de la noche del mismo mes, le hicieron el mayor de los ultrajes, lo amarraron por sus partes con un cordel y lo colgaron ignominiosamente hasta desgarrarle la carne. El autor de este atentado es el señor Fermín Montes, Alcaide de la Cárcel Pública[30].

Como suele suceder con los hechos más terribles, la eviración se vuelve también metáfora. Para Jorge Luciani, por ejemplo, si Gómez ha puesto la seguridad caraqueña en manos de asesinos y criminales como Lorenzo Carvallo y Pedro García, es porque su fin es «(...) domeñar los instintos machos, cortar los órganos viriles, extirpar brutalmente la hombría (...) El úkase dictatorial disponía una emasculación efectiva»[31].

No se sabe cuál fue la respuesta, la actitud de Juan Vicente Gómez ante aquella denuncia de 1913. Pero ella nos lleva a otro problema: ¿en qué medida era eso desbordamiento de subalternos, reacción de primitivos en la base de la pirámide del poder? ¿En qué medida era tolerado, estimulado? ¿Sobre todo, presenció Juan Vicente Gómez esos tormentos, participó en ellos, como lo sugería más que acusaba abiertamente la emigración y luego, la leyenda negra posgomecista?

Hay quien sostiene que el procedimiento fue inventado y aplicado personalmente por Juan Vicente Gómez cuando anduvo en Carabobo en campaña al servicio de Castro[32]. El mismo autor que lo cita, sin embargo enemigo jurado de Gómez, dice que si bien era la más bárbara de las torturas infligidas, fue «(...) también la que menos se empleó (...)», pues «(...) en los 27 años de la dictadura aquélla, no se aplicó esa tortura a más de tres docenas de personas»[33]; lo cual es una manera por lo menos curiosa de ser justo y objetivo...

Aunque nadie desmiente la acusación hecha a Vicentico de participar personalmente en las torturas a los conjurados del año 18, y algunos llegan a decir que contaba a su padre las reacciones de los supliciados, entre comentarios risueños de Gómez, nadie ha pretendido que éste participase directamente en las torturas, o las presenciase, por lo menos una vez instalado en la presidencia. Pero en cambio, hay suficiente testimonio de primera mano no solamente de que estaba al tanto de

ellas, sino también de que en determinados casos las ordenaba o las cubría con su autoridad.

Hay momentos o circunstancias cuando no lo oculta; por ejemplo, cuando manda a «engrillar» a un preso[34]: es que en aquella Venezuela venida de los campamentos, eso no se consideraba una tortura, ni cosa que deshonrase a quien la aplicaba.

Pero cuando se trataba de torturas destinadas a extraer información, las cuales se sabe o se intuye que son ya objeto de censura universal, se recurre a fórmulas veladas por el estilo de aquello de «solución final», como Hitler llamaba a su plan de exterminio total de los judíos. En este caso, el eufemismo usual, como corresponde a una tiranía paternalista, es «castigo». A veces se habla también de la necesidad de «apretar» al preso. En 1919, el presidente provisional de la República, Victorino Márquez Bustillos, emplea un eufemismo de su propia cosecha: da orden de meter preso a Luis Alberto Sucre y hacerle sacar la verdad «con todos los recursos que tiene la autoridad»[35].

Hasta ahora, se han hecho públicos algunos documentos provenientes del Archivo de Miraflores, fechados en 1913 y 1923, o sea dos momentos de gran peligro para Gómez. En mayo de 1913, le escriben los responsables de la Fortaleza de San Carlos, José María Romero y Luis de Pasquali, para informarle de la llegada de dos presos, Víctor Power y Alfonzo Romero, los cuales fueron de inmediato separados y «engrillados». Pero no se quedaron allí los carceleros, informan al jefe, sino que «Fuimos a los fosos donde Power y Romero y por las buenas fue imposible sacarles nada, de modo que nos vimos obligados a emplear un castigo con el fin de que declararan y como resultado le adjunto las dos declaraciones de ellos»[36]. De la naturaleza del castigo gracias al cual se extrajeron esas declaraciones, da cuenta otro informe, del 23 de junio:

> También hice citar a los ciudadanos Luis Mendoza, José Ignacio Uribarrí, Rogelio y Julio Morales... Los apreté de tal modo que uno de ellos quedó casi exánime bajo el castigo y no obstante declaraban su inocencia... Respecto a Power le diré que he repetido el castigo de tal modo que su salud está quebrantada, que arroja sangre y quién sabe como acabará[37].

El entusiasmo de Luis de Pasquali en la aplicación del «castigo» parece sobrepasar los límites, provocando protestas hasta de su inmediato superior. Es lo que, dolido acaso por la incomprensión de que se hace gala frente a un estricto cumplidor del deber patriótico como ha

demostrado ser, comunica a su jefe de Maracay: «Como Ud. tiene conocimiento, he tenido que apretar a los presos políticos llegados a ésta para esclarecer la verdad de algunos asuntos, que Ud. también conoce. El general Julio Hernández, primer Alcaide de la Penitenciaría, se ha dado a la tarea de criticar mis actos (...)»[38]. Y nada parece indignar tanto a este señor de Pasquali como que alguien se niegue a confesar. Así, el 24 de octubre de 1913, informa a Gómez de haber «averiguado» un preso «en cumplimiento a sus disposiciones», con el siguiente resultado: «Yo siempre con la esperanza de que este hombre declarara algo de positivo, lo guindé por los pies, pero estuvo próximo a la muerte y no declaró ni jota. Yo tengo para mí que es un anarquista en toda forma, que lo matan y no confiesa una palabra»[39]. ¡San Mijail Bakunín!

Las torturas infligidas a los autores materiales del asesinato del «general Juancho» Gómez son bastante conocidas. Gómez siguió paso a paso, por los informes de Hidalgo, el gobernador de Caracas, la forma, la frecuencia y la intensidad de esas torturas. El 23 de octubre de 1923, Hidalgo le anuncia que al día siguiente le aplicarán a Barrientos «la droga» (una especie de «suero de la verdad» usado en algunos ejércitos). Aunque, dice, «Barrientos ya está en condiciones de interrogarlo de nuevo», el gobernador no confía en esos modernismos[40], frente a la probada eficacia de los viejos y buenos métodos. Tiene razón: el 28 escribe de nuevo al dictador que el remedio no tuvo ningún resultado, y en cuanto a emplear otros procedimientos, «es preferible esperar una o dos semanas» pues la salud del detenido no es buena y conviene evitar «cualquier incidente desagradable» como dice con una formidable garra para la elipsis. E insiste en su apego a las antiguas tradiciones: «(...) no se logrará nada hasta que no se lleve a Barrientos y Andara a una declaración clara, por las malas por supuesto, hasta muy cerca del sacrificio si fuere necesario»[41].

En este caso de punta a punta y en 1913 en algunos, puede decirse que esos procedimientos, esos «castigos», esa orden de «apretar» a riesgo de que se produzca «cualquier incidente desagradable», esa decisión de llevar al preso «hasta cerca del sacrificio» se producía, si no por orden expresa de Gómez, al menos con su conocimiento y aprobación. Hidalgo espera el regreso del dictador a Caracas para «apretar» a Andara aplicándole «un plan enérgico y decisivo, una vez aprobado por Ud. (...)»[42], porque hasta el más sanguinario perro de presa cuida sus espaldas...[43].

Como se ha dicho antes, la tiranía trae a la paz los duros métodos

de la guerra, en particular el maltrato y la indefensión del prisionero. Al final, la violación sistemática de los derechos más simples de la persona humana terminará no sólo volviéndose contra quien lo hace, pagando en desprestigio y aislamiento de una opinión pública extranjera horrorizada, sino también amellando el filo del terror: por mucho que éste no aminore, la gente terminará por arriesgarse.

Como la guerra, la paz también tiene sus reglas. Hasta ahora se ha demostrado que la paz no se puede combatir con la guerra. Gómez ha estado empleando, sin embargo, la guerra para combatir en la paz. El hombre que se jactaba de haber liquidado aquélla, de haber dado muerte a la hidra sangrienta, continuaba, conservaba y ampliaba los métodos guerreros en plena paz: así, el hombre de la paz continuaba siendo el hombre de la guerra. Esta tomaba la revancha, imponiendo su ley a quien, creía él, la había vencido. Al dejar así Gómez de ser el hombre de la paz, ya tampoco le acompaña la *virtù*: la pierde donde mismo la adquirió, en la frontera entre la paz y la guerra.

Cuando se produzca la rebelión más seria (por ser la primera de ese tipo, y la de resultados más perdurables) no ya contra Gómez sino contra el gomecismo, se empleará la paz para combatir la paz: al principio, no se dispara ni un tiro. Inerme e inexperto, el hijo se levantará contra el padre severo. Y descorrerá con fuerza el velo que, como se verá en el siguiente capítulo, la adulación ha tejido para cubrir al tirano.

NOTAS

1 La lista, que se abre con el coronel Sotero Mujica, muerto en el tormento en mayo de 1913 y se cierra con el dr. Angel Carnevali Monreal, a quien se dejó morir sin asistencia médica, fue leído en la International House, 500 Riverside Drive, New York, el domingo 29 de abril de 1929, en una reunión extraordinaria de la Unión Cívica Venezolana. *La oposición...* CPPV-S XX, t. II, vol. II, pp. 243-245.

2 Ver nota 5 del capítulo IX.

3 «Los grillos de Gómez, con una variedad fantástica en los pesos y en las medidas, están formados por cuatro piezas esenciales: una barra, dos argollas, y la espiga o chaveta. Su aplicación es muy sencilla: se ajustan las argollas a cada una de las piernas del 'enemigo', se hace pasar la arra por la abertura posterior de las argollas, y se remacha la espiga a fuerza de martillo y de yunque». Atilano Carnevali, «Los grillos», *La oposición...*, t. II, vol. II, p. 560.

4 *Proceso político-social...*, p. 23.

5 Carnevali, *loc. cit.*

6 «(...) en guerras no se cobran muertes, yo estaba en cumplimiento de un deber, darme a respetar, salvar al pueblo, el parque y tres millones de pesos que tenía el Gral. Eustoquio en su casa». «Simón Gómez a Juan Vicente Gómez», 24/4/1926, BAHM, n^os^ 61-63, p. 293.

7 Un biógrafo de Gómez lo describe así: «(...) los dedos pulgares de la víctima se amarraban muy apretados el uno contra el otro; se le hacía agacharse en el suelo y pasar sus brazos por ambos lados de las piernas, a fin de que quedasen más abajo de las rodillas, al mismo tiempo que se le amarraba de las muñecas una cuerda que a la vez le pasaban por el cuello. Entonces le pasaban un fusil entre las rodillas y los brazos, quedando la culata por un lado y el cañón por el otro, y así le iban agregando más fusiles por el mismo espacio por donde había introducido el primero, hasta que la víctima caía desvanecida (...)». Tomás Rourke, *Gómez, tirano de los Andes.* Madrid-Caracas, EDIME, 1952, pp. 268-269.

8 Ermila Troconis de Veracochea, *Historia de las cárceles en Venezuela (1600-1890).* Caracas, ANH, 1983, p. 181.

9 No obstante, conviene tener en cuenta una circunstancia que podría falsear la perspectiva y contribuir a angelizar el régimen carcelario en el siglo XIX comparándolo con el demonizado gomecista. Como lo recuerda prudentemente Ramón J. Velásquez en la introducción a algunas cartas sobre el particular, los secuestros, la privación del pan y del agua para el prisionero, su aislamiento total del mundo, son de vieja data en Venezuela. Pero la documentación se perdió, y es sólo a partir de Gómez que se puede reconstruir un panorama de las cárceles y de las violaciones de los derechos humanos a través de las cartas de los prisioneros, de sus familiares y de los informes de los carceleros. BAHM, nº 31, p. 56.

10 Luis Mata Illas, 1865-1907. Autoridad caraqueña bajo el régimen de Cipriano Castro, cuando intentaba aplacar un escándalo provocado en un bar por Eustoquio Gómez, éste lo mató a tiros. Fue condenado por homicidio, pero después de la reacción de 1908 su primo Juan Vicente no sólo lo perdonó, sino que lo protegió, llegando a ser un muy cruel presidente del estado Táchira y más tarde del estado Lara. *DHV,* E-O, p. 853.

11 Sobre el caso de la muerte de Enrique Chaumer ver cap. VII. Ver también *DHV,* A-D. p. 975.

12 BAHM, nº 3, p. 113.

13 Javier P. de Acevedo, *op. cit.*, p. 55.

14 Así lo hace el jefe del Castillo Libertador (Puerto Cabello) en comunicación a Gómez, quien había tenido informaciones de que algunos presos dormían fuera de sus calabozos. Al describirle con lujo de detalles la topografía de la prisión, habla «(...) del Departamento denominado El Olvido, en donde están los presos políticos». «José Antonio Farías a Gómez», 4/12/1918, diciembre 1-31, 1918, caja 358 C, *Archimiraflo.*
15 «Villalba-Roblis a Gómez», 2/2/1932, febrero 1-10,1932, caja 830 C, *Archimiraflo.*
16 «Requena a Velasco», 11/2/32, feb. 11-20, 1932, caja 831 C. *Archimiraflo.*
17 «Telegrama». *Idem.*
18 «Esta vez, hay que reconocerlo, el régimen fue menos amplio en sus habituales prácticas de ultrajar la dignidad humana del individuo; pues sólo se hizo uso —con nosotros, el grupo de civiles— de una sola de esas injuriosas prácticas: el cepo de campaña (...)». Francisco Betancourt Sosa, «Relato de la sublevación del 7 de abril de 1928». *La oposición...* t. V, vol. II, p. 309. Esa relativa blandura alcanzó también a los sublevados militares. Es comprensible que López Contreras se hubiese preocupado porque no se maltratase a su hijo y que esa inquietud haya servido de protección a sus compañeros. Pero sorprende la actitud de Eustoquio Gómez, quien salvó de la tortura al teniente Barrios, según testimonio que este mismo nos refirió en los años sesenta, y que también recoge Betancourt Sosa. *Ibídem*, p. 326.
19 El ocho de enero de 1932, la madre de Abraham Segovia, «(...) quien cayó prisionero cuando los desórdenes de los estudiantes aunque no lo era; 16 años tenía entonces y alguna imprudencia lo llevó a la desgracia», como escribe a Gómez, le implora la libertad de su hijo quien está «supongo es en La Rotunda». «Juana Segovia a Gómez», 8/1/32, enero 6, 1932, caja 825 C, *Archimiraflo.*
20 En marzo de 1913, la hermana del general Zoilo Vidal (el famoso «Caribe») escribe a Gómez que «hace justamente dos años que ni una letra de él recibimos» y le ruega que de no darle la libertad «(...) le permita a nuestro hermano nos escriba». BAHM, nº 31, p. 60. En octubre del mismo año, Dolores M. de González escribe a Gómez que su hijo se encuentra preso desde el 4 de abril, incomunicado: «(...) he venido a esta capital donde tengo 18 días sin haber conseguido saber nada de él. He ido a La Rotunda donde se me ha dicho que está bien (...) He suplicado hasta lo infinito que me le mandaran un papelito anunciándole mi llegada; un papel abierto que todos pudieran verlo, y se me ha negado ese consuelo. Tampoco he podido conseguir que me le entregaran unas cositas que (...) traía para él». BAHM, nº 31, pp. 73-74.
21 En febrero de 1913, Berenice T. de Pulido hace a Gómez una extraña petición: como el grave estado de salud de su esposo (no aparece el nombre) requiere de una operación, le suplica que le deje «(...) estar con él en el Castillo, en un calabozo solo hasta que se muera o le sea devuelta la libertad». BAHM, nº 31, p. 58.
22 Este castigo consistía en aislar al preso en un calabozo sin ventanas al cual se clavaba en la puerta una cortina de tela. Esa especie de entierro en vida fue descrita cuidadosamente por Antonio Arráiz en su novela-testimonio *Puros hombres.*
23 Así, el jefe de la Fortaleza de Puerto Cabello recibió de Gómez, por intermedio de su secretario, la orden de aislar al preso Pastor Ortega «y no permitirle que se comunique por ningún respecto con nadie, pues han llegado a esta secretaría nuevos y graves denuncios de que está en complicidad con Mc Gill y otros presos de ahí, como Mibelli». «Requena a Camero», 2/2/1932, febrero 1-10, 1932, caja 830C, *Archimiraflo.*
24 En septiembre de 1931, la esposa de Manuel Ramón Oyón escribe a Gómez pidiéndole la libertad de su marido, preso desde 1928. Le contestó que se dirigiera al gobernador de Caracas. En su lugar la atendió el secretario quien, agrega ella, «me dijo que me volviera a dirigir a Ud. porque mi esposo no se encontraba aquí sino en el Castillo Libertador». «Margot Arocha de Oyón a Gómez», 2/2/32, febrero

1-10, 1932, caja 830C, *Archimiraflo.*
25 Uno de los enjuiciados, al rememorar aquellos hechos, piensa que lo que llama «la farsa del juicio militar» se debió a la participación en el alzamiento de un ciudadano chileno, el capitán Pedro Dubornais. El juicio fue así... «paralizado y archivado —sin que se pronunciara sentencia alguna— tan pronto como a Dubornais se le abrieron las puertas de la cárcel y se le hizo regresar a su país». Betancourt Sosa, *op. cit.*, p. 311.
26 *Archibeta*, t. 2 (1928-1930), p. 197.
27 BAHM, nº 31, p. 68.
28 Así, Pérez Soto «exigió al Jefe, como (...) aguinaldo de Reyes» la libertad del doctor Juan Jacobo Guédez. «Pérez Soto a Gómez», 7/1/19, enero 1919, caja 362C, *Archimiraflo.*
29 Como sí hay, en cambio, quien considere una leyenda lo del «vidrio molido» en la pitanza de algunos presos a quienes se quería eliminar de esa manera. Cf. Carlos Emilio Fernández, *Hombres y sucesos...*, p. 154.
30 BAHM, nº 31, p. 55.
31 Jorge Luciani, *La dictadura perpetua de Gómez y sus adversarios.* Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1936, p. 37.
32 José Heriberto López, citado por Carlos Brandt, *La época del terror. en el país de Gómez.* Caracas, Editorial Pentalfa, 1947, p. 193.
33 *Ibídem*, p. 194.
34 De esto da cuenta un episodio con ribetes tragicómicos, y de una fecha tan tardía como 1932. Uno de sus más leales subalternos militares le escribe desde La Victoria para comunicarle «(...) lo siguiente: Hay en esta ciudad un grupito de jóvenes que (...) son unos borrachos y pendencieros y a quienes desde hace tiempo vengo vigilando, debido a que he tenido informes de que se la pasan hablando y criticando al Gobierno y a usted, hasta llegar a echarlo abajo (...)». «Benjamín Olivieri a Gómez», 10/2/32, febrero 1-10, 1932, caja 830 C. La respuesta de Gómez es precisa, en nota manuscrita al pie de la comunicación: «los ponga presos con un par de grillos». Seis días más tarde la orden está cumplida, dice Olivieri a Gómez, aunque una circunstancia insalvable impide que lo sea al pie de la letra: «(...) procedí a ponerle grillos al Sr. Domingo A. Colmenares y prender al señor Briceño Ortega; no habiéndole puesto grillos a este último debido a la circunstancia de ser mocho de una pierna». Febrero 1-10, 1932, caja 831 C, *Archimiraflo.*
35 «Márquez B. a Gómez», 10/1/1919, enero 1919, caja 362C. *Archimiraflo.*
36 BAHM, nº 31, p. 64.
37 *Ibídem*, p. 66.
38 *Ibídem*, p. 67.
39 *Ibídem*, p. 75.
40 BAHM, nº 12, p. 106.
41 *Ibídem*, pp. 107-108.
42 *Idem.*
43 La literatura testimonial de las cárceles gomecistas es extensa y variada. En 1935, casi en los días en que Gómez estaba muriendo, apareció en Bogotá un libro que recogía algunos de ellos. La primera edición venezolana apareció 39 años más tarde: *Prisiones de Venezuela 1935.* Caracas, Centauro, 1974. Por supuesto, está el más famoso de todos los testimonios, las *Memorias...* de Pocaterra. Un recuento no por sintético menos importante en Jesús Sanoja Hernández, «Largo viaje hacia la muerte», *Juan Vicente Gómez y su época*, pp. 141-155.

XVIII. Esta tierra es suya

[El general Franco]
Sabe vencer y sonreír. Su ingenio
militar campa en la guerrera gloria
seguro y firme. Y para hacer historia
Dios quiso darle mucho más: el genio.

Manuel Machado

En tres habitaciones del viejo Kremlin
vive un hombre llamado José Stalin.
Tarde se apaga la luz de su cuarto.
El mundo y su patria no le dan reposo.

Pablo Neruda

Il Duce ha sempre ragione.

Frase Fascista

Heil Hitler!

Saludo Nazi

La *intelligentsia* se expresa por la palabra y su vehículo preferido es la prensa. Porque no se trata solamente de una relación entre ella y el dictador, como es el caso de la familiar, sino también de ambos con el país. El papel no aguanta todo: una cosa recibe cuando lo es de carta, otra si es papel de imprenta. Como se supone que el primero contenga una prosa referida a una situación estable, consolidada si no siempre totalmente segura, puede suceder que ella sea menos insistente en la adulación que la segunda, la cual siente la tierra que la sostiene más movediza, más inestable.

Sobre todo, no tiene aquélla por qué ser especialmente imaginativa: al fin y al cabo, se habla a un hombre solo, y en cambio en la prensa se le habla a él y al país, y se pretende lo contrario, o sea que el país le habla al gobernante a través de los diarios.

El hombre en el poder, o si se prefiere, el hombre *de* poder siempre

es adulado. En una tiranía, esa adulación se hace más notoria porque no la equilibra en el otro extremo la crítica. Y en general, por mucho que un gobernante absoluto las rechace, las alabanzas vuelven en oleadas hasta que al final vencen la resistencia. El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente: tal vez en ningún otro caso como en éste resulte tan cierto el aforismo de Lord Acton.

Gómez no es, con todo, ese tirano egocéntrico, ávido de «culto a la personalidad», como llegaron a existir en otras tierras en los años en que él gobernó Venezuela. Hacia 1922, con la vicepresidencia de su hermano Juancho y de su hijo José Vicente, nunca la «gomezlatría» había llegado tan lejos, al punto de querer fundar una dinastía.

Pero no hay esa exaltación paroxística de su persona de la cual ya pronto comenzará a hacer gala Benito Mussolini, y que diez años más tarde llevarán a extremos enloquecedores Adolfo Hitler y José Stalin. No habrá «Ciudad Gómez» como después de los años treinta una «Ciudad Trujillo» en la República Dominicana. Tampoco habrá «manganzones» ni «saludantes» que derribar después de 1935, como al producirse las reacciones contra Guzmán Blanco en 1878 y 1888.

Pero el hábito de la sumisión estaba demasiado anclado en el carácter de sus subalternos y más aún, de sus gobernados. Un periódico fundado a raíz de la reacción de Gómez en 1908, propone en varias ocasiones tomar medidas para acabar con la adulación que ha comenzado a crecer desde el mismo instante de la inauguración del régimen gomecista. En un suelto titulado «Inmoralidad» se denuncia sin nombrarlo a un cura que había oficiado una misa en honor del general Cipriano Castro a defecto de «(...) un cetro que ofrecerle (...)» y que, después de la reacción salió a proclamar a Gómez «El *Segundo* Libertador». Y el periódico remata en verso su indignación:

¡Horror, horror!
Que jerigonza
Que perversión
Abajo, abajo
La adulación [1].

EL MODESTO CIUDADANO

En el caso de la dictadura venezolana instaurada en 1908, el estudio de las formas que tomará su adulación se ve facilitado por la

conocida coincidencia en las fechas natales de Juan Vicente Gómez y Simón Bolívar. Observar cómo eso se destacó en la prensa nacional sirve para dar la pista de la fuerza del régimen, de la forma como encaró su propia propaganda, e incluso la existencia posible de matices entre periódicos que uno tiende a imaginarse monótonos y uniformes.

Hasta 1913, la mejor manera de seguir ese proceso en la prensa de ámbito e influencia nacionales es a través de *El Universal*. A partir de ese año, en la capital, debe tomarse en cuenta la aparición de *El Nuevo Diario*. Este último introduce un útil elemento de comparación, sin olvidar su vocación confesamente partidaria, donde el elogio del gomecismo debe ser visto como reflejo de la atracción que el poder provoca, pero también como fruto de una forma particular de concebir el proceso de la sociedad venezolana, para no hablar de filosofía. Por tal razón, conviene comparar no sólo los dos diarios, sino analizar cada periódico en sí mismo, en diferentes momentos o circunstancias de la vida nacional o de la propia publicación.

El 24 de julio de 1909, Juan Vicente Gómez tiene apenas siete meses en el poder. Gobernante acatado, consensual, no es sin embargo ese dictador absoluto que tres décadas más tarde, será tan querido como temido y aborrecido. *El Universal* publica una pequeña nota abriendo página para conmemorar los 126 años del nacimiento del Padre de la Patria.

Sólo en tercer lugar agrega una nota «El Presidente en Maracay» llena de calor y afecto, donde destaca que el general llegó sin séquito alguno. Y lo hace porque, él lo sabe, la popularidad «(...) es su mejor y más inseparable compañera». La ciudad, concluye la nota, «(...) ha despertado como al conjuro de un símbolo; tal es su cariño sincero por su noble Protector»[2]. Todavía el régimen es muy nuevo para que el diario se complazca en la sacrílega coincidencia de fechas natales, o sencillamente lo ignora.

Al año siguiente, ya se sabe lo de las fechas. El 23 de julio de 1910, en su primera página, *El Universal* envía sus felicitaciones al general Juan Vicente Gómez «(...) con motivo de ser mañana el día de su natalicio», aunque no pasa de eso. Veinticuatro horas después, bajo una nota sobre «El 24 de julio» dedicada sólo al Libertador, se publica otra más pequeña, con el inocuo título de «Ultima hora en Maracay» donde se lanza acaso por vez primera en la prensa lo que se hará costumbre en el próximo cuarto de siglo: decir que al celebrar en aquel día la patria agradecida «(...) el onomástico [un habitual disparate, pues en verdad, el onomástico de Bolívar era el 28 de octubre, día de San

Simón] del Semidiós americano, (...) Maracay lo celebra también con júbilo, porque a los recuerdos gratos del natalicio del Genio de la Libertad, únese en estos días el del modesto soldado de Diciembre, que ha devuelto a la República sus prerrogativas soberanas»[3].

Si se compara este texto con las loas a Guzmán Blanco o a Castro, es de una *retenue* ejemplar: mientras «la Patria» celebra a Bolívar, a Gómez lo celebra Maracay; aquél es el «Semidiós americano», éste es el «modesto soldado». ¿Soldado de qué? ¿De las veintisiete acciones de guerra de las cuales se jactará a poco en su carta al «Mocho» Hernández? ¿De Carúpano, donde una bala se le alojó en el cuerpo? ¿De La Victoria, a donde llegó para salvar a su salvador de jefe? ¿De Ciudad Bolívar, donde ahogó para siempre la hidra de la guerra civil? No: de la reacción de diciembre, de esa incruenta «evolución dentro de la Causa».

En 1911 se cumplen cien años de la Declaración de Independencia. Es comprensible un desbordamiento de la prosa patriótica, y que en la prensa el endiosamiento del Libertador pase por encima de todo, no conozca parangón ni permita comparaciones sacrílegas.

Así será, pero al revés: *El Universal* abre con un titular a cuatro columnas «Las Fiestas Centenarias», pero su ilustración, a tres, será una foto del general Gómez vestido de paisano, sentado frente a su escritorio: es la efigie oficial, la que figura en las oficinas de los gobiernos más republicanos.

El suelto describe el ambiente que rodeó la celebración del Centenario. En las dos columnas restantes, un recuadro «(...) presenta al señor General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional de la República, las más respetuosas felicitaciones en el día de hoy fecha de su natalicio»[4] (el cual una pequeña nota más abajo recuerda que lo es también del Libertador).

Pero el mismo Gómez se encarga de que las comparaciones, si bien no tienen por qué olvidarse, tampoco ignoren su personal rechazo de la sacrílega intención de ponerlo a la misma altura del Grande Hombre.

«Tales son» escribe en una carta al general Ramón Guerra, «los misteriosos procederes de la Divina Providencia. Escogió a Bolívar y lo dotó de los grandes atributos del genio para que llevase a cabo una obra colosal, y me designó a mí, el más humilde de los venezolanos, para que dispusiese y presidiese la apoteosis de esa obra inmortal (...)».

Por supuesto, ese hombre tan humilde no podía realizar a solas ni siquiera esa pequeña obra incomparable con la del gran caraqueño, la cual le ha sido posible gracias a que esa misma Providencia le puso al lado a tan insignes colaboradores como el propio Guerra y sus colegas

del Consejo de Gobierno, los ministros del gabinete, los presidentes y pueblos de los estados y los habitantes todos de Caracas[5]. No queda nadie fuera: Gómez no es un gobernante nacional: Gómez *es la Nación.*

Con eso, basta y sobra para encontrar al año siguiente una fórmula que combine humildad y orgullo: exaltar la «ingénita modestia» de Gómez. No se exagera entonces la nota, y apenas un suelto a dos columnas relata que pasó ese día entre los suyos en su hacienda de Bejarano[6].

Eso de la «modestia» no será así cosa de un solo diario, sino que se convertirá en una especie de *tic* periodístico, puesto que *La Religión*, al presentar sus felicitaciones al jefe del Estado con motivo de su cumpleaños, exalta la «(...) dirección del modesto ciudadano que la Providencia ha traído por sus caminos a la primera curul de la Magistratura»[7].

La austeridad en el elogio fue también inspirada desde Palacio. Si no esta vez tan directamente, por lo menos a través de un ejemplo asaz espectacular: el Congreso de la República había decidido concederle el título de «Fundador de la Paz en Venezuela», lo cual fue rechazado por el presidente, quien declaró que no podía aceptar otro título que el que la Constitución le otorgaba.

Aquélla fue una vía encontrada por la adulación para prodigarse, exaltando esa actitud. El 23 de julio de 1912, *El Universal* publica en cuatro páginas completas una buena cantidad de esos acuerdos laudatorios tomados por diferentes corporaciones del país[8].

Pero aparte de eso, lo cual podía estar fuera de su control, ¿no revela acaso en Gómez efectiva modestia, conciencia de la necesidad de modos austeros en los conductores de la República, la famosa «austeridad republicana»?

Para evitar el peligroso escollo de la especulación psicologista, es mejor situar todo esto en el terreno de la pura política. No insistamos demasiado en el *sustratum* jacobino que hay en el asunto, en Bonaparte exaltado inicialmente como *le petit caporal*, y su caricatura por nuestro «Cabito».

Hay además una circunstancia especial: estamos en los años finales de la «luna de miel» del dictador con la nación. Juan Vicente Gómez es presidente de la República legal y también legítimamente, si se toma esto último en el sentido weberiano de aceptación de su mandato por sus mandantes. Las formas exteriores corresponden así a una estructura o si se prefiere, a una correlación interna de poder.

En tales condiciones, Gómez es un presidente civil, y sus fotos

oficiales lo presentan preferiblemente vestido de paisano. De igual manera, su apego a la Constitución es tal que rechaza con énfasis todo tratamiento que no sea el de «Ciudadano» y «Usted» que aquélla permite.

EL CASCO PRUSIANO

Pero doce meses después todo habrá cambiado. Aunque el pie de la foto aluda siempre a su condición de presidente constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, el uniforme militar de gran gala, el casco prusiano coronado por un plumaje al viento, el brioso caballo sostenido con mano firme, recuerdan también su otra autoridad, la de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Por si se ha olvidado, que Gómez, al mismo tiempo (antes, para ser más fieles a la verdad) que presidente, es general.

La primera página del diario que así lo presenta, reparte con cuidadoso equilibrio su ánimo celebrativo con tres columnas para Gómez (foto y felicitación) y las otras tres para «Los Héroes de la Epopeya»: un artículo de Emilio Constantino Guerrero sobre la palabra del Libertador[9]. Ese mismo año ha comenzado a aparecer *El Nuevo Diario,* el cual para subrayar su carácter casi oficial, lleva como lema el mismo del régimen: «Paz y Trabajo». El uniforme y, se podría decir la actitud militar del general Gómez, es todavía más evidente en su esplendorosa foto de primera página.

Y no hay allí preocupaciones históricas de equilibrio patriótico: mientras Gómez se lleva cuatro columnas de la página y de la prosa original del periodista, para el Libertador se reservan apenas dos, donde se reproduce un artículo del historiador francés Jules Mancini sobre la ascendencia de los Bolívar. Es que en ese año, en el cual debe decidirse el espinoso problema de la sucesión presidencial, han comenzado a correr (interesados, o sea oficiales, o no) ominosos rumores de guerra.

El periódico, espantado, señala que «(...) podríamos percibir un estremecimiento de horror ante el solo pensamiento de reasumir la cadena sangrienta y repugnante de los infortunios pasados». Es por eso, dice, que todas las clases sociales rodean intensa, sincera y decididamente «(...) al hombre que después de haber domeñado en los campamentos las desatadas furias de la anarquía, hidrópicas hasta de la propia sangre, corona su tarea con una administración brillante (...)»[10].

Mientras en la capital los dos diarios más importantes rivalizaban así en el ditirambo, el órgano de la Iglesia católica felicitaba al jefe del Estado por la fecha de su natalicio y le expresaba los habituales votos de cortesía, aunque sin aludir para nada al Libertador ni mucho menos a la coincidencia de fechas[11].

Sigue un año muy interesante para quien quiera rastrear los caminos recorridos por la adulación. Gómez ha dejado la presidencia de la República. Desde fines del año anterior ha encargado de ella a José Gil Fortoul, y se ha puesto en campaña para enfrentar una real o supuesta invasión protagonizada por Cipriano Castro. Gómez conserva así en sus manos el resorte más importante de su poder: es comandante en jefe del Ejército Nacional.

Las congratulaciones no pueden ya confundirse con las habituales, y en cierto modo protocolares, debidas a un jefe de Estado. En tales circunstancias, el 24 de julio de 1914 seis columnas de la primera página de *El Universal* se reparten exactamente entre Bolívar y Gómez.

Para el diario, no sería cosa de pensar que «(...) porque ya no sea más el Primer Magistrado de la República fían menos sus compatriotas en los dones de su carácter (...) en sus importantes servicios como Comandante en Jefe del Ejército Nacional, depositario del bien sagrado de la paz (...)».

Por su parte, *El Nuevo Diario* no ilustra esta vez sus cortos textos con la figura de Gómez (tampoco de Bolívar) pero en cambio, presenta a tres columnas en lo alto de su primera página una fotografía de la pluma de oro ofrecida por algunos pueblos del estado Miranda al general para agasajarlo por su cumpleaños[12].

En los cuatro años siguientes, hay, amén de la insistencia en la fecha común del nacimiento, y de un cierto equilibrio en la exaltación de ambos héroes, una interesante gradación en el elogio, al menos en la capital de la República. En 1916, *El Universal*, al presentarlo en su primera página de nuevo en una foto ecuestre vistiendo uniforme militar de gran gala y poniendo sus títulos en certera sucesión («Comandante en jefe del Ejército y presidente electo de la República»), a tres columnas contra dos del dibujo de Bolívar, le confiere, como se ha visto antes, un título hasta entonces inédito: «Jefe de la familia venezolana». La dictadura paternalista se presenta así en sociedad, en público. En 1917, la exaltación personal, y ya no solamente política de Gómez sube de punto. Su foto a tres columnas se destaca también por su ubicación sobre la de Bolívar, y esta vez es él y no el Libertador quien servirá de inspiración a los poetas: un soneto pinta a Gómez como

Vivo ejemplar de procera energía
orgullo y prez de vigorosa raza
lleva en su pecho la marcial coraza
de un corazón abierto a la hidalguía[13].

Estamos ya lejos del «modesto soldado», y también del magistrado civil. Se está exaltando ahora en Gómez no las virtudes ciudadanas, sino su condición militar («marcial coraza») y su actitud moral («corazón abierto»). En 1918, la patria puede sentirse colmada, pues el Libertador ya no está solo en el Olimpo. Por lo menos, así lo piensan los redactores de *El Universal* cuyas páginas se ornan con una extraordinaria composición gráfica: un doble medallón de tamaño heroico une las figuras de Simón Bolívar y Juan Vicente Gómez, anudadas en su base por una cinta con la inscripción «Libertad, Patria, Unión»[14].

Por su parte, en las mismas fechas durante los años 1915 a 1918, *El Nuevo Diario* actúa en forma similar, pero dando sistemáticamente a Juan Vicente Gómez un título que el otro diario parece evitar: «Jefe de la Rehabilitación Nacional». Conviene no olvidar en todo esto el origen de ambos periódicos: mientras que *El Universal*, por muy gomecista que pueda ser, es visto y empleado en los primeros años como una tribuna de los liberales, en cambio, *El Nuevo Diario* ha salido a la luz como representante de lo que podría llamarse «gomecismo puro».

En lo que le concierne, *La Religión* se limita en todos esos años a reseñar los actos de la Iglesia en conmemoración del natalicio del Libertador, sin aludir al de Gómez salvo para reproducir, como lo hace en 1916, algún acuerdo del Concejo Municipal del Distrito Federal excitando al gobernador a declarar día festivo el 24 de julio por cumplirse 133 años del nacimiento de Bolívar y también por ser el cumpleaños de Gómez «(...) elegido Presidente Constitucional de la República y el más eminente de los venezolanos (...)»[15].

La confusión de los homenajes, el adulador recuerdo de la coincidencia en las fechas natales será la regla en Caracas, si bien en 1923 un suceso tan inesperado como sensacional viene a desviar la corriente de las alabanzas, para transformarlas en acuerdos de duelo: el general Juan Crisóstomo («el general Juancho») primer vicepresidente de la República y hermano del presidente Gómez, es asesinado en su lecho; la autoría intelectual del suceso permanece hasta hoy en el misterio. La prensa no se permite ni siquiera especular: apenas se conduele, y adopta las generalidades oficiales sobre «los malos hijos de la Patria».

Si no tan dramático, algo bastante sorpresivo se producirá exacta-

mente un año después. Se trata de una comunicación del jefe del Estado, publicada en su primera página por *El Universal* con el título de «La austera palabra del Presidente de la República» y por *El Nuevo Diario*, sin calificarla, como «La palabra del Jefe del país». Gómez, se dice allí, ha venido observando que algunos funcionarios públicos y los corresponsales de la prensa se prodigan en una literatura ampulosa, que le resta autoridad y circunspección a sus comunicaciones y hacen retroceder el país a épocas de triste recordación anatematizadas por el desprecio y el ridículo. Por lo tanto, el general expresa a los presidentes de estado su deseo de que se dirijan a todos los empleados y personas a quienes corresponda «(...) para que acostumbren en lo sucesivo un lenguaje sobrio y sintético de manera que no ocupen los órganos oficiales, el telégrafo y la prensa, comunicaciones kilométricas que agotan a los pobres trabajadores y hacen sonreír a las personas que tienen el deber o la paciencia de leerlas»[16]. ¡Y todavía se dice que Juan Vicente Gómez carecía de sentido del humor!

Sin embargo, por muy sorprendente que pueda haber parecido entonces, la decisión tiene antecedentes en la práctica de Gómez: cuando apenas tenía cuatro meses en el poder, manifestó el deseo de que en un viaje que hizo al estado Aragua, quienes lo recibieran se ahorrasen alabanzas y homenajes personales. Al reseñarlo, el diario habla, por supuesto, de «la austeridad republicana»[17]. En este caso, lo importante de la decisión es que en 1924 ya no se vive la era del «modesto ciudadano».

LA ADULACION MINERALIZADA

En 1925, sin embargo, *El Universal* vuelve a las andadas de 1918 con el doble medallón: «Bolívar, el Libertador, Gómez el Pacificador» reza la leyenda, completada por un recuadro a seis columnas: «Gómez completa la obra de Bolívar fundando la Paz Pública, organizando sabiamente la Administración Nacional, engrandeciendo la Patria y fundiendo en abrazo fraternal a todos los venezolanos»[18]. En el mismo número y página se anuncia que un regalo, atribuible a la magnanimidad del Benemérito, «lleva la alegría a los hogares venezolanos»: la libertad de los detenidos políticos. Por su parte, el diario católico sigue la línea: abriendo página, con sendas notas a una columna, celebra por

igual el natalicio del «Libertador y Padre Simón Bolívar» y del «(...) Fundador de la Paz (...) Conductor y Primer Magistrado, Caudillo de la Paz (...)»[19].

Pero con todo, si bien *El Universal* continúa exaltando casi por igual cada 24 de julio al Libertador y al Pacificador, en los próximos años se puede hablar de una adulación más «institucional» que propiamente personal, parecida al normal halago hacia un jefe de Estado o en todo caso hacia una figura prominente tal y como se hacía entre 1909 y 1913. En general, se destacan en ese día los decretos gubernamentales y las obras iniciadas o inauguradas con motivo del natalicio del Libertador.

Esa tendencia será más clara en 1930, cuando el 24 de julio se celebra en un país cuyo presidente ya no es formalmente Juan Vicente Gómez sino Juan Bautista Pérez. En 1933, se conmemoran 150 años del nacimiento de Simón Bolívar, y al parecer no se presiona mucho desde arriba para hacer comparaciones y resaltar coincidencias.

En todo caso no se hace, sino que sucede algo muy curioso: al lado del titular, con ilustración y leyenda celebrando el sesquicentenario de Bolívar, un pequeño recuadro, sin título, dice que «Venezuela recuerda en este día, con noble agradecimiento, a su Magistrado Supremo, Benemérito General Juan Vicente Gómez, Fundador de la Paz Nacional y su firme sostenedor, por ser hoy su natalicio»[20]. La curiosidad no reside allí, sino que en los dos años siguientes, El *Universal* repite en la primera página el mismo recuadro con exactamente las mismas palabras, el mismo tipo.

Da entonces la impresión de haberse guardado en el taller «los plomos» del primer texto, en reserva para ponerlos tal cual en los años siguientes. También el diario católico, en 1931 y 1932 repite su fórmula («feliz coincidencia»), pero en general evade comparaciones y elogios desmesurados; pues en el catálogo de la adulación difícilmente pueda considerarse tal decir que el general Juan Vicente Gómez «(...) recibió de la Divina Providencia la misión que ha venido cumpliendo en los destinos de esta Patria, llamada a gran porvenir»[21].

Es normal, dado el carácter partidario de *El Nuevo Diario*, un cierto matiz diferencial: hasta la muerte del dictador, las formas de su lisonja serán muy parejas, llegando también a repetir el titular de su primera página de un año a otro: «Las grandes efemérides nacionales» en 1933, 1934 y 1935. Como en caso anterior, parece haber conservado, si no el texto, por lo menos el titular para repetirlo en los años siguientes.

De todas maneras, eso parece revelar que la adulación había dejado de tener significación política y se había hecho rutinaria, mineralizada.

En tales condiciones, en la lectura de *El Nuevo Diario* resulta menos interesante la dimensión adquirida por Gómez en su comparación con el Libertador, que ver cómo y en qué forma crece autónomamente su figura

Así, en 1928, año de la protesta estudiantil (y por tal, mayormente civil) coincide con las bodas de plata de la batalla de Ciudad Bolívar y el fin de las guerras civiles en Venezuela. El periódico destaca sobre todo este último logro del general Gómez, y por supuesto, sus condiciones de guerrero vencedor de la guerra. Condiciones cantadas por poetas que no le ahorran comparación alguna. Gracias a Juan Vicente Gómez,

El culto de los héroes floreció en todas partes
Los soldados realzaban como jamás el brillo
del deber y adoraban de veras al caudillo.
Y el Capitán Ilustre que venció las insanias
de las revoluciones, platicaba con ellos,
campechano y fraterno, como en los días bellos
con sus lacedemonios fraternizó Pausanias!

Y es la Gran Carretera Trasandina la obra
que en loa de un gobierno es suficiente... y sobra!
Y Gómez construyéndola a modo de un poema
sobre los vericuetos del milenario atajo
reveló convincente la virtud de su lema
lacónico y rotundo: UNIÓN, PAZ Y TRABAJO!

Y acaso meditara en sus ensueños grandes:
qué diría Bolívar si cruzara los Andes![22].

1929 es un año diferente al anterior. Lo hacía diferente, por paradoja, el hecho de ser igual a cuantos el general había conocido a lo largo de su propia historia, por tradición como por acción. Allí deberá enfrentar una forma de lucha viejamente acostumbrado a vencer: la de los hombres de a caballo.

El 24 de julio, entonces, mejor será olvidarse de las glorias guerreras de Simón Bolívar, quien al fin y al cabo descansa para siempre en el Panteón, y recordar a los aspirantes a revolucionarios que deberán enfrentar, a la cabeza del Ejército, a un hombre de carne y hueso, el cual, además, ya ha pasado victoriosamente por ésas.

Bajo el título general de «La Gran Fecha de Hoy», se presentan

entonces tres momentos de la vida de Gómez. A la izquierda, a caballo sobre una mula «(...) en la campaña de 1901, en la cual continuó su gloriosa carrera de triunfos militares con la Batalla de La Puerta y terminó en Ciudad Bolívar el 21 de julio de 1903, sellando la Paz de la República y fundando con ella esta brillante era de Rehabilitación y de efectivo progreso». En el medio, una pintura del general Gómez de pie «(...) en la batalla de Carúpano en el momento de recibir la herida que por poco siega su vida, que tan preciosa ha sido para la salvación de la Patria». Finalmente, Gómez, «(...) en brioso corcel, ostentando su grado de General en Jefe de los Ejércitos de Venezuela, título ganado a fuerza de lucha; de proezas guerreras; de valor a toda prueba; de pericia militar; y de singulares dotes de Estadista que lo hacen hoy el Caudillo indiscutible de mayor autoridad moral que haya tenido la República»[23].

A medida que se baja en la escala intelectual, ese caudillo sube de rango a la inmortalidad, como en unos versos pavorosamente claudicantes publicados por *El Nuevo Diario* en 1930, en los cuales, desde la población de El Consejo, un infaltable poeta de 24 de julio expresa cuánto le debe a esa magna fecha y

Por ello me descubro y entono reverente
un himno agradecido, el cual eternamente
debemos a este día de grave recordación;
que al hijo de Caracas, «El Grande entre los Grandes»
y al otro muy preclaro, surgido de los «Andes»
dióles con luz primera la inmortalización[24].

En el texto de 1929, lo de «moral» es, por supuesto, una cláusula de estilo, pues tanto la letra como la imagen buscan destacar el otro tipo de autoridad que emana de Gómez. Para la cual se buscará un reconocimiento que trascienda las fronteras de Venezuela.

Al cumplirse los treinta años de «la fundación de la paz en Venezuela» (como la propaganda llama a la victoria de Ciudad Bolívar) en una conferencia dictada en el Instituto Ibero-Americano de Hamburgo, el cónsul general de Venezuela, Rafael Paredes Urdaneta propone al Benemérito general Juan Vicente Gómez para el Premio Nóbel de la Paz[25].

La proposición cierra con broche de oro una infatigable labor de adulación que había tenido, en Hamburgo mismo, logros tan diversos

como hacer bautizar la mayor de las unidades navales de la Compañía Naviera Horn con «(...) el glorioso nombre de 'Presidente Gómez' (...)»; o que la Universidad de Hamburgo inaugurase en el lugar de honor un retrato del dictador, imitada por «(...) el afamado mundialmente Instituto de Higiene Tropical» de la misma ciudad; que un instituto de enseñanza cambiase, después de treinta años de existencia su nombre por el de «Academia de Idiomas y Comercio Presidente Gómez de Venezuela», y otras «demostraciones de cariño y respeto»[26].

A su regreso a Venezuela, Paredes Urdaneta no cesó una labor adulatoria tal vez sin par entre los gomecistas. En diciembre de 1934, siendo presidente del estado Mérida, decretó la adquisición de un busto en mármol de Hermenegilda Chacón, la madre de Gómez, para colocarlo en el hospicio del mismo nombre.

En 1935, se cumplían cien años del nacimiento de Pedro Cornelio Gómez, padre del dictador. Había venido al mundo, como su ilustre hijo, en el estado Táchira. Pero eso no importaba, pues, dice el decreto de 31 de enero de 1935, «(...) el feliz advenimiento de Don Pedro Cornelio Gómez, acaeció justamente en los días en que los estados Mérida y Táchira constituían la Provincia de Mérida, motivo por el cual esta entidad federativa puede enorgullecerse hoy de ser el lar nativo de aquel austero varón».

Por lo tanto, no sólo se decretó día de fiesta en todo el estado el 1 de marzo, día del Centenario de Pedro Cornelio, sino también la erección de un busto en mármol en el mismo hospicio donde estaba ya uno de su esposa, para que de tal manera estuviesen unidos «(...) bajo el alero filantrópico donde el corazón humano desgrana el prodigio de la Caridad, las efigies de aquellos que vivieron toda una vida enlazados por el decoro, por el amor y la virtud», decía un afiche oficial.

LEJOS DEL CENTRO Y DEL PODER

Las dificultades en la consulta de las colecciones (o su inexistencia) imponen ser muy cautos en cualquier conclusión o formulación general al referirse a la prensa de provincia. Hasta aquí, esta especie de catálogo de la adulación se refiere sobre todo a los más importantes diarios caraqueños.

Si la comparación con *El Luchador* de Ciudad Bolívar es posible y

prima sobre otros diarios regionales acaso de mayor circulación, ello se debe a que su colección se conserva bastante bien en la sección de microfilms de la Hemeroteca Nacional. Por desgracia, no se puede decir lo mismo de otra prensa regional de pareja importancia.

En 1909, como se ha visto, la prensa caraqueña ignora la coincidencia en los natalicios de Bolívar y Gómez. Esa ignorancia parece ser mucho mayor al otro extremo del país. En Ciudad Bolívar, *El Luchador* conmemora con un día de anticipación (el 24 es sábado, cuando el diario no se publica, amén del posible asueto de la fecha) el natalicio de Simón Bolívar, pero nada dice (ni tampoco el 26) sobre el general Gómez[27].

En 1911, todo el país está volcado hacia los festejos del Centenario. En Ciudad Bolívar, la nota de prensa en celebración del héroe no contiene alusión alguna a Juan Vicente Gómez[28]. Y cuando, dos años más tarde, en Caracas los diarios de mayor tiraje comenzaban a quemar el incienso en el altar de los dos héroes de natalicio coincidente, en el otro extremo del país aparentemente se era más austero (o más fiel al monoteísmo patriótico): el 24 de julio es el día de «El Libertador Simón Bolívar». Nada se dice sobre Gómez[29].

La actitud de *El Luchador* a partir de 1914 merece párrafo aparte. No hay en la fecha aniversaria la melosa comparación, ni se insiste en la coincidencia, a menos que la orden venga de arriba, o sea del centro, en la forma de algún acuerdo del Concejo Municipal de Caracas.

Esto no es atribuible ni a olvido, ni tampoco a manifestación de una conducta oposicionista, si se toma en cuenta que el 24 de julio de 1912, como remate de las festividades de ese día, medio centenar de personalidades de la región se habían dirigido al general Gómez para cumplimentarlo por la «(...) fecha en que coinciden felizmente el natalicio del Libertador Simón Bolívar y el de Usted, bajo cuya sabia Administración ha alcanzado Venezuela paz inconmovible, regularidad y progreso»[30], y que entre los firmantes de ese acuerdo figura E. [dmundo] Suégart, propietario del periódico.

Es cierto que al año siguiente termina la «luna de miel» de Juan Vicente Gómez con la casi unanimidad del país, pero no se sabe que Suégart haya pasado a la oposición, así fuese muy escondida. Por lo demás, no se concibe que de haber sido así, *El Luchador* hubiese continuado en la calle: por mucho menos se suprimió *El Fonógrafo* de Maracaibo en 1918 y sus propietarios fueron a dar al exilio.

En todo caso, los números de *El Luchador* conservados en la Hemeroteca Nacional, no insisten en festejar a Gómez por su cumpleaños,

y a veces se olvida de hacerlo incluso con el Libertador. La primera página del 23 de julio de 1915 no habla en absoluto de los dos eminentes venezolanos: está consagrada íntegramente... ¡a Wolfgang Amadeus Mozart!

Habrá que esperar hasta 1925 para que al lado de un jubiloso titular («El XXIV de julio en Maracay. Gesto hidalgo del Pacificador de Venezuela. Libertad de los presos políticos. Los exilados tachirenses regresan a la Patria»), un editorial recuerde al fin esa fecha como aniversaria «(...) de la natividad del Padre de la Patria y del egregio Conductor de la República, Benemérito General Juan Vicente Gómez, a quien la Providencia ha conferido la misión de consumar la obra del Genio Libertador con el establecimiento de la paz (...)»[31]. De allí en adelante, la tradición de ignorar lo que en Caracas se recuerda con untuosidad se romperá sólo en dos ocasiones: en 1928 y en 1933. Es imposible que sea de otra manera, pues se celebran, respectivamente, veinticinco y treinta años de la batalla de Ciudad Bolívar y del fin de las guerras civiles.

Al saltar al extremo opuesto del país, y haciendo de nuevo la salvedad de que el estado de las colecciones sólo permite extrapolar observaciones aisladas, y tomando en cuenta además que se trata del Zulia, un estado donde la simpatía por la causa aliada fue tomada por el gomecismo como una manifestación de oposición, y llevó a la clausura del casi cuarentón *El Fonógrafo*, no parece demasiado aventurado decir que la actitud de *Panorama* es más bien neutra en materia de adulación y evita la sacrílega comparación con motivo del 24 de julio[32].

La actitud de *El Impulso* de Barquisimeto da la impresión de ser ligeramente diferente. En 1926, publica un artículo donde, como suele hacerse en la prensa caraqueña, rinde tributo al Libertador y al mismo tiempo congratula al general Gómez[33]. En 1930, su portada copia a la prensa caraqueña: a cada lado de la primera página, un retrato a dos columnas del «Padre de la Patria» y del «Supremo Conductor de la Causa Rehabilitadora»; el primero «hombre privilegiado» y por supuesto «Libertador»; el segundo «Benemérito» y además «Comandante en Jefe del Ejército Nacional»[34]. Sería demasiado fácil atribuirlo a una particular obsecuencia de los editores de *El Impulso* hacia el tirano. Sin excluirla, conviene hacer dos precisiones: primera, los dos números cuya consulta fue posible son posteriores a 1925[35], es decir, cuando ya ha comenzado a gobernar en Lara el más «gomecista» de los presidentes de estado de Gómez: su primo Eustoquio. Segunda, el ejemplar de 1930 inscribe,

en su cabezal, «Edición de Caracas». Aunque nada autoriza a decir que la mostrada a los larenses fuese diferente de ésta, tampoco se puede excluir la sospecha de que los redactores de la capital fuesen escasamente diferentes (en caso de no ser los mismos) de *El Universal* o *El Nuevo Diario.*

En 1926, en Carúpano, un «diario de intereses generales» como él mismo se califica, *El Semáforo* de los hermanos Arturo y Santos Erminy Arismendi, casi expresa en ese su decimoquinto año de existencia lo que la adulación tiene en la punta de la lengua pero que nunca se ha atrevido a exteriorizar por miedo al infierno y también al ridículo que podría terminar en La Rotunda: el general Gómez es Dios.

Por supuesto que el elogio es más sutil y se hace en dos tiempos. En un primer párrafo, constata que además de América toda, «(...) el mundo entero, ve en esta efemérides un hecho trascendental, no para determinado continente sino para la humanidad en general, pues el 24 de julio de 1783 nació otro Redentor: Simón el Grande». Una vez «dualizado» así el Libertador con el Dios de los cristianos, viene el segundo escalón: para los redactores de *El Semáforo,* la fiesta del 24 de julio tiene especial significación, pues a más de ser el natalicio del Libertador es también del Benemérito general Juan Vicente Gómez «(...) como si la Providencia hubiera querido dualizar en esto a los dos hombres: aquel que fundó la Patria con su genio inmortal y con su espada, y éste que con su vigor y su talento ha sabido enrumbarla por los amplios senderos del progreso»[36].

Un periódico de Trujillo, *Paz y Trabajo,* circulará en la capital de ese estado entre los años de 1921 y 1928. Su mismo título deja claro hacia donde van sus simpatías políticas, aunque su gomecismo no llegue a permitirle los extremos sacrílegos de su colega en la otra punta del país. En las cercanías de la fecha procera, o ese día mismo, publica editoriales para recordar el doble regocijo. Aquí lo más interesante resultan los calificativos que acumula sobre el general Gómez: si en 1925 el 24 de julio es «(...) Natalicio del inmortal Legionario de la Libertad de América y, también, por feliz coincidencia, del generoso Bienhechor de la Patria y providente intérprete de sus grandes y nobles anhelos de Unión y Fraternidad»[37], un año más tarde, entrecomillando quizás a *El Nuevo Diario,* el Benemérito general Juan Vicente Gómez es «(...) 'el hombre necesario en el presente y en el porvenir' de nuestro País y quien, de manera admirable ha realizado (...)» los ideales del Libertador[38], o más simplemente, «(...) el hombre fuerte de Diciembre»[39].

Finalmente, merece citarse una curiosa publicación, acaso un núme-

ro único, de 1926 en San Cristóbal. *Brisas del Táchira* lanza a la calle su primer (y que se sepa, único) número el 24 de julio de ese año. Con todo el ripio patriótico, literario y gomecista de rigor, califica a Bolívar de «Hércules Americano» y otras flores entre las cuales la infaltable «Superhombre de América» y celebra que ese día de su natalicio sea «(...) en exacto paralelo, el de su digno sucesor: El Benemérito Gral. Juan Vicente Gómez, el hombre único, el Rehabilitador de Venezuela, el Héroe de Diciembre» y otras etcéteras entre las cuales figura a renglón seguido repetir para él lo que se dijo de Washington en su lecho de muerte: «grande en la guerra, grande en la paz, grande en el corazón de sus conciudadanos».

Hasta aquí, nada de eso merece siquiera ser citado: ni por la escasa importancia de la publicación, ni por la calidad de los elogios, que son los mismos que se entonan en otras partes. Pero más adelante, la pluma del articulista se recrea en la evocación de los años iniciales del general Gómez y pone negro sobre blanco este huevo único en la cesta adulatoria:

> Imaginémoslo, —ya que nuestros cortos años no nos permiten ser testigos fieles de ello—, en su vida de infancia, siempre laboriosa y anhelante que discurriera en este su pueblo nativo... y más tarde en la idea que acariciara por desaparecer de su Patria las borrascosas nubes de intranquilidad pública, cuando, con el magnate del heroísmo y de la táctica militar, Gral. Cipriano Castro, pasara la frontera por esta Patricia Villa, bajo la sacrosanta magestad [*sic*] del 23 de mayo de 1899, y colocara la bandera de sus legítimas ideas en las soberanas plantas del Avila.
>
> Y pensemos en su legitimidad como guerrero cuando años después, en genuina compañía con el bizarro Castro, sometiera de manera gloriosa la malévola furia de un poderoso partido nuevamente surgido como símbolo de exterminio para Venezuela[40].

Que en un elogio a Gómez se deje correr otro, nada mezquino, a Cipriano Castro, y que se repita y precise en el párrafo siguiente (como si alguien pudiese tomar aquello como un simple desliz de pluma) y en una publicación tachirense y gomecista, puede causar asombro. Pero aparte tal vez de la poca importancia de la publicación, y de la confesa juventud de sus redactores, deben considerarse al menos dos circunstancias.

En primer lugar, Castro está muerto desde hace dos años. Ya un elogio de sus cualidades militares no puede tener un carácter tan subversivo como podía serlo en vida suya. Eso podría, en segundo

lugar, ser indicativo del ambiente de «reconciliación nacional» propuesto por el Gobierno —y recibido regocijadamente por la prensa— con la liberación de los presos políticos el 24 de julio de 1925. Esa «reconciliación nacional», en el Táchira, significa entre otras cosas, y tal vez sobre todo, entre castristas y gomecistas. Es lo que parece sugerir un párrafo del mismo artículo, según el cual lo que se celebra, sobre todo, es el primer aniversario de aquel decreto reconciliador: «El Gral. Juan Vicente Gómez olvidando viejos enconos, malévolas rencillas y políticas pasiones, abre las puertas de la Patria a sus hijos ausentes con sin igual ingenuidad, como que fue de ellos su antiguo Jefe y Compañero (...)»[41].

Como se ha dicho antes, las limitaciones en la muestra aconsejan prudencia en las conclusiones. Pero hecha esa salvedad, podrían decirse algunas cosas.

No existió un culto sistemático a la personalidad de Gómez, y los elogios prodigados por la adulación son de una austeridad ejemplar no sólo enfrentados a los que recibirán Hitler, Mussolini, Stalin, Mao Tsetung o Kim Il Sung (o en el Caribe por Rafael Leonidas Trujillo), sino a los recibidos en Venezuela por Antonio Guzmán Blanco y Cipriano Castro. Parte de aquellas alabanzas pueden considerarse «institucionales» (la felicitación normal al jefe del Estado en su cumpleaños), otra parte sinceras (entre 1908 y 1913 ellas son unánimes al «fundador de la paz»), y sólo una parte producto de la adulación al gobernante.

No se pretende así hacer un contaje riguroso, ni decir por lo tanto que esas tres partes sean iguales. Pero en lo que concierne a la última, se impone hacer también algunas consideraciones suplementarias. Una, la adulación no tiene una forma constante, y es producto de una determinada circunstancia, o sea que se integra dentro de una manera, o de una necesidad de manipulación política. Así, mientras que entre 1908 y 1913 se mantiene dentro de límites políticos, y se pone el acento sobre la «modestia» del general Gómez y se le viste con ropas institucionales (y muchas veces de paisano), en los diez años siguientes, en especial aquellos donde el régimen parece peligrar, el ditirambo se adorna con sus mejores plumas: allí la comparación con el Libertador es rutinaria. A partir de 1925, sin embargo, aun tomando en cuenta que en 1928 y en 1929 el régimen ha sido amenazado, la adulación es más cosa de rutina que de imaginación: los diarios de Caracas, incluyendo el oficialísimo *El Nuevo Diario* no hacen sino repetirse, casi con las mismas palabras, de año en año, siendo esto más evidente y casi caricaturesco en los tres últimos de la vida del dictador.

Hablar de «los diarios de Caracas» alude a otro aspecto del asunto. La adulación parece irse diluyendo a medida que se alarga la distancia con el centro. Eso llama tanto más la atención cuanto que los periódicos de provincia dependen muchísimo más de la publicidad oficial que los de la capital. No debe verse en eso una tendencia oposicionista: como se ha visto, allí hay excepciones, y ellas no se prohíben ir más lejos de cuanto se ha llegado en Caracas. La explicación más general a todo aquello acaso sea que en provincia el «monoteísmo» de la religión bolivariana es más fuerte y las comparaciones demasiado cercanas podrían considerarse sacrílegas. Por supuesto, hay también el hecho de que la adulación es una forma de aproximación al poder, y ella es más fuerte cuando más cercano está su centro.

NOTAS

1 *El Día*, 26 de diciembre de 1908, p. 4.
2 *El Universal*, 24 de julio de 1909, p. 1.
3 *El Universal*, 25 de julio de 1910, p. 1.
4 *El Universal*, 24 de julio de 1911, p. 1.
5 «Gómez a Ramón Guerra», 24 de julio de 1911, BAHM, nº 69, p. 69.
6 *El Universal*, 25 de julio de 1912, p. 1.
7 *La Religión*, 23 de julio de 1912, p. 1.
8 El tono de esos acuerdos es siempre el mismo, y casi las mismas sus palabras. El Concejo Municipal del Distrito Sucre del Estado Yaracuy, por ejemplo, considera «Que la palabra franca y sincera con que el Jefe del País elude el honor que merecida y patrióticamente le confiriera el Congreso Nacional, evoca los sentimientos más puros de la democracia venezolana, encarnada en sus propias palabras (...)» etc. *El Universal*, «Alcance al 1123», 23 de julio de 1912, s/p.
9 *El Universal*, 24 de julio de 1913, p. 1.
10 «Cumpleaños del Presidente». *El Nuevo Diario*, 24 de julio de 1913, p. 1.
11 *La Religión*, 24 de julio de 1913, p. 1.
12 *El Nuevo Diario*, 24 de julio de 1914, p. 1. En la colección de *La Religión* que está en la Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia falta el número correspondiente del año 1914, extraviado antes de su encuadernación.
13 Eliseo López, «Juan Vicente Gómez». *El Universal*, 24 de julio de 1917, p. 1.
14 *El Universal*, 24 de julio de 1918, p. 1.
15 *La Religión*, 23 de julio de 1916, p. 2.
16 *El Nuevo Diario*, 24 de julio de 1924, p. 1.
17 «Viaje del general Gómez». *El Universal*, 21 de abril de 1909.
18 24 de julio de 1925, p. 1.
19 *La Religión*, 23 de julio de 1925, p. 1.
20 *El Universal*, 24 de julio de 1933, p. 1.
21 «24 de julio». *La Religión*, 25 de julio de 1932, p. 1.
22 Mario Gómez, «La Gesta de Don Juan». Poema que obtuvo el Primer Premio de Poesía Patriótica en el concurso promovido para celebrar el XXV aniversario de la Paz en Venezuela. *El Nuevo Diario*, 26 de julio de 1928, p. 9.
23 *El Nuevo Diario*, 24 de julio de 1929, p. 1.
24 *El Nuevo Diario*, 24 de julio de 1930, p. 1.
25 *El Nuevo Diario*, 24 de julio de 1933, p. 1.
26 Rafael Paredes Urdaneta a Gómez, *Los hombres del Benemérito*, t. II, p. 238.
27 *El Luchador*, 23 de julio de 1909, p. 1.
28 *El Luchador*, 25 de julio de 1911, p. 1.
29 *El Luchador*, Ciudad Bolívar, 23 de julio de 1913, p. 1.
30 *El Luchador*, 25 de julio de 1912, p. 1.
31 *El Luchador*, 25 de julio de 1925, p. 1.
32 De los diez números que se encuentran en la Hemeroteca Nacional, sólo cinco se pueden consultar. Se refieren a Bolívar y no al general Gómez, con excepción del 23 de julio de 1918 donde se felicita brevemente al gobernante.
33 *El Impulso*, 23 de julio de 1926, p. 1.
34 *El Impulso*, 24 de julio de 1930, p. 1.
35 *El Impulso* fue fundado, en la ciudad de Carora, en 1904, pero más tarde se trasladó a Barquisimeto. En la Hemeroteca Nacional se conservan algunos números de la

década del 20, y en ella, el mes de julio sólo se encuentra en las dos ocasiones antes citadas.

36 *El Semáforo*, Diario de Intereses generales. Carúpano, 23 de julio de 1926, p. 1.

37 *Paz y Trabajo*. Por la Patria y por la Causa. Trujillo, 20 de julio de 1925, p. 1.

38 *Paz y Trabajo*. 17 de julio de 1926, p. 1.

39 *Ibídem*, 24 de julio de 1926, p. 1.

40 *Brisas del Táchira*, 24 de julio de 1926, p. (1 ?).

41 *Idem*. Por su parte, el general Eleazar López Contreras veía así «la reconciliación de la familia tachirense», como se llamó a lo sucedido en el Táchira después de la partida de Eustoquio. En 1931, en una conversación con Gómez, le dice que «(...) Castro se murió hace siete años, y usted es el único heredero de su capital político, que con el suyo volverá a vernos reunidos a los restauradores». A lo que Gómez respondió, según la misma versión: «Tiene usted razón, siempre seremos restauradores, y ya se murió Castro (...)». Eleazar López Contreras, *Proceso político-social...*, p. 14.

CUARTA PARTE
LA REACCION

Porque si nosotros no hablamos,
hablarán las piedras

Pocaterra



XIX. Los anti-«gomistas»*

El dos de noviembre de 1923, aparece en la última página de *El Universal* un suelto histórico-literario firmado por un tal *Aguimún* y cuyo título, «Del tiempo ido» acentuaba sin originalidad la intención evocativa. *Aguimún* es un anagrama de *Munguía*; por lo tanto, el autor del suelto era el poeta satírico Juan José Churión (1876-1940) quien solía firmar *El Bachiller Munguía* [1].

La página relataba en tono ligero lo siguiente: en el Estado mayor del general Luciano Mendoza en tiempos de la Revolución Liberal Restauradora del 99, se habían incorporado algunos poetas, los más conspicuos de los cuales eran Alejandro Romanace y Tomás Ignacio Potentini. A este último, cuando dormitaba una borrachera, alguien lo desafió a que improvisara unos versos, en el estilo de aquel «terroncito de mirra», como él mismo llamó a sus muy famosos versos de gloria a Bolívar («*Cuentan que tuvo en su faz/ lo que salva y lo que aterra*»...). Potentini tomó papel y pluma, y escribió:

(A Juan Vicente González)

Mueve tu pluma indignada
Un espíritu divino:
Es tu verbo peregrino

Rayo en la cumbre empinada.
Ante tu voz aflautada,
Germen fecundo de idea,
Oigo que aún se recrea
Murmullando el auditorio:
Es tu furor oratorio
Zarpa erigida en presea

Y he aquí un «terroncito de mirra» desconocido del olvidado poeta, y que ha dormido inédito hasta ahora en que revolviendo papeles viejos dimos con él. Arrugado, mugriento y borroso, aquel papel lo habíamos guardado en la *capotera* de campaña, y sus rasgos, algunos indescifrables, como enigma, muestran el estado *psicológico* del poeta como del copista que lo fue quien esto escribe (...).

«Aguimún»

Era mentira que el autor hubiese tenido eso en su «capotera» y encontrado al hurgar papeles viejos. Fue una pésima broma que alguien le jugó a Juan José Churión, quien fue a dar a La Rotunda: los versos eran en verdad un acróstico, del cual las primeras letras de cada verso formaban la frase «Muera Gómez», y de lo cual no se podía dar cuenta el lector a menos que separara o destacara esa primera letra.

El 25 de noviembre de 1923, Churión publica en la primera página de *El Universal* un artículo titulado «Nobleza Obliga», donde agradece a Gómez por haberlo puesto en libertad, al darse cuenta de que ninguna culpa tenía del asunto, de que «sus enemigos» le habían tendido una trampa. Y aprovecha para declarar su fervorosa adhesión al régimen.

El 26 de noviembre de 1923, Willis S. Cook, desde la Legación de los EE.UU. en Caracas, escribe al secretario de Estado informándole que el autor del acróstico, un tal «señor De los Ríos, está en un hospital de Caracas, bajo custodia del gobierno»[2].

El anterior es el acto de un suicida o, como parecía ser en verdad el caso, de un moribundo. Puede que (sobre todo en ese año cuando, después de la muerte de «Juanchito», el dictador está menos que nunca para bromas) sea un acto aislado. Pero no es único. Por mucho que ella sea pequeña y reprimida con tanto rigor como éxito, la oposición a Gómez nunca dejará de manifestarse, sobre todo después de 1913, cuando comienzan a morir las ilusiones.

Hay una oposición interna y otra en la emigración. Cuando Gómez se refiere a ellas, pone el acento en esta última, las confunde, y no sin razón: la otra es silenciosa, por lo menos hasta 1928, cuando deja de

serlo, aunque se manifieste en forma clandestina. Es silenciosa porque no serlo es demasiado peligroso. Pero el hecho de que a partir de esta última fecha deje de serlo, así su opinión se distribuya so capa, parece indicar que su falta de palabra no provenía sólo del terror, sino también acaso de no tener nada que decir.

En todo caso, a partir de esa fecha se puede comenzar a marcar la diferencia entre la oposición a Gómez y la oposición al gomecismo. Como están combatiendo de todas formas una dictadura personal, esa diferencia comienza en el retrato que ambas oposiciones hacen del tirano.

EL DESPRECIADO MESTIZO

Hay dos retratos que pintan a Gómez en la cúspide de su dominación: uno de Rufino Blanco Fombona en 1910, otro de Jacinto López en 1922. En ambos se combina la descripción con la impresión que provoca y que va más allá de lo puramente físico, por mucho que ambos quieran, al menos en ese párrafo, quedarse en la simple fotografía. No decimos fotografía para emplear cualquier palabra: tanto López como Blanco Fombona están demasiado lejos para que las suyas sean imágenes tomadas en vivo. O tienen ante sus ojos la estampa oficial, o simplemente están recordando al Gómez que conocieron, al de 1908.

Para Blanco Fombona, en su *Judas Capitolino*, «Gómez, hombre de 50 a 55 años, es de regular estatura, ancho de espaldas, color terroso, nariz tirando a roma, pardos ojos pequeñitos y chinescos, pómulos salientes, orejas en asa, frente corta y huida»[3].

Doce años más tarde, en el periódico *La Reforma Social*, Jacinto López imprime su propia placa en estos términos: «El 'General' Gómez es un hombre de sesenta años sonados, regular de estatura, lacertoso, ventrudo, carrilludo, de ojos pequeños, de labios gruesos, pálido, falto casi de frente. La mezquindad de la frente es el rasgo distintivo y dominante de su fisonomía. Su tipo todo grita a leguas el mestizo»[4].

Pocaterra completa eso, tal como lo vio en 1910: «(...) un hombrazo de rostro aldeano y desconfiado (...)», a quien el cabello le nacía «indio y vertical, formando una especie de plazoleta de pelos cortos y recios sobre el chato frontal. Los ojuelos inquietos, el bigote caído, ralo»[5].

En este retrato, dos rasgos del general Gómez llaman la atención de

los escritores: la frente («corta», «chata», «mezquina», «huida») y los ojos («pequeños», «inquietos», «chinescos», encerrados por «pómulos salientes»). Lo primero es un signo evidente que estaba destinado a impresionar mal a unos intelectuales para quienes la descripción clásica del hombre inteligente le atribuye facciones finas y una frente alta y despejada (todavía hoy, en lenguaje popular, tener o no tener «cuatro dedos de frente» marca la frontera entre la inteligencia y la bestialidad).

Lo segundo es un rasgo prominente de inferioridad racial. Cuando se dice «chinesco», o más generalmente «asiático», nadie piensa en Buda ni en Confucio, en las más viejas culturas de la tierra. El asiático lleva en las venas, como imborrable maldición, el despotismo, léanse Montesquieu y Hegel.

Pero hay algo mucho peor, más peligroso: el asiático no sólo lleva en sus venas mala sangre por inferior, sino también por demasiado abundosa. Es el «peligro amarillo». Si las razas inferiores se contentasen con ser tales, aceptaran para siempre el *apartheid*, las cosas serían más fáciles, pero no: ellas insisten en mezclar sus sangres con la nuestra, y ello para dar luz a un espécimen que combina todas sus maldades, un Juan Vicente Gómez cuyo tipo «grita a leguas el mestizo». Más tarde, ya se verá, el desprecio genético se volverá maldición política.

Pero el retrato físico de Gómez no puede quedarse allí: al fin y al cabo, los asiáticos podrán ser inferiores, pero pertenecen a la raza humana. Gómez debe descender más aún, hasta el reino animal: José Rafael Pocaterra lo vio en 1918, jugando con un caimán: «(...) por un momento», escribe, «no supe cuál era el caimán y cuál era Gómez»[6]. La imagen le gustará tanto, que cada vez que la ocasión se presente, no dejará de hablar de los «ojos de aligator» del tirano.

El Gómez que está siendo fijado por ese lente aberrado es, en los dos primeros retratistas, el de 1908. Todos cambiamos al paso de los años, y la vejez tiende a aguzar algunos rasgos, a suavizar otros. El Gómez de sus últimos años, basta ver las fotografías, ya no es ni ventripotente ni musculoso («lacertoso»); sus labios gruesos han desaparecido bajo un bigotón cascadeante que poco a poco ha ido sustituyendo al orgulloso mostacho kaiseriano; sus ojos pequeños se ocultan ahora tras gafas redondas.

Pero no lo encontramos pintado en esta etapa con tan altos colores como lo fuera en sus inicios. Quién sabe si se trata de que, al hacerlo, sea necesario acentuar los rasgos de la senectud a riesgo de enfrentarse a la acusación de impotencia: ¿se dejan tiranizar por semejante anciano?; y al inevitable comentario de que los años pasan, en efecto, pero

pasan para todo el mundo. Sea como sea, el caso es que a partir de 1921, el retrato de Gómez cambia para vestirse con los colores de una esperanza: Gómez está enfermo. Su muerte es inminente según una hoja suelta que hace circular un J. J. Negrón en Puerto Rico: «El General Juan Vicente Gómez se ausenta del escenario de los vivos. Una cruel enfermedad devora sus entrañas»[7]. Cierta o no, esa enfermedad tardará todavía catorce años para engullir enteramente las entrañas del dictador.

¿Cuál es esa «cruel enfermedad» que la oposición atribuye al general? Como suele suceder, la falta de información da pábulo a los rumores más fantasiosos: Gómez padece de un misterioso mal de la sangre, y de allí su hábito de calzar siempre guantes para ocultar las manchas que lo denuncian en sus manos. Debe inyectarse —o tal vez beber— sangre humana, y por eso, de tiempo en tiempo, comienzan a desaparecer niños en ciudades y campos de Venezuela. La próstata del general Gómez va a librarnos de su presencia como lo hizo en su momento el riñón de Cipriano Castro. Diez años más tarde, y pese a que en 1928 una hoja suelta en Caracas señalaba al tirano en agonía[8], Rómulo Betancourt le describe a Joaquín García Monge un Gómez vegetariano que «refocilado como un asno de buen pienso, evita» por prescripción facultativa las toxinas de la carne» y se atiborra de yuca[9].

La pintura de un Gómez mestizo y cuya frente escasa lo sitúa en la escala inferior del género humano será completada, cuando ese retrato tome vida, con los modos del gañán y el disimulo del ladino. Aquel primer retrato de Rufino Blanco Fombona se continúa con sus modos: «Su voz es bronca; sus modales los del hampa; sus dicharachos de germanía; su conversar estreñido y enrevesado, la jerigonza de un peón. Un rictus de falsía, característico de aquella fisonomía bestial, permite comprender al observador menos psicólogo la doblez de semejante alma...»[10].

Jacinto López también se choca ante sus modos poco civiles: «La impresión que produce es de un hombre pesado, tosco, burdo, suspicaz, desconfiado, ignorante y estúpido». Cuando lo vio en 1909, le pareció «...un mozo de paja y cebada o un mozo de cordel. Es un rústico que parece llevar consigo la atmósfera de las sabanas, los potreros, los hatos, los trapiches, los mesones. Imaginaos a un peón en la Presidencia de la República»[11]. Y Pocaterra también lo viste, en 1910, con ropas aldeanas: «Llevaba camisa de colores chillones, pañuelo de seda escandaloso, una forma de calzado pueblerina. Ese pie característico de la gente ordinaria que ha destalonado mucha alpargata y en la que se

adivina que bajo el calcetín de hilo de Escocia se oculta el talón cuarteado. Debía usar calzoncillos de trenza y zapatos de oreja»[12].

Un rústico, Juan Vicente Gómez lo es. Pero ¿qué otra cosa eran Páez y Monagas, pese al porte señorial de este último? ¿Y Crespo, que prefería ponerse en manos de un «curioso» antes que de un médico? Lo de ignorante es presunción de intelectual, tan cierta como lo es que esa condición la comparten todos los caudillos de Venezuela, con excepción de Guzmán Blanco, Falcón y, en menor grado tal vez Cipriano Castro. Lo de estúpido... Para el «centrano» locuaz y rápido en la *répartie*, siempre la lentitud con que el montañés desgrana sus frases le ha parecido cosa de tontos, señal inequívoca de una radical estupidez.

Dicho sea de paso, lo de ignorante es el único insulto que no rechazan sus aduladores, porque, es Vallenilla Lanz quien lo dice, la ciencia del general Gómez es la de saber gobernar. Ya hemos visto que, durante cierto tiempo, exaltar la modestia del Benemérito se convirtió en un *tic* periodístico. Pero después se mantuvo como una forma de resaltar lo que *Pío Gil* llamaba «la impersonalidad del despotismo» gomecista.

En 1930, un paciente adulador compuso en cincuenta sonetos (¡exactamente setecientos versos!) la vida y obra de Gómez, exaltando entre otras cosas sus «Virtudes cívicas»:

Es humilde y sencillo en la expresión,
no redacta proclamas rimbombantes,
ni se aprende de extraños gobernantes
la manera de triunfar en la opinión.
No se precia de saber legislación...[13]

Sus propios enemigos no podrán mantener para siempre la acusación de estupidez, no sólo porque al final se vuelve contra ellos, que han sido impotentes para derrotarlo, sino porque contradice el otro retrato que también se le hace, el retrato moral que completa ese retrato físico.

LA TAIMADA DOBLEZ

Ese hombre tosco, ignorante y estúpido, ese gañán lacónico, ¿cómo pudo entonces encumbrarse y después reinar durante tantísimos

años sobre unos enemigos que esas acusaciones hacen suponer por lo contrario talentosos y cultos? Esa es la primera pregunta que deben responder del alba al cielo estrellado quienes han revelado aquel negativo.

La doblez, amigo, la doblez. En 1928, las páginas clandestinas de *El Imparcial* comienzan a recordarle a Gómez que en el origen de su poder están la traición y el disimulo[14]. Quien se inició con un perjurio, traicionando la confianza que en él había depositado un hombre al cual le ligaban, amén de los de amistad, los lazos de paisanía y sacramento, ha faltado también a su promesa, hecha en aquel entonces, de cumplir (y hacer cumplir, como dice el juramento oficial) la Constitución y las leyes de la República.

El que haya traicionado a Castro no es cosa que se le reproche con insistencia, y es normal que así sea. Primero, entre los opositores a Gómez ese muerto no tiene muchos dolientes: ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón. Segundo, aquella traición fue saludada en su momento, y por Venezuela entera, no como una debilidad humana, sino como una concesión divina: el «milagro de Diciembre» se le llamó no sólo en la pluma de un Zumeta, sino hasta en *La alborada* de Rómulo Gallegos, nombre de un grupo que no trataba de disimular que se afiliaba al «milagro político» de lo que entonces fue considerado como una «evolución dentro de la situación» antes de que sus plumarios comenzaran a hablar de «Rehabilitación».

Pero, de todas formas, quien traiciona a un amigo... El recuerdo de la traición de 1908 sirve no sólo para mantener aguzada la desconfianza ante cualquier veleidad de responder a algún llamado a reintegrar el regazo acogedor de los «buenos hijos de la patria», sino también como el recordatorio a sus secuaces de que quien traiciona una vez puede repetirlo en cualquier momento. Tal vez la más curiosa forma de ese reproche la acuñó Luciano Mendible en 1916, al acusar a los enemigos de la dictadura de no ser capaces ni de cometer traición: «Siquiera Gómez sirve para traidor, lo ha probado»[15]. Este señalamiento moral se transformará más tarde en acusación política y de la peor, esa que generalmente se pena, en tiempos de guerra, con un tiro en la nuca: la traición a la patria.

Por el momento no vamos a ocuparnos de eso, sino para recordar que ella le sirve a Rufino Blanco Fombona para lanzar otra pincelada a su antirretrato de Juan Vicente Gómez: cobarde. Inmerso en una cultura machista y misógina, para el escritor la cobardía y la feblez están ligadas indisolublemente a la condición femenina: «Juana Gómez» tiene

que ser quien en diciembre de 1908 se puso bajo el ala protectora de la Armada norteamericana[16].

Es muy importante remachar sobre esa acusación, porque no se olvide que el general Gómez apoya su larga dominación sobre unas fuerzas armadas donde, por razones profesionales, la cobardía es el mayor insulto, baldón que por lo demás se pena severamente. Se le reprocha así su aprensividad frente a las enfermedades real o supuestamente contagiosas: su hijo preferido, Alí, cae abatido por la pandemia y el general no quiere verlo en su lecho de agonía ni de cuerpo presente. Los revoltosos de 1928, a través de las páginas manuscritas de *El Imparcial,* lo conminan a que abandone su santuario de Maracay y venga a enfrentarlos: «Gómez no ha sido nunca valiente. Desde el 1892 está mandando montoneras y tiene autoridad. Nunca se le ha presentado la oportunidad de afrontar un peligro. Me equivoco, hubo uno, el de la peste (...) y Gómez huyó. Hay otro, el de la libertad caraqueña (...) y Gómez se esconde en Maracay»[17].

Esa cobardía de Gómez se desarrolla en paranoia, se manifiesta a través de la manía persecutoria. El tono lo había dado, una vez más, Rufino en su texto de 1910, irónicamente negativo: «Es calumnia eso de que viva temblando, creyendo que lo van a matar, viendo puñales en todos los rincones, asesinos en todos los pasantes, sopas de arsénico en todos los platos, bombas de dinamita en el Teatro, en las Carreras, hasta en la mesita de noche y debajo de la cama»[18]. De esas sospechas no se salvan, por supuesto, ni sus familiares más cercanos, como lo aseguran unos versos clandestinos de 1928:

Pregúntale a Juan Vicente
si por las noches puede dormir
pregúntale si no teme
que Vicentico lo haga morir[19].

Gómez no logra, pues, conciliar el sueño de los justos. Pero eso no obsta para que se le considere tal, y nada menos que por el Vicario de Cristo. En efecto, por Breve Pontificio del 25 de enero de 1916, Su Santidad el Papa Benedicto XV condecoró a Juan Vicente Gómez con la Orden Piana en la Primera Clase, o sea Gran Cruz, con el título de Caballero y derecho de nobleza transmisible a los hijos. Lo cual quiere decir que el tirano y sus descendientes tienen derecho no al simple *commendatore* que ostentan todos los jubilados de Italia, sino al más sangreazulidor de *cavaliere.* La indignación sacude por igual a todos

los enemigos del hegemón andino, sean librepensadores o católicos, apostólicos y romanos. Es fácil adivinar cuán pesado es el memorial de agravios que la Venezuela peregrina remite al jefe de la Cristiandad: nadie menos cristiano que quien ha invocado el nombre de Dios en vano, ha matado, ha robado, ha fornicado...

Las tres primeras violaciones de la ley, por mucho que sean pecados mortales, no le han impedido nunca a un gobernante entrar al reino de los cielos. Ni siquiera la forma más atroz de infringir el quinto mandamiento, el parricidio, le impidió si hemos de creer a Flaubert, a San Julián el Hospitalario ascender allí en carne y hueso.

Pero la violación del sexto mandamiento va a convertirse en piedra de escándalo para los enemigos del padrote de Maracay. Luciano Mendible se indigna desde las alturas de su fe escarnecida, porque se eleve a la nobleza vaticana a quien «sobre la curul más alta de la sociedad venezolana da el ejemplo y el escándalo de todas las inmoralidades y desafueros»[20], al frente de los cuales el indignado feligrés sitúa «el concubinato público», como si el secreto fuese menos inaceptable desde el punto de vista de la moral cristiana.

Queda, finalmente, el mayor estigma de todos. Si cuanto hace Gómez en contra de sus enemigos tuviese por objeto la conservación de la paz, condición necesaria para el despliegue del trabajo creador, pase. Si su crueldad se ejerciese en aras de un ideal que lo trascendiese, de esos que generalmente se escriben con mayúsculas: Dios, Patria, Libertad y ¿por qué no?, incluso Unión, Paz y Trabajo; si todo eso lo hiciese muy maquiavelianamente impulsado por la pasión del poder, podría perdonársele mucho, si no todo: al fin y al cabo la traición a la palabra empeñada, la crueldad con los enemigos, la ciega tolerancia con los propios han estado durante tanto tiempo tan estrechamente ligadas al ejercicio del poder que se ha llegado a considerarlas como atributos del mismo.

Pero el general Gómez no sabe de abstracciones: el disfrute del poder no significa nada por el poder mismo. Lo que Antonio Machado llama «la codicia campesina» lo domina, y ve tras el poder, el dinero: por sobre todo, el general Gómez se ha aprovechado de su influencia política para enriquecerse, sin hacer diferencias entre su patrimonio privado y el público: en una palabra, es un peculador.

Semejante acusación es evidencia mil veces probada a la muerte del tirano. No tiene caso aquí negarla o matizarla, sino ni siquiera averiguar, como se hizo más arriba en qué medida ella refleja una manera de pensar o de sentir en quien la lanza. Tan sólo nos limitaremos a ver

en qué forma ella sirve para rematar el retrato moral que sus enemigos hacen de Juan Vicente Gómez.

Por mucho que intelectualmente, en sus modos y en sus modas, en el momento de encumbrarse al poder, no fuese más que un «pobre campesino», el general Gómez no era en modo alguno un campesino pobre; la paciente reconstitución de su fortuna al otro lado de la frontera le había permitido convertirse en el financista de la Revolución Restauradora.

Pero el hecho de ser un campesino relativamente acomodado no guarda ninguna relación con la fortuna que amasó desde el poder y que lo hizo, según Samuel Mc Gill en 1930, «uno de los hombres más ricos del mundo»[21].

¿Cuánto dinero hay que tener para ser uno de los hombres más ricos de ese mundo donde ya existen Rockefeller y Rothschild, Krupp y Patiño, los petroleros tejanos y los reyezuelos asiáticos? En 1932, el general Emilio Arévalo Cedeño declara para *El Telégrafo* de Guayaquil y el diario lo imprime en asombradas mayúsculas, que la fortuna del tirano de Venezuela se cifra en trescientos millones de dólares[22].

No son pocos los millonarios norteamericanos que tienen el doble, pero lo fundamental de esa suma es que ella le permite, según Jacinto López, ya en 1921 hacer que fuesen suyas «...las mejores propiedades agrícolas y pecuarias del país. Suyas son las mejores empresas industriales. Suyos, en una forma u otra, los mejores contratos y concesiones»[23].

El más reciente de sus biógrafos hace una interesante comparación: el patrimonio de Gómez, dice, era en la práctica igual a la suma de las rentas nacionales de 1935, o sea, como si alguien en nuestra época fuese titular de un patrimonio superior a la suma de capital y reservas de todos los bancos del pais[24]. De modo que «uno de los hombres más ricos del mundo» no debe leerse haciendo comparaciones con fortunas del extranjero, sino que Gómez lo era porque su patrimonio superaba de tal manera un poder tradicionalmente tan grande en cualquier país del mundo.

EL RETRATO POLITICO

Queda ahora la tercera cara del espejo: sus enemigos hicieron finalmente de Gómez un retrato político, del cual, por cierto, aquella

acusación de latrocinio forma parte también. No tanto por la comisión del delito, que tiene antes que nada una sanción moral, sino por su consecuencia histórica, queremos decir política: ante la enormidad del ladronismo gomecista, todos los partidos que nacieron a su muerte se obligaron a estampar en sus programas un resonante «nunca más» para empedrar los caminos del infierno.

La más fuerte pincelada del retrato político proviene de la primera acción de Gómez una vez que decide desembarazarse de su antecesor matando la culebra por la cabeza. Se trata de su llamado a los Estados Unidos para que envíen algunos barcos suyos a patrullar nuestras costas en previsión del regreso de Castro. Llamamiento inmediatamente satisfecho: la «planta insolente» del extranjero se deslizaba así a petición (como se suele decir en algunos documentos) de parte interesada.

Semejante humillación, esa virtual ocupación del territorio a la demanda de nuestro propio gobernante había provocado, ya lo vimos, las iras de Rufino Blanco Fombona quien no había encontrado otro insulto que escribir en género femenino el nombre de Gómez.

Hay que decir, sin embargo, que no todos los enemigos de Gómez pueden lanzarle la primera piedra: quienes se comprometieron en la Revolución Libertadora eran, por acción o por omisión, por complicidad o por ignorancia, reos del mismo delito. Porque con el mismo dinero con que se fletaron los barcos norteamericanos que protegían a Gómez, se habían armado seis años antes quienes habían aceptado el cheque de la *General Asphalt*; igual origen tenía entonces el combustible del *Maine* y el del *Ban Righ*. No será tampoco la última vez que Gómez se eche en brazos del extranjero: esperemos a que lleguen las compañías petroleras a redactar sus propias leyes. Pero en esos primeros momentos, no son muchos, entre los hombres de la oposición, quienes tengan su conciencia, o cuando menos su hoja de servicios, limpia en materia de patriotismo.

En segundo lugar, después de la de traición a la patria, viene sobre Gómez la acusación de crueldad. Ni siquiera tiene la suya las características de bondad o de maldad que, empleando como único criterio la eficacia, solía atribuirle Maquiavelo. Porque si para él la crueldad buena era la que se practicaba de una sola vez y luego se detenía, en cambio la de Gómez parece acentuarse a medida que pasan los años. Así, los siete años que va a vivir encerrado Pío Tamayo serán tan crueles de aislamiento, de desatención médica, de suciedad y desamparo como habían sido los catorce años de Román Delgado Chalbaud. El general Fernando Márquez, ese Edmundo Dantés venezolano como lo llamó

Picón Salas, y el periodista Rafael Arévalo González ven entrar y salir viejas y nuevas oposiciones sin que ellos salgan jamás de su espantoso encierro.

Lo primero que llama la atención, cuando se quiere hacer una suma de la dureza, una contabilidad del tormento, cuando se quiere recoger en cifras la crueldad, es cuán grandes son esos números en relación con la escasa población del país: todo ello da una idea de lo difícil que podía hacerse para los exiliados convencer al mundo de que no estaban, simplemente, haciendo gala de imaginación tropical. Arévalo Cedeño sostiene, para 1917, que «Gómez tiene desterrados en el mundo entero más de cien mil venezolanos...»[25], lo cual quería decir que uno de cada veinte, o algo así, de sus habitantes, estaba obligado a vivir fuera de su país, se había expatriado huyendo de Gómez. La cifra es seguramente muy abultada.

Unase a esto la forma como son tratados los presos políticos, para quienes los grillos son ya la forma más suave, cotidiana y llevadera del tormento: lo terrible es el tortol, el colgamiento por los testículos, las palizas hasta la muerte, el vidrio molido en la pitanza; todo el terrible cuadro que Pocaterra dibujará en sus *Memorias de un venezolano de la decadencia.*

Aquí, como se decía arriba de los latrocinios de Gómez, toda interpretación queda de lado: el retrato que hacen sus enemigos de Gómez corresponde en mucho a la realidad. Pero de todas formas, hay algunos matices que conviene esparcir sobre esa sombría pintura. Uno de ellos es que, como todo régimen tan longevo, el de Gómez puede conservar la misma naturaleza del terror, pero no ejercer siempre el mismo grado de crueldad. Y ello por dos razones, una más general y otra particular al año 28 venezolano. La primera es que una dictadura terrorista, a partir de cierto momento, necesita menos de la violencia física que de su amenaza. Y hay otra cosa que decir: la denuncia del terror, con todos sus pelos y señales como lo ha hecho Pocaterra, produce muchas veces un efecto paralizante. Así, la descripción de los horrores de Boves que hacía la *Gaceta de Caracas* contribuyó en mucho a que el caudillo asturiano entrase en Caracas, ciudad abierta.

La otra razón es que por primera vez en muchos años, posiblemente en los veinte que han corrido desde el 19 de diciembre, la dictadura se siente desconcertada ante las formas de la resistencia estudiantil y de la solidaridad popular hacia ella. ¿Cómo explicar, si no, que Gómez ceda a la presión popular y excarcele a unos muchachos que ni siquiera

muestran arrepentimiento y unánimemente, en el encierro del Castillo Libertador, se niegan a firmar una carta de excusas, una promesa de enmienda?

Es cierto que el general Gómez hará reinar una paz varsoviana en Venezuela, pero es igualmente cierto que nunca cesarán las intentonas. No alude esto al madrugón fallido de 7 de abril, ni a las invasiones del año 29, ni más atrás a los acontecimientos del año 19 o a las recurrentes correrías llaneras de Arévalo Cedeño, sino a un episodio prácticamente desconocido y que relata Elías Sayago en comunicación que mezcla la intriga, la delación y un si es no es de asombro y desconcierto.

Según nos relató un testigo, Inocente Palacios, el 17 de diciembre de 1930, a los cien años exactos de la muerte de Simón Bolívar, se había producido un fuerte temblor de tierra en la ciudad de Caracas. Espontáneamente, el pueblo tomó aquello como una señal que enviaba el Libertador desde su tumba, y arrancando de las ventanas las banderas y crespones que empavesaban los alrededores del Panteón Nacional, se dirigió en airada multitud hacia La Rotunda: la idea era sacar de allí a quienes estaban enterrados vivos, condición que se hacía más terrible ante la perspectiva de que la prisión se les derrumbase encima. Cuatro muertos, tres heridos e innumerables detenidos figuran en el informe de Sayago. Los manifestantes, agrega, gritaban: «¡Viva la libertad, abajo el gobierno, muera Gómez, abajo los andinos!»[26].

Mientras el pueblo caraqueño gritaba así y así moría en las calles de su ciudad, algunos enemigos de Gómez tomaban la última consigna para fabricar un curioso insulto en contra suya, una de las pinceladas finales del retrato, esa donde, como se decía más arriba, el desprecio genético se vuelve insulto político.

En 1931, en el periódico *Venezuela Futura*, Rafael Bruzual López publica dos artículos con el título general de «Gómez no es el problema»[27]. El lector se sumerge en ese texto convencido de que ha encontrado al fin el punto de arranque para una interpretación del gomecismo que deje atrás las invectivas de sus viejos enemigos antigomecistas pero no por eso anticaudillistas, odiadores del tirano pero adherentes a los «sindicatos de macheteros», seguidores de este o aquel «caracortada». Todavía no: para Bruzual López, en efecto, el problema no es Gómez, sino los andinos.

No se crea que Bruzual esté lanzando acusaciones en el aire, desposando un prejuicio popular sin mayor base: por el contrario, en sus artículos hace una cuidadosa contabilidad. Del presidente abajo,

ministros, presidentes de estado, jueces, congresantes, concejales, prefectos, jefes civiles, secretarios, obispos, archivistas, aduaneros, diplomáticos, telegrafistas. Todos andinos. Todos señalados con nombre y apellidos, y además, Bruzual López propone una fórmula infalible para detectar a los que se le hayan escapado por ocultamiento o por ser del montón:

> Cuando cualquier venezolano lea en los periódicos de la barbarie que un individuo se llama Indecencio Gómez M., por ejemplo, tenga la seguridad, sin temor a equivocarse, que es andino, pues esa mayúscula final con su punto, para indicar el apellido materno, es una costumbre colombiana de muy pésimo gusto que sólo la usan en Venezuela los andinos[28].

¡Mire usted!

Que Bruzual López no está en New York *speaking for himself*, lo demuestra un «Manifiesto a la prensa libre de América» fechado en abril de 1932 y que publica (seguramente *inter alia*) el diario *El Liberal* de Barranquilla. Se dice allí que «La barbarie oficial andina hay que RETORNARLA A LA MONTAÑA, de donde salieron desgraciadamente un veintitrés de mayo, de un año que fue funesto. Retornar salvajes a los lugares de donde salieron implica: el filo de una espada y el cañón de una pistola[29]. Las mayúsculas son entera responsabilidad de sus autores. El estilo, no acertamos a pensar de quién. Pero uno de sus firmantes es Rómulo Gallegos.

Pese a todo, es a partir de allí cuando comienza a echarse sobre el retrato de Gómez la pincelada final, la más moderna y la que más ha perdurado. Por esas mismas fechas, si no con ese manifiesto, comienza a darse el salto del «antigomismo» personalista al «antigomecismo» enemigo de un sistema, como se verá al final del siguiente capítulo.

NOTAS

* Una primera versión de este capítulo apareció en parte en la obra colectiva *Juan Vicente Gómez y su época*, pp. 11-23.
1 Cf. Aquiles Nazoa, *Los humoristas de Caracas* , Caracas, Monte Avila Editores, 1990, p. 49.
2 «Cook to the Secretary of State», November 26, 1923. 831.00/1214, USANA.
3 «¿Quién es Gómez?, *La oposición a la dictadura gomecista.* CPPV-S XX, t. II, vol. I, p. 7
4 «Dictadura perpetua en Venezuela». *Ibídem*, p. 666.
5 *Memorias...*, t. I, p. 230.
6 *Ibídem*, t. II, p. 251.
7 Manifiesto en hoja volante sin pie de imprenta. Archivo personal de Ramón J. Velásquez. *La oposición...* t. II, vol I, p. 169.
8 «¡Mátalos!». *Ibídem*, t. V, vol. II, p. 205.
9 *Ibídem*, t. VI, vol. I, p. 385.
10 *Loc. cit.*
11 *Loc. cit.*
12 *Memorias...*, t. I, p. 230.
13 Tobías Arias O., *Relieves máximos.* Caracas, Editorial Elite, 1930, p. 111.
14 *La oposición...*, t. V, vol. II, pp. 117-118.
15 *Ibídem*, t. II, vol. I, p. 336.
16 *Ibídem*, p. 48.
17 *Ibídem*, t. V, vol. II, p. 16.
18 *Loc. cit.*, p. 11.
19 *La oposición...*, p. 261.
20 *Ibídem*, t. II, vol. i, p. 347.
21 *Ibídem*, t. II, vol. II, p. 513.
22 *Ibídem*, t. II, vol. III, p. 226
23 *Ibídem*, t. II, vol. III, p. 226
24 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 467.
25 «Arévalo Cedeño a Diego Bautista Urbaneja», *La oposición...*, t. II, vol. i, p. 362.
26 «Sayago a Velasco», *Ibídem*, t. II, vol. II, p. 531.
27 *Ibídem*, pp. 27-71.
28 *Ibídem*, p. 53.
29 *Ibídem*, p. 220.

XX. Los antigomecistas

En 1928, Venezuela está dominada por los Gómez, los andinos y sus amigos. Esta no será la última vez que se diga esto para calificar la realidad de la tiranía venezolana, pero será la primera vez que en el interior del país, se comience a pensar que semejante enumeración no tiene mayor sentido, o por lo menos es muy parcial y esconde la verdad del asunto. «Es que ustedes hablan de tumbar a Gómez sin darse cuenta de que el verdadero problema es tumbar al gomecismo como sistema» dice un personaje en la novela de Miguel Otero Silva sobre el 28[1]. Se trata de un marxista, hijo de un anarquista catalán, quien trata de endoctrinar a los estudiantes todavía demasiado personalistas en su antigomecismo.

Pero pocos meses después de los sucesos, sobre todo en el exilio, comenzará a interesar mucho menos la personalidad de cada uno de los Gómez como lo que ellos, y sus más cercanos, significan como grupo, sea que esto signifique clase, como si quiere decir casta, clan o agrupamiento político.

Los hombres que en 1928 pueblan la Universidad Central de Venezuela, de los cuales una parte significativamente mayoritaria se opondrá a Gómez, tienen un origen, una condición social y una formación muy diferentes a los rudos sargentones que rodean al tirano.

En general, son retoños de la pequeña burguesía urbana; en uno de

sus extremos hay vástagos de familias acomodadas (si no han tenido el buen acuerdo de enviar a sus hijos a formarse en las universidades extranjeras), pero en el otro no habrá ninguno venido de las clases bajas, hijos de obreros o de campesinos pobres. Arturo Uslar Pietri proviene de una familia cuyas raíces se hunden en el nacimiento de la nación venezolana: desde «el hannoveriano Uslar» (1779-1866), hay, hasta llegar a él por ese lado como por el Pietri, varios doctores y generales, algunos combinando ambas cosas. Rómulo Betancourt es hijo de un inmigrante canario, pero el viejo Luis Betancourt no debía andar en Guatire con una mano atrás y otra adelante, si podía darse el lujo de trasladar parte de su familia a la capital desde 1919, para que, entre otras cosas su vástago haga allí su bachillerato. Ni Jóvito Villalba, ni Raúl Leoni, ni Miguel Otero Silva, eran muchachos de la plebe, aunque tampoco fuesen retoños de la aristocracia caraqueña.

Son todos de lo más urbano, como rural hasta la caricatura es el grupo dominante gomecista. Son estudiantes, es decir, son letrados, son intelectuales, casi la contrafigura de la palurda condición del hegemón y sus secuaces. La mayoría no proviene de Caracas[2], sino de ciudades del interior. Pero no del campo: de otra manera no serían bachilleres. Por lo general, han tenido una formación liberal: los colegios religiosos comenzarán a graduar bachilleres cuando menos un lustro más tarde.

Con todo, deben tomar en cuenta que la universidad en la cual estudian está abierta apenas desde 1922, después de haber sido cerrada por diez años (1912-1922). Y que sus predecesores de la Asociación General de Estudiantes (Nicomedes Zuloaga, Gustavo Machado, Salvador de la Plaza) han debido irse al exilio después de algunos alborotos, el último en apoyo a una huelga de los trabajadores de la compañía inglesa de tranvías de Caracas[3].

Son muy pocos. Mientras el «clan gomecista», aun si se le da a esta designación su sentido más restrictivo (sin contar los compadrazgos y los favoritismos regionales), se ha ido agrandando por crecimiento vegetativo o por alianzas, en la Universidad Central de Venezuela, si en septiembre de 1926 un censo de sus estudiantes los cifraba en 570, en julio de 1928, aparecen como «cursantes», casi doscientos menos que el año anterior[4].

Se concentran en las facultades clásicas de Derecho (Leoni, Villalba, Betancourt, Gabaldón Márquez), Medicina (J. T. Jiménez Arráiz), Ingeniería (Miguel Otero Silva). Frente al número, la fuerza y las armas de los gomecistas, son escasos, de físico poco temible y como buenos civiles, desarmados.

EL «NOSOTROS» CONTRA EL «YO»

A la antigua forma de hacer política, a aquel *yo*, va a oponer la suya, cuyo pronombre es *nosotros*, la llamada «Generación del 28». No Rómulo Betancourt, no Jóvito Villalba, los dos líderes que desde el primer momento se destacan por su inteligencia, y por la fluidez de su palabra. En aquella designación y en esta negación está contenido el primer enfrentamiento del nuevo grupo al viejo, y hace éste del 28 diferente de los movimientos civiles que han tenido lugar desde 1903, y de las algaradas estudiantiles del 14, del 18 y del 21.

Porque desde el inicio, y sobre todo cuando el movimiento comienza a tomar caracteres políticos y de oposición a la tiranía, los jóvenes se resisten a ponerlo bajo la advocación de un liderazgo personal. Van, ritualmente, a rendir homenaje a Simón Bolívar, pero no reconocen mediación entre el héroe-dios y ellos mismos, y eso convierte sus discursos en subversivos. Jóvito Villalba abre los fuegos, y propone esa comunicación directa —ese «libre examen» de la biblia bolivariana— en su discurso del Panteón. Para él, al mismo tiempo «(...) que ha vuelto a sonar el momento del héroe, se revela también, como nueva campanada para esta tumba gloriosa, en la inquietud de nosotros»[5]. Joaquín Gabaldón Márquez lo precisa, señalando ese momento como el inicial de una nueva religión, pero sin profeta: él quiere que esa Semana del Estudiante trascienda el simple e inocente carnaval estudiantil y marque «(...) el comienzo de una *época*», donde la más elemental justicia deberá proclamar «(...) que fuimos nosotros —cabeza embrionaria de la futura patria renacida— los que fijamos la Egira, punto de partida, como en la religión del Islam, de una nueva numeración de años, de una nueva ruta moral e intelectual, de un culto nuevo y de una nueva razón de ser»[6]. Cuántos forman ese «nosotros» lo dice finalmente Rómulo Betancourt en su discurso del Teatro Rívoli el 8 de febrero, catorce días antes de cumplir veinte años: son «(...) quinientos venezolanos nuevos —limpios de claudicaciones, insospechables de oportunismo!...»[7].

Fueron ellos mismos desde entonces, y no sus historiadores, quienes llamaron, al grupo, «Generación del 28». En el primer intento de interpretar los acontecimientos, fresco todavía su recuerdo a muy pocos meses de haberse sucedido, dos jóvenes estudiantes (a quienes la historia tiene reservado un puesto de primera fila en el periodismo, aparte de sus respectivos méritos políticos y literarios) señalan verbo-

samente la pedrada con la cual Guillermo Prince Lara destruyó una placa alusiva al tirano, como «(...) el primer chispazo, tímido por augural, de la gran llamarada en que se envolvería pronto una generación que a golpes de gestos se está logrando un sitio en la memoria de los hombres»[8].

No es una frase aislada: insisten al rebatir aquellas declaraciones de Gómez a *El Nuevo Diario* donde se presenta como un padre severo: «La actitud 'absurda e irrespetuosa' no ha sido asumida por un grupo como sugiere, tendenciosamente, el verbo revelador del presidente. Ha sido asumida por una generación íntegra»[9]. Aquí también se vuelve a lo del número, para subrayar la condición plural del gesto: «Cuando los sucesos de febrero, iniciales de la cruzada, trescientos y tantos fuimos al Castillo de Puerto Cabello; en la noche del cuartelazo de abril, solamente en el Hospital Vargas había más de doscientos[10], esperando la hora de empuñar el fusil libertador (...)» mientras que unos cuatrocientos estaban, cuando ellos escribían su respuesta, «(...) en trabajos forzados, en la cárcel o el destierro»[11].

Por todos los medios, se buscó poner de relieve ese carácter colectivo, y evitar que un nombre, un hombre, pudiese apropiarse del movimiento. Para reconocerse, los estudiantes no se proclaman seguidores de un individuo, sino, si acaso, de una «reina», es decir de una mujer, lo que en aquella sociedad, en aquel momento, con la mentalidad dominante, equivale a decir nadie. «Reina» que por lo demás, prefigurando el punto central de sus reivindicaciones políticas posteriores, será electa por mayoría de votos y no designada[12].

Su gesto más lleno de significado será la adopción como símbolo, que luego se convertirá en sinónimo de rebeldía, de la boina vasca. Nunca se ha dado mayor importancia a algo visto como una ocurrencia goliárdica, carnavalesca[13]. Lo cual es errado, en primer lugar porque esos actos simbólicos nunca son gratuitos: recuérdese, si no, la famosa «querella de la bandera blanca» que en Francia retrasó por siempre jamás la llegada al poder de Luis XIX luego de la caída del Segundo Imperio, y permitió la instalación (en una provisionalidad que duró 75 años) de la Tercera República.

En segundo lugar, porque eso nunca está despojado de importancia en un país acostumbrado durante siglos a ver semejantes actos simbólicos con la mayor seriedad: por mucha sangre que haya corrido, apenas poco más de cien años separan a estos venezolanos emboinados de aquellos que se peleaban por el derecho a usar peluca o bastón de virolas, y donde el uso de quitasoles no para defenderse de «los ardores

del sol» sino para marcar «un acto distintivo de autoridad», ponían a la Iglesia y al gobernador a tirarse de las greñas[14].

En 1928, al escoger como distintivo la boina vasca, los miembros de la recién formada Federación de Estudiantes de Venezuela quisieron dejar claro desde el primer momento que no se trataba de algo casual:

> Ese pedazo de paño azul tenía para nosotros firmes antecedentes acreedores de cariño y de respeto. Ya la había usado antes el noblote abuelo Don Miguel de Unamuno, genio y rebelde; ya sabíamos del tronco vasco de los Bolívar y pensamos que con ella cubrieron muchas veces sus cabezas altivas los abuelos del Libertador[15].

Lo de Unamuno, pase: la admiración por el gran viejo solía manifestarse entonces en las más diversas formas del afecto filial; pero no es fácil imaginar a los primeros Bolívares venezolanos tocados con una boina vasca: antes bien, con el yelmo de los conquistadores.

La idea de sacar de la cabeza del pueblo la imagen del caudillo poniendo sobre la propia la boina vasca, está claramente expresada por los mismos autores cuando, al final de la Semana del Estudiante, piensan que la semilla ya está echada y que el pueblo venezolano comenzaba a alejarse del personalismo político, al cual lo habían conducido siempre «factores de ignorancia de raza y de historia». En cambio, agregaban, la boina «símbolo, descarnado de toda corporeidad, se había logrado un sitio admirativo en el alma popular». Y lo más importante viene a renglón seguido: «Sin concretar en ninguno de los líderes de 'la Semana' su cariñosa simpatía, el pueblo demostraba con unanimidad alentadora su decidida solidaridad con nuestro gesto»[16].

Son claros en los términos negativos: buscan que el pueblo se aleje del «personalismo político», y el símbolo escogido lo fue por estar «descarnado de toda corporeidad». Pero además, en ese texto tan temprano, aparecen tres palabras cuya presencia insistente acaso indique cuáles ideas se están abriendo camino en las cabezas de sus autores: *pueblo, unanimidad, solidaridad.* La primera se opondrá a la abstracción preferida del régimen: *patria.* Aunque la segunda y tercera no estén ausentes del vocabulario gomecista, la diferencia reside en la unión de los dos últimos vocablos, y en haberles borrado previamente todo relente de lealtad personal. Así, *solidaridad* será lo opuesto de *fidelidad.*

¡MALDITOS BOLCHEVIQUES!

Eso no es todo. Símbolo incorpóreo, la boina no lo es asexuado, hablando en términos políticos y más precisamente sociales, o sea con el nuevo contenido que la política tiene desde hace ya por lo menos un siglo. Hoy, cuando el sombrero tiende a desaparecer del uso excepto en las regiones muy frías, esto no se entiende siempre de buenas a primeras. Pero en Europa y un poco menos en los EE.UU., el uso de la gorra de paño (y en el país vasco como en el sur de Francia, de la boina) sirvió hasta la segunda guerra para diferenciar al obrero del burgués, grande o pequeño.

En 1927 la prensa había reseñado algunos movimientos huelgarios de los obreros vascos, y no es imposible que los estudiantes venezolanos hubiesen unido en su admiración ambas cosas e imaginado a los obreros vascos combatiendo en las calles, en los puertos, en las minas o en las fábricas, tocados con la gorra azul. Es lo que revela un texto de Rómulo Betancourt escrito en 1930, a dos años escasos del suceso:

> No por acaso escogimos la gorra de Vizcaya como señal del grupo. Era un distintivo que no tendía a aislarnos de la multitud sino a meternos dentro de ella. Por su filiación proletaria nos distanciaba resueltamente de la chistera burguesa. Más allá del hecho simple de diferenciarnos de los hombres grises, que urgidos de apetitos y de miserias pequeñas cerraban los ojos ante la bancarrota de la república, se agitaba una cuestión de ideología en el criterio electivo que nos guió[17].

El mensaje de la boina fue por lo demás entendido de inmediato por quienes tienen siempre mayor sensibilidad para captar las señas de los tiempos. El poeta y revolucionario Antonio Arráiz, actuando esta vez más en condición de lo segundo que de lo primero, encontró cómo sustituir al caballo, símbolo de la nación en su escudo de armas:

[...] Al lado del caballo crinado
que arranca a correr del pretérito
y lo resume en sus pezuñas,
ya tenemos el emblema
de la Venezuela del porvenir:
una boina[18].

La policía reduce a prisión a quienes han pronunciado aquellos

discursos heterodoxos. Que lo son tanto por omisión como por acción: se nota faltar en ellos la habitual mención agradecida al general Gómez y, en la emoción del discurso, algunos sueltan palabras no previstas en el texto escrito: «Entre los versos que aludían a la libertad, a Pío [Tamayo] se le cayó de los labios la palabra Moscú. (...) A Jóvito Villalba se le cayeron otras palabras, que retumbaron, como las de Pío, con un aplauso inmenso, en el Panteón Nacional».[19] Esas palabras que «se le cayeron» a Villalba, informa el *Chargé d' Affaires* norteamericano, decían que en Venezuela había tan poca libertad como en Nicaragua, entonces invadida por los *marines* yanquis y defendida por Augusto C. Sandino[20].

Los estudiantes recurren a la vieja treta de Fuenteovejuna: todos pretenden haber matado al Comendador, todos están dispuestos a correr la misma suerte de aquéllos, en el Cuartel de El Cuño o en el Castillo Libertador (la Rotunda estaba cerrada para ser demolida)[21]. Había algo de las prácticas gandhianas de resistencia pasiva, pero sobre todo, había la afirmación del carácter colectivo del movimiento: ellos no son nuestros jefes, porque no tenemos. Asombrosamente, el pueblo caraqueño respondió apelando al mismo expediente, con una huelga general, que la prosa empenachada de los dos estudiantes ya citados describe con admiración:

> Las calles sembradas de cascos de botellas y de clavos en punta rasgaban los neumáticos de los automóviles atestados de esbirros, únicos que cruzaban las calles. La mujer caraqueña, con la cabeza hermosa cubierta por la boina, se prodigaba arrojando en todas partes semillas de entereza y de rebelión. La Remington de las empleaditas de los bancos tecleaban infatigables, multiplicando hojas de protestas y pasquines donde se le echaban en cara a Gómez todos los crímenes innumerables realizados en veinte años de dictadura. Nuestras mujeres desafiaban serenamente la cólera de los esbirros del tirano; su risa burlona colocaba sobre la picota del ridículo las ametralladoras apostadas en las esquinas para infundir terror; escarnecían y despreciaban a los estudiantes pusilánimes que se habían negado —por calculadora previsión digestiva o por cobardía de eunucos— a colaborar con el gesto de sus compañeros; dejaban vacíos los cines y repletaban los templos alzando la voz dulce y serena para clamar justicia del Señor... En el puerto de La Guayra se desarrollaban al mismo tiempo sucesos análogos. Los obreros de la caleta abandonaron sus labores y organizaron una ruidosa manifestación de protesta. El periódico «Azul» clamó por nuestra libertad. Hasta se vislumbró un conato de rebelión armada en el pueblo, exaltado y rabioso[22].

Podría pensarse en exageración propagandística, o idealización, por parte de los estudiantes, del apoyo popular a su protesta. Nada de eso: diversos mensajes, enviados a Gómez por el gobernador Velasco y el prefecto Guillermo Willet desde Caracas, así como por A. Ch. Cardona, Efraín González, Rafael Falcón y F. A. Colmenares Pacheco, dan cuenta de diversos movimientos (manifestaciones, huelgas, elaboración fallida o no de manifiestos) en Caracas, La Guaira y Valencia[23]. La situación en Caracas fue resumida por Willet en un telegrama a Gómez que confirma el texto de Betancourt y Otero Silva:

> Esta mañana se constituyeron arrestados varios estudiantes cuya lista supongo ya en su poder. Después del almuerzo un grupo de empleados de bancos y casas de comercio trató de imponer el cierre de bancos y casas de comercio. Fueron detenidos y uno de los manifestantes resultó ligeramente herido en riña con la policía. En estas manifestaciones tomaron parte algunas mujeres. Para acabar con todo esto y de conformidad con mi insinuación al general Velasco, se le pidió al general López Contreras varios piquetes de tropas para lo que pueda necesitarse. Desde el mediodía he dado orden de impedir la formación de grupos y de arrestar los que se formen[24].

La insistencia en el carácter colectivo del movimiento, sin excluir el *putsch* del 7 de abril[25] se hará sistemática: está presente en un relato de Germán Herrera Umérez publicado en Bogotá cuando el tirano agonizaba[26], pero sobre todo, en una carta llena de detalles en apariencia nimios, donde informa a Rómulo Betancourt de la forma como lograron organizar en la cárcel una especie de comuna, para repartirse el alimento, el dinero de quienes los recibían de fuera, con quienes nada tenían, quitándole a toda ayuda el carácter de caridad, de limosna, y pasando por encima de las ironías de quienes les decían que «En comunidad sólo pueden vivir los curas, los animales y los comunistas»[27].

Eso llega a tomar una forma conmovedora en Gonzalo Carnevali quien, consecuente con esa idea de borrar todo mérito personal para exaltar la gloria colectiva, escribe en forma de interviú para un periódico de Barranquilla, lo que el periódico clandestino de Caracas llama «una bella página» porque «(...) en un tono discreto, casi sin aludir a sus propias torturas, hablando apenas de la muerte horrenda de su padre, sin evocar la muerte de su dulce novia, que murió de pesar, narra todo el dolor de Venezuela»[28].

No se trata de una carencia: tanto a Jóvito Villalba como a Rómulo Betancourt los hace destacarse de su grupo el coraje que ambos muestran y la respectiva capacidad de liderazgo. Sin embargo, subrayar

eso no ayudaría a poner de relieve qué los diferencia del grupo dominante, buena parte del cual ganó sus galones en el campo de batalla, y está acostumbrado además a mandar. Pero sería también demasiado fácil oponer su refinamiento de hombres cultos y civilizados a la fuerza bruta del palurdo de Maracay y sus segundones.

En lo que les concierne, ellos no se lo prohibirán: el «¡Ajá, ajá, ajá!» que sirve de estribillo a su jitanjáfora guerrera[29] no deja de imitar burlonamente la interjección atribuida a Juan Vicente. Pero eso no pasa de ser un expediente polémico. Al destacar su inteligencia y facilidad de expresión (escrita y hablada), no se lo está haciendo con un don, sino con una escogencia.

Desde hace mucho tiempo, se viene exaltando en Juan Vicente Gómez no sus luces, sino su falta de ellas. «¡Qué brutos son los hombres de talento!» se repite citando a Alcántara o a Crespo. En una copla de banquete, lo dice también un adulador: los males de la patria provienen de hombres cultos. En todo eso está presente una polémica retrasada con el Ilustre Americano, si no con Cipriano Castro quien también hacía demasiada gala de sus letras, sin embargo asaz escasas.

Los más significativos entre los miembros de la Generación del 28 no se contentan con ser intelectuales por definición como corresponde a cualquier estudiante: buscarán permanecer fieles a esa condición, amueblando su inteligencia con muchas lecturas, tratando algunos (Otero Silva, Gabaldón, Betancourt hasta el 28) de realizarse como escritores y en todo caso, escribiendo casi tanto como hablaban. Y todos, buscando desarrollar las dotes de su elocuencia a través de la oratoria política o de la cátedra (Villalba). Es decir, no se avergonzaban de su condición intelectual, ni tampoco de su condición hablante. Lo proclamasen o no, ésa era su forma de marcar la diferencia con el lacónico iletrado que despotizaba el país.

A partir de 1928, pues, se produce la separación entre el país que habla y el país que calla. Esto tiene un significado mucho mayor del encerrado en esa simple frase. Porque la de expresión no es así una mera libertad, sino la condición para la realización de una política: marca toda la diferencia entre dos actitudes (para no hablar de concepciones) frente al poder. En el primer caso, llevado casi hasta la caricatura con los monosílabos incantatorios de Gómez, se lo coloca en una esfera inaccesible, intocable. Las relaciones de la sociedad con quien manda son silenciosas, de espera, y por supuesto mágicas. El democrático es en cambio un poder retórico, es decir, persuasivo. Un poder que comunica, enfrentado a lo que casi llegó a convertirse, en

las cárceles, en sinónimo de gomecismo: la incomunicación. Esta última no es sinónimo de simple aislamiento: para los gomecistas, «hablar» no significa echar discursos. En un telegrama enviado por el general Velasco a Gómez, le incluye una lista de la gente que en su opinión «no debe soltarse todavía», por ser la principal instigadora de los desórdenes del 28. Entre ellos destaca al poeta «Jacinto Fombona Pachano, señalado como conversador»[30].

LOS DE A PIE

Hay finalmente, en lo referente al *cómo* se enfrentan esas dos Venezuelas, la cuestión del escenario donde ambas despliegan su política, es decir, las técnicas respectivas para la toma y la conservación del poder. Se pasa del campo a la ciudad y en esta última el caballo pierde su importancia guerrera.

Ese no es un fenómeno venezolano: el bigotudo Budienny, ruso de origen y más tarde mariscal soviético, dirigió en su país, al final de la Primera Guerra Mundial, lo que se considera la última carga de caballería de la historia. En Venezuela, «la más noble conquista del hombre» comenzó a perder importancia desde la llegada de los andinos. De todas formas, no deja de tener importancia recordar que eso cierra un ciclo de cuatro siglos en la historia americana. Por otra parte, tampoco ha muerto enteramente: el año 1929 verá un intento de revivir las antiguas guerras civiles y, por mucho que aquí el caballo no haya sido tan importante, una guerrilla prolongada en el llano lo hubiese hecho necesario, como necesario se le hacía a Arévalo Cedeño.

De 1928 en adelante es inconcebible un enfrentamiento político que no tenga la ciudad como escenario no sólo principal sino casi único. Tal vez esto resultaría ocioso recordarlo, después del desarrollo anterior sobre la condición civil, desarmada y con sus ribetes de resistencia pasiva a lo Gandhi, del movimiento estudiantil. Pero ellos no se quedarán en las manifestaciones, en el «¡Sacalapatalajá!» y en las cuchufletas clandestinas sobre la ignorancia, la cobardía y el nepotismo del zar de Maracay: van a tomar las armas para derrocar al gobierno.

Pero en lugar de «alzarse» en los llanos como lo hacían sus mayores (y como intentarán hacerlo al año siguiente), buscarán meterse a la fuerza en un cuartel, con la complicidad de adentro y el apoyo de

algunos cadetes. No hay, en los planes de los sublevados, idea alguna de «guerra larga» campesina. Cuando entera de la conspiración al subteniente Leonardo Leefmans, el también subteniente Agustín Fernández habla de «(...) sublevar los cuarteles y apoyar al pueblo para derrocar al gobierno»[31].

La invasión y el alzamiento rural son cosas de los viejos políticos, y estos militares conciben el suyo como un movimiento juvenil, no sólo por la inspiración de los estudiantes, sino, dice el sub-brigadier Benjamín Delgado Leefmans (uno de los más claros políticamente), porque pensaban «(...) que los revolucionarios viejos no se meten en estos asuntos, pues solamente la juventud en las actuales circunstancias se atreve a atentar contra el Gobierno de Gómez»[32]. En la manifestación pacífica, pero también en la resistencia armada, no se ven a sí mismos sino como citadinos.

Finalmente, este cambio de escenario impone necesariamente otro en los métodos empleados para el enfrentamiento. López Contreras señaló con mucha claridad el peligro de los movimientos sociales, civiles, que no podían ser enfrentados por las armas[33].

La fuerza de tales movimientos no está en poder de fuego sino en el número, en la anonimia que el mismo propicia e incluso en su condición inerme: eso lo comprendieron de inmediato los estudiantes al entregarse en bloque a la policía para acompañar a sus dirigentes. Se ha querido ver allí un gesto romántico, un impulso solidario casi infantil, pero eso deja de lado lo fundamental, a saber que la acción tuvo éxito y al gobierno no le quedó más remedio que dejar en libertad[34] a unos muchachos que embrollaban de tal manera las cartas, y se negaban a separar los justos de los pecadores a la hora del castigo.

Los hombres que van a oponerse al gomecismo desde 1928 no son liberales, sino demócratas. En el lenguaje corriente, ambos términos suelen ser confundidos, y para la mayoría, hablar de un régimen liberal y democrático es andar bordeando el pleonasmo. En este caso, nada es más incierto. Por donde se tome, resulta patente la oposición entre liberalismo y democracia: sea en un caso, como se ven ellos a sí mismos; sea en otro, como los ven sus adversarios; sea, finalmente, como el posterior desenvolvimiento de su vida política lo confirma.

Comencemos por esto último. La generación venezolana de 1928 será el embrión de la dirigencia política moderna, caracterizada por el desarrollo de los partidos políticos, pieza clave en la estructura política que ellos conciben y al final lograron montar.

Unos derivarán hacia el marxismo ortodoxo, representado entonces

por la Tercera Internacional Comunista la cual a partir del año siguiente comenzará a llamar a su teoría «marxismo-leninismo» queriendo decir en realidad «stalinismo». Otros llegarán a la social-democracia a través del atajo nunca completamente olvidado de un leninismo no marxista[35]. Otros serán incluso más moderados. Pero en todos ellos, sin excepción conocida o visible, estará presente la desconfianza hacia lo que Rómulo Betancourt consideraba en 1940 las «mediocres panaceas del liberalismo, inoperantes e históricamente agotadas»[36]. La generación del 28 será, durante toda su vida útil, confesamente anti-liberal: poco importa que a sus hombres deba Venezuela lo que ha sido llamado «la tardía implantación» del Estado liberal; poco importa que muchos hayan regresado del radicalismo y hasta se hayan reconciliado con el liberalismo, incluso en el terreno económico.

Sus adversarios los acusaron, en el mismo 1928 y durante muchos años después, de ser comunistas. Hoy, a poco tiempo de la caída del Muro de Berlín y todo cuanto ha revelado, la imagen evocada por la palabra «comunismo» es la de una dictadura cerrada, misoneísta y opresiva. Era muy difícil que los gomecistas pudiesen endilgar a sus enemigos una acusación con un «retrato hablado» tan fiel del régimen que ellos mismos sostenían. Aun si por cinismo, ingenuidad o ignorancia lo hubiesen hecho, sus adjetivaciones podían caer en el vacío. Lo que ellos querían significar con esa palabra era el desencadenamiento de la calle, la orgía de sangre de unas masas sin control y todo el cuadro apocalíptico refutado por un Marx entre irónico e indignado en el *Manifiesto Comunista*: el saqueo de las propiedades, la destrucción de las iglesias, la colectivización de las mujeres... Este cuadro no tenía su origen en simple propaganda: era la percepción real que aquellas mentalidades de cuartel y campamento tenían de la democracia. O sea del comunismo. O sea de la anarquía. Para sus adversarios también, los alborotadores del 28 eran demócratas.

Hay, en fin, la manera como se perciben a sí mismos en aquel momento. Se consideran, y se llaman, demócratas. Al exponer el contenido de su movimiento 19 meses después del inicio de la Semana del Estudiante, Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva —un futuro dirigente político, un futuro escritor— hablan del régimen al cual aspiran como «una democracia decente», cuya garantía era el manejo de la cosa pública por «elementos civiles». Todo ello para asegurar a su vez «la conquista de un estado social equilibrado y armónico, propicio al libre desenvolvimiento de las aspiraciones colectivas».

Es tentador ver en esas frases el producto de una ensoñación juvenil,

propensa a las vaguedades, el lenguaje de adolescentes tímidos incapaces de decir lo que piensan y sienten, o que no saben decirlo, o más simplemente, no saben qué cosa sea una u otra. Son frases bastantes alejadas de las claras y duras definiciones clasistas adoptadas por sus autores a vuelta de pocos meses.

Y sin embargo, ellas no solamente contienen un proyecto político, sino un proyecto de sociedad, el cual en esos términos se hará nacional. Desdeñando o enfrentándose a las modificaciones posteriores de ese primer intento teórico, Venezuela hará suya una fórmula, acaso una definición, de democracia, la contenida en los planteamientos aparentemente gaseosos de aquellos muchachos en el primer momento de su ser político.

Por lo tanto, conviene examinar en detalle esa concepción de «democracia». Lo de «decente» es mucho más que un simple adjetivo destinado a polemizar con la manifiesta «indecencia» del régimen gomecista. Esa palabra tiene un significado tan profundo para sus autores que en 1978, o sea medio siglo casi día por día después de haberla pronunciado por primera vez, Rómulo Betancourt machacaba sobre ella como una aspiración todavía insatisfecha por un régimen cuya paternidad le atribuía ya un lugar común del periodismo. Betancourt lo empleaba como contraposición a lo que veía crecer a su alrededor sin tasa ni mesura, la corrupción administrativa. Igual cosa pensaban los jóvenes del 28, que habían visto enriquecerse a Gómez y a sus prójimos sin preocuparse siquiera por hacerlo a escondidas.

Pero hay algo más en esa expresión: ella indicaba que, aunque renegasen de ella, por sus venas corría mucha más sangre liberal de cuanta en aquel momento confesaban, o sospechaban. Una de las primeras acciones de la Semana del Estudiante fue aquella ofrenda en el Panteón Nacional, con la invocación ritual al Padre de la Patria hecha con voz metálica y nasal por Jóvito Villalba. Más allá del homenaje rutinario al dios laico («Padre Nuestro Libertador») de los venezolanos, se inscriben ellos, al proclamar su aspiración a una «democracia decente», dentro de la tradición jacobina de la «república virtuosa».

La esclavitud es un vicio, la libertad una virtud. Por eso, la condición de ciudadano, por oposición a la de súbdito, es casi por definición el conjunto de todas las virtudes. A las cuales no en vano una frase consagrada llama «virtudes ciudadanas». Suponer que el ciudadano sea un civil es, más que obvio, pleonástico, porque los *milites* dejan sus armas en la orilla de la ciudad y antes de entrar en ella, para practicar entonces aquellas virtudes que sustituyen con la retórica —es decir con

la persuasión— la fuerza bruta.

La otra frase de Betancourt y Otero Silva podría considerarse la más «gaseosa» de todas, si se compara con sus propias definiciones inmediatamente posteriores. Pero es fundamental porque señala el momento de la ruptura con el liberalismo. Se habla de «la conquista de un estado social equilibrado y armónico». Es decir, eso no se deja a la fuerza ciega de los intereses individuales encontrados cuya competencia daría aquel resultado. Y por otra parte, las aspiraciones cuyo libre desenvolvimiento se propende no son individuales, sino «colectivas». De allí al reconocimiento de los «derechos sociales» en la Constitución de 1961 puede haber un largo camino, pero es el mismo.

Es aquí cuando comienzan a separarse las aguas, en el terreno de la ideología. Los jóvenes estudiantes del 28 van a comenzar casi de inmediato a hacer la crítica del liberalismo gobernante, pero también del liberalismo opositor. En primer lugar hay el juicio a las realizaciones de que se jacta el régimen. No se niegan: sencillamente se dice que ellas no bastan, que ya le quedan cortas al país. La verdad tiene algunas diferencias con la pintura optimista hecha por el régimen (y recogida a veces hasta por la opinión extranjera no mercenaria).

Pero además, es necesario profundizar el develamiento de ese cuadro todo en rosa, sacarlo de la simple acusación de inepcia hecha al gobernante para inscribirlo en el descubrimiento de la caducidad de un sistema. Hasta entonces, la descalificación corriente de la política comunicacional del gomecismo era sostener que «las carreteras se hacían con presos» lo cual sugería, y a veces decía abiertamente, que se trataba de presos políticos. Era más fácil contrastar la realidad con las palabras, las proclamas y las promesas al referirse al otro dogma del liberalismo venezolano, la ilusión pobladora. Venezuela no ha abierto sus puertas a la inmigración, la que nos iba a hacer, se pensaba, un país próspero y moderno o sea un país caucásico, un país *blanco*, como los Estados Unidos o como la Argentina. El crecimiento vegetativo tampoco es sensacional, porque aquí se transparenta otra gran falla del régimen: su política sanitaria. Igual cosa podía decirse de la educación, que el censo de 1936 revelaba en todas sus trágicas carencias: casi el 64 por ciento de la población no sabía leer ni escribir.

Todo eso está bien, pero no basta, y aquí viene la nueva crítica que abarca por igual a Gómez y a quienes hasta ahora se le han opuesto. Ella propone pasar de la simple denuncia de un gobierno terrorista a la de un sistema culpable, más allá de Gómez, del atraso venezolano. Hacia el comienzo de los años treinta, esa opinión se apoyará en el

materialismo histórico. Pero éste tampoco desembarcó en *terra incognita*, pues ya se encuentran, en textos muy tempranos (anteriores en todo caso a la «contaminación» marxista) algunos indicios del camino que se comienza a andar. En una carta a Joaquín García Monge en enero de 1930, desde Curazao, Rómulo Betancourt piensa que la hora de la denuncia

> ...se trascendió. Cualquier latinoamericano medio leído conoce, en detalle, la técnica del «tortol» y la «colgada». Ya no hay en América, y si se dijera en el mundo no pecaría de exagerado quien no sepa cómo despotiza a Venezuela desde hace un cuarto de centuria una horda de forajidos y cómo cien mil o más venezolanos andamos lacrimeando nuestras impotencias por todas las playas[37].

La solución que por el momento propone el asqueado corresponsal de García Monge es tomar el «camarada máuser» y resolver todo eso a tiro limpio. Es decir, lo usual. Pero eso será por muy poco tiempo: no pasará mucho sin que esté dando gracias a los hados que le han ahorrado caer «en una tarascada ridícula» propuesta por el primer «caracortada» llegado.

Lo más importante de ese texto es que entraña la primera crítica no tanto al gomecismo como a los antigomecistas por la ineficaz superficialidad de la suya. Pocos meses después se estará saltando de allí a proponer una estimación propia, producto del análisis «penetrante» de la sociedad venezolana.

El paso se dará entonces al proponer, no un enfrentamiento puramente político con el Benemérito y los suyos, sino un choque frontal entre dos grupos sociales, y entre dos concepciones de la sociedad. Al poco tiempo del artículo de Bruzual López citado al final del capítulo anterior, responde indignadamente un zuliano, Valmore Rodríguez: «Gómez no es el problema, no lo ha sido nunca. Pero tampoco lo son los andinos. ¿Que los chácharos son ladrones, diabólicos, asesinos? A la luz de la dictadura gomera, recordemos la despiadada definición de Nietzsche: 'Virtuoso es todo aquel que no ha tenido oportunidad de ser otra cosa'»[38]. En Valmore Rodríguez lo más importante no es esta réplica, sino la contrarréplica, una vez que la gente de *Venezuela futura* le eche en cara andar buscando, para sustituir a un andino, otro andino, en la ocurrencia el general Régulo Olivares. Para refutar la acusación, el joven zuliano ya no tiene interés en cubrirse con los torrenciales mostachos de Nietzsche, porque prefiere lanzar sus dispa-

ros desde las barbas selváticas de Karl Marx:

> Pertenezco a una generación que rompió para siempre con el caudillismo, que lo combate en sus últimos representantes y que busca, por un camino revolucionario, minar en su base la estructura económica semifeudal de nuestra sociedad, apelando a los medios legítimos para realizarlo: la interpretación materialista de la historia aplicada al programa de lucha, acción directa de las masas sin tutela de arriba, lucha social[39].

Esa jerga, que hoy nos es tan familiar, está siendo empleada casi por primera vez entre venezolanos. En los primeros días de enero de 1932, desde San José de Costa Rica, luego de haberse «doblado» bajo el peso de un trabajo intenso, Rómulo Betancourt da a luz su primer trabajo teórico. En dos años, ha avanzado mucho: para él, en 1930 todavía no veía más que dos «fuerzas militantes» en la lucha de un pueblo en espera, más o menos apática, de que le pusieran un fusil en las manos. Esas dos «fuerzas impulsoras» eran los jóvenes y las mujeres[40].

Ya no más, después de haberse hartado de marxismo leninista, con su adorno de heterodoxia trotskista y el «saldo» de ideología aprista que comparte con su grupo de amigos de Barranquilla. Desde las primeras líneas de *Con quién estamos y contra quién estamos,* Betancourt reafirma que

> Para los que con criterio materialista hemos analizado la historia y el hoy inmediato del país, no caben vacilaciones al afirmar que en Venezuela existe la tiranía —forma agudizada de la dictadura— de una *clase,* y no de un hombre o de una región; de los componentes sociales de una *clase,* de todas las regiones del país y no de una sola región determinada, la andina. En Venezuela existe la tiranía de la *clase* terrateniente, industrial, mercantil —capitalista, en una palabra— ejercida sobre las grandes masas productoras de la nación, con la colaboración de Gómez y de su taifa de compinches y familiares[41].

Todavía la fórmula es confusa pero el estilo («taifa») es ya el mismo que no lo abandonará nunca. Es la pincelada final del retrato personal (físico, moral, político) de Juan Vicente Gómez. A partir de ese momento comienza a morir el interés por el hombre Gómez y a nacer el interés por comprender el gomecismo como sistema. A poco, esa definición se irá afinando, hasta aproximarse a la caracterización de país «semi-feudal» y «semi-colonial» de los leninistas.

Desde entonces, ya se habrán «trascendido» aquellas tétricas denuncias del gomecismo asesino. Ahora comenzará una crítica de sus bases

económicas y sociales. Que en el plano más general están contenidas en aquella caracterización leninista. Y que en el caso concreto del régimen gomecista vendrá acompañado de una crítica a su política de carreteras, no desde la perspectiva de un hombre del siglo diecinueve —donde el gomecismo es vencedor— sino de hombres del siglo veinte, donde el gomecismo se resiste a entrar, a su política poblacional con una inmigración restringida por el temor del comunismo y la mezquindad del gasto sanitario otro que el puramente epidemiológico; su política educacional que se presenta en este siglo con una altísima población analfabeta.

Además, la crítica cuestionará uno de los mayores orgullos de Gómez: la cancelación de la deuda externa, en un momento en que todos los países del mundo se orientan hacia la moratoria. Dicho en otros términos, si el régimen de Gómez puede hacer las delicias de un economista ortodoxo, pues no se trata ya de enfrentarse a Gómez, sino a la economía ortodoxa. La nueva Venezuela democrática será entonces anti-liberal, como liberal había sido la dictadura que le precedió.

En 1928, pues, se separan las aguas de la Venezuela liberal y dictatorialista y de la Venezuela democrática y anti-liberal. Pero ésta no fue solamente la fecha de eclosión de una nueva Venezuela, y de una nueva manera de hacer política. Ella asestó un golpe mortal si no al tirano, por lo menos a la dictadura. A partir de entonces, Gómez se da cuenta, además, de «las ingratitudes que se reciben en política» y renuncia a fundar una dinastía.

NOTAS

1 *Fiebre.* Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, 1972, p. 129.

2 En el «Censo de la Universidad Central de Venezuela para el año escolar 1926-1927», se encuentra que, de 570 estudiantes, sólo 134 provienen del distrito federal y que los estados Miranda y Aragua apenas aportan 7 estudiantes cada uno. ***Anales de la Universidad Central de Venezuela.*** Caracas, Lit. y Tip. Vargas, MCMXXII, t. XV, nº 1, pp. 71-72.

3 Ante la protesta estudiantil, el gobierno reaccionará con bastante violencia, pese a las protestas de los sectores económicos más poderosos de Caracas, y a que la manifestación, la cual no estaba dirigida contra el gobierno, había sido pacífica y ordenada. BAHM, nº 9, pp. 101-104.

4 Cf. *Anales de la Universidad..., loc. cit.*, y (para 1928) t. XVII, nº 3, p. 260. No hay que tomar estas cifras al pie de la letra. Como siempre, hay un buen número de deserciones, entre ellas de alumnos que se inscriben y nunca llegan a cursar la carrera.

5 Jóvito Villalba, «Discurso en el Panteón», *Documentos que hicieron historia*, t. II, p. 141.

6 *Memoria y cuento...*, p. 159.

7 Publicado en *Universidad* de Bogotá, nº 95, del 18 de agosto de 1928. *La oposición...*, CPPV-S XX, t. V, vol. I, p. 77. La cifra de Betancourt se refiere a los inscritos en la UCV, pero sólo doscientos de ellos se entregaron a la policía, lo cual significa que menos de la mitad de aquéllos consintió en compartir el destino de sus líderes. Compárese esto con otros testimonios citados aquí, y se verá que hay bastante imprecisión en el número de quienes fonnaron la «Generación del 28».

8 Rómulo Betancourt-Miguel Otero Silva, «En las huellas de la pezuña», Santo Domingo, 1929. *La oposición...*, CPPV-S XX, t. V, vol. I, p. 467.

9 *Ibídem*, pp. 538-539. Por su parte, Joaquín Gabaldón Márquez publicó en 1958 un artículo que escribió en enero de 1928 (es decir, antes de la Semana del Estudiante) y desde entonces había permanecido inédito. Su título es revelador: «La lucha de las generaciones en 1928». *op. cit.*, pp. 163-165.

10 No se puede descartar aquí la exageración polémica. Según la declaración del capitán Rafael Alvarado Franco ante el juez militar, «Un estudiante de apellido [Juan José] Palacios» le había ofrecido traer armada «a toda la Federación de Estudiantes», pero a la hora decisiva «(...) habían sólo veinte armados, unos con revólveres y otros con puñales y que a la Plaza del Panteón irían cuarenta o cincuenta estudiantes y no más porque no había podido encontrar a unos y otros estaban ausentes». Sería también comprensible que Alvarado Franco estuviese interesado en restar importancia a la participación civil en la intentona. *Archibeta,* t. 2, pp. 76-77.

11 *Loc. cit.*

12 «La elección de reina para nuestros festejos es la única votación pública, el único sufragio libre que ha visto Venezuela ('República federal, democrática, alternativa y responsable') en este cuarto de siglo y en un pedazo grande del anterior». *Ibídem*, p. 463.

13 Creemos haber sido los primeros en hacerlo, en sendos ensayos incluidos en *Las Venezuelas del siglo XX.* Caracas, Grijalbo, 1988, y *El poder brujo. Ensayos de polémica y otras tintas.* Caracas, Monte Avila Editores, 1991.

14 Cf. Carol Leal Curiel, *El discurso de la fidelidad.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990, pp. 186-188. Este libro se refiere a la construcción del espacio como símbolo del poder regio en la Venezuela del siglo XVIII. Detrás de su aparente

modestia de especialista, la autora revela una agudeza interpretativa que convierten al suyo en un ensayo sobre el universo simbólico de la fidelidad política, o sea, de la relación entre gobernantes y gobernados. Y ésos no son problemas que se puedan confinar en el siglo XVIII, o cualquier otro en particular, ni tampoco a un país dado.

15 «En las huellas... », *op. cit.*, p. 462.

16 *Ibídem*, p. 473.

17 Rómulo Betancourt, «Panorama de los movimientos estudiantiles de Latino-América y sus proyecciones». *Contra la dictadura de Juan Vicente Gómez.* Caracas, Centauro, 1982, p. 84.

18 Pedro N. Pereira, *En la prisión.* Caracas, Editorial Avila Gráfica S. A., 1952, pp. 216-217.

19 Gabaldón Márquez, *op. cit.*, p. 130.

20 «C. Van H. Engert, Chargé d' Affaires a.i. to Secretary of State», March 7, 1928. 831.00/1350, USANA.

21 Los estudiantes se fueron entregando a lo largo del día 23 de febrero de 1928, hasta totalizar 189 a las 7 p.m. Al día siguiente, el prefecto del Departamento Libertador, general Guillermo E. Willet, informa a Gómez que han sido despachados (se supone que al Castillo Libertador en Puerto Cabello) 201 detenidos. *Archibeta*, t. 2, pp. 4-9. El documento que acompaña la entrega de los estudiantes, en BAHM, nº 30, p. 128.

22 *Op. cit.*, pp. 500-501.

23 *Archibeta*, vol. 2, pp. 19-51.

24 *Ibídem*, p. 23.

25 Esos cambios en la mentalidad nunca siguen, por supuesto, un desarrollo lineal. Por muy influido que haya sido por el movimiento estudiantil, el líder militar de la asonada, capitán Rafael Alvarado Franco, declaró en la primera línea de sus confesión ante el juez militar de la causa que «Después de las Fiestas de los Estudiantes comprendió que el estado de ánimo del pueblo de Venezuela, en un momento dado, era posible que acompañara a algún individuo de ideas nuevas (sin ser socialista) hasta la realización de un plan preconcebido». Cf. «Expediente relativo al alzamiento militar en contra del Gobierno del general Juan Vicente Gómez, acontecido en Caracas el día 7 de abril». *Archibeta*, t. 2, p. 76.

26 *La oposición...*, t. V, vol. II, p. 269.

27 «Germán Herrera Umérez a Rómulo Betancourt», 29/08/31. *Archibeta*, t. 3. Caracas, 1991.

28 *Ibídem*, p. 17.

29 «Grita la voz:
—¡Ala y Balaja! ¡Sigala y Balaja!
Y el coro responde:
—¡Sacalapatalajá!»
[Se repite dos veces más]
«Se mezclan al fin las voces del coro y la voz dirigente en una acelerada algarabía:
—¡Y Ajá! ¡Y Ajá! ¡Y Sacalapatalajá!
—¡Y Ajá! ¡Y Ajá! ¡Y Sacalapatalajá!
—¡Y Ajá! ¡Y Ajá! ¡Y Sacalapatalajá!» Miguel Otero Silva, *Fiebre*, p. 71.

30 *Archibeta*, t. 2, p. 53.

31 «Expediente...», *Archibeta*, t. 2, p. 82.

32 *Ibídem*, p. 110.

33 Eleazar López Contreras, *Proceso...*, p. 37.

34 No hay aquí la menor intención de idealizar el gesto de los estudiantes, ni tampoco darle una importancia mayor de la que tuvo. Por lo tanto, al decir esto, no ignoramos que para obtener esa libertad, no estuvo ausente el chantaje de la fianza

ofrecida por algunos padres para hacer liberar a sus retoños. Para la lista de esas fianzas, ver T. Polanco Alcántara, *Gómez*, p. 352.

35 Cf. nuestro ensayo «Del comunismo a la social-democracia a través del leninismo» en *El poder brujo*... pp. 111-125.

36 Rómulo Betancourt, *Problemas venezolanos*. Santiago de Chile, Talleres Gráficos «San Vicente», 1940, p. 4.

37 *Archibeta*, t. 2, p. 241.

38 *La oposición a la dictadura gomecista*. CPPV-S XX, t. II, vol. I, p. 87.

39 *Ibídem*, pp. 159-160.

40 *Archibeta*, t. II, p. 472.

41 Rómulo Betancourt, «Con quién estamos y contra quién estamos». *El comienzo del debate socialista*. CPPV-S XX, t. VI, vol. II, pp. 13-14.

XXI. La historia no se hace a caballo

Los siete años que transcurren entre 1928 y la muerte de Juan Vicente Gómez podrían ser percibidos como los menos «políticos» de toda su carrera. La mineralización de su elogio, como se mostraba en la prensa, era acaso el reflejo, si no de una situación, por lo menos de esa posible percepción, la de una muerte en vida, de una momia sobreviviéndose[1] y mandando por el terror que imponía su presencia desde el sarcófago de Maracay.

Gómez no aniquiló a los levantiscos muchachos de la Semana del Estudiante: ni siquiera a quienes «tiraron la parada» del 7 de abril. Ellos perdieron una batalla, pero conservaron su pólvora seca; y al final, después de 1935 ganaron la guerra (sin guerra, porque si no, no la hubiesen ganado). Pero en lo inmediato, a Gómez pretende volverlo a visitar el íncubo que sus armas habían disipado en Ciudad Bolívar.

Ha pasado más de un cuarto de siglo, pero el general sabe demasiado cómo exorcizar ese demonio: en el mismo año de 1929, sucesivamente hace morder el polvo a José Rafael Gabaldón, despedaza la pequeña tropa de Rafael Simón Urbina y Gustavo Machado, derrota y mata a Delgado Chalbaud.

UN FANTASMA RECORRE VENEZUELA...

...el fantasma de la «revolución». Las comillas vienen dadas porque en nada se parece ésta a aquélla, social si no total, propuesta ochenta años antes por el *Manifiesto* de Marx y Engels. Es el simple levantamiento de a caballo, el mismo que convirtió a la Venezuela del siglo XIX en un campamento: es «la federación» que intenta volver por sus fueros, empleando la única arma política que conoce, la guerra. Son tres alzamientos[2], y los tres están comandados por antiguos gomecistas: Román Delgado Chalbaud, José Rafael Gabaldón y Rafael Simón Urbina.

Los tres se pretenden esta vez, expresa o tácitamente, con sinceridad o hipocresía, inspirados en los ideales de la Semana de Estudiante, y en todo caso, intentan «colonizar» el movimiento, arrastrando a algunos de sus participantes, simpatizantes o predecesores: a Armando Zuloaga Blanco y Rafael Vegas, a Joaquín Gabaldón Márquez y Alberto Arvelo Torrealba, a Gustavo Machado y Miguel Otero Silva.

El 28 de abril de 1929, en su hacienda de «Santo Cristo», el general José Rafael Gabaldón alzaba el pendón de la rebeldía. Su alzamiento está ligado a la proyectada invasión del *Falke*. Como él mismo lo relata, recibió un mensaje de Román Delgado Chalbaud, de labios del poeta Alfredo Arvelo Larriva, invitándolo a colaborar «en el desarrollo de lo que ya estaba organizándose en Europa».

Gabaldón mostró su acuerdo, comenzó a establecer contactos civiles y militares, y dio comisión a un amigo suyo, el dr. Honorio Sigala, para informar al representante de Delgado Chalbaud en Caracas, no sólo su acuerdo, sino su «(...) firme propósito de hacer lo humanamente posible, aun cuando con las manos vacías, por no tener ni un fusil»[3].

El alzado de «Santo Cristo» no tiene la influencia política, la estatura nacional ni tampoco los dineros de Delgado Chalbaud, ni ha lavado su gomecismo de los primeros tiempos con una cárcel tan terrible como los catorce años de aquél en La Rotunda. Esto último podría atribuirse por partes iguales a su amistad personal con el general Gómez y a la influencia protectora de su pariente Victorino Márquez Bustillos[4].

Pero también a su condición de caudillo regional. Encerrado en su hacienda, Gabaldón era intocable: sus familiares, sus peones y sus amigos establecían a su alrededor una tupida red de protección. Entre quienes, en diciembre de 1928, firman una carta de «adhesión y simpatía» hacia Gabaldón, figuran nombres de importancia regional

muy grande, como Elías Lozada y Corrales, Julio Alvarado Silva, U. Torrealba Alvarez, J. A. Tamayo Pérez y Suplicio Garmendia[5].

Hombre de confianza del general Leopoldo Baptista, Gabaldón fue arrastrado por éste en su caída: anduvo a salto de mata después de 1914 y por algunos años[6]. Pero después las cosas se habían calmado; parecía retirado a sus actividades privadas y su correspondencia con Gómez traduce todavía una amistad signada por el respeto si no la calidez, lo cual se prolongará hasta momentos relativamente cercanos a su alzamiento.

No es fácil entender los lazos que unían a Gabaldón con Gómez, o incluso su actitud hacia él luego de alzarse, si le aplicamos criterios más contemporáneos (si los hay) acerca de las relaciones de amistad. Tampoco si cedemos a la tentación de ver a Gómez con el cristal de una dimensión única, sordo a todo consejo y adamantinamente unilateral en sus odios. Gabaldón, por su parte, permanece sujeto a esa lealtad de hombre a hombre que era la práctica normal de su época, y en la cual creció: nadie le disgusta más que quien es capaz de traicionar una amistad.

Así, en una carta de 1916 (es decir, tres años después de haberse roto la «luna de miel» del país unánime con Gómez y cuando él mismo andaba escondiéndose) le manifiesta que «(...) no puede hacerse solidario con ningún tránsfuga ni responsable de individuos que han faltado a la palabra empeñada (...)». Se refería a los generales Felipe Angarita y Tulio Sánchez, quienes, dice a Gómez, observaron «(...) una reprobable conducta (...) en su compromiso con Ud. (...)»[7].

En 1924, su correspondencia muestra que Gómez ya se ha distanciado de él. Aunque, se queja, «Mucho se han empeñado en hacerme aparecer como enemigo de Usted, y aún cuando han logrado que Ud. no me tenga confianza (...)» nada han podido ni podrán probar en su contra. Y remata diciendo que en el supuesto negado de ser enemigo de Gómez «(...) le hago menos daño que esos falsos amigos que (...) constituyen una mácula indeleble para una administración a quien la posteridad tendrá que juzgar favorablemente»[8].

Esa lealtad hacia el amigo, hacia su «respetado general», como lo llama en su carta de ruptura, lo lleva a escribírsela antes de «coger el monte». Más aún, «a principios de 1928», como relata él mismo, Gabaldón tiene una entrevista con Gómez. Quiere que rectifique para que pase a la historia no como usurpador sino como libertador. Y en la misma carta-manifiesto de septiembre de 1928, basa sus críticas (o, mejor, sus proposiciones) en que Gómez lo había autorizado unos diez

meses antes, «(...) a que le escribiera siempre y dijera todo lo que quisiera». Y le dice efectivamente cosas que podrían sonar desagradables a los oídos del tirano, pero suenan como dichas «desde adentro» o sea sin apartarse de su reconocimiento al «(...) fundador de la paz nacional», a quien acabó con los partidos históricos. Lo conjura entonces a desoir a quienes le están acaso proponiendo que «(...) haga una nueva aclamación para reelejirlo [*sic*] como el hombre necesario y único en el poder (...)».

Gabaldón se muestra en su carta confiado en la alta estima de Gómez, como lo manifestó al escribirle, en mayo de 1928, que lo tenía «(...) como uno de sus amigos adictos y leales»[9]. Esa carta no lo coloca de frente entre sus enemigos encarnizados, sino más bien parece señalar la inquietud de un amigo deseoso de rectificaciones en el gobierno. Sobre todo, de que Gómez se desembarace de sus malas juntas, donde figura en lugar muy destacado la *bête noire* de Gabaldón, Vincencio Pérez Soto, a quien acusaba, en una carta de 1924, de todos los crímenes imaginables, entre ellos el de sodomía[10]. Lo cual, amén de ser el peor insulto posible en una sociedad donde tan arraigado está el culto del macho, da una idea del nivel de la polémica en aquellas regiones.

Sin embargo, tampoco hay que ver en el general Gabaldón simple ingenuidad y quijotismo. Esa carta es personal, pero no por eso privada: sus amigos y simpatizantes la copian y la hacen circular por toda la región a donde alcanza su prestigio.

Cuando escribe sus cartas y manifiestos[11], el general tiene cerca, en «Santo Cristo», a su hijo Joaquín Gabaldón Márquez, una de las figuras más relevantes de la Semana del Estudiante, cuya influencia sobre su padre parece evidente. Pese a esa presencia, y como pasará con todos los alzamientos de ese año, tampoco desde el punto de vista ideológico hay mucha novedad en la «gabaldonera».

Hay dos aspectos a destacar en los planteamientos programáticos de la carta enviada por Gabaldón al Benemérito. El primero es su demanda de que Gómez autorice la celebración de elecciones libres para escoger su sucesor. El tono de esta petición recuerda mucho el artículo de Rafael Arévalo González en 1913, al lanzar la candidatura de Félix Montes: no se permite dudar de la buena fe del jefe, pero desconfía «(...) de los cortesanos, sus amigos (...)».

El segundo punto digno de subrayar es el programa que, a su juicio, deberá aplicar ese sucesor de Gómez electo libremente. Deberá, dice, tener entre sus puntos básicos la intensificación de la instrucción

pública. Los dos extremos de esta política son, uno, la lucha contra el analfabetismo y, dos «(...) la creación de una institución en Caracas para el sostenimiento de dos Estudiantes de cada una de las Repúblicas Hispanoamericanas (...) reorganizada con cátedras y profesores de acuerdo con los adelantos de la Ciencia, y con una cátedra especial para estudiar la vida y las ideas políticas del Libertador».

Además de eso, que va en primer lugar, «(...) el equilibrio de los valores morales y políticos de la República (...)»; el fomento de la emigración [*sic*]; la creación en todas las capitales de estado de casas de corrección (para delincuentes juveniles) con escuelas de artes y oficios; guerra a los monopolios; la «(...) franca apertura (...)» de ríos y lagos a la libre navegación bajo todas las banderas; la construcción del ferrocarril de los llanos; reforma de las leyes «(...) judiciales, diplomáticas y consulares (...)» ; «la efectividad de la donación de una parcela de terrenos baldíos a los venezolanos pobres; en síntesis «(...) el enriquecimiento de los pueblos con preferencia al enriquecimiento del Tesoro».

Población, educación, comunicación (ferrocarril del llano); guerra al monopolio: el clásico programa liberal, con el aditamento del culto a Bolívar en lo cual, en verdad, difícil era ganarle al gobierno.

En lo económico, Gabaldón da muestras de ignorar (como todo el mundo, dicho sea en honor a la verdad) que hace ya dos años Venezuela ha dejado atrás su condición de país exportador de café para volverse exportador de petróleo; en lo social, el reparto de tierras baldías suena más como un acto de caridad que la proposición de alguna modalidad de reforma agraria.

En materia de alianzas y de apoyos, Gabaldón tiene una estima particular por el general Eleazar López Contreras. Al día siguiente de la carta-manifiesto a Gómez, el general Gabaldón le envía otra al futuro presidente. El pretexto es acusarle recibo de su libro *El Callao histórico*, pero no sólo le adjunta una copia de la escrita a Gómez, sino le manifiesta su deseo de que un día puedan «(...) colaborar juntos en bien de la Patria (...)»[12]. Pero López no escucha los cantos de esa sirena. Dirá más tarde que Gabaldón, sencillamente, recibió «(...) noticias falsas (...)» de su actitud en los sucesos del 28, «(...) o por lo menos de simpatizante de la huelga estudiantil»[13].

No era sin embargo descabellado pensar que López Contreras estuviese disgustado con un gobierno que hacía preso a su primogénito. Es cierto que es el propio López quien dirige el ataque contra los conjurados del siete de abril, pero quién sabe en qué forma podía llegar

hasta los confines de Lara y Trujillo, aislados del centro del país, una noticia originada en Caracas.

Lo de «simpatizante de la huelga estudiantil» era una mercancía más difícil de vender al general rebelde, puesto que su hijo Joaquín, uno de los dirigentes de esa huelga, estaba a su lado. López Contreras atribuye la confusión de Gabaldón a un elemento que lo engañó «(...) llevado del prurito de estar comprometiendo a los hombres en combinaciones que únicamente estaban en su imaginación». De todas formas, confiesa que le llegaron no sólo rumores, sino proposiciones concretas. Las cuales, si bien rechazó claramente, se abstuvo de denunciarlas al general Gómez[14].

Parece que en todo esto hubo una serie de *quid pro quo* que por desgracia se resolvieron en sangre. Joaquín Gabaldón Márquez, al defender la posición de su padre en aquel momento, habla de una «(...) trama sombría que lanzó a Gabaldón», no a la insurrección de «Santo Cristo», sino a «(...) una empresa de más amplia envergadura, a la cual lo invitaron, engañadoramente (...)»[15].

En todo caso, el alzamiento no tendrá las características nacionales del que desembarcó en Cumaná: puede ser tratado como un brote regional, con la intención de unirse a la expedición de Delgado Chalbaud, a quien se sabía presto a levar anclas[16].

La amplitud de los apoyos, o la audiencia que logrará Gabaldón para su intentona, vienen dados por el nombre mismo que la posteridad dará a su movimiento. A nadie se le ocurre nombrar a la expedición del *Falke* con el nombre de su jefe militar. Antes bien, se fue en este particular muy cuidadoso, para no herir demasiadas susceptibilidades, así como para evitar la percepción del movimiento como un suceso puramente militar. En cambio, la rebelión de «Santo Cristo» será conocida como «la gabaldonera».

En el aspecto propiamente militar, la derrota fue también aplastante, y posiblemente más sangrienta que la del *Falke*. Al menos eso afirmaba Gabaldón casi veinte años después: su rendición se produjo para detener el pavoroso procedimiento de «tierra arrasada» empleado por las tropas gomecistas contra los campos (y los campesinos) donde se sabía o se sospechaba que podía desplegarse la guerrilla, donde se sabía o se sospechaba de la simpatía de los campesinos hacia el alzamiento o donde, para desgracia de ellos, había una simple coincidencia geográfica[17]. En todo caso, Gabaldón se entrega: junto con su hijo, José María Suárez y Carlos Sequera Cardot, ingresará a Las Tres Torres de Barquisimeto, símbolo sombrío del gomecismo.

GARIBALDI EN CURAZAO

En junio de 1929, dos meses y medio antes del *Falke*, se produjo la invasión de Gustavo Machado y Rafael Simón Urbina por las costas del estado Falcón. Este movimiento es considerablemente menos importante que los de Gabaldón y Delgado Chalbaud, y el antigomecismo de Urbina mucho más cuestionable si no cuestionado. Urbina era un personaje bastante turbio que hasta un tiempo relativamente corto antes de alzarse, formaba parte de uno de los organismos menos recomendables del régimen. Rafael María Velasco, gobernador del Distrito Federal, lo había designado oficial en la «Sagrada», la policía montada del gobierno[18]. También su historia posterior lo mostrará como un aventurero y acaso como un mercenario[19].

La invasión por la Vela de Coro no logrará apoyos políticos tan amplios y prestigiosos como los de Delgado Chalbaud, ni su resistencia tendrá las características del movimiento de «Santo Cristo». Pero sí hay una novedad en este movimiento, más personal que propiamente ideológica. Al lado de Urbina figura Gustavo Machado, uno de los dirigentes más conocidos del Partido Revolucionario Venezolano (PRV), quien se había destacado mucho en la campaña de solidaridad con el movimiento de Augusto C. Sandino en Nicaragua y había ido incluso hasta Las Segovias para aportar al famoso guerrillero el producto de una colecta hecha para él en México. Más aún, Machado no ocultaba su simpatía activa por la Internacional Comunista.

Eso no bastaba sin embargo para teñir de «rojo» la aventura. Se puede decir que entre Machado y Urbina tuvo lugar lo que los franceses suelen llamar un *marché de dupes*, donde cada uno creía ser más astuto que su aliado. A Urbina le interesaba Machado menos por sus ideas que como carne de cañón: tanto él como algunos de sus secuaces más jóvenes demostraron un coraje físico sin común medida no sólo con su escasa experiencia militar, sino con su desconocimiento del campo. No es cosa de creer que Gustavo Machado, hombre de cultura educado en Francia, pudiera engañarse sobre las tendencias doctrinarias de un primitivo como Urbina.

Además de eso, la participación de un dirigente del PRV en una aventura como ésa, revelaba la inconsistencia si no incoherencia o simple oportunismo doctrinal del cual parecía adolecer desde sus inicios el PRV, que le hacía lucir políticamente como una colcha de retazos. Un movimiento confesa, abiertamente anti-caudillista, el cual inicia entre la emigración venezolana la más recia, clara e importante

crítica del personalismo, puso en su presidencia a uno de los más típicos caudillos del antigomecismo, Emilio Arévalo Cedeño. Peor aún: el primer número de *Libertad* parece anunciar, con su expulsión de las filas del partido, que el PRV ha enterrado la ilusión de «colonizar» algún representante de la vieja manera de hacer política. Y sin embargo, pocos años después se está embarcando en esa aventura con uno de los peores representantes de la Venezuela que «tira la parada» asimilando así la política a un juego de dados.

En lo militar, lo que diferencia a esta «parada» de todas las demás es el sorpresivo asalto a Curazao. La idea era atacar esa isla poco guarnecida y muy vecina de Venezuela, tomar algún armamento de las autoridades coloniales, reclutar soldados en las refinerías y desde allí invadir a Venezuela por Falcón. Esta novedad definió el movimiento, dándole una importancia histórica que de otra manera no hubiese tenido. Atacar a Curazao, una colonia holandesa, era convertir la intentona en un problema internacional, era también atacar la niña de los ojos del capitalismo petrolero.

La ocurrencia actuó como «propaganda por la acción» en la vieja tradición anarquista: la prensa internacional la destacó, calificando la acción de «filibusterismo», lo cual en materia de técnica y una cierta etimología, no estaba demasiado lejano de la verdad[20]. Por lo demás, fue la única parte de todo el movimiento culminada con éxito. Por ser Gustavo Machado un periodista de pluma clara si no prolífica, su folleto *El asalto a Curazao* provocó en los observadores una comprensible aberración: sirvió no sólo para dar testimonio, sino también para destacarlo como el dirigente de aquel levantamiento. La Internacional Comunista no podía aprobar semejantes procederes, pero buscó no dramatizar el asunto, refiriéndose a él con un calificativo no exento de simpatía: «garibaldismo»[21]. En este episodio, todo traduce improvisación y bisoñería, no sólo en lo militar, sino también en lo político. El relato de Gustavo Machado[22] muestra el grado a que alcanzó esa improvisación: en principio, el ataque del fuerte Amsterdam no fue premeditado, ni ordenado por la dirección del PRV en México.

Pero, cuando llegó a la isla, Machado se dejó ganar por el «espíritu expedicionario» predominante allí en la sección del PRV. Según él, el papel de Urbina en la aventura era puramente técnico, de «baqueano-técnico militar»[23]. En todo y por todo, disponían de un revólver y una pistola-máuser, 37 machetes, un hacha grande, dos hachuelas... y cien dólares. Compárese esto con los trescientos mil dólares del crédito de Delgado, con el *Falke* comprado y no obligado a acostar, como el vapor

Maracaibo de estos «filibusteros».

Con las armas que le toman a los holandeses en el fuerte Amsterdam, entran a Venezuela unos 35 revolucionarios, en su mayoría dominicanos y hasta un adolescente rumano que no llegaba a los quince años. La pequeña tropa se dividió en tres grupos: uno dirigido por Ramón Torres, con Gustavo Ponte y Prince Lara como ayudantes; otro dirigido por Gustavo Tejera, secundado por «el capitán Alcalá», Miguel Otero Silva y J. [T. Jiménez] Arráiz; y el tercero comandado por el general Piña, con Gustavo Machado y González Méndez como ayudantes[24]. Llevaban en sus bolsillos un promedio de nueve tiros escasos por persona. Ninguno de ellos sabía manejar un rifle; el orden de batalla no se pudo disponer en el vapor *Maracaibo* porque algunos mareaban. Con esa suma de pobrezas y bisoñerías pretendían derrocar a una tiranía vieja de 21 años. Lo asombroso es que hayan podido pelear, y que lo hayan hecho con tanto coraje, causando bajas de importancia al gobierno, entre ellos un general, Gabriel Laclé. No en vano, al recordar el suceso, un autor califica esa descabellada intentona como «(...) una de las mayores aventuras que conoce el espíritu levantisco venezolano»[25].

UN EXITO LETAL

La tercera de esas revoluciones, pero la primera en orden de importancia, es la dirigida por Román Delgado Chalbaud. Aparte de ser, por la amplitud de sus alianzas, la más temible, se le pueden señalar tres características distintivas: políticamente es un éxito, en lo ideológico muestra un desolador desierto y en lo militar será un fracaso, mortal para su jefe.

Lo primero se puede decir porque pudo unir bajo un solo comando a fuerzas que desde hacía veintisiete años, desde 1902, no sólo no lo habían logrado, sino que ni siquiera se habían sentado en la misma mesa, y algunos habían perdido la memoria hasta del rostro de sus antiguos camaradas de armas.

La «Junta de Liberación de Venezuela», como se llamaba el órgano político de la revolución, estaba formada por Santos A. Dominici, Alberto Smith, Pedro José Jugo Delgado; Rufino Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra, M. Flores Cabrera, Pedro Elías Aristeguieta y Atilano Carnevali. Con Román Delgado Chalbaud como director general de

Guerra, la revolución contaba entre sus generales a Leopoldo Baptista, Régulo Òlivares, Juan Pablo Peñaloza, Rafael M. Carabaño, Francisco L. Alcántara[26]. Sólo faltaron dos nombres, Cipriano Castro y el «Mocho» Hernández a quienes, varios años antes, la muerte les había ahorrado un nuevo fracaso.

La «Junta» de Delgado Chalbaud es pues un éxito político sin precedentes desde la Revolución Libertadora, pero un éxito político del siglo XIX. Pretenden hacer suyo el voto de la nueva generación, pero políticamente ella está ausente, así algunos muchachos se enrolen en la «revolución». Para arrepentirse, y casi inmediatamente, de haber sido arrastrados «como una manada de pendejos» en una «tarasconada» ridícula por un «caracortada» sin programa y sin principios[27]. Esas tarasconadas podrán ser muy ridículas, pero de todas maneras las balas enemigas son mortales, como las que alcanzaron a Armando Zuloaga Blanco[28].

En el campo doctrinal, el «Venezuela será» de los estudiantes, con que la «Junta» remata su manifiesto, no sirve para rellenar el gran vacío. La presencia de Pocaterra asegura que sus manifiestos estén redactados en alto estilo, pero no podía esperarse demasiado de un hombre como Delgado Chalbaud.

Cuya única intentona literaria conocida era un opúsculo de 1912 titulado *Por mi Jefe, por mi Causa y por mi Nombre*[29] (o sea, por Gómez, la Rehabilitación y el infaltable *ego* del personalismo). No sólo carecía Delgado de esos impulsos, sino que aparentaba no tener ambiciones políticas hasta que el éxito de sus combinaciones financieras le fue abriendo los apetitos, el hambre de otro poder[30].

Con una sola excepción, no hay nada nuevo en el manifiesto-programa con el cual, renunciando al personalismo como lo hacen sistemática y acaso sinceramente todos los caudillos, se llama a Venezuela a alzarse en armas. Se habla allí de independencia del poder judicial; autonomía de la universidad, educación cívica para el pueblo, intensificar la educación primaria y la científica; castigo del peculado; fomentar la inmigración; desarrollar la agricultura, la cría y las industrias incipientes; estrechar las relaciones amistosas con los países extranjeros, especialmente los americanos; extirpar los monopolios; sancionar leyes que favorezcan el bienestar y la condición social de «las clases obreras y agricultoras»; libres elecciones y expresión del pensamiento, formación de partidos políticos con doctrinas bien definidas; acoger la inversión extranjera; hacer del ejército una institución nacional[31].

Nada hay que no esté dicho en todos los manifiestos de todas las

revoluciones anteriores. Nada hay tampoco que no haya sido prometido por el propio Gómez en y desde 1908. Pero sobre todo, nada hay que diga cómo se pondrá en obra semejante programa, con qué fuerzas se contará para desarrollarlo, cómo se podrá controlar ese desarrollo. En una palabra, nada permite saber por qué quienes lo firman (muchos, si no todos, antiguos gomecistas) serían más confiables que el Benemérito, si no sería mejor malo conocido que bueno por conocer, partiendo de la base de que este último tampoco es tan nuevo ni desconocido.

De todas formas, sí hay, en verdad, algo nuevo: el manifiesto «considera en extremo perniciosa para los ideales y la prosperidad de la república, la propaganda del comunismo y el bolcheviquismo»[32].

En el terreno propiamente militar la derrota no puede ser más pavorosa: la improvisación y la incoordinación se revelan por todos lados. Dispuestos en tres columnas, desembarcan en Cumaná el 11 de agosto de 1929 exactamente 99 hombres, para oponerse a 350 o 400 soldados del gobierno[33].

Pedro Elías Aristeguieta, quien debía atacar por la retaguardia, se retrasó ocho horas y dejó así sin apoyo a los atacantes[34]. La importancia de ese refuerzo viene dada por el hecho que, con todo y retraso, y muerto ya Delgado, la gente de Aristeguieta no solamente atacó, sino que tomó a Cumaná dos días más tarde[35].

El jefe militar de la invasión arriesga y pierde su vida como un soldado raso. Es cierto que, sobre todo en una revolución, el «¡arméemonos... y partid!» juega menos que en cualquier otra acción guerrera. Pero todo indica que Delgado Chalbaud concibe la suya menos como una acción colectiva que como un enfrentamiento personal[36].

El coraje de Emilio Fernández, presidente del estado Sucre, tampoco le deja alternativa: también él entra a la pelea en soldado; y con casi sesenta años a cuestas, arriesga primero una herida leve, pero insiste y pierde la vida. Ambos han traído a sus hijos para trenzarse en combate: el general Emilio Fernández a su primogénito el abogado Carlos Emilio, quien será gravemente herido en el mismo combate donde su padre terminó la vida[37].

Delgado Chalbaud entrega la suya, balbuciendo en brazos del teniente Raúl Castro las palabras aprendidas en un siglo de romanticismo guerrero: «Dile a Carlos [su hijo de 17 años que le esperaba en el *Falke*] que he sabido morir por Venezuela»[38]. En su caso, eso señala más que una muerte heroica: es la derrota de una intentona que no se preocupó mucho de asegurar su continuidad si, como es previsible en toda acción guerrera, esa baja se producía, y sobre todo en el primer

momento.

Lo demás es lo de siempre: la derrota es huérfana. La gente que se ha quedado aguas afuera en el *Falke* debe levar anclas apresuradamente. Y ante la perspectiva de andar vagando de isla en isla, rechazado su peligroso cargamento[39], el escritor José Rafael Pocaterra decide botar las armas al mar.

Un gesto que indica susto y desesperación porque la revolución se ha perdido; una jugada maestra estratégica y táctica si hubiese triunfado: la historia la escriben los vencedores. En noviembre de 1929, en su destierro mexicano, Diego Córdoba culpa del desastre de la revolución en el oriente de la república «(...) a los que no tuvieron bien calzados los pantalones (...) y en vez de alejarse en el 'Falke' a cierta distancia (...)» del puerto y estar pendientes de la suerte de los demás revolucionarios que quedaban en tierra, «(...) huyeron cobardemente (...) a entregar al fondo del mar las armas y las municiones, y en una isla inglesa el barco»[40].

En México también, el periódico *Libertad*, órgano del PRV, se burla del apresuramiento de Pocaterra y publica una entrevista con el capitán del *Falke* donde éste lo retrata tembloroso, «(...) pequeño de espíritu y de corazón»[41]. Este se defiende, atribuyendo la campaña de descrédito entre otros a «ese loquito lenguaraz y maligno» de Eduardo Machado[42].

¿Cómo se enfrentó Gómez a estos tres levantamientos del «cuero seco», a estas recurrencias de la Venezuela del siglo XIX? Había delegado en Rafael María Velasco el trabajo de enfrentarse a las algaradas estudiantiles y a Eleazar López Contreras el de reprimir la intentona cuartelaria del 7 de abril de 1928. Pero de esto (al menos de dos de los tres alzamientos) se ocupará personalmente.

No es porque sean más importantes, aunque así él lo perciba desdeñando lo que al final enterrará la dictadura, sino porque le resulta una forma de pelea muy conocida: no hace sino repetir la cartilla.

Ocuparse personalmente no quiere decir ponerse al frente de sus tropas. Gómez tiene 72 años y una próstata que ya comienza a molestarlo, y estuvo al borde del sepulcro en 1921. Es lógico pensar que tenga ya suficiente conciencia de su importancia histórica y política, de que su régimen depende demasiado de su propia vida. Por lo demás, no se está ante una situación límite, como esas que llevaron a Solano López a inmolarse junto con su hijo en la batalla final de la guerra de Paraguay contra Argentina y Brasil.

Pero Gómez había previsto que Delgado Chalbaud era tal vez el más peligroso de sus enemigos, de sus presos. Alguien le oyó decir que «no

soltaba a Román, porque ése sí hace la guerra». La frase puede no ser cierta, pero en todo caso lo parece, si se ven los resultados. Porque apenas dos años median entre la libertad de Delgado y la invasión del *Falke*. Y en veinticuatro meses, su dinamismo y también su dinero[43], el propio y el prestado[44] lograron lo que se había revelado imposible en veintinueve años: la unidad de toda la emigración bajo un comando militar único.

Una vez desembarcados los revolucionarios, dispone personalmente sus elementos guerreros para aniquilarlos, y se confía en un hombre que le ha demostrado una larga y sincera lealtad: Emilio Fernández no desmerecerá semejante confianza[45].

En cuanto a Gabaldón, igualmente lo conoce, y trata de desacreditarlo atribuyendo su alzamiento a razones más personales que políticas o patrióticas. Su secretario Rafael Requena contó alguna vez que Gómez estaba consciente de que un crédito solicitado por Gabaldón en esa época, no era como pretendía para hacer mejoras en su hacienda, sino para alzarse contra él[46].

Pero en persona también, se ocupará del alzamiento. Por una parte, enviará a combatir a Gabaldón dos de sus generales más fieles y también más enérgicos y reputadamente crueles: Eustoquio Gómez y León Jurado[47]. Este último, después de alguna reticencia, aceptará encargarse de la presidencia del estado Lara para aplastar la «gabaldonera», poniendo como condición que se le dejase organizar un batallón con hombres de su absoluta confianza, con sus oficiales, sus soldados y las armas que él quisiese tener, sin ser controlado por el Ministerio de Guerra y Marina: fue el Batallón «13 de mayo»[48].

Como si no fuese suficiente con la reputación de fiereza de ambos, les recomienda en un pliego dirigido el 13 de mayo de 1929 «(...) que no se les escape ninguno, pues hay que acabar de raíz con esa plaga»[49].

Urbina (porque no sabe quién sea Machado) es poca cosa. De eso se encargará León Jurado en Coro, y el asalto a Curazao servirá acaso para utilizar, tácita si no abiertamente, el ochentón fantasma del comunismo.

Una circunstancia personalísima le impedirá ocuparse más directamente del asunto: en el mismo momento de producirse la invasión por Coro, Gómez estaba clavado en su lecho de dolor con una retención de orina que necesitó de una sonda[50].

El fracaso de las intentonas del año 29 señala con mucha claridad que el siglo XIX ha llegado a su fin. Esto, perceptible en el análisis de los programas hecho más arriba, también se manifiesta en el terreno

estrictamente militar. Ni el alzamiento de Gabaldón, ni el desembarco del *Falke* tienen en mientes una insurrección campesina, ni tampoco una guerra prolongada, que el país rechazaría con horror. Tampoco se ha pensado seriamente en la guerra de guerrillas. No lo hace Gabaldón, pese a que su experiencia inmediata anterior podía llevarlo a eso casi insensiblemente; en el caso de los invasores de Cumaná, Doroteo Flores lo propone, pero como una inspiración súbita, improvisada, no planificada.

Quienes tal vez pensaron en eso fueron Urbina y Machado, que buscaban, al invadir, establecer contacto con el famoso montonero Olegario Reyes. Pero su experiencia es demasiado corta e inconclusiva, y la especie de guerrilla que practican es sobre todo la huida en busca de un refugio; algo parecido a lo sucedido a Gabaldón antes de entregarse a las tropas del gobierno.

En lugar de una «guerra de guerrillas» a lo Fidel Castro o de una «larga marcha» a lo Mao Tsetung, tanto Delgado Chalbaud como Gabaldón piensan en tomar una ciudad (Cumaná, Guanare) y desde allí desplegar su fuerzas. También pudieron comprobar lo que era evidente después de la Revolución Libertadora: que se había cerrado un ciclo de cuatro siglos en los cuales la historia se hacía a caballo. Ya eso pertenece a un pasado bien muerto y enterrado. Para ellos, al menos políticamente, la Venezuela campesina ha dejado de existir. Pero esa muerte fue también la muerte de sus propias «revoluciones»: no tuvieron gente qué reclutar, ni sitio inexpugnable para ocultarse.

Al derrotar esos tres alzamientos, Juan Vicente Gómez ha vencido algo más que simples intentonas: ha enterrado definitivamente el siglo XIX. Ahora, desde afuera de Venezuela, por una parte, y desde el Cielo de su destino (o el Infierno de su cuerpo), dos nuevas calamidades lo azotan, lo acuestan finalmente en su lecho de muerte: la crisis mundial y lo que los médicos llaman, ellos también, su «éxito letal».

NOTAS

1 Es lo que parece traducir la carta que le dirige en 1928 el general José Rafael Gabaldón. Allí le recomienda a Gómez que «Piense que ya Ud. por más de un motivo, sólo necesita vivir para la Historia (...) Gabaldón a Gómez», 7/8/28, en Joaquín Gabaldón Márquez, *Memoria y cuento...*, p. 171.
2 Sin contar el intento del general Norberto Borges en Miranda, abortado al nacer; dos de sus lugartenientes atacaron la jefatura civil de Guatire, dando muerte a su titular. Pero la pequeña guerrilla fue copada y encarcelados sus dirigentes, entre ellos el mismo general Borges «(...) sin pena ni gloria (...)». Cipriano Heredia Angulo, *El año 29. Recuento de la lucha armada*. Caracas, Centauro, 1974, pp. 174-175. En ese año se produjo también la última de las incursiones del general Emilio Arévalo Cedeño en territorio venezolano a partir del Arauca colombiano. El 18 de julio de 1929 fue aniquilado en el sitio de «La Panchita», estado Guárico. Arévalo escapa solitario, derrotado y hambriento: será su última «revolución», *Ibídem*, pp. 211-212.
3 José Rafael Gabaldón, «Orígenes del movimiento revolucionario del general José Rafael Gabaldón en abril de 1929», febrero de 1946, en *Memoria y cuento...*, p. 205.
4 Es así como, después de haber conocido la persecución de Pérez Soto «(...) no sin estar ausente la mano del dr. Márquez Bustillos, la situación del General José Rafael Gabaldón Iragorri, se arregla». Cipriano Heredia Angulo, *op. cit.*, p. 57.
5 J. R. Gabaldón, *op. cit.*, p. 206.
6 Heredia Angulo, *op. cit.*, pp. 52-57.
7 «Gabaldón a Gómez», 16/1/1916. *Los hombres del Benemérito*, t. I, p. 294.
8 «Gabaldón a Gómez», 7 /8/1924. *Ibídem*, p. 312.
9 «Gabaldón a Gómez», 7/8/1928. *Ibídem*, pp. 316-322.
10 «Gabaldón a Gómez», 18/10/1924. *Ibídem*, p. 314.
11 Además de la correspondencia ya citada, Gabaldón lanza una «Alocución» al país el 19 de abril de 1929. *Memoria...*, pp. 202-204.
12 E. López Contreras, *Páginas para la historia militar...*, p. 162.
13 *Ibídem*, p. 161.
14 *Idem*.
15 *Op. cit.*, p. 136.
16 El 15 de mayo de 1929, cuatro meses antes del desembarco en Cumaná, Pedro Elías Aristeguieta anota en su diario: «Gabaldón en armas. ¡Que lo guíe Marte! El pueblo lo acompaña». *Los desterrados y Juan Vicente Gómez. Memorias de Pedro Elías Aristeguieta*. Caracas, s/e, 1968, p. 186.
17 *Memoria...*, p. 208.
18 *DHV*, P-Z, p. 804.
19 En 1931, encabezará una nueva invasión, integrada esta vez por mexicanos. Será derrotada como la anterior, pero tendrá una conclusión bufa: los invasores serán devueltos a su país con una suma para gastos que Gómez pondrá en sus bolsillos y se embarcarán gritando vivas al Benemérito. En 1936, Urbina, hombre de muy escasas letras, publicará un folleto insultante contra algunos de los dirigentes de la izquierda que habían participado en la invasión de 1929. Finalmente, en diciembre de 1950, a la cabeza de un pequeño comando, secuestra y asesina al presidente de la Junta de Gobierno, Carlos Delgado Chalbaud, para caer abatido por la Seguridad Nacional después de rendirse y abandonar la Embajada de Nicaragua donde se había refugiado herido a raíz del atentado. *Ibídem*, pp. 804-805.
20 Se piensa que la palabra «filibustero» proviene de la expresión holandesa *vrij buiter*, que traduce «el que capta el botín». Manuel Lucena Sandoval, *Piratas, bucaneros,*

filibusteros y corsarios en América. Madrid, Editorial MPFRE, 1992, p. 39.

21 Fue reseñado en el periódico de la Internacional Comunista, *International Press Correspondence*, 21 de junio de 1929, p. 640, como «El incidente de Curazao». Curiosamente, no se hizo mención alguna de Gustavo Machado.

22 «El asalto a Curazao», *El comienzo del debate socialista.* CPPV-S XX, t. VI, vol. II, pp. 43-143.

23 Sin embargo, no debe olvidarse que el folleto de Machado aparece dos años y medio después de los hechos y no sólo contiene una severa autocrítica de sus autores (también lo hace el prologuista, Miguel Otero Silva) sino que toma sus distancias con Urbina y no se puede excluir que por razones políticas, trate entonces de reducir su importancia en el asunto.

24 Rafael Simón Urbina, citado por Heredia Angulo, *op. cit.*, p. 145.

25 Heredia Angulo, *Idem.*

26 *Archibeta.* Tomo 1, 1917-29, pp. 487-488.

27 Las expresiones entrecomilladas provienen de la correspondencia de Rómulo Betancourt después de 1930. *Libro rojo*, Sección «Correspondencia», *passim.*

28 La participación de algunos de los dirigentes estudiantiles de 1928 en la expedición del *Falke* la explica Betancourt en una carta a Ceferino Díaz Rojas, escrita en septiembre de 1929. Como en ese entonces todavía creía en la eficacia de la «acción armada», habían logrado, él y sus compañeros, acopiar «300 rifles perfectamente dotados» y con ellos contaban lanzarse «(...) en término escaso de tiempo, sobre costas venezolanas». Pero «desde Europa» se les pidió que se incorporasen «(...) a la acción de conjunto», en vista de lo cual, «(...) ante la magnitud del parque de Delgado dejamos pendiente lo otro (...)». *Ibídem*, p. 51.

29 Caracas, Imprenta El Cojo, 1912.

30 Cf. el trabajo de Ruth Capriles Méndez, *Los negocios de Román Delgado Chalbaud*, ANH, 1991.

31 *Archibeta, loc. cit.*

32 *Idem.*

33 Pocaterra copia, del libro «Ordenes generales», el orden de ataque por el muelle en Cumaná, dispuesto en consejo por el Estado Mayor. Nombra a los siguientes oficiales: Primera Columna, general Doroteo Flores, teniente-coronel Francisco Angarita Arvelo, teniente Raúl Castro; Segunda Columna, general Francisco Linares Alcántara, teniente-coronel Luis López Méndez, capitán Rafael Vegas, teniente Juan Colmenares; Tercera Columna, general Rafael María Carabaño, capitán A. Morales Carabaño, capitán Juan Ramón Frontado, teniente Julio Mc Gill Sarría; jefe de ametralladoras, capitán Franz Zucal, con Essner y Schneider. Reserva, general Román Delgado Chalbaud, jefe de la Guardia, teniente-coronel Carlos M. Mendoza; capitanes Edmundo Urdaneta Auvert, Roselino Pérez, Carlos J. Rojas; ayudante, teniente Armando Zuloaga Blanco. *Ibídem*, p. 483.

34 Como suele suceder, hay diversas y opuestas versiones sobre ese retraso: que si los baqueanos de Aristeguieta se perdieron, o que si huyeron. Ruth Capriles Méndez (*op. cit.*, p. 172 n.) adelanta otra explicación la cual, aunque sin citar fuentes, considera «(...) la más lógica»: soldados y oficiales se emborracharon la noche anterior al ataque, lo cual le permite considerarlos «irresponsables» o miedosos. Esto último es un poco difícil de sostener de alguien como Aristeguieta, quien murió en combate días después. En cuanto a lo otro, el alcohol nunca ha estado ausente de las batallas. No sólo entre los soldados, a quienes se solía permitir o recomendar un vaso de «ron con pólvora» para entrar en batalla, sino entre los generales: es lo que sostiene Rufino Blanco Fombona hablando de San Martín en Chacabuco, en un texto, verdad es, muy polémico.

35 «MEMORÁNDUM que presenta el ministro de Guerra y Marina al Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores relativo a las actividades filibusteras del vapor 'Falke'».

Archbibeta, t. I, p. 215.

36 El capitán Edmundo Urdaneta Auvert, quien desembarcó al lado de Delgado Chalbaud, atribuye el hecho de que la reserva se haya confundido con los otros cuerpos en combate «(...) a la impetuosidad del Director de la Guerra», es decir, Delgado Chalbaud. De la misma manera, su relato parece sugerir una emulación suicida con Doroteo Flores, quien al frente de su grupo y gritando «¡Aquí va *Doroteíto*...!» avanzó mil setecientos metros por la Calle Larga de Cumaná después de cruzar «acaloradas palabras» con Delgado. Edmundo Urdaneta Auvert, «Una versión de la expedición del *Falke*» en Diego Córdoba, *Los desterrados...*, p. 137.

37 BAHM, n^os^ 136-137-138, p. 268.

38 Luis Castro Leiva, comunicación personal.

39 El gobierno venezolano declaró de inmediato que el *Falke* sería «(...) considerado y castigado como pirata (...)». *Archbibeta*, t. I., p. 181.

40 *Op. cit.*, p. 198. El testimonio de Urdaneta Auvert parece indicar que en la orden de levar anclas sin más espera, influyó, al menos tanto como la prisa de Pocaterra, la tardanza de los revolucionarios derrotados en volver al barco, porque Doroteo Flores «(...) se encaprichó en hacer guerra de guerrillas». *Ibídem*, p. 138. Por su parte, el primer piloto del *Falke,* Henrich Kolling, declaró ante la policía de Trinidad que el barco había permanecido en el puerto «(...) más o menos dos horas (...)» partiendo de allí para Granada. *Archbibeta*, t.I, p. 192.

41 *Archbibeta*. t. I, p. 479.

42 *Archivo de José Rafael Pocaterra*. Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973. t. II, p. 115. Sin embargo, un joven admirador del Pocaterra revolucionario, Rómulo Betancourt, dice, exactamente un mes después del suceso, que ese parque se inutilizó así «(...) por cobardía o mala fe de algunos». El plural parece mostrar la voluntad si no de exculpar, por lo menos de diluir la responsabilidad de Pocaterra, pero no la excluye necesariamente. *Op. cit.*, p. 51.

43 En su «Relato del destierro» que culmina antes de desembarcar en Venezuela donde encontrará la muerte, Pedro Elías Aristeguieta escribe que la revolución la financió Delgado Chalbaud «(...) comprometiendo sus propiedades en una hipoteca (...) Delgado ha conseguido que sus amigos extranjeros nos armen a la brevedad posible y con abundancia de parque». *Op. cit.*, p. 191. Aparte de eso, obtuvo de esos mismos «extranjeros» un crédito de trescientos mil dólares. *Ibídem*, p. 186. Ese crédito le era indispensable, puesto que la hipoteca de sus propiedades «(...) en todo caso, no montaría a 50.000 dólares». *Ibídem*, p. 190. Por su parte, Diego Córdoba dice que la entrega del «Falke» le costó a Delgado Chalbaud, amén de su propia vida, la ruina económica y «(...) las joyas de su noble esposa». *Ibídem*, p. 198.

44 En varios textos de Aristeguieta se habla del «petrolero» con quien Delgado estaba en tratos para conseguir financiamiento. En un memorándum enviado desde París por César Zumeta, se dice el nombre, que «tuvo Salustio [González Rincones, el poeta] la habilidad de descubrir»: se trataba de M. Goubelkian, un millonario británico de origen armenio, que en los años sesenta era presentado por la prensa como el hombre más rico del mundo. Según Zumeta, Delgado Chalbaud, para convencerlo de que invirtiese en la aventura, trató de demostrarle «(...) que nuestra legislación y métodos administrativos en materia de hidrocarburos favorecen exclusivamente a unos sindicatos y deben ampliarse en beneficio del país y de intereses europeos». César Zumeta, s/l, (mayo de) 1927. caja D-52, carpeta 1, *Archbimiraflo.*

45 No deja de resultar curioso que dos de los hombres que la oposición presiente como posibles colaboradores suyos en un eventual alzamiento, Eleazar López Contreras y Emilio Fernández, se hayan batido con fiereza y eficacia para derrotarlos.

46 En una entrevista de Eustoquio Gómez Villamizar, hijo del general del mismo nombre, se da una versión diferente y asaz curiosa del asunto: «(...) el general

Gabaldón fue un hombre muy cercano al gobierno del general Gómez, en base a esa vieja relación, Gabaldón visita al general Gómez, en su casa de la Plaza Girardot. Según lo contado por el dr. Requena, secretario privado del general Gómez en aquel año de 1929, el general Gabaldón vino a pedirle un crédito al general Gómez con el objeto de hacer unas mejoras en su hacienda. El general Gómez le aprueba el crédito y luego que el general Gabaldón salió a buscar su dinero en las oficinas que quedaban al lado de la casa presidencial, el general Gómez le dijo a Requena: 'Esos reales que le estoy prestando al general Gabaldón le van a costar cinco años de cárcel'». Cuando Requena le preguntó a Gómez por qué lo decía, dice el mismo declarante que la respuesta del Benemérito fue que «con ese dinero el general Gabaldón no va a arreglar ninguna hacienda, él va a armar a sus hombres para alzarse contra el gobierno». Edgar C. Otálvora, *Eustoquio Gómez*. Caracas, Col. Libros Revista *Bohemia*, 1985, p. 53.

47 Al primero se atribuye haber hecho colgar públicamente a tres opositores durante su presidencia del Táchira. Su hijo señala como verdadero culpable al medio hermano de Eustoquio, Simón Gómez. E. Gómez Villamizar, *op. cit.*, p. 33. En cuanto a Jurado, anunció a Gómez el fracaso de la segunda expedición de Rafael Simón Urbina con un telegrama macabro: «Zamuros corianos se desayunaron hoy con carne mexicana». Heredia Angulo, *op. cit.*, p. 155.

48 Otálvora, *op. cit.*, p. 54.

49 Heredia Angulo, *op. cit.*, p. 114.

50 Gabriel Briceño Romero, «Bosquejo patobiográfico (...)», *Revista de la Sociedad...*, p. 99.

XXII. De la crisis de un mundo a la crisis de un hombre

La otra calamidad que azotará a Gómez en 1929 viene de afuera, y contra ella nada puede, porque nadie ha podido, ni Dios. En octubre de 1929 se viene abajo la Bolsa de New York, y la economía capitalista se hunde en la más larga y profunda crisis de su historia. De una forma u otra, el golpe conmoverá a la Venezuela petrolera, que recién alumbrada no ha tenido tiempo ni siquiera de cortar el cordón umbilical.

En esos años también, Gómez roza un riesgo aterrador para un hombre como él, de una religiosidad si bien primitiva, signada por el respeto y el temor de los representantes de Dios en la tierra, y particularmente temible para un hombre cercano a la muerte. Se bordea un enfrentamiento con la Iglesia, llegando hasta la expulsión de su patria de un sacerdote de apellido muy enraizado en el país y además de eso, obispo de Valencia: Salvador Montesdeoca. Con astucia, Gómez evadirá el choque frontal, y también la Iglesia: si más sabe el Diablo por viejo que por diablo, igual cosa puede decirse de Dios.

Finalmente, ni con él consentirá la muerte en hacer una excepción: el 17 de diciembre de 1935, Juan Vicente Gómez comete el único error que un tirano no debe cometer jamás: morirse.

EL JUEVES NEGRO

Como si se quisiera bajar violentamente el telón más que a una década, a toda una época, el 24 de octubre de 1929, en la Bolsa de New York se derrumba para siempre la Norteamérica de los *roaring twenties*: la economía capitalista entra así en la más pavorosa crisis de su historia.

La literatura y el cine, hasta la simple fotografía, nos han dado la imagen de aquellos años, con sus olas de desempleados (trece millones en 1933, o sea uno de cada cuatro trabajadores) vagando alrededor de las fábricas cerradas, las largas colas a las puertas de las sopas populares, con sus banqueros y corredores de bolsa tirándose por las ventanas de los rascacielos[1] o vendiendo manzanas en las esquinas[2].

Al derrumbe de la Bolsa neoyorkina se unieron los resultados de una crisis que, como la europea, se había manifestado a lo largo de los años veinte con diversos estallidos; era una crisis de obsolescencia, monetaria, de producción, política, de confianza[3]. Se recuerdan todavía con pavor las consecuencias de todo eso en Alemania, donde la situación era insostenible (amén de todas las leoninas imposiciones del Tratado de Versalles) por la obligación de ese país de pagar las reparaciones de guerra: la inflación meteórica, los desempleados vistiendo camisas hechas de papel periódico, los enfrentamientos de ejércitos partidistas (los S.A. hitlerianos, el Frente Rojo comunista, la «Bandera de Imperio» socialista) y, finalmente, el arribo de Hitler al poder.

América Latina recibió el impacto de la crisis, tanto mayor cuanto que sus economías eran muy dependientes. Si bien Venezuela compartía esta última condición y dependía de los mercados extranjeros para su producto principal (antes el café, ahora el petróleo), no estaba tan endeudada como Cuba o Perú, pero de todas formas, el golpe se sintió, y duramente. Porque si de un lado el café (como también el cacao) vio deprimirse sus precios y limitada su entrada a los grandes mercados, por el otro la industria petrolera debió reducir su actividad.

Y sin embargo, el país se enfrentaba a esa crisis, como decía Alberto Adriani, «(...) en condiciones, por muchos respectos, excepcionalmente favorables (...)». El futuro ministro de López Contreras presentaba en 1931 un balance agridulce de la situación: el café y otros productos de exportación disfrutaron en el período anterior a la crisis de precios muy altos, y el desarrollo de la industria petrolera vino a completar el cuadro de una prosperidad envidiable. La balanza comercial venezolana alcanzó entre 1919 y 1931 un saldo activo de más de mil millones de

bolívares, mientras que las inversiones extranjeras durante el mismo período superaban una cifra parecida. El presupuesto se cerraba regularmente en superávit, no se incurrió en nuevas deudas externas: antes bien, se pagó íntegramente la existente, así como buena parte de la interna.

Pero, continuaba Adriani, aparte de que las apariencias mostraban una economía sólida «(...) no podemos saber cuán sólida (...)» entre otras cosas por la falta de estadísticas sobre el monto de los capitales emigrados, ni de las sumas enviadas para satisfacer la renta de las inversiones extranjeras, ni de fletes, comisiones bancarias, seguros, viajes y viajeros. Sobre todo, concluía, la industria petrolera, por la estructura particular que ofrece en Venezuela era, desde el punto de vista económico, «(...) una provincia extranjera enclavada en nuestro territorio, y el país no obtiene ventajas con las cuales podamos estar jubilosos, por más que sean, en cierto sentido, satisfactorias (...)»[4].

Ya en mayo de 1931, seis meses después del *crash* de New York, la Cámara de Comercio de Caracas constataba «(...) una pesadez impresionante en los negocios (...)». En general, como lo constata María Elena González, «La depresión se extendió a las principales ramas de la economía agropecuaria y afectó con severidad al comercio». Sin embargo, agrega, el efecto de la crisis sobre las viejas y sólidas casas mercantiles «(...) demostró la estrecha vinculación que, pese al ya importante impacto de los ingresos petroleros, existía entre el negocio de los agricultores, de los ganaderos y los comerciantes».

Dicho en otros términos, que Venezuela recibió el golpe de la crisis más como país agrícola que como país minero. Así lo ve Arcaya, en un informe redactado en Washington donde era ministro plenipotenciario, en mayo de 1935. Al disminuir el poder adquisitivo de las demás naciones, baja el consumo, en primerísimo lugar de los renglones de lujo, donde estaban clasificados el café y el cacao.

A la baja demanda sigue como es normal la baja del precio. Y si a eso se une la desvalorización del dólar, resulta que Venezuela recibía en 1935, por sus exportaciones, una cantidad menor de bolívares aunque nominalmente le ingresara la misma cantidad de dólares que en 1933[5].

Lo anterior no descarta que, también como país minero acuse el golpe. La reducción de las actividades de la industria petrolera, sus despidos en masa, tuvieron consecuencias negativas: en 1931, había en Maracaibo 1.600 viviendas vacías al volverse los trabajadores, ahora desocupados, a sus lugares de origen. El sector inmobiliario, que había

inflado sus precios especulativamente, se vino al suelo. En ese mismo año, un joven de apenas 23 años escribía que si bien la dictadura había logrado evitar con tremenda buena suerte el proyecto de ley del senador Cooper, que proponía limitar por tres años la importación de petróleo crudo y prohibía la del petróleo refinado, no pudo hacerlo con el acuerdo privado entre los *trusts* petroleros yanquis para limitar la explotación de sus concesiones en el mundo, y cuyas consecuencias, decía, «(...) se están ya palpando. Las entradas fiscales comienzan a disminuir en forma violenta. Las importaciones han descendido (...) en un 20% por la aduana de La Guaira y en un 50% por la de Maracaibo». Y remataba constatando que no sólo el paro forzoso de millares de asalariados estaba creando un agudo problema social, sino que el comercio también había sufrido el contragolpe y apenas sobrellevaba una existencia precaria gracias a las moratorias concedidas por los bancos[6].

Gómez mostrará primero estupefacción[7]. Se dejará luego «convencer» de tomar las riendas de un poder que nunca, en verdad, había abandonado; y finalmente, en materia monetaria, optó por un rumbo, una política cuyos efectos perversos, aunque no le puedan ser todos atribuidos, condicionaron el siguiente medio siglo de historia.

La banca, el comercio y la industria sienten en sus bolsillos el tremendo golpe: abajo, la gente, si fuese posible, se muere más de hambre. En estos estratos comienza a aparecer la propaganda comunista[8]; aquéllos toman un rumbo diametralmente opuesto: van a pedirle a Gómez que resuelva la crisis. Y el dictador les hace dar, por boca de su ministro Pedro Rafael Tinoco una lección de economía ortodoxa: «Las crisis se resuelven por sí solas»[9].

Pero ellos no lo creen. Y una de las paradojas engendradas por la crisis, es que quienes debían, de acuerdo a una cierta ortodoxia, ser los peores enemigos de la intervención del Estado, son los primeros en ir a pedirle a su encarnación que no los deje de la mano de Dios, ni los eche al foso del mercado libre: que los proteja, como mejor le parezca. Que eso sea por medio de la manipulación monetaria, por la elevación de barreras proteccionistas, por subsidios gubernamentales, eso se deja al libre arbitrio del tirano. Quienes primero claman entonces por la instauración de una pequeña, particular y muy clasista especie de *welfare state* no fueron los obreros ni los campesinos, los desempleados ni los *underdogs*, sino los burgueses, los empresarios, los hombres del dinero, los ricos caraqueños.

La famosa «mano invisible» del mercado tampoco convencerá de su

existencia a los honorables representantes del pueblo, los congresantes elegidos «a dedo» por Gómez. Que la culpa de todo es del pobre diablo de Juan Bautista Pérez, el «Presidente Constitucional», les resulta tan evidente que ni siquiera se toman el trabajo de discutirlo. El 12 de junio de 1931 le piden la renuncia a Pérez, quien hasta entonces, dicen, ha respondido a toda insinuación con evasivas; y Pérez se ejecuta al día siguiente; siéndole aceptada la renuncia sin el menor debate[10]; y sin el menor debate se elige, por la previsible unanimidad, al general Juan Vicente Gómez para completar el período.

Al socaire de la crisis, se desata una polémica en los únicos términos en que eso fuese posible bajo la dictadura. Mientras Alberto Adriani piensa que la situación impone una devaluación monetaria, que él propone muy radical, del 100 por ciento a fin de reavivar las exportaciones agrícolas, otros, por el contrario, piensan que debe tomarse el camino contrario.

Quizás se podía prever que Gómez tendería a inclinarse por esta última política, que se hacía más comprensible a mentalidades tradicionales como la suya, para las cuales la solidez de la moneda prima sobre cualquier otra consideración económica. Pero no se trata solamente de eso, ni de que la «mentalidad rentista» de los adversarios de la devaluación terminaría por imponerse.

Ellos también tienen argumentos muy serios, puesto que como las compañías petroleras debían pagar sus impuestos en bolívares oro a la par legal, si se tomase la decisión de depreciar la unidad monetaria venezolana, eso equivaldría, pensaba Arcaya «(...) a beneficiar a dichas empresas a costa del Tesoro Nacional»[11].

Por otra parte, tampoco es que el bolívar haya dejado de sufrir una cierta desvalorización, aunque no por vía de una ley. El hecho de que, desde agosto de 1934 las compañías petroleras debieran pagar sus impuestos en oro a la par legal, fue producto de un acuerdo entre el Estado y las empresas, pero trajo como consecuencia la existencia de dos tipos de bolívar: uno, que es el que pagaban las compañías en oro al gobierno, y otro, que valía sólo unas tres cuartas partes de aquél[12].

De todas formas, y aun tomando en cuenta lo anterior, la moneda venezolana seguirá el camino contrario al que en ese momento y a imitación del dólar, transitan todas las monedas. Venezuela tendrá una moneda sólida, mientras en el resto del mundo, la característica de los signos monetarios será su temblequeante pérdida de valor.

Eso dará un resultado espléndido en el corto plazo, y según criterios de la más primaria economía: al morir Gómez, dejará como herencia

la moneda acaso más sólida del mundo. Pero en el largo plazo, aun dentro de los moldes de la más ortodoxa economía, el resultado será catastrófico: Venezuela acentuará su condición no sólo mono-exportadora, sino poli-importadora.

La crisis mundial y el alto valor de la moneda venezolana terminarán de aniquilar la economía cafetalera, y más allá de ella, la agricultura. Dos estudiosos del pensamiento económico venezolano resumen la situación en estos términos: al no devaluarse el bolívar, hubo que buscar un paliativo para proteger a los agricultores. Así se hizo, primero con un sistema de primas y después con un sistema de tasas de cambios diferenciales. Entonces, la agricultura, en lugar de ser la fuerza motriz de la nueva Venezuela, como lo quería Adriani, se convirtió en una actividad subsidiada[13]. El venezolano se irá acostumbrando a comprar todo afuera, y cuando, medio siglo más tarde, las arcas nacionales y los bolsillos particulares se llenen con los beneficios de la explotación petrolera, el lapso será muy corto entre la plétora y la ruina.

LA EXTREMA UNCION

Para un campesino que presiente muy cercano el momento en que debe ir a presentarle cuentas al Creador, ganarse la desaprobación, si no la condena de la Iglesia de Pedro y Pablo debe ser cuando menos molesto. Gómez era lo uno y estaba en la otra circunstancia, pero ni a una cosa ni a la otra las enfrentaba desnudo, mucho menos desarmado. Gómez nada tenía de un místico, ni de un hombre a quien la reflexión sobre el otro mundo, y su influencia en éste le quitasen muchas horas de sueño.

Pero, con todo, tenía una idea muy particular de su relación con el Altísimo. Ella está presente acaso mejor que en ninguna otra parte en un curioso papel escrito, de su puño y una letra bastante clara, firme y hasta elegante, en julio de 1911. Dice allí: «Vida que Dios cuida nadie la quita. A mí me cuidan Dios y la Patria Juan Vicente Gómez». Esto podía parecer una profesión de fe doblada de una confianza supersticiosa en la protección divina. Pero hay algo raro en esas frases. La segunda vez que emplea el verbo cuidar, al pasar del singular al plural, la «n» del plural aparece más pequeña, como si hubiese sido una corrección, cuando no quedaba espacio para hacerla del mismo

tamaño de las otras, es decir, agregada después de haber escrito la frase. Por otra parte, no hay un punto que separe la última frase de la firma. De modo que si se lee el papel sin la «n» que parece agregada y teniendo en cuenta la falta de este signo de puntuación, el papelito se lee así: «Vida que Dios cuida nadie la quita. A mí me cuida Dios y la Patria Juan Vicente Gómez». Es decir, a Dios sólo le incumbe cuidar al general; éste, a su vez, cuida de la patria.

Todo esto podría ser desechado como simple especulación psicologista en torno a un presunto «acto fallido» si no fuese porque corresponde a la naturaleza misma del culto oficial gomecista de los Padres de la Patria y de la unción legitimadora que de allí extraía el régimen. Incluso si se le da a ese papel la lectura que se le ha venido dando corrientemente, aun si la «n» del segundo plural estaba desde siempre en la mente del Benemérito, llama la atención la equiparación de Dios y de la patria como guardianes del mismo poder capaces de proteger una vida[14].

Por lo demás, sus relaciones con la Iglesia eran bastante cordiales, gracias a su astucia, pero sobre todo a la más antigua de Roma. La cual se hacía la vista gorda frente a su reticencia a santificar sus ayuntamientos con esa bendición de Dios que significaba aceptar la insoportable condición de que una mujer esté ligada al hombre «hasta que la muerte los separe».

Pero también y sobre todo frente a su real gana de no practicar jamás el perdón de las injurias, de castigarlas con la inhumana prisión y con la muerte, sin importarle si sus enemigos vestían el traje talar. Lo que llegaba incluso a tales extremos, que Pocaterra podía decir, al enumerar la «(...) serie de crímenes cometidos por (...)» [él] «(...) a ciencia y paciencia del Vaticano (...)» que Gómez fue «(...) el mandatario más irrespetuoso con el clero que hayamos tenido (...) expulsó al padre Oráa, envenenó al padre Ramírez y al padre Franquiz; mantiene a estos dos ancianos y venerables sacerdotes, Mendoza y Monteverde, engrillados y enfermos (...)» en La Rotunda[15].

Pese a eso, a la cordialidad de aquellas relaciones contribuían algunos representantes de la Santa Madre Iglesia de quienes no sólo la exageración polémica hacía sospechosos de simonía. Mientras que el padre Carlos Borges desgranaba sus adulaciones ebrias de patriotismo y alcohol, el nuncio Pietropaoli hacía recordar a quien lo mirase que la suya era la patria de los Borgia y de Maquiavelo.

Por una razón o por otra (razón de hombre, razón de Estado o razón de Dios), en el pecho de Juan Vicente Gómez llegó a reposar la Orden

Piana, abridora seguramente de las puertas del cielo. Bajo Gómez, además, se rompió subrepticiamente una tradición que habían impuesto a la vez el laicismo del Gran Partido Liberal Amarillo y la soberbia del Ilustre Americano: se dio entrada a las órdenes religiosas docentes, entre ellas en 1916 a la Compañía de Jesús.

Subrepticiamente: la entrada de los jesuitas a Venezuela es una obra maestra del disimulo que el estereotipo atribuye a la orden, pero igualmente de la astucia real o atribuida del dictador. En efecto, si en algo estaba vigilante la opinión pública (sobre todo los francmasones que eran legión entre los liberales y los intelectuales partidarios de Gómez) era en levantar los mayores obstáculos a la detestada Compañía de Jesús, impedirle su ingreso al país.

Es así como, en la reforma constitucional de 1914, cuyo objetivo central era asentar el dominio personal de Gómez eliminando el molesto Consejo de Gobierno, Rafael González Rincones y César Zumeta, entre otros, se las arreglaron para incorporar una modificación al artículo sobre la libertad de asociación, haciendo valer como excepciones las leyes contra los religiosos votadas en 1837 (Soublette) y 1874 (Guzmán Blanco)[16].

Todo eso fue eliminado en 1925, pero en 1916 las cosas no estaban tan calmas todavía. Es por eso, que una comunicación interna de la orden («Cartas edificantes») describe así cómo los jesuitas ingresaron a Venezuela en puntillas: «Los malos se callan porque suponen que, como es verdad, no hubiéramos venido sin previo consentimiento del señor Presidente. Los buenos no cantan públicamente el triunfo porque saben que no es del gusto del señor Presidente el que se haga ruido con nada»[17].

Como sea, la intriga se impone a veces por encima del temor de Dios y del Diablo. En Valencia ejercía su ministerio el obispo Salvador Montesdeoca. Su apellido lo ligaba con las familias más ilustres de Carora, con su así llamada «godarria». Aparte de eso, era un hombre muy combativo, polémico, que no acostumbraba guardarse para sí sus opiniones[18].

Refiriéndose a un hecho local[19] y sin ninguna relación con Gómez o su entorno, Montesdeoca comienza a tronar desde su púlpito contra las uniones concubinarias (considerando tales los matrimonios puramente civiles).

Algún vengativo correveidile le hace ver al ministro de Relaciones Interiores que el purpurado se está enfrentando así a las leyes de la República, para las cuales el matrimonio civil es por sí sólo perfecta-

mente válido.

Aunque no aparezca, tal vez en el fondo de todo esto se dejaba correr la idea de que al considerar concubinaria una unión civil se condenaba abiertamente el concubinato, y entonces la alusión a Gómez era patente. El asunto terminó con la expulsión de Venezuela del obispo Montesdeoca y con su silencio.

Esto último debe tomarse *stricto sensu*: ingresará en Italia a una cartuja y allí morirá en 1945, fusilado por los alemanes junto con sus silenciosos hermanos, por haber ocultado fugitivos del nazismo. Pero Gómez no saldrá salpicado. El no era entonces el presidente de la República, sino Juan Bautista Pérez. Es él quien topa con la Iglesia, es a él a quien espera entonces la condena eterna, y en lo inmediato la pérdida de la presidencia. Gómez mira hacia otro lado.

DIES IRÆ...

Finalmente, el largo río de la vida de Gómez va a dar a la mar. Que es el morir de todos los déspotas: rodeado de secreto, de intriga y de sospecha. El secreto de su enfermedad[20]; la intriga de sus sucesores, la sospecha de que se trampeó al informar de la fecha de su muerte, como se había hecho con la de su nacimiento.

El tirano murió del desarrollo de las enfermedades que se le habían ido acumulando[21]. Más que de cáncer en la próstata o de complicaciones diabéticas, Juan Vicente Gómez se murió de viejo. Por supuesto que ninguna de las leyendas que se tejían sobre su salud resultó cierta: la costumbre de usar guantes no provenía de que tuviese una enfermedad de la piel asquerosa a ver[22]. Tampoco lo aquejaba ninguna especie de lepra que le obligase a beber sangre humana lo más fresca posible, preferiblemente de niño: ese posible Drácula provenía a la vez de la falta de libertad informativa y la imaginación fiebrosa de sus gobernados, pero nunca tuvo nada que ver con la realidad. Y en cuanto a su propia sangre, hay algo curioso en todo esto: el general Gómez, hasta donde se sepa, no padeció de una enfermedad que era el precio casi obligado de los amores ancilares, inseparables a la vez de la condición militar y de la época: la sífilis.

No podía dejarse de tejer a su alrededor una leyenda para acentuar su fama de brujo, de clarividente. En su agonía, se le oyó decir: «Me

esperan el 17»[23]. Es lógico que el presidente de la República se supiese esperado ese día, cuando acostumbraba presidir todos los actos conmemorativos de la muerte del Libertador. Pero es preferible pensar que Gómez adivinó el día exacto de su muerte.

Gómez se murió de viejo, pero parece claro que él no creía que esto fuese cierto, ni que aquello se fuese a producir jamás. En todo caso, a él le gustaba dejar todo «atado y bien atado»[24], y en su lecho de agonía no dejó de dar órdenes a Pedro Rafael Tinoco, ministro de Relaciones Interiores, a Rafael María Velasco, gobernador del Distrito Federal y a Eleazar López Contreras, ministro de Guerra y Marina, así como a sus dos hijos Florencio y Juan Vicente[25].

Con todo y eso, Gómez dejó sueltos los cabos de su sucesión, como se quejaba amargamente su primo Eustoquio en una carta de esos días[26]. Alguien se ocuparía de atarlos por él: quien era, primero Dios y Gómez, el jefe del Ejército, el general Eleazar López Contreras.

El 17 de diciembre de 1935, el general Juan Vicente Gómez, Benemérito y Pacificador de la patria, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y presidente constitucional de la República se fue a provocar terrores al otro mundo y desde el otro mundo a seguir provocando los nuestros. Terminó su vida exactamente como la había comenzado: el mismo día que el Libertador hizo otro tanto.

Demasiada coincidencia para ser aceptada sin más. Comenzó a correrse otra leyenda: Gómez había muerto el quince[27], y hasta el 17 se mantuvo oculto. La coincidencia se produjo por un pelo: Gómez expiró a las once y cuarenticinco de la noche[28], o sea, un cuarto de hora apenas antes del 18. Pero nada de cuanto se diga va a servir nunca: ni los informes médicos, ni el testimonio de sus prójimos. Nunca un rumor es más fuerte que cuando no tiene base, o es desmentido. Dos y dos son cuatro, pero, dice en alguna parte Dostoievski, mucho más bello suena que sean cinco.

NOTAS

1 Este es uno de los más tenaces mitos producidos por el *crash*. En verdad, no hubo ni un solo suicidio: un trabajador que hacía reparaciones en la azotea de un alto edificio se asomó intrigado por la aglomeración a las puertas de la Bolsa y la multitud decidió que era un suicida y esperó con impaciencia a que saltara. No lo hizo, por supuesto, pero eso bastó para dar pie a la leyenda, que esa misma tarde contabilizaba once suicidios de conocidos especuladores: pura imaginación. J. K. Galbraith, *The Great Crash*. Harmondsworth (Middlesex, England), Penguin Books, 1980, pp. 121-122.

2 Si hemos de creer al propio Herbert Hoover en sus memorias, ésa fue otra leyenda que tuvo el siguiente origen: «Un incidente de esta época pasó a la posteridad como la condena eterna de Hoover. Una asociación de productores de manzanas de Oregon o del estado de Washington tuvo la habilidad de canalizar la simpatía del público por los desempleados. Puso en pie un sistema de venta de manzanas en las esquinas de numerosas ciudades; ella pudo así vender su cosecha y aumentar los precios. Muchos dejaron sus empleos por el de vendedor de manzanas que les daba mucho más». Citado por Jean Heffer, *La Grande Dépression*. Paris, Gallimard/ Julliard, 1976, ilustración nº 14.

3 Esta síntesis de la crisis europea, así como, salvo indicación contraria, los datos sobre el impacto de la Gran Depresión en Venezuela, provienen de un extenso manuscrito sobre la historia de un siglo de comercio caraqueño. Su autora, mi amiga María Elena González Deluca, profesora de la UCV, no sólo me permitió leerlo y citarlo, sino que leyó cuidadosamente este capítulo y le hizo observaciones muy pertinentes, que me permitieron introducir importantes correcciones.

4 «La crisis, los cambios y nosotros». *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas*, nº 212. Caracas, julio de 1931, p. 5193.

5 El informe Arcaya fue publicado completo por Simón Alberto Consalvi en *Pedro Manuel Arcaya y la crisis de los años 30*. Washington, DC, Tierra de Gracia Editores, 1991, pp. 107-108.

6 Rómulo Betancourt, «La crisis económica en Venezuela». Barranquilla, marzo de 1931. *El comienzo del debate socialista*. CPPV-S XX, t. VI, vol. I, p. 405.

7 Sería demasiado fácil atribuirla a la «ignorancia» de Gómez en ésa y muchas otras materias. En verdad, esa ignorancia era y sigue siendo una de las cosas mejor compartidas. Todavía en 1980, Galbraith escribía que «Están muy lejos de saberse con certeza las causas de la Gran Depresión». *Op. cit.*, p. 189.

8 En 1931, los escasos comunistas venezolanos planeaban su decisión de infiltrarse en una manifestación de parados que tendría lugar frente a la Gobernación de Caracas, voceando la consigna de «¡Viva Gómez, queremos trabajo!». *Libro rojo. El rótulo de comunista en el régimen de López Contreras*. Caracas, s/e [José Agustín Catalá], 1972, pp. 67-135.

9 Ramón J. Velásquez, *Confidencias imaginarias...*, leyenda de la foto nº 30.

10 *Diario de Debates de la Cámara del Senado y del Congreso de los Estados Unidos de Venezuela*. Caracas, 18 de junio de 1931, mes II, nº 16, sesión del 12 de junio, pp. 1-2 y sesión del 13 de junio, p. 6.

11 *Op. cit.*, p. 108.

12 *Ibídem*, p. 109.

13 Asdrúbal Baptista y Bernard Mommer, *El petróleo en el pensamiento económico venezolano. Un ensayo*. Caracas, Ediciones IESA, 1992, p. 12.

14 Hemos leído ese papelito en reproducciones fotográficas. Según Polanco Alcántara,

el original, enmarcado, está en posesión de su hijo Florencio Gómez Núñez. *op. cit.*, p. 481.

15 *Memorias...*, t. I, p. 58.

16 Hermann González O., S. J. y Rafael Carías, S. J., *El seminario de Caracas y los jesuitas.* Caracas, Separata de la revista *Montalbán,* nº 23, UCAB, julio 1991, pp. 17-18.

17 «Carta edificante», V (1917), p. 176, citada por Manuel Aguirre Eliorraga, S. J., *La Compañía de Jesús en Venezuela.* Caracas, Editorial Cóndor, 1941, p. 171.

18 En 1925, se enfrentó a los ataques hechos a los jesuitas lanzados desde *El Heraldo* de Caracas por Nicomedes Zuloaga. Publicó entonces un texto, *Los jesuitas: párrafos de historia para los que buscan la verdad y la justicia.* Barquisimeto, Emp. *El Heraldo,* 1925.

19 Para una relación detallada del asunto, cf. Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 386-388.

20 En su comunicación ya citada en una mesa redonda organizada por la Sociedad de Historia de la Medicina sobre el tema «Enfermedad y muerte de los presidentes de Venezuela», el dr. Gabriel Romero Briceño relata que los exámenes sanguíneos y de orina del general Gómez eran enviados a dos o tres laboratorios de renombre con falsa identidad. «Pero como siempre sucede, los laboratoristas médicos, al observar quien llevaba las muestras y el interés que tomaban por los resultados sospecharon siempre su verdadero origen (...)». *Revista de la Sociedad...*, p. 104.

21 «Dos enfermedades llevaron al sepulcro al General Gómez (...) UNA: adenoma prostático, patología propia de su edad (...) insuficiencia e infección renal (glomerulofrenitis infecciosa) y anuria terminal (...) DOS: Diabetes mellitus, que le apareció ocho meses antes de su muerte (...)». G. Briceño Romero, *op. cit.*, p. 103.

22 «Durante todo su mando que duró 27 años, usó guantes de seda, que eran sustituidos diariamente por unos nuevos, y así lo realizaba por higiene, ya que le temía a las enfermedades infecto-contagiosas. Todas las otras versiones son falsas: he tenido confirmación de esa costumbre de muchos familiares y amigos íntimos. Era que para esa época, los oficiales de alto rango los utilizaban por orden reglamentaria». *Ibídem,* p. 114.

23 Polanco A., *op. cit.*, p. 527.

24 La expresión no le es original, o por lo menos, no es exclusivamente venezolana: después de la muerte de Gómez, el general Francisco Franco solía emplearla con frecuencia.

25 Briceño Romero, *op. cit.*, p. 100.

26 «(...) quien sabe que de cosas se pueden presentar, nada deja el Gral. organizado, de modo, pues, que la Cituación [*sic*] de nosotros es bastante alarmante». Eustoquio Gómez a Eloy Montenegro, 15/12/35. López Contreras, *Páginas...*, p. 238.

27 Ese rumor se basa en un hecho cierto: el quince de diciembre tuvo un colapso cardíaco respiratorio, «(...) del cual se recuperó mediante inyecciones de aceite alcanforado, coramina y hasta adrenalina (...)». Briceño Romero, *op. cit.*, p. 101.

28 *Ibídem,* p. 102.

Conclusiones

I

Cuando, al morir Juan Vicente Gómez, Mariano Picón Salas acuñó una de sus frases más redondas, «Venezuela ha entrado en el siglo veinte», se le tomó al pie de la letra, como por lo demás, él mismo seguramente lo proponía. Todo el mundo pensó en la parte expresa de la sentencia, y no se dio cuenta (o por lo menos desdeñó hacerlo) de que también contenía un significado tácito: Gómez resume; Gómez culmina, realiza; Gómez afirma y finalmente permite negar el siglo diecinueve.

No se trata, por supuesto, de simple cronología. Gómez es un hombre del siglo XIX no porque viva más tiempo en él que en el siguiente, sino porque sólo en él puede actuar, sólo en él puede vivir: cuando el siglo XX se le pone enfrente, con sus propios modos y sus propias modas, actúa sin saber de qué viene el asunto, y al final, simplemente se muere. No sólo de muerte física en 1935, sino de muerte histórica en 1928.

Que Gómez epitomiza el siglo diecinueve, quiere decir que lo hace un hombre formado en el liberalismo, lleve esa etiqueta, la conserva-

dora, u otras más primitivas, aldeanas o personalistas. Porque quienes gobiernan hasta 1935 (en rigor, hasta 1945) tienen una ideología política, la misma de los que comenzaron a hacerlo en el 99. Decirlo resulta banal, por ser en su mayoría los mismos. Otra cosa es decir que lo es también de todos aquellos que han gobernado la República de Venezuela desde 1830: son liberales.

¿Qué quiere decir esto? ¿Es falsa la acusación (o la esperanza) de algunos, de que Gómez y los suyos son, en su origen, godos? ¿Son entonces la misma gente de los Guzmanes? Sí y no. Gómez y quienes lo rodean son liberales, como lo eran los «amarillos» y como lo eran también los godos colorados. Para decirlo con las palabras que tanto escuchó en su juventud, como lo eran los «langostas» y los «lagartijos». Sobre todo, como lo era el Libertador.

Esto quiere decir que su pensamiento en materia económica y social era liberal; también en materia política. Y con contradicciones en esos tres campos, como las ha habido desde siempre, en la teoría como en la aplicación de su programa, en Venezuela y en todas partes.

Comencemos por esto último. Resueltos o irresueltos, la (escasa) palabra y la (interminable) acción de Gómez giran en torno a aquellos cuatro grandes temas del liberalismo de los cuales se habló en la Introducción de este trabajo: la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad.

De los cuatro, es el de la libertad el que mayores controversias despierta, cuya mención junto al nombre propio de Gómez provoca mayor escepticismo. Unidos, Gómez y la libertad forman un auténtico *oximoron*: dos palabras antitéticas que, con los venezolanos, todo el mundo está acostumbrado a considerar irreconciliable, diametralmente opuestas. Como lo son la libertad y la tiranía, y Gómez es la encarnación de esta última.

Dejemos de lado el hecho bien conocido de que hubo un momento cuando una parte determinante de la Venezuela política e intelectual consideró, por el contrario, casi indisolubles esas dos palabras: todo el mundo en 1909, la inmensa mayoría hasta 1913 y no pocos hasta 1918. Si se considera la libertad como un valor, como una idea perfecta de una vez por todas desde el primer momento de su inmaculada concepción, es imposible que alguien pueda (y que alguien haya podido) cometer el disparate de ligar una cosa con otra. Gómez y la libertad no conjugan, no pueden formar una frase coherente.

Pero si se considera la libertad en términos concretos, si se le da un sentido instrumental y utilitario, si, en fin, se le convierte en una

liberación, las cosas varían. Con Gómez desde 1903, los venezolanos se sintieron liberados de uno de sus terrores seculares: la guerra. Esa era la libertad que los venezolanos querían entonces, y para obtenerla estaban dispuestos a soportar la dictadura; más aún, la anhelaban. Que hayan cambiado un mal por otro, eso es evidente. Pero lo es para nosotros, a casi un siglo del suceso: no lo era necesariamente para sus contemporáneos, los cuales al iniciar una guerra, todos, absolutamente todos, juraban hacerlo para «clausurar definitivamente el ciclo de nuestras guerras civiles», un homenaje del vicio a la virtud.

No se crea que fuesen en nada originales los venezolanos de 1908 al anhelar de esa manera la dictadura. Tal vez convenga recordar aquí que en ella han encontrado su solución todas las crisis de la historia, todas las revoluciones, desde Cromwell hasta Robespierre y, por supuesto, con Bonaparte.

Tampoco se debería olvidar, por otra parte, que la dictadura (respuesta provisional, limitada en el tiempo, a una crisis) degenera siempre en tiranía (personalista y vitalicia). Hacerlo no es justificar a Gómez como un fenómeno, mucho menos un gendarme, necesario. Cuando más, es constatar como lo hace con escepticismo George Orwell, que no se implanta una dictadura para salvar una revolución sino que se hace una revolución para implantar una dictadura.

Se puede argumentar que Gómez no es producto de una revolución, y que en 1908, huyó hasta de esa palabra como de la peste. Pero no hablamos del Gómez de 1908, sino de aquél cuya vida comienza en 1857: con él llega al poder el hijo de un siglo de revoluciones liberales, caudillistas y anárquicas en Venezuela (en toda América, y no solamente en la latina), como Bonaparte lo fue de una década de revolución francesa.

Napoleón Bonaparte gobernó quince años, Gómez veintisiete. Aquél pretendía estar llevando a los pueblos europeos la libertad en la punta de su espada (aun si esos pueblos la rechazaban y, como los españoles, preferían dar vivas a «las caenas» que vivir en una libertad traída en los furgones del extranjero). La confusión entre libertad y tiranía, característica del bonapartismo, la hubo también en Juan Vicente Gómez. ¿Habrá que citar, finalmente, el hermoso soneto de Quevedo, decir que el *oximoron* «tirano liberal» es lo que el poeta llamaba «una libertad encarcelada»?

En la doctrina liberal, la igualdad es inseparable de la libertad. Sin embargo, Voltaire se dio cuenta desde el inicio de su irrealidad: la igualdad, decía en el artículo «Egalité» de su *Dictionnaire Philosophique,*

es a la vez la cosa más natural y al mismo tiempo la más quimérica. Y eso es así porque es imposible «en nuestro desdichado globo», que en la sociedad donde viven, los hombres no estén a la vez divididos en dos clases: una de los ricos que mandan y otra de los pobres que sirven; y que esas dos se subdividan en mil, y que esas mil tengan todavía diferentes matices[1].

El liberalismo trataba de corregir esa desigualdad real, social, con la igualdad ante la ley. El régimen gomecista, por ejemplo en materia petrolera, parte de ese principio respetado, en lo formal, puntillosamente. Pero cuando se llega a la represión política, deja de existir tal igualdad ante la ley: de hecho, no existe ley. Incluso en aquellos terrenos donde se acepta su existencia teórica en materia penal, civil y mercantil, esa igualdad es una falacia. Para no hablar sino de eso, las cárceles de derecho común están llenas de pobres diablos y vacías de diablos ricos.

Pero no por eso deja Juan Vicente Gómez de ser liberal. Porque ésa es una contradicción, una debilidad intrínseca no de los suyos, sino del pensamiento y la acción liberales. No es entonces que su aplicación haya sido desdeñada o defectuosa por causa de Gómez, sino que el liberalismo se encerró con eso en un callejón sin salida.

Un autor que ha estudiado a fondo su ideología lo plantea así: «El liberalismo está al mismo tiempo ligado y opuesto a la democracia, porque la igualdad política, la igualdad formal, al producir la desigualdad social, produce las condiciones de abolición de toda igualdad real»[2]. De eso se dieron cuenta, casi desde el principio, los jóvenes insurgentes de 1928: el gomecismo no es malo por *no ser* liberal, sino justamente por serlo. Es eso lo que les lleva a rechazar por igual el liberalismo gomecista y el anti-gomecista. Y durante un tiempo bastante largo, después del deslinde de los años treinta, opondrán la democracia al liberalismo: o sea, la igualdad a la libertad.

Propiedad y felicidad tienen en la doctrina liberal, un lazo existencial. Es más, la propiedad es también la condición de la libertad, o cuando menos, su par inseparable: *Liberty and Property, c'est le cri anglais... c'est le cri de la nature*, llegó a escribir Voltaire[3]. Por su parte, John Locke sumariza los tres principios del liberalismo en las palabras *life, liberty and property*[4]. La propiedad tiene entonces un carácter natural y pre-político. Volveremos después sobre este último término.

El tema de la propiedad es encarado por el gomecismo con las manos atadas. Porque a las carencias de la propia teoría liberal, se une la realidad misma del país. En el marco del presente trabajo, más que

ver cómo se desarrolla la teoría de la propiedad en el pensamiento liberal, interesaba conocer cómo derivó su práctica durante los años del gomecismo. Que son los de una sociedad predominantemente rural cuya economía giraba alrededor de la cosecha de los frutos de la tierra, para la simple subsistencia y el casi nulo excedente proporcionado por la exportación de un o unos escasos productos: café, cacao, pieles.

En un país así, nada más natural que se piense y se actúe en función del respeto de una propiedad intocable y en cierto modo inamovible, aunque no por eso deje de crecer gracias a la codicia de los terratenientes, Gómez el primero. Pero entonces aparece el petróleo, y se hace claro, aun para quienes no tienen ni idea de que eso se haya escrito, de que haya sido objeto de controversia teórica, que la propiedad puede ser también el elemento dinamizador de la economía, porque la acumulación de riqueza se muestra allí rápida y espectacular. Como el país no tiene los recursos para explotar el petróleo, se resuelve el asunto otorgando concesiones a los presuntos inversionistas. Hacerlo le soluciona, al menos teóricamente, otro problema a los liberales de Palacio: el de la igualdad ante la ley. Se distribuyen las concesiones a troche y moche, «hasta el lecho de los ríos». Esa distribución se hace cumpliendo una disposición legal, pero además permite que de ello se beneficien hasta los adversarios del régimen.

Por supuesto que esto, que tan bien suena en teoría, significa que en la práctica, los primeros beneficiarios serán los familiares de Gómez y los más fieles secuaces de «la Causa»: es la viejísima fórmula (propuesta según Orwell por el totalitarismo estalinista, pero que calza como un guante a la praxis liberal) según la cual todos los hombres son iguales, pero hay unos más iguales que otros. Desde que el mundo es mundo, por lo demás, el hombre busca esos acomodos con el Cielo que provocaran la feroz ironía de Molière.

La seguridad va unida indisolublemente a la propiedad, como que la primera es la garantía de la segunda. Pero es más que eso; en el fondo, es el terreno donde pueden desplegarse la libertad, la igualdad y la propiedad: las tres están condicionadas por la seguridad. He aquí presente una de las contradicciones, la mayor acaso del liberalismo: la necesidad del Estado como garantía de la libertad, y su temor de él como su mayor y mortal amenaza. Montesquieu lo dijo: *La liberté est le droit de faire ce que les lois permettent; et si un citoyen pouvait faire ce qu'elles défendent, il n'y aurait plus de liberté, parce que les autres auraient tout de même ce pouvoir*[5].

No existe así libertad sino en la seguridad, o sea en la paz, porque

en la guerra no hay ley. Pero todo Estado busca (y generalmente logra) abusar de su poder, y toda dictadura, si no es echada, derivará siempre en tiranía; a eso se refería Lord Acton con su famoso aforismo sobre la corrupción del poder. Por eso, la permanente agonía de los liberales entre esos dos extremos: en el uno la necesidad de un Estado que garantice la libertad y en el otro la tendencia natural de ese mismo Estado a ponerse por encima de la ley. Es así como se hace posible dividir a los liberales «(...) entre quienes ven la libertad como algo perteneciente al individuo, y que debe ser defendido contra la invasión del estado, y quienes ven la libertad como algo que pertenece a la sociedad y para quienes el estado, como el instrumento central del mejoramiento social, debe ser ampliado y mejorado»[6].

El caso de Gómez tiene una particularidad, la de estar situado, vital e históricamente, en los dos lados de una frontera. Y aquí llegamos a lo de *tiranía*: Gómez, y en gran parte el gomecismo, tienen las patas traseras en la guerra y las delanteras en la paz. Ellos vienen de experimentar un siglo de libertad en la anarquía; y comienzan a echar el piso de la seguridad, del Estado, la sola tierra donde puede florecer la ley. Pero así como aquella libertad, aquella anarquía, nunca fue tan pura, tampoco lo es el Estado como garante de la seguridad: la guerra seguirá presente en la ilegalidad, en la tiranía personal de Juan Vicente Gómez y particularmente en su régimen carcelario.

La ley es la piedra de toque del liberalismo. Rousseau recordaba, con uno de los pie de página más famosos en la historia de las ideas, que consideraba republicano todo régimen sometido a leyes: según eso, una monarquía podía ser republicana[7]. Con eso como condición, ¿puede considerarse liberal el gomecismo? Si enfocamos su régimen con el prisma del terror carcelario, la respuesta es necesariamente negativa.

En ningún caso pretendemos olvidar eso, y ni siquiera se puede desdeñar en un análisis puramente político de aquel hombre, de aquel régimen, de aquellos años. Pues aun si se tuviese sangre para olvidar los gritos de los torturados, esto también tendrá una significación política, y Gómez habrá de pagar por ello un precio; el mismo que hace más de medio siglo, lo tiene castigado en un rincón de la historia. Por el mismo que a estas alturas, los venezolanos se niegan a asumirlo como parte de la suya.

Pero no es ésa la única manera de ver el personaje y su circunstancia. El terreno donde la ley despliega su acción es la política; la ley *es la política*. Y aquí es indispensable caer en otra consideración, que nos remite a Maquiavelo. Una cosa resulta sorprendente en *Il Principe*: la

palabra *política* no aparece ni una sola vez, al punto de convertirse tal carencia en «un enigma filosófico»[8]. El príncipe, entonces, actúa en un campo que no es político. ¿Y qué cosa es, entonces?

Con su acción, con su *virtù*, el príncipe impone la paz; y la paz es la seguridad, o sea la precondición para que puedan crecer la libertad, la igualdad y la propiedad, nunca derechas, sino con las jorobas que la acción colectiva les impone («un camello es un caballo hecho por un comité»).

En esas condiciones, Gómez no es un apolítico, como él mismo lo pretendía; tampoco es un político, porque políticos sólo han venido a existir en Venezuela después de su muerte: Gómez es un hombre cuya acción se despliega antes de que nuestra historia ingrese al *vivere politico*, expresión que sí usa Maquiavelo (pero en los *Discorsi Sopra la Prima Deca di Tito Livio*) para aplicarlo a una república o una monarquía, y oponerla en todo caso a la *potestà assoluta,* o sea la tiranía[9]. Ni político ni apolítico, Gómez es, pues, un hombre pre-político.

Todo lo anterior se refiere al programa teórico del liberalismo. Pero éste tiene también lo que podría llamarse una agenda nacional. Desde el comienzo de la República, esos principios han venido siendo enarbolados consecuentemente, y desde 1840 codificados en las páginas de *El Venezolano*, en el Programa de Saint Thomas, en la Constitución del 64, en el Manifiesto Liberal del 95.

Ellos se pueden resumir en los siguientes rubros, que figuran en todos aquellos documentos: comunicación, educación, población. En ese orden, lo primero incluye la libertad de expresión. Serían la base del progreso material de Venezuela, asegurado con ellos por el capital extranjero que no dejaría de volcarse sobre un territorio así liberado de sus plagas seculares.

Gómez no sólo ha intentado aplicar ese programa liberal, sino que lo ha logrado culminar, en la medida en que tal palabra pueda tener sentido en un proceso histórico. Es lo que piensan en Venezuela los propios liberales, y desde una fecha tan temprana como 1909, cuando por eso llegan a ofrecerle la jefatura de su partido. Pero fuera de Venezuela también se piensa igual. En febrero de 1936, Lothrop Stoddard, un hombre que había seguido la carrera de Gómez con bastante detenimiento (y en una revista norteamericana que muchas veces había abierto sus páginas a los emigrados) veía a la Venezuela que el tirano dejaba detrás suyo como un modelo de economía ortodoxa:

> La Venezuela actual presenta un espectáculo para llenar de contento el corazón de cualquier economista ortodoxo. Casi a solas en nuestro mundo conmovido, el país goza regularmente de presupuestos balanceados, impuestos absurdamente bajos y ninguna deuda externa, mientras que si quisiera, podría pagar mañana mismo sus pequeñas obligaciones domésticas por permitírselo un tesoro bien provisto. Su moneda, basada en un sólido patrón oro, es sin duda la más sana del mundo. Los salarios son estables y el desempleo es virtualmente desconocido. Su prosperidad se equilibra entre la industria y la agricultura. Cerca de $ 1.000.000.000 de capitales extranjeros ganan buenos dividendos bajo condiciones convenientes para ellos y para su país de adopción[10].

Además de todo aquello, el régimen se enorgullece de sus logros. Menos en educación, en sanidad y en el incremento de la población que en materia comunicacional, en la construcción de carreteras. Se puede decir que Gómez, con esto, le está hablando, y en tono de reproche asaz justificado, a los venezolanos del siglo diecinueve. Aquello, que era un sueño inscrito en todos los programas y todas las proclamas, se puede considerar cumplido bajo el régimen gomecista, y eso antes del reventón petrolero.

En materia de inversión extranjera, por otra parte, el éxito había sido arrollador, y en 1928 las inversiones norteamericanas en hidrocarburos, que habían arrancado con tres millones de dólares en 1912, habían saltado a 161 millones de dólares, mientras que las anglo-holandesas pasaban de 41 a 92 millones de dólares en el mismo lapso.

II

Resumiendo, el régimen de Juan Vicente Gómez es una tiranía. Nadie lo duda, entre otras cosas porque el propio régimen no tiene mayor interés real en negarlo. Pero es también un régimen liberal, y eso no solamente en materia económica sino también política. Que un régimen pueda ser a la vez tiránico y liberal, es una indiscutible *contradictio in terminis* y, con o sin el latinajo, era una que la oposición estaba poniendo de relieve del alba al cielo estrellado.

Es una contradicción, si no fuese porque Venezuela es el país de Simón Bolívar, porque liberalismo y bolivarianismo han sido considerados sinónimos durante mucho tiempo. Y eso trae enredados varios conceptos, y varias prácticas: la dictadura revolucionaria, sea ella

jacobina o bonapartista, el recurso a la «virtud armada» (lo que Rufino Blanco Fombona llamó con mucho tino la *estratocracia* militar); y la presidencia vitalicia.

Desde la Carta de Jamaica, Simón Bolívar acusaba de todos los males de su mundo a la dispersión del poder, al federalismo, a la falta de un poder único y centralizado. Producto de su formación revolucionaria, de la moda jacobina de la época o más simplemente de la observación de una realidad determinada (sin hablar de la tentación autoritaria nada ausente en aquel conductor de hombres) el hecho es que semejantes ideas se casaban muy bien con la búsqueda de la formación de un mercado nacional típico del pensamiento burgués, con la «caminomanía» de los liberales decimonónicos, y con el impulso integracionista antes que expansionista (hacia adentro y no hacia afuera del país) de los tachirenses.

La dictadura revolucionaria, presente en la idea rousseauniana de «obligar a los hombres a ser libres» seguida punto por punto por los jacobinos, derivaba como una cosa natural hacia la dictadura antirrevolucionaria: las mismas puertas que sirven para entrar sirven para salir, y así Bonaparte es un Robespierre a caballo. Es la terrible acusación de Benjamin Constant, según la cual, el *Contract Social,* tan a menudo invocado en favor de la libertad, es el aliado más formidable de todos los despotismos[11]. El general Gómez entró a la historia arropado con el mismo manto liberal y revolucionario que había servido a Simón Bolívar, y tras él se cerraron las puertas de la revolución (si se prefiere, de las revoluciones).

Y lo hace para implantar una tiranía personalista. Su definición resulta bastante sencilla con nada más ver el elemento dominante, y gobernante: Gómez manda, los Gómez mandan. Pero es necesario precisar qué cosa se quiere decir con esto, pues no se trata de cualquier familia: en Venezuela mandaron los Monagas, José Tadeo y José Gregorio. También hubo dos dominaciones personales y más que eso, personalistas: la de Antonio Guzmán Blanco y la de Cipriano Castro. Estos últimos tenían en común un narcisismo enfermizo que los llevó a dejarse organizar farsas irrisorias como las respectivas «aclamaciones».

Gómez era remiso ante ese tipo de adulación. No por eso dejó de ser adulado, en las formas y las condiciones en que se ha visto en uno de los capítulos de este trabajo. Pero al contrario del Ilustre Americano, el Benemérito no dejó que calles ni plazas se ornaran con su nombre o su estatua.

Con todo eso, no dejaba de ser la de Juan Vicente Gómez una

monocracia. Proponemos ese término para diferenciar su régimen de una monarquía, porque, al menos en este caso, eso es visible en dos elementos: en la inexistencia de cuerpos intermediarios y en su carácter no dinástico, no hereditario. Pero también para diferenciarlo del despotismo «asiático», una de las caracterizaciones favoritas de la emigración «antigomista», de *Pío Gil.*

Lo primero se atempera con el hecho de que Gómez formó una burocracia y en particular un ejército, y no es inhabitual que, con el tiempo, ambos lleguen a tener una cierta autonomía, aunque sólo sea la impuesta por la dificultad en las comunicaciones. Pero con todo, la decisión final correspondía a lo que se dijese en Maracay. Después del intento que abortó la puñalada de 1923, y sobre todo después de la defenestración de su hijo José Vicente, el general Gómez se desinteresa hasta de cualquier pretensión hereditaria, dinástica.

Pero hay otras razones para considerar incorrecto asimilar la tiranía gomecista a un despotismo puro y simple, siguiendo la conocida clasificación de Montesquieu. Por lo menos en el primer quinquenio de su mandato, Gómez actúa tomando en cuenta no solamente las realidades políticas anteriores, sino respetándolas en un grado tal, que sus enemigos iniciales (que no son demasiados) llegan a verlo como un instrumento de manos más poderosas o por lo menos, de mentes más lúcidas y mejor amuebladas.

Es cierto que el terror es un resorte muy importante de su gobierno, pero no es menos cierto que, ante la opinión internacional y también la (muy escasa) nacional, nunca cesan de existir explicaciones y justificaciones de sus actos de gobierno. Algunos observadores extranjeros se asombran de no ver en los partidarios del gomecismo ocultamiento o negación de lo que ocurre puertas adentro de La Rotunda: ése es el mecanismo del terror. Pero a la vez, pocos regímenes son tan cuidadosos de su imagen en el exterior, pocos han hecho mejor uso de la propaganda. Dicho en otros términos, el régimen elabora, cuida, proyecta su propia ideología.

A la cual no es extraña la adoración del Libertador. La monocracia gomecista se refiere constantemente a la ideología bolivariana haciéndola suya. Aquello de «que cesen los partidos y se consolide la unión» es una cita que le viene como anillo al dedo, y como ésa, otras extraídas de su contexto y sus significados epocales.

Pero incluso en ciertos casos, sin necesidad de recurrir a ese maquillaje intelectual: el Bolívar antiliberal de los últimos años, el hombre de la Constitución boliviana, el proyectista de una estratocracia

militar como cuerpo intermediario, garante de la permanencia de las nuevas instituciones republicanas y además, como pago a quienes arriesgaron vidas y haciendas en el altar de la patria; el autor de la idea de una presidencia vitalicia, tenía que ser no solamente simpático a quien concebía la suya como tal, sino su mentor, sin obligarle a retorcer demasiado lo que el Libertador pensó y escribió. Porque es costumbre que en nuestras repúblicas se proceda con los héroes a una hierofanía invertida. No es que cada acción en la tierra responda a otra en el cielo, sino lo contrario: se hace mover al héroe por cada desplazamiento del poder terreno. Pero en este caso, se podría decir que había mutuo consentimiento: el Bolívar «reaccionario» de 1828 (Gil Fortoul) podía servir muy bien de genio tutelar del régimen reaccionario (es decir, antirrevolucionario) de Juan Vicente Gómez.

Ya Guzmán Blanco había diseñado personalmente las formas de la ideología bolivariana, y cómo ellas entroncaban con el proyecto político oficial. El sueño de todo venezolano debía ser conocer Caracas, el de toda capital de estado parecerse a la capital de la República; en ella dominaba Guzmán y sobre él no había sino la sombra tutelar del Padre de la Patria. Gómez era, por supuesto, un hombre sin la cultura del Ilustre Americano, y hubiera sido incapaz de poner ese proyecto en negro sobre blanco como lo hizo Antonio Guzmán Blanco (en *El Federalista* y con el seudónimo de *Alfa*) cuando todavía era el segundo de Falcón. Pero, si se exceptúa su casi alérgico rechazo de Caracas, su acción estaba calcada sobre aquel proyecto de Guzmán el hijo.

III

El estudio de la vida y la obra de Juan Vicente Gómez fue dividido para este trabajo en cuatro partes. Llamar a la primera «El aprendizaje del poder» es afirmar que Gómez no llegó a él desnudo de toda ambición y proyecto. Antes de que el Benemérito los personalizara, y los convirtiera en gomecismo, se encarnaban en Castro como síntesis humana de una aspiración colectiva: la de los tachirenses que querían entrar en fin al reino de lo político, lo que hasta entonces significaba entrar en guerra y, a la vez, ya entonces significaba también dominar en Caracas.

Se puede objetar que ver eso de tal manera es dedicarse a la fácil

tarea de predecir el pasado. Pero ¿qué remedio?: la historia despliega su acción en el tiempo, y sólo puede ser vista de esa forma, mirando hacia atrás. En todo caso, no es un capricho: juntas, la ambición y la voluntad de poder se van abriendo camino en Gómez, para no hacer mentir aquella sabrosa constatación de Rabelais, según la cual el apetito viene mientras se come, no antes ni por supuesto después de haberlo hecho.

La parte llamada «De la dictablanda a la dictadura» se centra en los años que, como toda luna de miel, son los más felices de la relación entre Gómez y el país. Se puede reducir, para la prensa, al año 1909; para el resto del país político, hasta 1913; en todo caso, hasta 1918 no se producen las más serias disidencias.

Y no porque Gómez no hubiese mostrado todavía los colmillos, sino porque la oposición sabía que una catástrofe universal había derivado en beneficio y felicidad para Juan Vicente Gómez: la Gran Guerra quería decir que era imposible comprar armas, y sin armas no hay posibilidad de combatir el régimen. A Gómez la fortuna le hizo ganar cuatro años de paz suplementaria, y se aprovechó de la espantosa carnicería europea para consolidar definitivamente su poder.

Pero también esa parte propone una consideración más general, en la medida en que puedan serlo los hechos históricos, y en la medida en que ellos puedan dar lecciones (cosa que provocaba el escepticismo de Hegel, quien en alguna parte dice que la historia no da lecciones, salvo esa misma: la historia no da lecciones).

Como sea, ése parece ser siempre el proceso de toda dictadura: ella es recibida con alborozo por algunos, a veces los más, y aceptada por el resto con lo que, después de la Conferencia de Munich, Léon Blum llamaba *un lâche soulagement*: un cobarde alivio. Es que por muy salvaje y vengativa que sea una dictadura en sus comienzos, de todas formas, para la sociedad en su conjunto esa palabra tiene una sola traducción: la paz. Y por conservarla, todo el mundo está dispuesto no sólo a tragar las más gruesas culebras, sino a buscar justificaciones y racionalizaciones tanto para la acción del gobierno como para el aplauso popular.

Con esa aprobación expresa y tácita, el gobierno va desacostumbrándose a la crítica, y castigándola cada vez con mayor rigor, hasta que la suprime enteramente, y hasta el mismo silencio o la abstención. Así, de la noche a la mañana (en este caso, entre diciembre de 1918 y enero de 1919), Venezuela se encontró instalada en la tiranía, mientras aullaban su desesperación los conspiradores sometidos por «Vicentico»

al tortol y la castración. El conjunto temático que lo estudia, al cual hemos llamado simplemente «La tiranía», contiene (sin encerrarse estrechamente en ellos) los diez años más tranquilos, más silenciosos que haya vivido la República de Venezuela desde su reconstitución en 1830.

Finalmente, los capítulos que integran «La reacción» establecen una comparación entre las dos oposiciones que el Benemérito debió afrontar. La primera, que enfrentaba personalismo contra personalismo, y liberalismo contra liberalismo, estaba formada por quienes combatían el «gomismo», y consideraban que muerto el perro se acabaría la rabia: esa oposición tascaba el freno, esperando la oportunidad propicia para montar a caballo y caerle a mandobles al tirano. Pero a partir de 1928, aparece «la otra» oposición, a la cual, para diferenciarla de la anterior, se le llama con un término que ya entonces había sustituido el primero: ahora ellos combaten el «gomecismo», son anti-gomecistas. Como sucede en todo cambio semántico, éste encierra una realidad: se comienza a advertir que el problema no es Gómez, ni los Gómez, y ni siquiera los andinos, sino el gomecismo, como sistema social y no como gobierno puramente político.

Esta oposición combate a pie, con la palabra, con la buscada fuerza de su número y de su acción colectiva; y su representación tiene como escenario la ciudad. Al revés de quienes, en 1929, quieren regresar a las andadas, los desarmados muchachos del veintiocho no combatirán la guerra con la guerra, sino con la paz: hasta recurren a la vieja añagaza de Fuenteovejuna, entregándose en masa a la policía.

Con todo, serán mucho más eficaces que sus predecesores, y en aquel año (antes de que el Creador llame a su feligrés Juan Vicente a gozar a Su diestra de las indulgencias de la Orden Piana) darán la primera puñalada mortal, histórica, al gomecismo. También, de paso, a él mismo, que se consideraba apenas un padre severo: *Tu quoque, fili mi...!* Siete años más tarde, el general abandona el poder y de paso este valle de lágrimas.

IV

Si no hubiese existido la generación del 28, ni su crítica posterior al régimen, al sistema imperante en Venezuela, aquel cambio semántico señalado antes serviría por sí solo para revelar todos los

problemas que plantea el personaje más desconcertante de la historia venezolana; los problemas generados por lo que un historiador ha llamado su «evasora personalidad»[12].

Si el acuerdo de positivistas y marxistas se reveló finalmente tan fácil en torno a la figura de Gómez como «fuerza ciega» o instrumento de otras tales, es que la escasa relevancia individual del personaje lo hacía posible, y no sólo por imposición de sus respectivas metodologías. Es que Gómez mismo, con su estreñido laconismo en un país tan parlero; con la banalidad aparente de su vida de agricultor y criador, con la grisura en fin de su retrato, ha dado pie para que aún hoy, un estudioso de la historia venezolana establezca su balance personal en estos términos ambiguos: si por una parte, dice, «Juan Vicente Gómez no aportó nada nuevo al arte de gobernar, ni desplegó gran imaginación al gobernar y administrar Venezuela y durante su presidencia no produjo nada importante en el campo de la teoría política (...)» por la otra «(...) hizo gala de diversas cualidades personales poco frecuentes»[13]. Aunque, en verdad, las cualidades que le señala no son por nada extraordinarias. Sin que él lo exprese así, el lector termina teniendo la impresión de que Gómez se contentó con existir, y que los cambios producidos alrededor suyo de todas formas se hubiesen producido sin la intervención de su voluntad.

Salvando todas las distancias, cabe glosar aquí la reflexión de Joachim Fest (quizás el más profundo de los biógrafos de Hitler) en el prólogo de su libro. Frente a la figura del dictador germano, Fest siente que continúa planteado el problema de saber si la grandeza histórica puede ir de parejo con condiciones individuales mediocres y sin relieve[14]. Hablar de la «grandeza histórica» de Gómez plantea un problema semejante: porque resulta casi imposible negar que Gómez sea, hablando en términos de su ámbito espacial y temporal, uno de los hombres «más grandes» de la historia venezolana, americana; y sin embargo, que eso pueda ir unido a la mediocridad individual; porque no es un simple expediente polémico, sino la percepción general lo que hacía constatar a *Pío Gil* el paso de «la insolencia del despotismo con Castro a la impersonalidad del despotismo con Gómez»[15].

Pero gris y desvaída, no por eso la figura de Juan Vicente Gómez deja de pesar hoy todavía con la fuerza de su terror sobre la historia venezolana. Eso no era totalmente inconsciente, y establecía una forma especial de relación entre el tirano y quienes con él mandaban, y a quienes él mandaba. Según aquel curioso papelito escrito con letra clara y firme por el mismo Benemérito, la voluntad de Dios y también

de la patria, están encarnadas en un hombre que, después del Libertador, la representa y la cuida. En una estructura de poder basada en semejante filosofía, lo primero será entonces la fidelidad a Juan Vicente Gómez, y de igual manera, en orden descendiente, toda su familia, sus validos, sus subalternos, van a estar ligados por esa fidelidad de hombre a hombre, primero con la cúspide y luego entre ellos mismos.

No hay ninguna abstracción, como no sean las aceptadas en las relaciones tribales: la sangre, el honor de la familia, los lazos de sacramento y amistad. Las comunicaciones oficiales siempre llevan, cualquiera que sea su motivo, la protesta de adhesión al jefe único. Cuando, antes de caer en desgracia, Román Delgado Chalbaud publique un folleto con sus miras políticas, las resume con este título: *Por mi Jefe, por mi Causa y por mi Nombre.* Por muchos esfuerzos que vaya haciendo Eleazar López Contreras en el camino de institucionalizar la fuerza armada, él no se planteará sino que ella sea una institución gomecista: lo demostrará cuando deba enfrentar y meter preso a su propio hijo, en defensa de su jefe.

El balance general de Juan Vicente Gómez, que es el de su régimen, siempre será contradictorio. Aquellas certidumbres que a sus partidarios y sus adversarios servían de argumento durante los veintisiete años de su mandato, no tienen a estas alturas el mismo filo, el mismo carácter tajante.

En primer lugar, Gómez como Padre de la Paz venezolana. Más que eso, Juan Vicente Gómez es el hijo de la guerra. En él influyen, y no siempre de manera tácita, mucho más los años vividos hasta 1903 que los treinta y dos restantes. Su obsesión permanente es la guerra, y por eso, el centro de sus preocupaciones es el ejército: en este sentido, corresponde cabalmente a la figura del príncipe maquiaveliano quien (como lo aconseja el florentino en el capítulo XIV de su obra magna) debía tener siempre presente la guerra, y no pensar sino en ella durante la paz.

La parte menos reputada de su gestión, la represión carcelaria, la misma que desde su muerte lo mantiene sentado en el banquillo de la historia, es producto de esa formación, y de esa obsesión: Gómez trajo a la paz y a la ciudad, los métodos que había aprendido y aplicado en la guerra, en los campamentos. Cuando se dice tal cosa, no se puede descartar que se esté procediendo injustamente, y que acaso «trajo» Gómez menos esos métodos que la posibilidad de recordarlos: nunca antes un gobierno había sido tan cuidadoso en mantener, incluso

cuidar, unos archivos que podían servir para salvarlo, pero también para condenarlo.

Pero esa misma represión, ese mismo terror necesita, acaso impone, ser visto desde otro ángulo: como un elemento básico para consolidar el proceso de la unidad nacional. Esa crueldad que según Blanco Fombona y Pocaterra había traído el «andinaje», y que como queda dicho, la trajo la guerra al ingresar en la paz, será la desdichada argamasa de la unión. En el terreno moral, eso es inaceptable, insoportable y como quiera calificársele: pero no por eso deja de ser políticamente un hecho. El gomecismo en su versión castrista produjo primero la unidad nacional en su contra: fue eso la Revolución Libertadora. Luego, en 1908, produjo la unidad nacional en favor suyo. Después, la crueldad de su terror contribuyó de manera muy importante a consolidarla.

En 1936, Venezuela era un Estado único y centralizado, y una nación consolidada. Después, ese proceso no hizo sino desarrollarse y avanzar, hasta alcanzar tales proporciones, que hoy el país entero ha comenzado a clamar por la descentralización, sin que la puesta en práctica de esta política haya desmembrado el país; sin que haya desamarrado esa unidad que Gómez dejó «atada y bien atada».

El proceso de consolidación del Estado y de unificación del país es producto directo, además, de la política comunicacional de Gómez, heredera a su vez de la «caminomanía» de los liberales del siglo XIX. Este era el argumento machacado con insistencia obsesiva por sus partidarios. Sus adversarios, por su parte, tienden a negarle mérito a Gómez en eso, y lo atribuyen al reventón petrolero.

Pero si a estos últimos se les puede replicar que la política comunicacional de Gómez, su mayor orgullo en materia de obras públicas, estaba culminado antes del petróleo, a los primeros se les puede objetar exactamente lo contrario: que en lugar de guardar avariciosamente los dineros del Estado en las mismas arcas que conservaban los suyos (y no siempre en compartimientos estancos), ha podido, ha debido, emplearlos para ampliar considerablemente las comunicaciones del país.

Esto último nos lleva a una conclusión más general. Si Gómez pone punto final al siglo XIX, no es menos cierto que vive treinta y cinco años del siguiente, del nuestro. Una vez más, no se trata de simple cronología: si el diecinueve es el siglo del liberalismo, el veinte lo es de la democracia. Hasta 1928, el Benemérito está pisando un terreno conocido: sus adversarios son, como él liberales, pero liberales fraca-

sados por el solo hecho de no estar, como él, triunfantes en el gobierno. En las primeras semanas de aquel año, el general, o sea el bonapartismo, se enfrenta al «comunismo» o sea a la democracia. Y frente a él se desconcierta, reprime pero sin el viejo vigor, sin el viejo rigor. Y más que combatirlo, lo ignora: no sabe quién diablos sea ese Jóvito Villalba que dos meses después de su muerte, estará encabezando el más rotundo piquetazo de la «anarquía» para abrir la tumba de su régimen, de su sistema, de su cadáver: el 14 de febrero de 1936. Gómez no muere entonces en 1935 de complicaciones diabéticas y prostáticas: Gómez muere en 1928, y lo mata el siglo veinte.

V

Cuando cerramos estas páginas, faltan pocos años para que este siglo muera a su vez. Hasta ahora, los venezolanos no hemos logrado exorcizar el demonio Gómez de nuestra historia: no pretendo tampoco que este libro lo haga. Por una parte, eso es así porque no logramos superar la vergüenza de su leyenda negra, sobre todo porque a medida que se ahonda en eso, se descubre que el negror persiste, así se esfume la leyenda.

Por otra parte, porque, en unos por interés, en otros por ignorancia, en general la memoria colectiva, y su inconsciente, recuerdan con nostalgia el largo período de paz. Sin darse cuenta de que esa paz se ha conservado durante un siglo, pese a algunos estallidos de violencia; y pese a la violencia contenida, o expresada en la delincuencia urbana y en los estallidos verbales característicos de toda lucha política.

Durante el dominio de Gómez, todo intento de implantar un régimen democrático (o proclamado tal) estuvo condenado al fracaso; lo mismo ha podido decirse hasta hoy de cualquier intento de revivir un gomecismo (cosa que por lo demás nadie pretende abiertamente). Si tenían razón quienes postulaban entre 1908 y 1935 que la sociedad venezolana no estaba «madura» para la democracia (es decir, para el antigomecismo), han tenido igual razón quienes, desde esta última fecha sostienen que el gomecismo (o sea, la antidemocracia) no se puede resucitar. En ambos casos por los resultados. Ninguno ha tenido razón teórica, sino práctica.

Pero la nostalgia de aquella paz, el no siempre inexpresado deseo

de alguna forma de gomecismo, permanece anclado en las zonas más oscuras del sentimiento popular. Eso no se expresa solamente en las intentonas militares, sino en la no siempre efímera popularidad que alcanzan sus protagonistas. Y ello continuará siendo así mientras no se comprenda que, para que Gómez llegase a ser el pacificador de Venezuela, este país debió conocer primero la guerra. Y que por su historia personal y social, por su ideología y por su acción, Gómez fue más el hijo de la guerra que el padre de la paz. Nadie puede pronosticar seriamente algo como eso de que «Venezuela no conocerá nunca un nuevo gomecismo», pero si las mismas causas producen los mismos efectos, deberá atravesar primero un siglo de guerras.

NOTAS

1 *L'Idéologie Libérale,* pp. 210-221.
2 *Ibídem,* p. 221.
3 *Ibíd.,* p. 225.
4 *The Encyclopedia of Philosophy,* vols. 3 and 4, pp. 458-461.
5 Montesquieu, «L'Esprit des Lois», XI, III. *Œuvres Complètes,* Paris, Editions du Seuil, 1964, p. 586.
6 *The Encyclopedia..., loc cit.*
7 «Du Contrat Social ou Principes du Droit Politique». *Œuvres Complètes.* Paris, Bibliothèque de la Pléiade-NRF, Gallimard, 1964, t. III, p. 380.
8 Dolf Sternberger, *Dominación y acuerdo.* Barcelona, Editorial Gedisa, S.A. 1992, p. 80. Hemos empleado diversas versiones de los otros trabajos de Maquiavelo, pero la edición de *Il Principe* que preferimos es la de Oxford University Press, 1968, con una Introducción de Lord Acton, y que fue publicada por primera vez en 1891.
9 *Idem.*
10 Lothrop Stoddard, *Current history,* February 1936, p. 179.
11 *The Encyclopedia..., loc. cit.*
12 Germán Carrera Damas, *Jornadas de historia crítica.* Caracas, EBUCV, 1983, p. 7.
13 John Lombardi, *Venezuela.* Madrid, Grijalbo, 1985, p. 218.
14 *Hitler.* Paris, Gallimard, 1973, t. I, p. XV.
15 «Post scriptum» (a «Cuatro años de mi Cartera»). *La oposición a la dictadura gomecista.* CPPV-S XX, t. II, vol. I, p. 31.

ACERCA DE LAS FUENTES

LA INFLUENCIA política de Juan Vicente Gómez es inmensa durante 35 años, los iniciales del siglo XX; y en 27 de ellos será primero determinante y luego absoluta. Al mismo tiempo, bajo su gobierno se comienza a llevar con más rigor la correspondencia oficial. Eso hace que el fondo documental para el estudio de su época sea muy abultado, aunque su escaso interés por la escritura, amén de su legendario laconismo, lo compensen con la escasez de fuentes directas, personales, necesarias para cualquier intento biográfico.

La cartas recibidas en Miraflores entre 1908 y 1935 están archivadas en 977 cajas, y son 270 los copiadores que contienen la correspondencia despachada desde las oficinas presidenciales durante el mismo período, además de 996 cajas que contienen telegramas, debiendo aclararse que no siempre eran lacónicos, pues los problemas de comunicación en el país hacían imperioso el uso del telégrafo. Cada una de las cajas contiene una lista de la correspondencia allí contenida, todo lo cual ha facilitado la tarea del investigador; y es de esperar que la introducción de medios modernos de clasificación contribuyan a un mejor aprovechamiento del más importante fondo documental de la

historia venezolana del siglo XX.

La segunda más importante fuente primaria es la prensa, cuya consulta es ahora mucho más fácil en la Hemeroteca Nacional. También tiene un importante fondo de la misma índole la Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia.

Los *National Archives of the United States of America* contienen un inapreciable fondo documental sobre Venezuela y en especial sobre este período, buena parte rescatado por la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano. Como es normal, está compuesto mayormente de la correspondencia de la Embajada de ese país en Venezuela; mientras que la Embajada de Venezuela en Washington conserva la que se cruzaba en el otro sentido.

En cuanto a las fuentes primarias impresas, nunca se elogiará suficientemente la excelente iniciativa de la presidencia de la República y luego del Congreso Nacional al publicar la Colección Pensamiento Político Venezolano, en este caso la correspondiente al siglo XX. Se trata del mejor auxilio con que pueda contar un historiador de este siglo en Venezuela.

Desde 1962 fueron publicados también dos volúmenes de *Documentos que hicieron historia*, los cuales se han convertido en libro de cabecera de quienes estudian la historia venezolana *inter alia* en los institutos de educación superior. Aparte de eso, debe señalarse el extraordinario mérito de los dos volúmenes documentales *Los hombres del Benemérito*, producto de un trabajo de selección y clasificación de más de sesenta mil cartas, billetes, esquelas y telegramas del Archivo Histórico de Miraflores.

Merece además una especial mención el inapreciable alivio que, para los estudiosos de la historia de este siglo, ha significado la publicación del ya casi cuarentón *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*. Por su parte, la Fundación «Rómulo Betancourt» ha iniciado la edición del archivo personal del dirigente político, cuyos tres tomos ya publicados se caracterizan por su extremado rigor y su excelente presentación.

En cuanto a las fuentes secundarias, se impone destacar una obra de referencia cuya publicación en 1988 ha contribuido enormemente a facilitar la labor de los historiadores: el *Diccionario de Historia de Venezuela* editado por la Fundación Polar con el aporte de numerosos especialistas.

Más de setenta libros figuran entre las fuentes secundarias utilizadas, muy pocos de los cuales no aparecen citados directamente. De ellos, se destacan por muy diversos y grandes méritos, tres biografías del

Benemérito. La primera en el tiempo es *Gómez, Tirano de los Andes*, donde el autor norteamericano Thomas O. Rourke intentó la primera y muy buena interpretación del personaje. No solamente son tributarias de la suya todas las biografías posteriores, sino que, contrariamente a lo que podía pensarse, es la más conocida de todas: la revista *The Reader's Digest* publicó en mayo de 1937 (pp. 55-60) un resumen de ella, lo que le aseguraba millones de lectores en diversos idiomas. Las *confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez* proponen un no por ameno menos serio y profundo acercamiento a Gómez, que los lectores se han arrebatado en incontables reediciones. Como ha sucedido con *Juan Vicente Gómez*, de Tomás Polanco Alcántara, el impresionante volumen de cuya información se presenta con modestia como «una aproximación» a su biografía.

Para no alargar demasiado este comentario, diremos que la bibliografía secundaria se puede dividir con facilidad en dos partes: la publicada antes de 1935 en Venezuela, que por ambas cosas se adivina laudatoria; y la publicada fuera de Venezuela en esos años y en el país después de la muerte del tirano, mayormente imprecatoria. En ambos casos, la «loca de la casa», la imaginación, se pone a escribir historia no siempre con mucha suerte, ni siquiera estilística: no todo el mundo es Pocaterra o Blanco Fombona...

Pero en fechas más recientes, han comenzado a escribirse trabajos no por parciales carentes de rigor y de excelencia en la escritura. Destacaremos primeramente tres de los cuales no hay citas directas en el texto, pero cuya lectura nos ha sido muy provechosa para escribirlo: el volumen *Positivismo y gomecismo* de Elías Pino Iturrieta, *El ocaso de una estirpe* de Inés Quintero y *Las luces del gomecismo* de Yolanda Segnini. Junto con ellos, el excelente trabajo de Angel Ziems *El gomecismo y la formación del Ejército Nacional*, hasta el momento no superado.

FUENTES PRIMARIAS

I. Archivos y Bibliotecas

A) ARCHIVES OF THE UNITED STATES OF AMERICA

a) U.S. Embassy, Venezuela. Despatches. Book 75/ RG 84.
b) Lieutenant Commander U.S.N. A. E. Culver, U.S.S. «Bancroft», Ciudad Bolívar. Venezuela, July 15th, 1903. Area File of the Naval Records Collection 1775-1910, Roll 261, Area B, April September 1903. *National Archives Microfilm Publications.*
c) «Lieutenant-Commander Thos. Washington of the S.S. Dolphin to Secretary of Navy». La Guaira, december 27, 1908. Navy Department, Washington DC, Bureau of Navigation, USANA.
d) Department of State, Division of Latin American Affairs. 831.00/ *passim. National Archives Microfilm Publications.*

B) ARCHIVO HISTORICO DEL CONGRESO NACIONAL DE VENEZUELA

Diario de Debates, 1910-1935.

C) ARCHIVO HISTORICO DEL MINISTERIO DE LA DEFENSA

Sección de Microfilms, Expedientes de Oficiales del Ejército, Archivo de Registro y Control y Libro de Promociones de la Academia Militar de Venezuela.

D) ARCHIVO HISTORICO DE MIRAFLORES

a) Cartas. Cajas 36-1013, 1899-1935.
b) Copiadores. 114 Co.— 384 Co.
c) Telegramas. 319 T.— 1315 T.

E) HEMEROTECAS

a) *Hemeroteca Nacional.* Instituto Autónomo de la Biblioteca Nacional. Periódicos citados:

El Fonógrafo, Maracaibo, 1909.
El Luchador. Ciudad Bolívar, 1909-1933.
El Universal. Caracas, 1909-1935.
El Nuevo Diario. Caracas, 1913-1935.
La Religión. Caracas, 1908-1935.
El Pregonero. Caracas, 1903, 1909.
El Día, Caracas, 1903, 1909.
La Prensa, Caracas, 1903.
La Restauración Liberal. Caracas, 1903.
El Grito del Pueblo. Caracas, 1909.
Sancho Panza. Caracas, 1909.
El Impulso, Barquisimeto, 23 de julio de 1926.
______, 24 de julio de 1930.
El Semáforo, Carúpano, 23 de julio de 1926.
Paz y Trabajo. Trujillo, 20 de julio de 1925.
Brisas del Táchira, San Cristóbal, 24 de julio de 1926.
Panorama. Maracaibo, 23 de julio de 1918.

b) *Hemeroteca de la Academia Nacional de la Historia.*
El Pregonero.
La Religión.
(Números faltantes en la Hemeroteca Nacional).

c) *Otras hemerotecas.*

1) BRITISH LIBRARY (LONDRES)

International Press Correspondence:
1926: «The White Terror. The Deeds of Horror in Venezuela», by George Korsunsky. Nº 68, pp. 1180-1181.
1927: «Reply to H-Droz», by [Ricardo] Martinez. Nº 74, pp. 1367-1368.
1929: «The Incident of Curaçao», by A. de Vries. Nº 29, p. 60.
1933: «Act for the Victims of Terror in Venezuela!». Nº 23, p. 514.
1935: «Reply to the Rapport of the ECCI», by «Rivas» [José Antonio Mayobre]. Nº 67, p. 1668.

2) LIBRARY OF CONGRESS (WASHINGTON)

Collier's, «What will Gomez do?», by A Traveller from Venezuela. January

9, 1909, p. 9.
New York Times. June, 14, 1909, p. 5.
Current History. September 1923. «Venezuela under the iron heel of Gómez, by Inocencio Spinetti, p. 973.
El Mundo. «Venezuela y el ministro Americano Preston Mc Goodwin». La Habana, 10 de junio de 1915, p. 1.

II. Documentos públicos

A) COMPILACIONES DOCUMENTALES

Archivo de Rómulo Betancourt. Caracas, Editorial Fundación Rómulo Betancourt, Tt. I-III.
Archivo de José Rafael Pocaterra. Caracas, Banco Industrial de Venezuela, 1973, Tt. I-II.
Cipriano Castro en la caricatura mundial. Caracas, Publicaciones Instituto Autónomo de la Biblioteca Nacional y Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano, s/f [1980].
Colección Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX. Caracas, Congreso de la República, 1983, Tt. 13 y 14.
Colección Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX. Caracas, Congreso de la República, 1983-1985, Tt. I-VII (n^os^ 1-16).
CONSALVI, Simón Alberto (Ed.), *De cómo el primer canciller de Juan Vicente Gómez instruyó al ministro plenipotenciario en Washington, 1909.* Washington DC, Tierra de Gracia Editores, 1991.
Documentos que hicieron historia. Caracas, Presidencia de la República, 1962, Tt. I-II.
El Centenario de 1930. Recopilación de Homenaje y de Recuerdo Histórico a la Memoria del Libertador SIMON BOLIVAR. Caracas, Ediciones de Publicidad «Arpissa», 1930.
FONER, Philip S. and WINCHESTER, Richard C. (Eds.) *The Anti-Imperialist Reader.* New York and London, Helmer and Meier Publishers, Inc., 1984, vols. I-II.
Libro rojo. Caracas, s/e [José Agustín Catalá], 1972.
Los liberales amarillos en la caricatura venezolana. Caracas, Publicaciones del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y Fundación para

el Rescate del Acervo Documental Venezolano, s/f [¿1982?], p. 64.
Memorias de Obras Públicas. Caracas, Litografía y Tipografía del Comercio, 1911.
MORANTES, Pedro María, «Pío Gil» (Ed.). *Los felicitadores*. Caracas, Centauro, 1974.
NAUDY SUAREZ FIGUEROA (Comp.), *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX*. Caracas, Colegio Universitario Francisco de Miranda, y UCAB, 1983, II vols.
PINO ITURRIETA, Elías, *Los hombres del Benemérito*. Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana-Universidad Central de Venezuela, 1985-1986, 2 vols.
PROCURADURIA GENERAL DE LA REPUBLICA. Dirección de Legislación, Reivindicación e Incorporación de Bienes Nacionales. Ministerio de Relaciones Interiores. Administración de los Bienes Restituidos a la Nación. *Recopilación de los avalúos de los bienes restituidos a la nación, practicados por los expertos designados por el ciudadano ministro de Relaciones Interiores, con deducción de los gastos ocasionados por la Junta de Reclamaciones, Peritajes y Depositarios Judiciales, de acuerdo con el artículo 14 de la Ley Reglamentaria del Ordinal 2º, garantía 2ª, artículo 32 de la Constitución Nacional*. S/L. ed, s/ed., s/f.
VALLENILLA LANZ, Laureano, *La rehabilitación de Venezuela*. Campañas políticas de *El Nuevo Diario. (1915-1926)* Caracas, Litografía y Tipografía Vargas, 1926, (Tomo I) y Caracas, Tipografía Universal, 1928 (t. II).

B) BOLETINES DE ARCHIVOS E INSTITUCIONES

Boletín del Archivo de la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano.
Boletín del Archivo Histórico de Miraflores.
Boletín de la Academia Nacional de la Historia.
Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas.

C) MEMORIAS Y COMENTARIOS TESTIMONIALES

ACEVEDO, Javier P. de, *Dos años en Venezuela bajo la dictadura de Gómez*. La Habana, Molina y Compañía, 1940.

ARCAYA, Pedro Manuel. *Memorias*. Caracas, Ediciones «Librería Historia», 1983.
BRICEÑO AYESTARAN, Santiago, *Memorias de su vida militar y política*. Caracas, Tipografía Americana, 1948, pp. 367-368.
GABALDON MARQUEZ, Joaquín, *Memoria y cuento de la generación del 28*. Buenos Aires, Imprenta López, 1958.
LOPEZ CONTRERAS, Eleazar, *Páginas para la historia militar de Venezuela*. Caracas, Tipografía Americana, 1944.
______, *Proceso político-social 1928-1936*. Caracas, Editorial Ancora, 1955.
MC GILL, Samuel, *Polianteia. Desarrollos históricos 1900-1950*. (Memorias del coronel Mc Gill). Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978.
PEREIRA, Pedro N. *En la prisión*. Caracas, Editorial Avila Gráfica, S.A., 1952.
POCATERRA, José Rafael, *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Caracas, Monte Avila Editores, 1979. Tt. I-II.

FUENTES SECUNDARIAS

I. Obras de Referencia

Boletín del Archivo Histórico de Miraflores. (Indice de los primeros cien números). Caracas, Ministerio de la Secretaría de la Presidencia, 1984, n^os^ 118-119.
Diccionario de Historia de Venezuela. Caracas, Fundación Polar, 1988, 3 vols.
Dictionary of History of Ideas. New York, Charles Scribner' s Sons, 1973, IV volumes and Index.
GONZALEZ GUINAN, Francisco, *Historia contemporánea de Venezuela*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954. XIV vols. e Indice.
Guía al Archivo Histórico de Miraflores. Caracas, Presidencia de la República, 1987.
R. J. LOVERA DE SOLA, «Catálogo bibliográfico sobre el tiempo y gobierno de Juan Vicente Gómez». *Tierra firme*, revista de historia y ciencias sociales. Nº 12, pp. 663-683 y nº 13, pp. 107-127.

The Encyclopedia of Philosophy. New York, Macmillan Publishing Co., Inc. & The Free Press, 1972, 8 vols.

II. Libros, Folletos, Artículos

ARCILA FARIAS, Eduardo. *Historia de la ingeniería en Venezuela.* Caracas, Editorial Arte-CIV, 1961, 2 vols.

ARELLANO MORENO, Antonio, *Las siete reformas constitucionales del general Juan Vicente Gómez.* Caracas, Separata de la Revista *Política,* septiembre de 1963.

ARIAS O., Tobías, *Relieves máximos.* Caracas, Editorial Elite, 1930.

ARRAIZ, Antonio, *Los días de la ira.* Valencia, Vadell Hermanos, 1991.

______, *Puros hombres.* Caracas, Monte Avila Editores, 1972.

ATTWATER, Donald, *The Penguin Dictionary of Saints.* Harmondsworth, Midlesex (England), Penguin, 1978.

BAPTISTA, Asdrúbal y MOMMER, Bernard, *El petróleo en el pensamiento económico venezolano. Un ensayo.* Caracas, Ediciones IESA, 1992.

BETANCOURT, Rómulo, *Contra la dictadura de Juan Vicente Gómez.* Caracas, Centauro, 1982.

______, *Venezuela: política y petróleo.* México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

BRANDT, Carlos, *La época del terror. En el país de Gómez.* Caracas, Editorial Pentalfa, 1947.

BRICEÑO ROMERO, Gabriel, «Bosquejo patobiográfico del general Juan Vicente Gómez». *Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina,* Caracas, 1982. Número Extraordinario, t. II.

CABALLERO, Manuel, *El poder brujo. Ensayos de polémica y otras tintas.* Caracas. Monte Avila Editores, 1991.

______, *Entre Gómez y Stalin,* Caracas, CDCH-EBUC, 1989.

______, «Filosofía de la Historia» en *El concepto de la historia en Laureano Vallenilla Lanz.* Caracas, Escuela de Historia-UCV, 1966.

______, *Las Venezuelas del siglo XX.* Caracas, Grijalbo, 1988.

CAPRILES MENDEZ, Ruth, *Los negocios de Román Delgado Chalbaud.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1991.

CARRERA DAMAS, Germán, *El culto a Bolívar.* Caracas, Grijalbo, 1989.

______, *Jornadas de historia crítica.* Caracas, EBUCV, 1983.

———, *Venezuela: proyecto nacional y poder social.* Barcelona, Editorial Crítica, 1986.

CONSALVI, Simón Alberto, *De cómo el primer canciller de Juan Vicente Gómez instruyó el ministro plenipotenciario en Washington, 1909.* Washington, DC, Tierra de Gracia Editores, 1991.

———, *Pedro Manuel Arcaya y la crisis de los años 30.* Washington DC, Tierra de Gracia Editores, 1991.

CORDOBA, Diego, *Los desterrados y Juan Vicente Gómez.* Caracas, s/e, 1968.

DEAN, Warren, «Latin American Golpes and Economic Fluctuations 1823-1966». *Social Science Quarterly,* June, 1970.

FERNANDEZ, Carlos Emilio, *Hombres y sucesos de mi tierra.* Caracas, Tipografía Vargas, MCMLX.

FERNANDEZ, Pablo Emilio, *Gómez el Rehabilitador.* Caracas-Madrid, Jaime Villegas Editor, 1956.

FEST, Joachim, *Hitler.* Paris, Gallimard, 1973, Tt. I-II.

GALBRAITH, J. K., *The Great Crash.* Harmondsworth (Midlesex, England), Penguin Books, 1980.

GIACOPINI ZARRAGA, José A., «Apuntes para la historia militar de Venezuela». Suplemento Cultural de *Ultimas Noticias.* Caracas, 23 de junio de 1991.

GONZALEZ, Fernando, *Mi compadre.* Medellín, Ed. Bedout, Segunda Edición, s/f (¿1934?).

GONZALEZ, Godofredo, *La revolución de Los Barrosos.* Caracas, Centauro, 1987.

HARTWICH VALLENILLA, Nikita, «El modelo económico del liberalismo amarillo. Historia de un fracaso 1888-1908». *Economía y política en Venezuela* (1810-1976). Caracas, Fundación John Boulton, 1976.

HEFFER, Jean, *La Grande Dépression.* Paris, Gallimard-Julliard, 1976.

HEREDIA ANGULO, Cipriano, *El año 29. Recuento de la lucha armada.* Caracas, Centauro, 1974.

HERWIG, Holger H., *Sueños alemanes de un imperio en Venezuela.* Caracas, Monte Avila, 1991.

LAVIN, John, *Una aureola para Gómez.* Caracas, Distribuidora Continental, s/f.

LEAL CURIEL, Carol, *El discurso de la fidelidad.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.

LOMBARDI, John, *Venezuela.* Madrid, Grijalbo, 1985.

LOPEZ CONTRERAS, Eleazar, *El presidente Cipriano Castro.* Caracas, Libros de *Bohemia,* 1986.

LUCIANI, Jorge, *La dictadura perpetua de Gómez y sus adversarios.* (Segunda edición corregida y aumentada). Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1936.

MACHIAVELLI, Niccolò, *Opere.* Milano-Napoli, Mario Bonfantini, 1954.

MARQUEZ BUSTILLOS, Victorino, *Dos campañas.* Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, 1916.

______, *Semblanza del gral. Juan Vte. Gómez.* Caracas s/e, 24 de julio de 1919.

MC BETH, B. S., *Juan Vicente Gómez and the Oil Companies in Venezuela, 1908-1935.* Cambridge, University Press, 1983.

MUÑOZ, Arturo Guillermo, *El Táchira fronterizo. El aislamiento regional y la integración nacional en el caso de Los Andes (1881-1899).* Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1985.

NAZOA, Aquiles, *Los humoristas de Caracas.* Caracas, Monte Avila Editores, 1990.

OTALVORA, Edgar C., *Eustoquio Gómez.* Caracas, Col. Libros Revista *Bohemia,* 1985.

OTERO SILVA, Miguel, *Fiebre.* Caracas, Monte Avila Editores, 1972.

PARADA, Nemecio, *Vísperas y comienzos de la revolución de Cipriano Castro.* Caracas, Monte Avila Editores, 1973.

PEREZ TENREIRO, Tomás, *Juan Vicente Gómez (Ensayo de interpretación militar)* Caracas, Tipografía Vargas, S. A., 1960.

______, *Los presidentes de Venezuela y su actuación militar.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981.

PINO ITURRIETA, Elías (Coordinador), *Juan Vicente Gómez y su época.* Caracas, Monte Avila, 1985.

______, *Positivismo y gomecismo.* Caracas, UCV, 1978.

______, *Venezuela metida en cintura.* Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988.

POLANCO ALCANTARA, Tomás, *Eleazar López Contreras. El general de tres soles.* Caracas, Grijalbo-Academia Nacional de la Historia, 1991.

______, *Juan Vicente Gómez. Aproximación a una biografía.* Caracas, Grijalbo-ANH, 1990.

QUINTERO, Inés, *El ocaso de una estirpe.* Caracas, Alfadil, 1990.

RAMIREZ, Alberto, *Juan Vicente Gómez. Esbozo psiquiátricosocial.* Caracas, Col. Libros de *Bohemia,* s/f.

RANGEL, Domingo Alberto, *Gómez, el amo del poder.* Caracas, Vadell Hermanos Editores, 1977.

______, *Junto al lecho del caudillo.* Valencia, Vadell Hermanos Editores, 1981.

RODRIGUEZ CAMPOS, Manuel, *Venezuela 1902: la crisis fiscal y el bloqueo*. Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, 1977.

RONDON MARQUEZ, R. A. *Guzmán Blanco: el autócrata civilizador*. Caracas, Tipografía Garrido, 1944.

ROURKE, Thomas, *Gómez, Tirano de los Andes*. Madrid-Caracas, EDIME, 1952.

SEGNINI, Yolanda, *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1982.

———, *Las luces del gomecismo*. Caracas, Alfadil Ediciones, 1987.

SISO, Carlos, *Castro y Gómez. Importancia de la hegemonía andina*. Caracas, Editorial Arte, 1985.

THURBER, O. E., *Origen del capital norteamericano en Venezuela. La época del asfalto*. Barquisimeto, Ed. Nueva Segovia, 1955.

Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales. Número Especial, «Venezuela bajo el gomecismo». Caracas, octubre-diciembre de 1985.

TROCONIS DE VERACOCHEA, Ermila, *Historia de las cárceles en Venezuela (1600-1890)*. Caracas, ANH, 1983.

URBANEJA, Diego Bautista, *Pueblo y petróleo en la Venezuela del siglo XX*. Caracas, CEPET, 1992.

VALLENILLA LANZ, Laureano, *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

VARIOS AUTORES, *Gente del Táchira*. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Imprenta Nacional, 1974.

VARIOS AUTORES, *Juan Vicente Gómez ante la historia*. San Cristóbal, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Tipografía Cortés, 1986.

VARIOS AUTORES, *Prisiones de Venezuela 1935*. Caracas, Centauro, 1974.

VELASQUEZ, Ramón J., *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*. Caracas, Centauro, 1981.

———, *La caída del liberalismo amarillo*. Caracas, Planeta, 1993.

WEBER, Eugen, *My France. Politics, Culture, Myths*. Cambridge, Mass., The Harvard University Press, 1991.

ZIEMS, Angel, *El gomecismo y la formación del Ejército Nacional*. Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1979.

ZOWAIN, José, *Cómo se vivía en Maracay cuando Gómez*. Maracay, s/e, 1986.

Reconocimientos

Estas líneas contienen la parte del libro que más me ha costado redactar, porque sé que cometeré demasiadas injusticias. Pero que los amigos y colegas que me han ayudado en esta tarea, y a quienes no menciono expresamente en los pie de página de algunos capítulos, se sientan incluidos en mi agradecimiento si consideraciones de espacio me obligan a nombrarlos en esa forma anónima. Sólo quiero decir que todo libro es obra colectiva, y mucho más si trata de historia: éste no escapa a esa regla, ni quiere hacerlo.

Hay tres instituciones, sin embargo, a las cuales quiero expresar mi público reconocimiento por su colaboración en la escritura de este libro. Gracias a la Fundación Fulbright, pude residir en los Estados Unidos, como Visiting Scholar, durante varios meses los cuales me permitieron trabajar en los National Archives de ese país y sobre todo, en la Sección Hispânica de la Library of Congress dirigida por Cole Blasier; junto con él, quiero expresar mi agradecimiento a Everette Larson, quien me mostró a diario su paciencia y su bonhomía para orientarme en el manejo de esa biblioteca. Por su parte, la Fundación Polar contribuyó también con su apoyo a la realización de ese viaje y este trabajo, así como el Banco Maracaibo para su publicación.

A medio camino entre lo institucional y lo personal, debo nombrar a quien es por sí solo una institución historiográfica. Las circunstancias han hecho que en 1993 se convierta también en una institución histórica como presidente de la República. Afortunadamente, no es fácil que se tome este reconocimiento como el usual halago al hombre en el poder, porque estoy apenas enunciando un lugar común para los estudiosos de la historia contemporánea. Entre los cuales dificulto que haya uno solo que no sea tributario de Ramón J. Velásquez, por su labor pionera de rescate documental, como por el apoyo constante de sus consejos y por la calidez de su amistad.

Entre mis más cercanos amigos, hay dos con quienes he discutido largamente este libro. Uno es Luis Castro Leiva, gracias a cuyo profundo conocimiento del tema he podido sacar en claro algunos elementos muy importantes en la comprensión del liberalismo. El otro es Alberto Arvelo Ramos, hombre de una pasmosa cultura y de una desbordante imaginación, con quien tuve apasionadas discusiones sobre este texto. Además, él y su esposa, la gran artista Solange Mendoza-Arvelo, durante varios meses que pasé escribiendo los capítulos centrales de este libro, me brindaron en Mérida no solamente la hospitalidad de la casa más bella de Venezuela, sino sobre todo la más hermosa amistad posible.

Quiero agradecer también a mi amiga Nelly Trujillo y al paciente y minucioso actor y conocedor de las nuevas tecnologías, Bernardo Infante Daboín, por su generosa colaboración en el proceso final de este trabajo.

Finalmente, debo terminar con otro lugar común venezolano: el reconocimiento al gran artista Zapata, por su inmenso talento.

Manuel Caballero

Indice Onomástico

A.

H.

Esta edición de GOMEZ EL TIRANO LIBERAL se terminó de imprimir el día 7 de septiembre de 1994 en los talleres de Editorial Melvin situados en Calle 3 B, Edificio Escachia, La Urbina, Caracas, Venezuela. Impreso en papel Baxter

El general Juan Vicente Gómez resume, completa y finalmente permite negar el siglo XIX, un siglo eminentemente liberal. Su régimen puede ser calificado como un bonapartismo, porque se inspira en los temas centrales del liberalismo: libertad, igualdad, propiedad y seguridad; y es sin embargo una tiranía. El bonapartismo es la culminación militar y el aprovechamiento de una revolución liberal; Gómez es la culminación militar y el aprovechamiento de un siglo de revoluciones liberales entre 1811 y 1903. Es también un gobernante virtuoso en el sentido maquiaveliano: porque su *virtù* es haber sido percibido desde 1903 como el hombre que trajo la paz y enterró la guerra civil. Pero a la vez, con la represión política y el terror carcelario, Gómez magnificó, si no introdujo, la aplicación de métodos guerreros para combatir en la paz.

Manuel Caballero (1931) ha sido Director de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela. Obtuvo en 1979 el Premio Nacional de Periodismo; en 1986 se convirtió en el primer venezolano publicado por la Cambridge University Press; en 1990 vivió en EE.UU. como Fulbright Visiting Scholar. Se ha destacado en el ensayo literario y político, así como en la crónica periodística. Es autor de más de veinte títulos sobre historia, política y literatura.





La ventana de papel

El Nacional, 2. 26-12-94.

Reactualización de Juan Vicente Gómez

RAMON ESCOVAR SALOM

Este año se cumplirán sesenta años de la muerte de Juan Vicente Gómez. Existe una avidez histórica por conocer de ese período. Los venezolanos tienen creciente curiosidad por entender el proceso de la historia contemporánea nacional. Varios libros importantes se han publicado. El más reciente es una aguda interpretación de Gómez y delgomecismo. Se trata del libro **Gómez, el tirano liberal,** de Manuel Caballero (publicado por Monte Avila, Caracas, en 1993 y en 1994).

Es un libro verdaderamente importante cuya lectura se encontraría entre las indispensables para entender la historia de Venezuela. El título mismo parece una provocación o un atrevimiento. Situar a Gómez como la última etapa del liberalismo venezolano del siglo XIX constituye, por lo menos, una sorpresa. El análisis de Caballero conduce, sin muchas dudas, a explicar a Gómez dentro de un proceso político que culmina y al propio tiempo lo interrumpe. Gómez destruye las bases y las cúpulas de los dos partidos históricos del siglo XIX. Se sitúa ante la realidad política nacional utilizando los dos brazos. Con uno termina el conservatismo y con el otro destruye lo que queda del liberalismo. Esa es la conclusión a la que he llegado siempre y se me robustece después de leer a Manuel Caballero.

El autor de este libro escribe con estricta seriedad. Este no es un panfleto, ni un ditirambo, ni un libelo, ni un ensayo de distorsión interesado. Es, en el más estricto sentido, un libro de Historia. Las referencias, la documentación, las menciones de hechos, están cuidadosamente respaldadas por notas fehacientes. En un país gustoso de las abstracciones simplistas y de las generalizaciones abusivas el libro de Caballero es una invitación a la seriedad intelectual.

Es difícil quedarse con uno solo de los aspectos de este libro. Podrían escribirse numerosos comentarios sobre las distintas partes que contiene. Es un ensayo provocativo en el mejor sentido de la palabra.

A mí me interesa, por ejemplo, cómo se fue formando la personalidad de Gómez como hombre de poder. Cómo le fue creciendo la ambición. A otros les inquietará, en este mismo perfil sicológico, la manera como aprendió a utilizar a los hombres, lo que hoy se llama los recursos humanos, de aquella nación empobrecida, donde la política rivalizaba con el lazarillo en las pequeñas astucias para librarse de la penuria o para organizar alguna trampa. Pudiera ser que otros lectores se motivaran en la forma como fue creciendo la tiranía porque Caballero tiene razón cuando califica el sistema de esta manera. La de Gómez no era una dictadura. En el más riguroso sentido configuró la semblanza clásica de una tiranía. Esta comprobación no es un insulto. Tampoco puede ser un elogio. Es, simplemente, la descripción anatómica y fisiológica de un sistema político, formado en torno a la estricta y personalísima voluntad de un hombre fuerte.

A los venezolanos hoy les interesa mucho el anecdotario de Gómez. No hay otro personaje en la Historia de Venezuela alrededor del cual se cuenten más historias y que haya producido más anécdotas. Algunas falsas. Otras verdaderas. Muchas mezcladas entre la realidad y la ficción. Todo eso constituye un tejido que el historiador tiene que manejar con sagacidad y con sentido del contexto en que se producen. Para entender a Gómez es preciso penetrar en el escenario, en el período histórico preciso en que algunas de estas anécdotas se sitúan. No se pueden desconectar de un sentido y de una oportunidad.

En término de sociología política a mí me interesan especialmente los tiempos en que Gómez se encontró con el petróleo. Allí está la clave de la formación del Estado venezolano en el siglo XX. Dice Caballero: "eso da la idea de un Estado no por autoritario menos débil, como por lo demás, débil era el país entero" (p. 198). En Venezuela no había Estado. Gómez comienza a formarlo por el imperio de su autoridad personal y porque encontró un aliado inesperado y mágico: El petróleo. Gómez sin el petróleo hubiese sido una típica tiranía rural latinoamericana. Con el petróleo, Gómez se convierte en un modernizador. A su manera entendió la estructura de las Fuerzas Armadas y concibió, en un gesto que lo enaltece, el porvenir de la aviación militar. Tuvo recursos para darle forma a cierto sentido de las comunicaciones y no cabe duda de que durante las últimas etapas del período gomecista comenzó a formarse una clase media, tímida y menguada, más artesanal que industrial, pero clase media al fin, la cual jugará un papel político exactamente en la mitad de los años treinta, cuando Gómez fallece en Maracay. Este segmento de la sociedad, lector de libros extranjeros, curioso por la revolución rusa y la mexicana, alimentará los procesos políticos que diseñan un contraproyecto distinto a los esquemas caudillistas tradicionales.

En el orden político el gomecismo generó su antagonista inevitable: la democracia. El general López Contreras se hace el intérprete de este sentimiento en 1936. Y sería una falta de objetividad histórica elemental negarle a López el enorme papel que ha desempeñado en la historia de las libertades venezolanas, cualesquiera que hubiesen sido en un momento determinado las limitaciones que la realidad o la falta de audacia pudieron producir.

Gómez y el petróleo son un trozo esencial de la Historia contemporánea de Venezuela. Sería infantil eliminar a Gómez de la agenda histórica del país. Por eso es preciso estudiarlo, entenderlo, dialogar con las realidades que hicieron posible el autoritarismo en un país que venía destrozado por la confrontación doméstica, la cual, con cortos intervalos de paz, duró exactamente cien años. Un siglo de violencia les ha hecho un daño tremendo a la Historia del país y a la evolución política.

Todo eso nos obliga a entender las realidades que configuraron el gomecismo. El libro de Manuel Caballero es un ensayo inteligente, singularmente penetrante, excelentemente escrito, con referencias agudas y sagazmente manejadas. Es, por otra parte, una lectura densa, sin concesiones a la taquilla y con ánimo de historiador ordenado y sistemático.